

RAUL A. ENTRAIGAS



1863 · 1939

EL BUEN PASTOR DE CUYO

DIFUSION

+

Para el Rmo. Padre
D. Pedro Ricaldone
con afecto filial y
gratitud,

R. A. Entraigas

Bahía Blanca, 13.VI.49

EL BUEN PASTOR DE CUYO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

1. — MES DE DON BOSCO (1934). Ediciones: argentinas, española, cubanas y venezolana.
2. — BAJO EL SÍMBOLO AUSTRAL (Versos). Agotado. (1936).
3. — EL PADRE "DOTOR" (1939). Primer premio otorgado por la Comisión Nacional de Cultura.
4. — UNA FLOR DE LA PAMPA. Biografía. (1941).
5. — PINCELES DE FUEGO. Bocetos. (1942).
6. — MONSEÑOR FAGNANO. Biografía. (1945).
7. — EL ÁNGEL DEL COLORADO. Primer premio otorgado por la Comisión Nacional de Cultura. (1946).
8. — UNA FLOR ENTRE HIELOS. Biografía. (1947).
9. — VERDADES DEL BARQUERO. (1948).

RAUL A. ENTRAIGAS

EL BUEN PASTOR DE CUYO

COLECCIÓN "GRANDES EJEMPLOS" Nº 67

(Mons. Amerigo Orzali)



EDITORIAL DIFUSION, S. A.

HERRERA 527

BUENOS AIRES

NIHIL, OBSTAT

P. FELICIANO LÓPEZ, S. D. B.

Censor

Viedma, Noviembre 4 de 1948

IMPRIMI POTEST

P. FRANCISCO PICABEA

Inspector

Bahía Blanca, Noviembre 9 de 1948

PUEDE IMPRIMIRSE

† ANTONIO ROCCA

*Obispo Tit. de Augusta y Vicario General de la Arquidiócesis
de Buenos Aires*

Buenos Aires, Enero 10 de 1949

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

P R E F A C I O

UNA vez más he debido recoger las espigas de la Moabita en el rastrojo de la historia. No era el autor quien debió escribir este libro. Ya había trazado un brillante boceto histórico de las Hermanas del Rosario el Pbro. Francisco R. Laphitz que popularizó su pluma con el seudónimo de "Falucho". En él hay un estudio esquemático, pero exacto del Cura de Santa Lucía. Ese boceto fué revisado más tarde por el conocido escritor y poeta Pbro. Juan B. Lértora. Pero ni antes ni después de la revisión se publicó el trabajo.

Luego los apuntes históricos fueron a dar en manos del Dr. Alfonso Hernández, Canónigo de la Metropolitana de San Juan, quien tuvo también la misión de trazar la silueta del Fundador de las Rosarinas dentro del marco de la historia del Instituto.

Pero quien trabajó realmente la biografía de Mons. Orzali fué el P. Pedro Argüello. Este buen sacerdote había sido Canónigo de la Catedral de San Juan. Un día, llamado por la gracia, vislumbró su vocación religiosa y profesó en la Congregación Salesiana. Cuando ya los achaques lo redujeron a un relativo descanso en Córdoba, el inquieto sanjuanino que tenía por Mons. Orzali una veneración rayana en culto, no bien las religiosas rosarinas le pidieron que escribiera la biografía de su Fundador, no titubeó un instante. Y se puso a trabajar. Escribió mucho. Con cariño de hijo. Escribió con la fiebre que le quemaba los tejidos y con el ardor de hijo agradecido que le templaba el alma. Impresiona ver esos cuadernos, cuya grafía temblona indica bien a las claras que el hombre marcha vertiginosamente hacia la tumba. La enfermedad lo urgía. Y el abnegado sacerdote, viendo irsele la vida de entre las manos, escribía apresuradamente, angus-

tiosamente, allá en su demora de Alta Gracia. Pero llegó un momento en que la pluma cayó de sus manos... El 16 de agosto de 1943 el buen salesiano entregaba su alma a Dios. Sus papeles quedaron revueltos sobre el escritorio. Los recogió el P. Pablo Ardizzone y quiso ordenarlos. Pero luego prefirió recurrir a otros. Fué así como llegó hasta mí el pedido, reforzado por la palabra prestigiosa del Excmo. Sr. Arzobispo de Salta, de recoger los papeles del P. Argüello. Y un día llegaron en un pequeño baúl esas páginas venerables. Leí algunas y me di cuenta de que mi buen hermano había seguido una ruta totalmente distinta a la que acostumbro seguir en mis biografías. Decidí, por tanto, dejar a un lado esa obra póstuma y trazar el plan de una historia de José Américo Orzali, de acuerdo al troquel en que, instintivamente, he vaciado mis libros anteriores.

* * *

Había, pues, que ir a las fuentes. Muy bien están los documentos escritos pero no se deben despreciar los orales. Había que conocer los lugares donde había actuado el protagonista. Por eso se imponía una temporada en San Juan, en Mendoza y en San Luis. Aquí en Buenos Aires fácil era conocer el ambiente de Barracas al Norte y el de San Miguel y La Piedad. Y partí para las Cordilleras. Unos meses en la región cuyana me dieron una idea discreta de la geografía del campo de acción de Monseñor. Pero lo que más me ayudó a conocer y apreciar al Buen Pastor de Cuyo fueron las conversaciones tenidas con los que lo habían tratado. Ahí fué donde bendije la hora en que había aceptado el compromiso de escribir esta historia. Porque a través de la emoción no disimulada de sus compañeros de trabajo y de los sacerdotes que otrora fueran sus seminaristas, vi todo el caudal de virtudes que había, como en un arca venerable, en la vida mansa y tranquila de este Prelado de la Iglesia. Y no podía detenerme ahí; interrogué a Magistrados de San Juan y Mendoza lo mismo que a changadores de la Estación; hablé con damas de la sociedad y con sirvientes del pueblo; molesté a profesionales cuyanos y a cocheros de la plaza. Y en todas estas charlas diarias hallé tal acopio de datos interesantes que desde un principio tuve la impresión de que la vida de Orzali podía dar una biografía interesante.

* * *

Todo eso, añadido a lo que anda escrito por ahí en diarios y revistas, teniendo por espina dorsal ese paciente "diario" que él fué escribiendo desde 1885 casi hasta su muerte en 1939, podía suministrar material suficiente para narrar la verdadera historia del Buen Pastor de Cuyo. De ahí el trabajo minucioso y a veces pesado de andar visitando archivos y bibliotecas, siempre tras aquel dato, aquella fecha, aquel nombre que es indispensable para ubicar un suceso o matizar un episodio.

* * *

Vaya, pues, mi gratitud más cordial a cuantos han colaborado en esta obra suministrándome datos, impresiones y facilitándome el acceso a archivos y bibliotecas donde he podido estudiar mejor a mi personaje y reflejar su amable silueta de santo más nítidamente sobre la tela de estas páginas. A todos les debo algo. A todos les quiero agradecer su amabilidad. A todos extendiendo la sinceridad de estas palabras: y precisamente porque entiendo abarcar en ellas a todos, no nombro individualmente a ninguno.

* * *

He escrito este libro con cariño. Lo notaréis en seguida. Este afecto brota naturalmente de la simpatía que inspira el protagonista; pero amén de eso, ningún argentino puede escribir fríamente la vida y obras de un Prelado argentino que ha sido señorero por el sacrificio con que se ha prodigado sin tasa y por la abnegación que ha sublimado su existencia fecunda.

Y si a esto añadimos que Orzali conoció a Don Bosco y que fué el índice del turinés el que trazó las líneas generales de su apostolado, comprenderéis por qué aletea en todas estas páginas ese aire de familia que tienen las obras escritas con cariño.

* * *

Es una biografía breve. La responsabilidad de brindar a las religiosas rosarinas un libro donde estuviese quintaesenciado el espíritu de su Fundador era muy grande. Esa ha sido la preocupación, la enorme preocupación del autor de estas páginas: captar

bien el espíritu del Prelado, reflejar bien su vida interior, estudiar a fondo la filosofía de su actividad, penetrar en el santuario de su conciencia y arrancar a la historia la palabra que concretara, en prieta síntesis, lo que quería el Fundador de las rosarinas cuando echó los fundamentos de una Congregación allá, tras las barrancas de la Calle Larga. Por eso ha debido dejar de lado muchos datos, anécdotas, episodios que quizás a alguien hubiera gustado ver narrados aquí. Pero como no conducían a conocer a fondo el espíritu de este Buen Pastor, el autor ha optado por dejarlos en el tintero.

* * *

Al dar por terminada esta mi labor de dos años, bendigo una vez más a la Divina Providencia que ha querido elegirme para que narrara la vida fecunda de este varón ejemplar. El autor de estas páginas ha sido el primero que ha experimentado los beneficios de sus ejemplos edificantes. No se puede vivir dos años en contacto con un hombre de la talla de Mons. Orzáli sin sentirse más cerca de Dios. ¡Quiera el Señor que sean muchos los que, como el autor, deban agradecer al primer Arzobispo de Cuyo la dicha de sentirse mejores!

RAÚL A. ENTRAIGAS, S. D. B.

Buenos Aires, agosto 15 de 1948.

CAPÍTULO I

ALBORES

Mediaba el siglo XIX. Pasados los arrestos revolucionarios de 1848, los italianos vivían en relativa paz y tranquilidad. ¡Nunca se apreciaba tanto la tranquilidad, como cuando se la ha perdido! Fué durante ese período cuando en un pueblecito recoleto de la provincia de Lucca, en la Toscana, contraían matrimonio un joven arquitecto llamado Tobías Orzali del vecino pueblo de Diécimo y Teresa Nicoletti, de esa villa luquense denominada Dezza. Huelga decir que las fiestas no fueron tan deslumbrantes como las que epilogan las bodas modernas, pero no abundaron menos en esa alegría cordial y sencilla que tanto llenaba el alma incontaminada de la juventud rancieramente cristiana de antaño.

Cuatro años después del matrimonio tenían dos hijos: María Laura y Juan Ignacio (1). Pero plugo al Cielo llevárselos en tierna infancia. Ambos fallecieron en 1856. Orzali, quizás acicateado por esta doble desgracia, pensó en emigrar. Era durante la presidencia de Urquiza. Comenzaban los éxodos a volcar inmigrantes en las playas generosas del Plata. Los emigrados italianos escribían a sus parientes y amigos asegurándoles que había en estas tierras vírgenes, grandes probabilidades de medrar. Y así venían a la Argentina nuevas colonias de laboriosos labriegos y de hábiles artesanos

(1) Ignoro con qué fundamento Mons. Orzali en unos apuntes biográficos consigue el nombre de sus dos hermanitos italianos llamándolos Dante y Virginia. Yo me valgo para denominarlos así, de una libreta de familia, que aunque no oficial, me merece plena fe.

a labrar su porvenir. Con ellos llegó a Buenos Aires Tobías Orzali el 24 de junio de 1857. El hombre observó el ambiente, trabajó algunos años, logró abrirse brecha y apenas pudo pisar en firme, regresó a su pueblo en busca de su joven esposa.

Y el 9 de setiembre de 1862 arribaban al muelle de las Catalinas. Un lanchón y unos carros condujeron sus modestos equipajes hasta la playa. De allí se dirigieron al centro. Y se alojaron muy cerca del lugar donde D. Pedro de Mendoza echó los fundamentos de la hoy enorme metrópoli argentina: en calle Libertad n° 132. Esa fué su primera morada. Ahí nació también su primer hijo americano. Y precisamente como echando atrás un pasado doloroso y abriendo cuentas con un porvenir lleno de esperanzas en la generosidad de esta tierra americana, Don Tobías lo bautizó con el significativo nombre de Américo, al que agregó el de José por haber nacido en la novena del Santo epónimo, el 13 de marzo de 1863. Dos días después el Teniente Cura de San Nicolás de Bari, Pbro. Ignacio Arrieta, en aquella antañona iglesia que los progresos edilicios de la gran urbe demolieron, regeneraba en las aguas bautismales al primer vástago americano de la familia Orzali-Nicoletti.

En pos de él nacieron dos varones más: Ignacio y Silviano. Este último siguió la estela luminosa de sus dos hermanitos italianos: también él falleció el 20 de abril de 1869 a un año y medio de edad ⁽²⁾. Ignacio fué primero el compañero de juegos de Américo. Luego se abrieron las paralelas de sus destinos: éste siguió la senda del santuario; aquél, empuñó la péñola del periodista.

A los siete años, Américo comenzó a frecuentar la Escuela del Consejo Escolar 1° que estaba cerca de su casa.

En ella cursó hasta tercer grado. De ahí sus cristianos padres lo pasaron a un colegio particular denominado "Seminario del Plata" que funcionaba en calle Piedras 403, dirigido por el eximio educacionista D. Domingo Rossi, donde permaneció hasta que ingresó en el Seminario Conciliar.

Estando en el "Seminario del Plata" recibió lecciones de Religión primero del Pbro. Luis Solá y luego del Pbro. Rafael Fanego, Teniente Cura de la Parroquia de la Concepción, quien

(2) En los archivos de la Iglesia de Monserrat consta su acta de defunción. Dice que falleció "de empacho".

más tarde entró en la compañía de Jesús y fué Superior de la Residencia de los PP. Jesuitas en Mendoza.

En 1872, a los nueve años, fué confirmado por el entonces Obispo Titular de Aulón, Mons. Federico Aneiros en S. Nicolás.

A todo esto, la familia Orzali cambió de domicilio. Fué a morar a media cuadra del Colegio que las Hermanas del Huerto tienen en la intersección de las calles Independencia y Rincón. De la Iglesia de San Nicolás pasó a la de la Concepción.

Y como las Religiosas del Huerto necesitaban monaguillos para el servicio del altar, Don Tobías, que era hombre profundamente religioso, no titubeó en enseñar personalmente a sus dos hijos las ceremonias de la Misa para que diariamente le ayudaran al Pbro. Domingo Truccano, en su capilla. Era este virtuoso sacerdote, capellán de las Religiosas y un clérigo según el corazón de Dios. Formado en la escuela de Don Bosco en Turín, pues era exalumno del santo piemontés, había asimilado admirablemente sus enseñanzas. Y nutrió siempre tal devoción por el Santo de los niños que cuando, en 1910, entregó su hermosa alma a Dios, legó todos sus bienes a la Sociedad Salesiana. Por eso también en la cripta de la Basílica de San Carlos, el P. Truccano tiene en lugar conspicuo una lápida conmemorativa.

Ese capellán que durante 34 años atendió la capilla del Huerto y que, a fuer de buen exalumno de Don Bosco, amaba a los niños de verdad, fué uno de los instrumentos de Dios para la madurez de la vocación de este jovencito providencial. Don Tobías le presentó a ambos hijos para que ayudaran Misa. Y durante los primeros días él mismo se estaba allí junto al altar, a ver cómo se desempeñaban sus discípulos, corrigiendo los defectos que notaba en el ejercicio de ese santo ministerio. Luego, cuando ya Américo e Ignacio se hicieron dueños del presbiterio, entonces y sólo entonces Don Tobías los dejó librados a su ciencia litúrgica.

De entrada nomás Américo y el P. Truccano fueron grandes amigos. Amigos de verdad. Porque se ayudaban mutuamente. El óptimo sacerdote que vislumbraba en su acólito una posible vocación, comenzó por enseñarle los primeros rudimentos del latín. Y el pequeño tenía el no leve trabajo de corregir a su mentor todos los barbarismos y solecismos en que, como extranjero, necesariamente incurría. Y era edificante, cuando en la sacristía, el rubio monaguillo, al preguntarle el P. Domingo: —¿Y? ¿Cómo anduvo

mi sermón hoy?— con una leve sonrisa en los labios, replicaba: —Bastante bien, Padre; pero... ¡esa jota, cómo le cuesta a Ud.! ¡Ni que fuera de oro! Luego no se dice: “Hay que ir del médico sino al médico”. Además creo que no debe decirse “salir al púlpito” sino “subir al púlpito”. Por lo demás, muy bien, Padre. Ud. hace unos progresos realmente extraordinarios...”

—Bravo, Ameriquito, gracias. Así me gusta que me digas todos los defectos. No sabes el bien que me haces con eso...

Y se arrodillaba en el reclinatorio para la acción de gracias, mientras los chicuelos daban buena cuenta de sendas tazas de café con leche que la Hermana Felicitas les tenía preparadas.

Es claro que para poder ayudar la Misa diariamente el pobre chico (a Ignacio, como más pequeño, frecuentemente su madre lo dispensaba de ir) tenía que madrugar. Y esto a ningún niño de once y doce años le gusta. Pero Doña Teresa, infaliblemente, invierno y verano, lo despertaba temprano para que fuera a llenar su misión. Narraba después Monseñor que cuando su santa madre interrumpía su sabrosísimo sueño, a las cinco y media, él mientras se ponía las medias, solía reflexionar: —¡Para qué madrugarán tanto estas benditas Hermanas!...

En el Colegio de N. S. del Huerto conoció e intimó con la Superiora. Lo era a la sazón la Rev. Hermana Pastora Perandelli, mujer que reunía un conjunto tal de bellas cualidades que la hacían amable y admirable a cuantos la trataban. Era sobre todo humilde y fuerte, firme y suave en el cumplimiento del deber. Y fué esa sencilla religiosa quizás el principal instrumento para forjar la vocación de Américo, “el ángel que Dios puso en mi camino para que guiara mis pasos en los albores de mi vocación sacerdotal”, dirá el mismo Prelado, años más tarde (3).

Junto a la Superiora estaba la Vicaria. Si la Hermana Pastora era bondad, la Hermana Felicitas era la disciplina. Muchos años más tarde, el Arzobispo de Cuyo recordará alegremente los tirones de orejas que le diera esa Hermana y las no pocas lágrimas que le hiciera derramar por las reprimendas no siempre justificadas que le prodigaba. Porque la buena Hermanita, en su afán de recogimiento, disciplina y austeridad, había creído —cuenta Monseñor— que el chico cada vez que tropezaba en la alfombra, volcaba las vinajeras, arrugaba el mantel o miraba para atrás era para mirar

(3) “Hortus Conclusus”, año 1922, abril, Nos. 186-187.

a María (una chiquilla de su misma edad) interna en el Colegio. Sobre todo fué sonada la reprensión que le dió el día 2 de julio, fiesta de N. S. del Huerto. Ese día ayudaba Misa nada menos que al Excmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Federico Aneiros. Como suele suceder cuando el monaguillo está nervioso, ese día solemne, sea por el natural temor que tenía, sea porque le habían cambiado el atril y el misal sustituyéndolos por otros más grandes, el hecho es que el pobre Américo tropezó en un repliegue de la alfombra, y cayó cuan largo era con misal y atril sobre el piso. Y ahí fué el alboroto y las risas de las pupilas... que para mayor mal de los males entonces oían Misa (en aquella capilla primitiva que estaba en el actual pórtico que conduce a la Capilla de hoy) colocadas a ambos lados del altar.

Y ahí fué también el berrinche de Sor Felicitas. Cuando estaban tomando el desayuno con el Sr. Arzobispo, le espetó el terrible sarcasmo: —¡Todo por mirar a María!...

El chico que jamás había pensado en ninguna María como no fuera en la Santísima Madre de Dios, se puso de todos colores, balbuceó sus excusas, achacando a la alfombra, al peso del misal... pero de nada le valió. La inflexible monjita seguía con su estribillo: —¡Todo por mirar a María!

Quizás sor Felicitas sólo se dió cuenta cabal que estaba equivocada cuando, nombrado confesor ordinario de las Hermanas del Huerto el P. Orzali, debió presentarse a confiarle sus miserias y sobre todo cuando años más tarde, aquella famosa María, ya casada y transformada en una severa matrona, cooperó con el monaguillo de antaño en obras de apostolado.

Un día, ese día que la Hermana Pastora venía desde tiempo acechando, luego de haber meditado mucho y rezado más aún, le preguntó a boca de jarro: —Ameriquito (ella lo llamaba siempre así); ¿te gustaría ser sacerdote?

El niño clavó sus grandes ojos celestes en el rostro angelical de la religiosa. Luego los bajó hasta el piso. Hizo unos garabatos con la punta del zapato en el suelo, y levantando sonriente la cabeza le contestó: —¡Sí, madre!

Fué una respuesta espontánea, natural, segura. Una voz que no salía de sus labios de niño sino que venía de lejos, de muy lejos, del Cielo...

—Bueno: piénsalo bien, —replicó la Hermana Pastora—.

Porque es una cosa muy seria y bien vale la pena estudiarla a fondo.

Así se encontraban, como en una encrucijada providencial, los designios del P. Truccano con sus clases de latín y los proyectos de Sor Pastora con su pregunta luminosa.

Huelga decir la alegría de Doña Teresa cuando se enteró de las aspiraciones de su hijo.

A consolidar su vocación y a echar haces de luz sobre el alma candorosa de Ameriquito, contribuyeron dos acontecimientos: primero, el acto, siempre emotivo e imborrable de su Primera Comunión, que recibió con transportes de extraordinaria devoción y esmeradamente preparado por el buen Teniente de la Concepción, en esa parroquia, el día 8 de diciembre de 1875.

El segundo acontecimiento es de otro orden: seis días después, es decir el 14 de diciembre de ese año, llegaban a Buenos Aires los primeros salesianos. A la cabeza de los mismos venía el ardimentoso P. Juan Cagliero, más tarde Cardenal de la Santa Iglesia. No menos de 200 italianos estaban en el Puerto aguardando a sus compatriotas. Entre ellos había uno alto y fornido que llevaba de la mano a sus dos hijitos: era D. Tobías Orzali con Américo e Ignacio. Ellos fueron los primeros niños argentinos que besaron la mano a los hijos de Don Bosco (4).

Llegar, y ponerse a trabajar, fué todo uno. Para las Navidades ya tenían un Oratorio Festivo en la Iglesia de los Italianos. Ahí comenzaron a reunir a los chiquillos del barrio. Jugaban, cantaban, rezaban. Y con su alegría contagiosa y su bondad cordial, atraían a los niños para llevarlos a Dios. El P. Truccano, que ya vivía en la casa de Orzali y que fué de los primeros en agasajar a los enviados por su inmortal maestro, Don Bosco, fué quien condujo a Américo y a Ignacio al incipiente Oratorio Salesiano. Esa nueva modalidad de sacerdotes lanzados en medio del pueblo, utilizando todos los recursos para salvarlos a todos, contribuyó no poco a que el chiclelo pensara más hondo en su futuro, a que enderezara sus pasos hacia donde la Hermana Pastora quería y en cuya sublime trascendencia él nunca había pensado.

Porque Américo, en su cabecita de niño de doce años, hasta entonces no había alimentado otra ambición más que la de llegar

(4) Pastoral de Mons. Orzali del 16 de junio de 1934.

un día a lucir las charreteras de militar. Sin duda había visto en los desfiles al General Mitre con sus dorados galones, al Coronel Roca con su apuesta bazarra, y ya él había concebido "in mente" el rumboso plan de formar también un día en la Plaza de la Victoria montado en un brioso tordillo entre el aplauso de las muchedumbres ebrias de patriótico entusiasmo...

Pero bien otros eran los designios de Dios. Américo no empuñará la espada sino la cruz. No ascenderá a la silla del corcel guerrero sino a la cima de los altares. No comandará huestes armadas sino la inerme milicia de Cristo. En su pecho espacioso no fulgirán las condecoraciones sino sólo la cruz del misionero. Y su diestra no hará relampaguear el brillo de la espada en los desfiles sino la amatista del anillo cuando la extiende sobre su querido pueblo para bendecirlo...

CAPÍTULO II

HACIA LAS CUMBRES

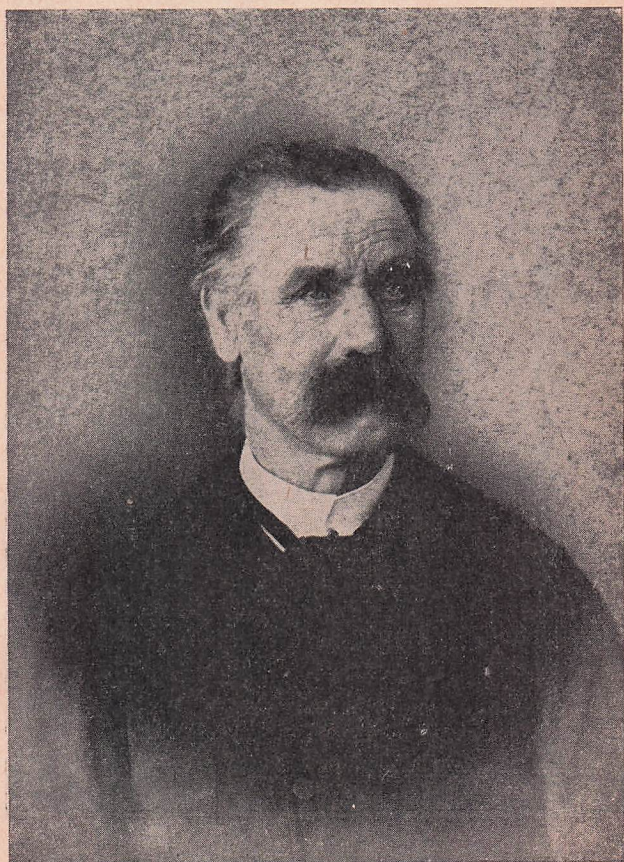
“Me contaba la buena Hna. Pastora Pirandelli, Superiora del Colegio de N. S. del Huerto, que ella pedía siempre a la Sma Virgen que me alcanzara de Dios la gracia de la vocación religiosa. Lo cierto es que insensible y dulcemente empecé a sentir deseos de ser sacerdote, con gran contento de mis cristianos padres”. Tales las palabras que escribe Mons. Orzali en sus “Memorias”.

Y la Hna. Pastora, que tanta parte había tenido en la germinación de su ideal, no lo dejó a mitad de camino: ella misma se encargó de pedir al Padre Espiritual del Seminario, el virtuoso P. José Guarda, S. J., confesor de las alumnas del Colegio y del monaguillo del Huerto, que lo admitieran como seminarista.

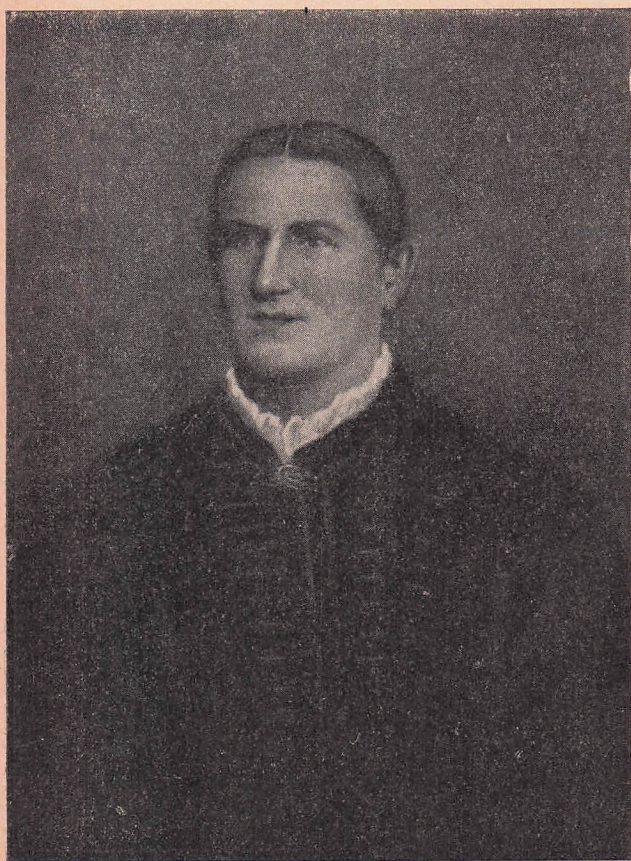
El Seminario Conciliar, fundado en 1857 ⁽¹⁾ por Mons. Mariano José de Escalada, primer Arzobispo de Buenos Aires, estaba en las afueras de la ciudad, en la llamada “Quinta de Salinas” por su dueño, D. Juan Manuel Salinas ⁽²⁾, quien hacia 1774 había construido allí una capilla, donde se veneraba a N. S. de los Dolores. Hoy ese lugar es uno de los más céntricos de Buenos Aires; pues lo limitan las calles: Hipólito Irigoyen, Rivadavia,

(1) La reforma de Rivadavia había suprimido el Seminario que existía desde la época de la dominación española.

(2) Por eso la denominación de “Las Salinas” que le da D. Rómulo J. Carbia (Mons. Aneiros, Buenos Aires, 1905) me parece menos aceptable que “Quinta de Salinas” como lo llaman otros.



Don Tobías Orzali



Doña Teresa Nicoletti

Rincón y Sarandí. La capillita de Salinas se ha transformado en la devota y concurrida Iglesia Regina Martyrum.

Desde su fundación hasta 1865 regentaron el seminario los PP. Jesuitas. Luego, instalado en calle Potosí, hoy Alsina, entre Chacabuco y Perú, pasó a manos del clero secular. En 1874 vuelve nuevamente a la "Quinta de Salinas" y nuevamente bajo la dirección de los Padres de la Compañía.

En 1865, el Presidente de la República, Gral. Mitre, con un decreto de un regalismo sorprendente pues pretende designar hasta los empleados de ínfima categoría, "establece" el Seminario Conciliar y lo dota con 25 becas. Orzali había hecho la solicitud de ingreso en diciembre de 1876, en los siguientes términos:

"Ilmo. y Revmo. Sr. Dr. Federico Aneiros, Arzobispo de esta Arquidiócesis. Ilmo. Sr.: Américo José Orzali, natural de la República Argentina, de 13 años de edad e hijo legítimo de Tobías Orzali y de Teresa Nicoletti, a S. S. I. reverentemente expone:

Que sintiéndose llamado por Dios al estado Ecclco. y demás que se requieren para principiar dicha carrera y por otra parte, careciendo de medios, humildemente suplica se digne admitirlo en el Seminario, en donde desea corresponder a tan divina vocación.

Es gracia que el suplicante espera alcanzar de la benevolencia de S.S.I. Dios guarde a S.S.I. muchos años. Buenos Aires, Diciembre de 1876 AMÉRICO JOSÉ ORZALI" (3).

Acompañaba a esta carta, un certificado del bueno de D. Lorenzo Rossi, Director del Seminario del Plata, que decía así:

"El alumno Américo Orzali, durante el tiempo que ha permanecido en este establecimiento, ha observado siempre una conducta inmejorable, tanto por su respeto hacia sus superiores como por la mucha aplicación del estudio, lo que certifico en honor de la verdad y al mérito del referido alumno. Buenos Aires, Diciembre 2 de 1876. LORENZO ROSSI".

En la Curia Eclesiástica pidieron informes al Pbro. Juan de Dios Arenas que estaba entonces a cargo de la capilla de S. Cristóbal. Y el mencionado sacerdote informó de este modo:

"CERTIFICO: que he tomado informes de toda fe que Américo José Orzali es nacido y bautizado en la parroquia de S. Nicolás de Bari de esta ciudad, hijo legítimo de D. Tobías Orzali y de Doña Teresa Nicoletti: hace unos 12 años viven en esta localidad, calle Independencia N° 482, en casa propia. Pertenece a familia pobre pero honrada y de buenas costumbres y

(3) Archivo de la Curia Eclesiástica de Buenos Aires.

él mismo manifiesta hace tiempo deseos de entrar en el estado eclesiástico y da señales parecen ser inequívocas, ya por el respeto que tiene a los sacerdotes, ya por la frecuentación de los Santos Sacramentos siempre con respeto y devoción, no menos que por la devoción a la Madre de Dios. Yo espero que con el auxilio de Dios y el patrocinio de la Virgen, si tiene la dicha de ser admitido en este sublime estado, no podrá menos de salir un buen sacerdote, útil a la Iglesia.

Y a petición de parte interesada para los fines que convenga, doy el presente que sello y firmo. Buenos Aires, Abril 30 de 1877. JUAN DE DIOS ARENAS".

Ignoramos la causa de esa considerable dilación, de diciembre a fines de abril. El hecho es que con ese informe nuestro aspirante fué al Seminario donde el P. Rector lo hizo al punto examinar, e informó al día siguiente:

"Fué examinado en el Seminario y mereció aprobación de los examinadores. Parece que es muy apto para entrar en el Seminario por su piedad. Buenos Aires, Mayo 1º de 1877. JOSÉ SATÓ, Rector".

Con este nuevo informe regresó el jovencito a la Curia. Allí se estudió el expediente y al cabo, se proveyó de la siguiente forma:

En el expediente se lee, más abajo:

"El joven Américo J. Orzali entró en el Seminario Conciliar el 24 de Mayo de 1877 para cursar latinidad. JOSÉ SATÓ, Rector".

De ese modo entraba el joven Orzali en el "Seminario de Salinas", con notable retraso. Era a la sazón Rector de esa casa de estudios el R. P. José Sató, S. J. "hombre recto y prudente y de ninguna sensiblería", dice el P. Isern⁽⁴⁾. Pero hay que añadir que era de un espíritu de sacrificio a toda prueba y que alimentaba en su alma, genuinamente sacerdotal, unas ansias de apostolado rayanas en la obsesión. Es necesario conocer al maestro para entender al discípulo. Mal podríamos interpretar la vida afanosamente apostólica de Orzali si no escrutásemos sus raíces que se encuentran precisamente aquí, en el seminario, bajo la férula, firme y suave a la vez, del óptimo Padre Sató.

(4) "La formación del Clero Secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús", Buenos Aires, 1936.

Este benemérito Jesuíta nació en Manresa en 1815. Entró en la Compañía de Jesús en 1827. En 1834 se hallaba en el Colegio Imperial de Madrid cuando se produjo la famosa matanza del 17 de julio, salvándose él providencialmente mientras sucumbían 17 de sus compañeros. Llegó a Buenos Aires en 1858 y en 1874 se le confió el cargo de Rector del Seminario Conciliar. Al frente del importante instituto educacional, pasma el ver la actividad que despliega, tanto en la formación de los clérigos como en su obra sacerdotal externa. Porque no solamente confesaba en la casa de Ejercicios, en la capilla de las Hermanas Irlandesas y en la de las Hermanas del Sdo. Corazón de Jesús, sino que siempre andaba en pos de las almas y no pasa año que no se consignen en las crónicas varias abjuraciones de disidentes en Balvanera, en la Concepción y en la Piedad por obra del Rector del Seminario.

Lo mismo dígase del P. Guarda. En 1877 acompaña a S. E. Mons. Aneiros en misión a Dolores. Más tarde, siempre en ese año, lo hallamos en Tandil, en Cañuelas, en Monte, de nuevo a la vera del celoso Prelado. Y todo esto, al margen de su labor específica de Padre Espiritual del Seminario.

Tales fueron los maestros de Orzali. Nuestro biografiado tuvo la sin par ventura de recibir lecciones no tanto de palabra sino de ejemplos de parte de aquellos santos varones. Y esos ejemplos luminosos se grabaron a fuego en su alma de niño para no borrarse jamás.

Dos meses después de entrar en el Seminario, lo admiten en la "Congregación del Beato Juan Berchmans y de la Purísima Concepción de María". El libro de socios reza así: "Américo Orzali: de 14 años, estudiante de Primer Año de Latín, entró de aspirante el 22 de julio de 1877". Y a continuación firma el nuevo congregante, envolviendo su nombre en una de esas peregrinas rúbricas que se estilaban entonces.

En ese primer Año consiguió las siguientes calificaciones: en Latín, MERITISSIMUS; en Historia Argentina, NOTABILIS, y en Inglés, MERITUS. Además obtuvo premio en Humanidades y en conducta. Al año siguiente, 1878, fueron como sigue: en Humanidades, MERITISSIMUS; en Historia Media, MERITISSIMUS y en Inglés, MERITUS. Evidentemente el inglés no era el lado fuerte de Orzali. No obstante los esfuerzos que hacía D. Martín Munro,

el profesor de esa asignatura, él nunca pudo pasar de MERITUS. También ese año le dieron premio de conducta.

Y fué en esa época cuando se le antojó trocar sus nombres. Hasta entonces había firmado: AMÉRICO JOSÉ; en adelante, siempre y hasta su muerte, firmará JOSÉ AMÉRICO, "por respeto y veneración al Patriarca San José" — dirá él más tarde.

La disciplina que el P. Sató exigía era rígida, pero matizada por diversiones que hacían llevadera la vida del Seminario. Sobre todo cuando cortó con las vacaciones en casa de los padres, tuvo que multiplicar los pasatiempos. En 1879 los estudiantes se dieron el gustazo de ir hasta Flores, nada menos que hasta Flores "¡en tranway!" — reza el "Diario" del P. Sató. Por otra parte tenían frecuentemente excursiones a la "Chacarita de los Colegiales", la antigua quinta que los Padres de la Compañía tenían para vacaciones cuando regentaban el Colegio San Ignacio, hoy transformada en el Cementerio del Oeste. En la Navidad de 1880 fueron hasta Morón "para asistir a unos juegos y cantos que los Salesianos daban al público en beneficio de la Iglesia de Morón". Pero lo que más los halagaba eran esos paseos en tren que Mons. Aneiros les había conseguido. Desde 1876 el Directorio del F. C. del Oeste les había otorgado la franquicia del uso de un coche un día por semana. Iban a donde querían y volvían por la tarde siempre por la línea del Oeste. Más tarde, se redujo la concesión a una vez cada 15 días, hasta que luego desapareció. Así solían ir a Suipacha, a San Martín, "al campo de Ramos Mejía", a San Justo.

El buen P. Rector sabía compadecer admirablemente la firmeza de la disciplina con la suavidad en los modos. El día de Reyes de 1881 con motivo de la primera Misa del P. Iturralde, los mayores se habían permitido fumar. El P. Sató lamenta el episodio en su "Diario", tanto más que hacía "cinco años que venía persiguiendo" ese vicio, para extirparlo...

Cuando alguno llegaba tarde, o se tomaba vacaciones más prolongadas de lo convenido, él apunta: "Por esta vez, bueno; pero... ne transeat!"

Para Pascua, para el 28 de junio, fiesta del Sr. Arzobispo y en otras análogas circunstancias iban todos al palacio del Prelado a presentarle sus enhorabuenas. Este siempre les daba un día de asueto, que a los muchachos sabía a gloria. Para ver la "pa-

rada" del 25 de Mayo iban y volvían a la Plaza de la Victoria " en tranway", en aquellos históricos tranvías tirados por caballos...

Para la fiesta del P. Rector, había "cuarto plato" y en 1882 le hicieron una academia de las sonadas. Al final del almuerzo, los seminaristas Rodríguez, Nicolay y Ferrand, declamaron composiciones: los dos primeros en castellano y el tercero en latín. Después Robles, Alcuri, Meyer, Fariña e Iturralde representaron "un muy bien concertado diálogo, parte recitado y parte cantado, que el Sr. Orzali, bedel de los menores, había compuesto y con mucha paciencia y diligencia ensayado". Como se ve, nuestro futuro Arzobispo de Cuyo, no sólo se destacaba en la virtud sino también en las letras. Por la tarde, otra Academia, en la que se representó el "Diálogo de habladores" de Cervantes, un sainete: "Una visita de un Inspector a una Escuela", "se exhibió un monigote jugando al trapezio" (¿precursor de los "piccoli" de Podrecca?) y finalmente se terminó la función con las ya obliteradas sombras chinescas, remotas abuelas del cine.

En el año 1879 Orzali obtiene MERITISSIMUS en Retórica, Historia Moderna y Francés y premio de conducta como siempre.

Al año siguiente: MERITISSIMUS en Filosofía y en Física y premio de conducta. El año 1882, MERITISSIMUS en Filosofía y en Historia Natural, Premio en Ética y en Conducta y ACCESIT en Historia Natural.

Su vida espiritual está concretada, creemos, mejor que en ninguna otra referencia, en las actividades de la Congregación. Ya en 1879, dos años después de haber ingresado en el Seminario, lo designan CAPILLERO de la Congregación de S. Juan Berchmans. Al año siguiente, en 1880, le dan el importante y delicado cargo de INSTRUCTOR DE ASPIRANTES. En 1881, siempre en un ascenso vertiginoso, llega a ser PREFECTO DE DEVOCIÓN y al mismo tiempo SECRETARIO. Todas estas actividades y teniendo en cuenta que en esa casa de estudios había ya muchos jovencitos que se destacaban por sus virtudes, indican bien a las claras hasta donde llegaba la confianza que los superiores depositaban en José Américo. Y si a esto añadimos que en 1882 llega a ser Presidente de la Congregación y que continúa en la Presidencia mientras estuvo en el Seminario y también cuando por enfermedad, debió estar ausente de su querida "Quinta de Salinas", nos formaremos un concepto

cabal del prestigio de que ahí gozaba el joven y talentoso clérigo. Respecto de su conducta, obtuvo OPTIME durante todos los años que estudió en el Seminario, tanto de Convictorio (Aplicación, Conducta, Urbanidad) como de clase (conducta y aplicación).

El día 10 de diciembre de 1878 firma una solicitud al Prelado para iniciar la vida clerical con la recepción de la tonsura:

“Excmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Dr. D. Federico Aneiros. José Américo Orzali, natural de Buenos Aires, alumno de Retórica de este Seminario Conciliar, de edad de 15 años y medio, hallándose por la gracia de Dios, firme en su vocación eclesiástica y creyendo no tener por otra parte obstáculo alguno, desearía recibir ya a lo menos la tonsura clerical si V. E. R. lo tiene por conveniente.

Favor que espera de V.E.R. a quien desea largos años de vida y felicidad. Su más humilde y adicto siervo, JOSÉ AMÉRICO ORZALI”.

Sólo el 4 de marzo del año siguiente, 1879, provee el Sr. Arzobispo, poniendo al pie de la solicitud: “Preséntese el miércoles: EL ARZOBISPO”. Y al día siguiente, 5 de marzo, el joven Orzali, antes de cumplir los 16 años recibía la tonsura y las cuatro órdenes menores, junto a ocho compañeros más provechosos que él.

En la “Quinta de Salinas” se estudiaba en serio. Las clases comenzaban inmediatamente después del miércoles de Ceniza (generalmente a principios de febrero) y se terminaban con exámenes públicos en los primeros días de diciembre, casi siempre para terminar con la fiesta de la Inmaculada. A presenciar los exámenes se invitaba a medio mundo. Desde el Presidente de la Nación hasta el Comisario de Balvanera, todos eran invitados por nota. Y no eran pocos los que acudían a presenciar aquellos floreos de la inteligencia y torneos del gay saber de que donosamente hacían gala los estudiantes de antaño.

Y para que se vea los puntos que calzaba nuestro biografiado, baste saber que ya en 1880, siendo novel estudiante de filosofía, fué el defensor de la tesis de Metafísica General y de Lógica y le correspondió interrogar en Geometría del Espacio. Al año siguiente, lo mismo: defendió en Teología Moral y Cosmología e interrogó en Física. El año 1882 defendió la tesis de Ética y respondió en Historia Natural.

Tengo ante mi vista un cuaderno suyo de matemáticas de 1880. Resuelve problemas de 1er. Grado con una incógnita y tiene cu-

riosidades como éstas: algunos problemas como aquél de "Dio-phantus" están redactados en latín; otro que comienza:

"Mira ese estanque: de la selva umbría
Tributo vanle a dar cuatro raudales..."

está, como se ve, en perfectos endecasílabos. ¡Y se trata nada más que del prosaico "problema de los grifos" que todos hemos resuelto en 6º grado!

Nada extraño, pues, si ya desde los primeros años lo designara el P. Sató para ser Bedel de los Menores, cargo que desempeñó siempre con singular competencia y dentro de ese marco de delicadeza que ese importante oficio requiere. El Bedel es el responsable de la disciplina de los jóvenes seminaristas en su respectiva división. De día y de noche, en casa, en el recreo, en la Iglesia, en el comedor, en los paseos: siempre los chicuelos estaban bajo la mirada paterna de aquel joven de 19 años que, no obstante su juventud, tenía toda la prudencia del viejo y la discreción del hombre maduro. Y tan bien supo cumplir su cometido que, a la vuelta de muchos años, sus antiguos subordinados lo recordaban todavía como inflexible en hacer observar el reglamento hasta en los más nimios pormenores. Recordaban cuán amante era del orden y cómo quería que reinara soberano en todo. Y cómo cuando no había quien fungiera los menesteres más humildes, ahí estaba él, escoba en mano, plumero en ristre, para trabajar y dar ejemplo a los más pequeños, de laboriosidad y de modestia. Debía mandar; pero mandaba suplicando. Debía gobernar; pero lo hacía con la sonrisa en los labios. Por eso, más que Bedel, fué siempre el hermano mayor de los seminaristas: el que alentaba a todos, ayudaba a todos y a todos encaminaba por la senda siempre áspera y empinada de la disciplina. De ahí que más de un clérigo sostuviera años más tarde que él debía su perseverancia a la bondad y trato caritativo del Bedel Orzali.

Entre tanto el P. Sató declinaba. "Como amaneciera muy atropellado de sus achaques crónicos, no pudo celebrar ni en casa ni en la capilla de las Religiosas del Sagrado Corazón..." — reza el Diario del Seminario el día 6 de abril de 1882, Jueves Santo. Pero el infatigable sacerdote seguía trabajando. El día 16 de ese mes los Padres llamaron al Dr. Llauser.

La víspera de la fiesta del Sdo. Corazón de Jesús, el 15 de

junio, el P. Sató no dijo Misa. Algo muy grave debía ser lo que le sucedía cuando el piadoso jesuita tomó esa resolución. Pero enfermo y todo se pasó toda la tarde confesando en la Casa de Ejercicios y en el Colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón. Al regreso se sentía malísimo. Fué a visitarlo al Dr. Alvarez. Le ordenó inmediatamente que guardara cama. Al día siguiente amaneció, al parecer, aliviado. Pero a mediodía empeoró y tan mal siguió que a las 22,30 le administraron el Viático y a las 23,30 entregaba su alma a Dios. Su cadáver fué expuesto en la capilla del Seminario, por donde desfiló un gentío inmenso. Muchos llevaban rosarios para hacerlos rozar con sus manos. Una comisión pidió que le dejaran la diestra fuera del ataúd para que se la pudieran besar. Los Seminaristas se turnaron para velarlo: montaron guardia de honor dos mayores y dos menores junto al féretro. El funeral fué extraordinario. Los jóvenes pidieron toda clase de adornos a la Catedral y a Balvanera y prepararon unas exequias nunca vistas. Se pidió también al Intendente, Sr. de Alvarez, que se permitiera sepultarlo en la Iglesia de Regina Martyrum. Les fué negado. Se dirigieron entonces al Presidente de la Nación. Y el Gral. Roca accedió, y durante el funeral, mientras estaba hablando el Sr. Arzobispo, llegó la comunicación. Y ahí descansan hoy, junto a los del ilustre Mons. Escalada, los restos venerados del buen P. Sató. Sendas lápidas perpetúan hoy su memoria.

En el mes de setiembre de ese año, malignas pestes asolaron la ciudad: viruela, escarlatina, etc. Los seminaristas se dispersaron. Orzali, robusto y prudente, resistió el embate del mal. Pero a principios del 83 lo vemos caer también a él. La última acta que firma como presidente de la Congregación es la del 27 de abril. En la próxima sesión la rubrica en su lugar el Vicepresidente, Luis Duprat. Era el 10 de mayo.

El morbo fatal se había cebado también en su organismo atlético. Debió volver a su casa. Vivir junto a sus padres otra vez, estudiando la teología como le fuera posible.

Se ve que no dejó los libros. Pues el 10 de Agosto de 1883 envía al Sr. Arzobispo esta solicitud:

"El infrascripto, estudiante de 1er. Año de Teología Dogmática y Moral en el Seminario Conciliar de esta ciudad, hallándose sin capellanía que pueda servirle de título de órdenes, humildemente acude a S.S.R. y le suplica se

digne conferirle una al efecto, si así lo creyere conveniente. Favor que espera obtener de S.E. Revma. el último de sus súbditos Q. B. S. M. JOSÉ AMÉRICO ORZALI" (5).

El 28 de Febrero de 1884 el Prelado dispuso: "Téngasele presente por la primera capellanía vacante y si pudiere ser, prepárese para recibir el Sº orden del Subdiaconado en el sábado antes de la Dominica de Pasión".

Y el 29 de Marzo de 1884 Mons. Aneiros confirió el subdiaconado al joven Orzali "y le adjudicó la capellanía fundada por Doña Petronila Rodríguez para Misa en la capilla de la Congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas".

Desde fines de Marzo ya no figura como presidente de la Congregación. Es elegido en su lugar el clérigo Roque Carranza. Había caído nuevamente enfermo.

Y así hubiera seguido, estudiando como podía las disciplinas eclesiásticas mientras se defendía de los asaltos de las fiebres, si acontecimientos providenciales no lo hubiesen llevado lejos, muy lejos del hogar paterno, como veremos en el capítulo siguiente.

(5) Archivo de la Curia Eclesiástica de Buenos Aires.

CAPÍTULO III

MANOS CONSAGRADAS

El 8 de Abril del año 1880 llegaba al país el nuevo Delegado Apostólico de la Santa Sede Mons. Luis Mattera, que venía a sustituir a Mons. Di Pietro en el delicado cargo diplomático. En el Seminario se le hicieron cordiales y solemnes homenajes. Los clérigos dirigidos por sus superiores, echaron la casa por la ventana: cánticos, discursos, academias... en honor del ilustre representante del Sumo Pontífice. Desde entonces el diplomático iba con frecuencia a la "Quinta de Salinas" para conversar con los Padres, visitar a los seminaristas y distraerse de sus graves preocupaciones. Allí conoció a Orzali y por medio de él a Don Tobías, su padre. Era Mons. Mattera, hombre abierto y cordial, cualidades que si cuadran muy bien en un Prelado, no siempre logran triunfar en la diplomacia. Con ese su trato llano y familiar se hizo grandemente amigo del arquitecto Orzali y de tantísimos otros, sin exceptuar al mismo Presidente de la Nación, Gral. Roca.

A mediados de 1881 el Gobierno Provincial, que aún tenía su sede en Buenos Aires, había dispuesto se celebrase un funeral en la Catedral por las víctimas de la cruenta revolución del 80. Como el Gral. Roca viera en todo esto una maniobra política de los tejedoristas, quiso parar el golpe. De ahí que, no obteniendo de Mons. Aneiros, una resolución conforme a sus deseos, recurriera al Delegado Apostólico, cuya amistad le aseguraba éxito seguro. El Presidente expuso al Delegado sus temores de que el funeral fuera la ocasión para que se reanudaran las luchas y hu-

biera nuevos derramamientos de sangre fraterna. Le pidió que interpusiera todo su valimiento para impedir los funerales. Y lo consiguió. Mons. Mattera declaró el entredicho local a la catedral metropolitana. La censura duró sólo 24 horas, tiempo necesario para que los funerales no se celebraran y el Presidente Roca triunfara una vez más de sus adversarios.

Al año siguiente, el 16 de Julio de 1882, fué consagrado Mons. Mattera en la Catedral, pues aún no estaba ornado con el carácter episcopal. A la consagración asistió el Seminario en pleno.

Por este tiempo, como el Delegado Apostólico no tuviera quien le hiciera de Secretario, había pedido al P. Santiago Costamagna, a la sazón Inspector de los Salesianos, le cediese al Clérigo Bernardo Vacchina, joven inteligente, perspicaz y virtuoso. El Inspector, deseoso de complacer al representante de Su Santidad, accedió de buen grado a lo que se le solicitaba. Vacchina fué, por obediencia, a casa del Delegado Apostólico. Pero sucedió lo inevitable, dados el carácter y la índole del joven religioso. Cuando debió asistir a las fiestas y recepciones a que Mons. Mattera no podía negarse en razón de su cargo, se sintió tan hastiado de las vanidades en que allí se veía envuelto, que solicitó reiteradamente al Prelado lo eximiera de asistir a tales veladas. Este no le prestó oídos. Pidió entonces a su superior que lo relevara. Temiendo el P. Costamagna dar un disgusto a S. E. le dijo que tuviera paciencia y esperara. Pero cuando debió Vacchina asistir a otra fiesta, en lugar de acompañar al Delegado, entre gallos y media noche desapareció del palacio, yendo a parar a su querido colegio de Almagro.

Y como por entonces el subdiácono Orzali estaba en casa de sus padres, por motivos de salud, el Delegado le pidió a Don Tobías lo dejara a su lado, donde podría hacerle de secretario y a la vez proseguir el curso de sus estudios más regularmente. El Sr. Orzali accedió. Y así fué como le tocó a nuestro biografiado, aún antes de haber podido consagrar el blanco pan eucarístico, comer el negro pan del destierro.

¡Nefasto aquel año 84! Vacante la sede episcopal de Córdoba desde 1878, ejercía el gobierno de la diócesis, como Vicario Capitular, Mons. Jerónimo Emiliano Clara, ilustre sacerdote del clero cordobés. El Gral. Roca había sustituido al Ministro Manuel D. Pizarro, católico, en la cartera de Justicia, Culto e Instrucción

Pública, con el Dr. Eduardo Wilde, protestante. Este, siguiendo la trayectoria que iniciara Sarmiento, había traído de los Estados Unidos varias profesoras para poner al frente de las Escuelas Normales para la formación de maestras. Entonces Mons. Clara publicó el 25 de Abril una carta pastoral destinada a recordar a sus fieles la sana doctrina de la Iglesia respecto de la educación: que no era lícito a los padres católicos, enviar a sus hijos a escuelas dirigidas por acatólicos como las que acababan de llegar a la docta ciudad.

Wilde urgió al Cabildo Eclesiástico de Córdoba una serie de medidas inoportunas y viciadas de nulidad por carencia de jurisdicción en el Ministro. Entonces Mons. Clara habló claramente. El 16 de Junio, publicó una segunda pastoral en la que trata con profundo conocimiento de lo que significa la libertad de la Iglesia, el alcance del *Syllabus* de Pío IX, la inconsistencia del derecho del Patronato, etc.

Desde entonces la lucha fué abierta. Manifestaciones estudiantiles en pro y en contra, Congreso de Católicos en Buenos Aires, debates en las Cámaras, las cuatro páginas de "La Unión" que vibraban de fervor religioso que encendían sus adalides con Estrada a la cabeza, destitución del Procurador Morcillo de Córdoba por negarse a iniciar causa contra el Vicario, la separación de sus cátedras de los profesores universitarios Rafael García, Nicéforo Castellano y Nicolás Berrotarán, en Córdoba y de Lamarca y Estrada en Buenos Aires, etc. Y como subrayando la actitud de Clara, Mons. Risso Patrón, de Salta, siguió su ejemplo. Y lo mismo hicieron el Vicario de Santiago del Estero, Mons. Lugones y el Vicario Foráneo de Jujuy, Doctor Cau. Y el Gobierno seguía exonerando eclesiásticos y declarándolos rebeldes.

En el mes de Setiembre, Mons. Mattera fué a Córdoba. Una vez allá, dos señoras, las de Funes y de Gavier, le solicitaron una entrevista. El Prelado accedió. Entonces se le presentó un conjunto nutrido de damas con la Directora de la Escuela Normal y algunas profesoras, rogándole les diera algún consejo que las tranquilizara, pues sus conciencias no hallaban sosiego con motivo del conflicto reinante. El Delegado les dijo que realmente no estaba preparado para una solución terminante; pero que ya que le pedían un consejo, se lo daría de buen grado. Y les explicó cómo no estaba permitido a un católico enviar a sus hijos a escuelas acatólicas.

Y que le parecía una solución el que se dirigieran al Gobierno pidiéndole declarase que con semejantes escuelas no entendía hacer proselitismo protestante y que no pondría dificultades para que el clérigo encargado por el Sr. Obispo enseñara la religión católica en ellas.

La señora Directora, Doña Francisca Armstrong, escribía, en efecto, el 25 de Setiembre al Ministro Wilde, que para levantar el anatema que pesaba sobre la Escuela era necesario "que V. E. acceda a las tres siguientes peticiones: 1º declarar en una nota particular, para que yo pueda presentarla al Sr. Obispo, que, al honrarnos con los puestos que tenemos, la intención de V. E. no era la de propagar la religión protestante; 2º permitir que se enseñe en esta escuela el catecismo católico; 3º permitir que el Sr. Obispo visite la escuela cuando él lo crea conveniente para convencerse que se cumple la segunda condición".

Copias de esta nota se enviaron a Mons. Mattera y al Ministro de Relaciones Exteriores y Culto que lo era el Dr. Francisco J. Ortiz. Este se dirigió el 30 de Setiembre al Prelado manifestándole la penosa impresión producida por sus proposiciones en el ánimo del primer Magistrado, y pidiéndole explicaciones. El 1º de Octubre, el diario oficialista "Tribuna Nacional" bajo el título "Deberes del Gobierno" publica un artículo violento. Por otra parte, casi toda la prensa no católica ardía en expresiones vehementes contra el Delegado. Doce días después y telegráficamente, desde el histórico convento de San Lorenzo, Mons. Mattera protesta contra ese artículo y solicita del Presidente un desmentido categórico. Esto el 12 de Octubre y sin referirse a la nota del Ministro Ortiz. Al día siguiente el Prelado escribía una carta particular a Roca llamándolo: "Mi distinguido General y apreciado amigo". Y le explica todo lo sucedido en Córdoba. Pero ya ese mismo día 13 recibía Mons. Mattera, del Ministerio de Relaciones Exteriores, la siguiente comunicación: "Devuelvo a V. E. su nota de fecha de ayer por los insólitos términos en que está concebida, inconciliables con los respetos que debe al Gobierno y con el carácter que V. E. inviste. Al mismo tiempo debo manifestarle que he recibido terminantes instrucciones de S. E. el Señor Presidente de la República para exigir a V. E. una contestación categórica a mi nota del 30 de Setiembre último".

Pero a manos del Gobierno llegó sólo la carta particular del

Delegado, en la que recordaba a Roca "que si no tiene su frente manchada de sangre humana, derramada dentro de las paredes de un lugar sagrado, lo debe exclusivamente a mí..." aludiendo al entredicho. Entonces el Ministro Ortiz, el día 14 de Octubre de 1884 le comunica: "En vista de la actitud asumida por V. E. en sus relaciones con el Gobierno de la República, el Señor Presidente me ordena enviar a V. E. sus pasaportes, fijándole el término de 24 horas para dejar el territorio de la Nación".

Cincuenta años cabales más tarde, el 14 de Octubre de 1934, otro Presidente, también General de la Nación, pronunciaba la oración más impresionante que vibrara jamás en el Plata y Jesús Eucaristía y el Legado Papal recibían de dos millones de fieles el homenaje más grandioso que se les haya tributado en el Nuevo Mundo. ¡Cosas de la Divina Providencia!

El Prelado contestó por "La Unión" protestando por la "injusta e injuriosa medida adoptada por el Gobierno Argentino". Y partió. Se dirigió a Montevideo. Porque es de saberse que Mons. Mattera no era solamente Delegado Apostólico y Enviado Extraordinario para la Argentina sino también para el Uruguay y Paraguay. Junto al Prelado, siempre fiel y generoso fué también el Subdiácono Orzali. Viajaron en el "Villa del Salto". En las playas orientales los esperaban Mons. Soler, Zorrilla de San Martín y una multitud de fieles que le formaron un cortejo de 200 carruajes.

Se alojaron en el Colegio S. Luis, regentado por las Hnas. del Huerto, en un paraje llamado Pantanos y actualmente Conciliación, donde el Delegado esperó que Roma se pronunciara. La Santa Sede aprobó su conducta. El 25 de Enero de 1885, el Secretario de Estado, Mons. Jacobini, remitía una enérgica nota a Buenos Aires, recalcando la desconsideración con que se trataba al Enviado Extraordinario y el agravio que ello significaba para la Silla Apostólica.

El clérigo Orzali entre tanto estudiaba y ayudaba a su superior jerárquico en todo. Se había conquistado el aprecio de Monseñor. Era tan ordenado, metódico y minucioso y se había hecho cargo tan bien de todo lo concerniente a su oficio, que el Prelado no lo cambiaba por nadie. En Montevideo era, pues, feliz. Pero "cosa cumplida, sólo en la otra vida". A los pocos meses de estar allí comenzó a recibir noticias alarmantes respecto de la salud

de su buena madre. Hasta que se determinó a volver a Buenos Aires para asistirle. Cuando llegó, la encontró postrada. Una hipertrofia al corazón minaba su existencia. El joven clérigo la atendió como sólo puede hacerlo quien, como él, nutría tan afectuosa devoción hacia el ser que más amaba sobre la tierra. Y el 5 de Marzo le cerraba los ojos: su madre había fallecido... Una vez inhumados sus restos en la Recoleta, volvió triste y acongojado a Montevideo.

Allí se preparó para la recepción del Diaconado que su mentor y maestro, Mons. Mattera, le había prometido conferirle. Y el 30 de Mayo de 1885, vigilia de la fiesta de la Sma. Trinidad, en la Iglesia de la Inmaculada Concepción de la capital uruguaya, recibía Orzali la estola cruzada y con ella la potestad de ejercer el orden diaconal.

Pocos días después, el 14 de Junio, en el buque "Congo" partían Mos. Mattera y su fiel secretario rumbo a Roma. El 18 estaban en Río. Allí el joven argentino tuvo ocasión de visitar la capital carioca y de conocer *de visu* al emperador. Dos días estuvieron en Río y en ese tiempo se alojaron en el convento de los PP. Capuchinos. Sólo el 6 de Julio llegaron a Lisboa, donde la cuarentena les impidió desembarcar. Y finalmente el día 9 de Julio arribaban al puerto francés de Pauillac. De allí se dirigieron a Burdeos y luego a Bayona, donde se alojaron en el Palacio Episcopal. De esa ciudad partieron para Betharram. Los acompañaba el General de los PP. Bayoneses, P. Etchecopar, cuya causa de beatificación está hoy en curso. En Pau se detuvieron en la casa Madre de los Bayoneses. Ahí pasaron hasta terminar el mes de Julio. El 31 partían de Betharram para Lourdes, donde permanecieron hasta el 2 de Agosto. Luego visitando Marsella, Mónaco, Ventimiglia y Génova, llegaron a Pisa. En esta ciudad permanecieron cuatro días. El 8 de Agosto llegaban a la Ciudad Eterna. Se alojaron en el Palazzo Pamphily Doria, Plaza Novona N° 13.

Y siete días después, el 15 de Agosto, tuvo Orzali la dicha de conocer a Su Santidad León XIII, quien los recibió en audiencia privada. Ahí le ocurrió un percance inesperado. Cuando Mons. Mattera lo presentó al Sumo Pontífice, éste le dirigió afectuosas palabras. Y al ver que el joven argentino no le decía nada, lo instó: —"Parla, caro figlio, parla"... Pero el clérigo permanecía

mudo. Y tuvo que retirarse de la audiencia sin haber podido articular palabra. ¡Tan grande fué la impresión que le produjo la figura ascética del Papa que lo dejó como mudo! Muchos años más tarde narrará a sus religiosas esta profunda emoción que lo embargó en su primera entrevista con el Jefe de la Iglesia.

En los días subsiguientes tuvo oportunidad, siempre acompañando al Arzobispo Delegado, de conocer a los Cardenales: Bianchi, Parocchi, Monaco la Valetta, Czachi, Saccone, Metel, Ledochowski y Jacobini, así como también a la princesa Odescalchi. Al mismo tiempo visitaba las Basílicas Romanas y los numerosos templos de la ciudad en que rivalizan tan admirablemente el arte con la piedad cristiana.

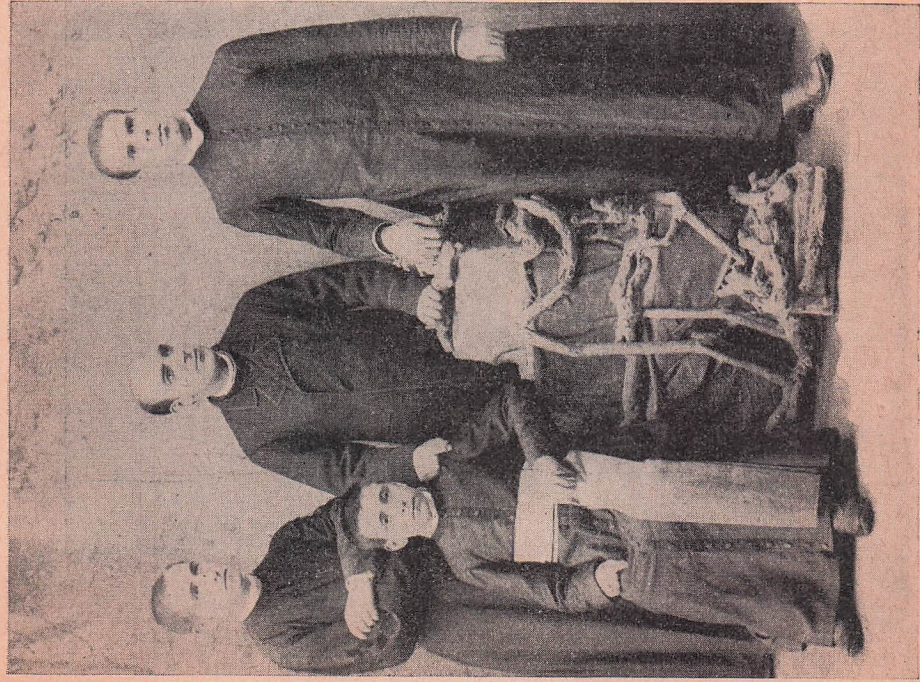
Los peregrinos consagraron la segunda mitad de Agosto a recorrer las rutas "dei Castelli Romani" tan llenas de recuerdos y de mil novedades para el turista. Las catacumbas fueron objeto de especiales visitas. Entre tanto el Diácono se entregaba también al estudio; porque Mons. Mattera habíale dicho que lo ordenaría para las témporas de Adviento, pero antes, era forzoso rendir examen de indoneidad ante el Vicariato de Roma.

Nuestro clérigo estudiaba, pues, firmemente a la vez que visitaba las maravillas de la "Eterna Città" y sus alrededores. Una de las impresiones profundas que recibió, precisamente en Tívoli, fué admirando la cascada de Gregorio XVI y las grutas de la Sirena y de Plutón. Más adelante, ya apremiado por la teología, sólo visitaba los museos vaticanos y su biblioteca.

Finalmente, el 24 de Noviembre, rindió en el Vicariato de Roma, el examen de suficiencia para ser ordenado sacerdote. Fué aprobado.

Desde entonces dedicó su tiempo preferentemente a aparejarse como convenía a la recepción del orden presbiteral. Mons. Mattera le consiguió de León XIII la dispensa necesaria; pues contaba sólo 22 años y no los 24 que exigían los cánones.

Y el sábado 19 de Diciembre de 1885, en la capilla del Colegio Pío Latino Americano, que entonces todavía funcionaba en el antiguo noviciado de la Compañía de Jesús, en Sant'Andrea al Quirinale, recibía el presbiterado de manos de S. E. Mons. Luis Mattera, con asistencia del Superior General de los PP. Jesuitas y de todos los seminaristas argentinos. Y el 25 de Diciembre, día de la Navidad, cantaba su primera Misa en la célebre Iglesia de



En Roma, (1887) rodeado de los seminaristas argentinos que él llevó. De pie, a la izquierda, Santiago Luis Copello, actual arzobispo de Buenos Aires, Pablo F. Laucello, Vicente Ferreyra, Antonio Machioli, Martín López e Ignacio Paso Viola, cura rector de Santa Lucía

José A. Orzali, Teniente Cura de La Piedad



Orzali, seminarista, con su hermano Ignacio

Santa María de Vallicella, de los PP. del Oratorio de San Felipe Neri. Padrino de altar fué Mons. Mattera, representado por el Vicario Gral. de Montevideo, Mons. Mariano Soler. Como diácono actuó el Pbro. salteño Máximo Figueroa y como subdiácono, D. Estanislao Soler, ambos alumnos del Pío Latino.

Huelga decir con qué transporte de sentida piedad y de profunda unción religiosa celebró el Pbro. Orzali su primera Misa. En esos momentos inefables recordó a todos: a su santa madre, cuya desaparición había abierto en su alma una herida que jamás se había de cicatrizar, a su padre y hermano, a la Hna. Pastora, al P. Truccano y a todos los superiores y compañeros que compartieron las alegrías de la vida estudiantil en el Seminario de la Quinta de Salinas. Recordó sobre todo al P. Sató, cuya vida apostólica se había grabado tan hondamente en su corazón que será durante toda su vida sacerdotal la estrella que lo guíe y el acicate que lo impulse al sacrificio y a la abnegación de sí mismo.

Ya Orzali es sacerdote. Tiene sus manos consagradas. Ahí está: en la Ciudad Eterna. Sus ojos avizoran el horizonte. Y a través de los mares, los tiende hacia su patria. Allá lejos, muy lejos, está la Argentina, con sus esperanzas de gran país y con sus temores por su porvenir. Allá están los huesos de su madre, allá sus amigos, su Arzobispo, sus camaradas, sus viejos maestros: todos sus afectos. Hacia allá, pues ha de dirigir sus pasos, pese a las sollicitaciones del amor propio que lo incitan a quedarse para seguir su carrera diplomática que le ofrece Mons. Mattera. No. El se debe a la Argentina. Vivirá pobre y sin brillo; pero sus energías juveniles, su mente y su corazón serán todos para esa nación donde plugo a Dios que naciera y donde un día piensa morir...

CAPÍTULO IV

EN LA PALESTRA DE LOS FUERTES

¡Días inolvidables aquéllos que siguieron a la ordenación! El joven sacerdote iba hora tras hora acrecentando su fervor a medida que se familiarizaba con las ceremonias del sacro rito. El 26 celebró en el altar de la confesión en la Basílica de San Pedro. El 27 en el de la Basílica de San Pablo. El día de Inocentes, sobre los restos mortales de San Felipe Neri, en Santa María in Vallicella. Al día siguiente, sobre los de San Luis de Gonzaga. El día 30, en el altar donde está el cuerpo de S. Juan Berchmans. El último del año celebró en el altar del fundador de los PP. Jesuítas. Y entre el 1º de Enero de 1886 y el día 9, distribuyó sus misas entre los lugares históricos más caros a su corazón. Finalmente, el sábado 9 de Enero a las 22,05 emprendía viaje de regreso a su patria. El 10 de Enero llegó temprano a Florencia y celebró en el famoso Duomo de Santa María dei Fiori.

De Florencia a Lucca. En la estación de esta ciudad lo esperaban su tío Domingo, hermano menor de Don Tobías, el señor Cura de Dezza y Alejandro Lazzari. Rezó Misa en la catedral de Lucca y por la tarde siguió viaje hacia el pueblo natal de su padre, Diécimo. Llegó a las 16. Grande fué la emoción del joven sacerdote cuando, al descender del convoy, oyó que echaban a vuelo las campanas del pueblecito paterno. De Diécimo pasó a Dezza y ahí no quisieron ser menos corteses, haciendo resonar también los sacros bronce en honor del huésped argentino. En Dezza se alojó en la casa de su tío Domingo. En los días subsiguientes habitó unas veces ahí y otras en la casa rectoral de Dezza.

El domingo 17 fué memorable. ¡Con qué transportes de piedad cantó Orzali la Misa en el pueblo de su padre! ¡Cuánta emoción al enlazar en el recuerdo afectuoso a su padre que suspiraba por él allende los mares y a su madre, a quien Dios no le había concedido la dicha de ver a su “Ameriquito” sobre la tarima del altar!

Hasta el día 8 de Febrero pasó en los pueblos de sus padres. Ese día, a las 9.30 partió en tren con destino a Lucca, acompañado de su tío Domingo, del Sr. Cura de Dezza y de Alejandro Lazzari. Ahí se despidió de sus parientes y amigos y emprendió viaje hacia Génova.

Una vez allí, el joven sacerdote, guiado quién sabe por qué arcanos designios, dejó sus maletas en el hotel, tomó el tren y enderezó hacia los Alpes, rumbo a Turín. Y ahí tuvo la suerte de encontrar lo que buscaba... Porque Orzali iba nada menos que en busca de un Santo. Y lo vió, le habló, recibió sus consejos. Ahí en la gran ciudad del Po, el joven argentino pudo dialogar con S. Juan Bosco. Cuarenta y tres años más tarde podrá decir:

“Hemos tenido la dicha de verle en el principio de nuestra vida sacerdotal. Le hemos tratado de cerca en Turín. Hemos escuchado sus consejos y sus palabras de aliento para la iniciación de las tareas ministeriales. No podemos olvidar la impresión tan fuerte y tan atrayente que causaban su aspecto y su conversación. Pero nada de extraordinario aparecía en él. Un sacerdote fervoroso en el altar. Asiduo en el confesonario. Apostólico en el púlpito. Amante de los niños, sobre todo de los abandonados moralmente. Trabajador incansable. Siempre bondadoso, amable y caritativo. Nada de especial con excepción de esto: hacer bien todas las cosas, de todos los días, en todas las circunstancias que a todos siempre ofrece la Divina Providencia”. (Pastoral del 11 de Octubre de 1929).

Luego volvió a Génova. Y allí se embarcó para regresar a su patria. El 10 de Marzo de 1886 aparece en el diario “*La Unión*” que dirigía D. Alejo de Nevares, la siguiente noticia:

“El Pbro. D. AMÉRICO ORZALI. Este joven y distinguido sacerdote argentino llegó ayer de Roma, donde ha tenido la felicidad de cantar su primera Misa. Saludamos al Pbro. Orzali y hacemos votos porque sus virtudes y mediante el auxilio de la Divina Providencia, le den un resultado fructífero en el ejercicio de su augusto ministerio”.

Y *La Buena Lectura* que dirigía el P. Rasore:

“El Pbro. AMÉRICO ORZALI. El 9 llegó de Roma este joven e inteligente Presbítero, a donde fué acompañando a Mons. Mattera. En la Ciudad

Eterna recibió el orden del presbiterado y allí mismo celebró su primera Misa. Damos la más cordial bienvenida al nuevo sacerdote y hacemos votos por que obtenga la victoria en la lucha encarnizada que hoy más que nunca debe sostener el ministro de la fe en medio del mundo”.

Así entraba en la Capital argentina el joven Orzali: silenciosamente. No había cumplido aún los 23 años y ya retornaba a su tierra ungido con el óleo de los levitas. Era alto, imponente en su porte, amable en su aspecto, de rubios cabellos ensortijados, ojos pardos muy suaves, manos largas, como tendiéndose siempre en un gesto perenne de generosidad, muy aliñado en su atuendo pero sin afectación, poseía el garbo fácil de la nobleza sin haber atisbado los estrados de la aristocracia. Era naturalmente bello en sus años mozos. Luego el tiempo, que todo lo aja y lo marchita, se encargará de borrar de su varonil apostura muchos de los rasgos que constituyen la esencia de la belleza física. Pero lo que los años no le podrán robar, serán los rasgos morales de su alma extraordinariamente hermosa; pues a medida que pase el tiempo, lo veremos cada vez más cerca de la plástica belleza moral del santo.

En el muelle lo esperaban su padre y su hermano Ignacio. Huelga decir la de abrazos que se dieron con ambos. Luego, con los ojos humedecidos por la emoción, se dirigieron a su casa. Al entrar, el hijo sacerdote notó que allí faltaba algo. Algo muy grande, algo que colmaba de alegría y de encanto la vieja casona: la madre... José Américo no dijo nada. Ahuyentó el recuerdo querido y comenzó a narrar a su padre sus andanzas por Diécimo y Dezza. Luego prepararon el programa para los primeros días: su primera Misa sería, naturalmente, en la capilla de las Hermanas del Huerto. El mismo Orzali nos narra los pormenores del día memorable: “Ante esa Imagen...tuve el consuelo de celebrar mi primera Misa al regresar de Roma, terminada ya mi carrera y ordenado sacerdote en la Capilla del Colegio Pío Latino Americano, y el celebrarla con todos los privilegios de Primera Misa, que me concediera León XIII en la visita de despedida que se dignó concederme. ¡Cuanto gozó entonces la buena Madre Pastora! ¡y la inolvidable Vicaria Felicitas! ¡y las Hermanas que me habían conocido desde pequeño! ¡Cuánto gocé yo también, al verme rodeado en ese instante feliz de mi vida, por esas santas religiosas, a cuyas oraciones sin duda debí el terminar felizmente

mis estudios y poder ser ordenado sacerdote! Sólo había un vacío muy grande y muy hondo: el dejado por mi buena madre, la íntima amiga y confidente de la Madre Pastora. Pero sin duda, desde el cielo tomaba parte en nuestra común alegría”...

¡Qué satisfacción no habrá experimentado el joven sacerdote en esos días inefables dando, con sus manos consagradas, la Hostia santa, a su padre, a su hermano, a las religiosas que lo vieron mil veces ayudar Misa en la Capilla del Huerto! Seguramente un placer sólo comparable al que disfrutó el buen P. Truccano, el que guió sus primeros pasos hacia el Santuario, cuando le asistió su Primera Misa y tejió las glorias del sacerdocio, en uno de esos medulares y sabrosos discursos, desprovistos de galas retóricas pero densos de piedad y de amor de Dios.

Y estaba de Dios que la capilla del Huerto sería el palenque de todos sus estrenos. Cuando llegó la Semana Santa, un mes después de su arribo al suelo natal, al P. Orzali le tocó predicar el sermón de agonía, el viernes santo, a media tarde, precisamente en ese templo donde él fungiera de monaguillo. El recinto estaba de bote en bote. Una numerosa concurrencia “atraída por el celo del P. Truccano” —como dice “La Unión”— no menos que por la novedad de aquel presbítero (etimológicamente: anciano) de 23 años que enarbolaba por vez primera el verbo de Dios como una bandera de redención que no arriará ya jamás mientras las piernas lo puedan tener sobre las cátedras sagradas, mientras su voz se alcance a oír por los fieles y mientras pueda su diestra levantarse aún para señalar rumbos a los cristianos.

Llegaba el P. Orzali cuando en el firmamento de la elocuencia argentina, brillaban como astros de primera magnitud; el jesuita P. Camilo Jordán y los dominicos fray Modesto Becco y Fray Marcolino del Carmelo Benavente; cuando la santidad del P. Redentorista Loyódice arracimaba las turbas siempre ávidas de vida espiritual, cuando clérigos talentosos como el Canónigo Milcíades Echagüe y Juan N. Terrero polarizaban simpatías a su derredor, cuando el laborioso Provisor y Vicario General del Arzobispado, Mons. Mariano Espinosa realizaba ese fecundo apostolado que conocemos, cuando Mons. Aneiros, el ilustre y venerado Pastor de la Arquidiócesis, desplegaba una actividad tan asombrosa que escribía hasta dos pastorales en una semana ⁽¹⁾ para defender los

(1) Ver “La Voz de la Iglesia”, noviembre de 1886.

derechos de Dios y de su santa Iglesia, amenazados por una ola de liberalismo que aterraba. En ese momento crucial de la historia argentina, cuando se implantaba el Registro Civil, se secularizaban los cementerios y se instituía el matrimonio civil, aparecía nuestro biografiado en toda la lozanía de su juventud y con todo el fervor de sus primicias sacerdotales.

Pasó la "luna de miel" de su sacerdocio haciendo el bien, como sabe hacerlo quien está lleno del espíritu de Dios. Su visita al querido Seminario "de Salinas" aprovechó grandemente a sus buenos amiguitos de cuando él era bedel y a los nuevos seminaristas que crecían "*sicut novellae olivarum*" alrededor del P. Rector. Todos se sintieron más firmes en su vocación y se afianzaron en sus propósitos cuando admiraron la gallarda apostura, no menos que la nativa modestia de ese nuevo sacerdote que, a semejanza del Divino Maestro, parecía que irradiaba virtud, una virtud que si no curaba los cuerpos como la de Jesús sanaba las almas, edificando a sus semejantes.

Mons. Aneiros ansiaba como nadie, buenos y dignos operarios para su mies, harto necesitada de quienes la cultivasen, sobre todo en esa época que parecía la auténtica hora del poder de las tinieblas. Por eso, al abrazar a su benjamín en ese otoño promisor, gozó inmensamente. Había muchas parroquias que se disputaban al nuevo sacerdote. El Sr. Arzobispo lo envió como Teniente Cura de la Piedad. Ahí estaba como Párroco Don Apolinario Larrosa, hombre tan anciano y achacoso que cuando al año siguiente el Prelado le ofrezca el título de Canónigo Honorario, él renunciará porque "siendo un sacerdote viejo, mi edad no me permite, etc.", razones que Mons. Aneiros desestimaré. El P. Lértora, en su apunte sobre Mons. Orzali dice: "El Párroco, enfermo y de edad muy avanzada y las distintas congregaciones allí establecidas, resentidas en su espíritu y poco menos que agonizantes".

Se necesitaba, pues, un hombre no sólo lleno de vigor físico sino más que nada, pleno de celo sacerdotal y de fervor religioso. Porque hay que saber que en esa época el amplio templo románico que hoy levanta sus torres en la calle Bartolomé Mitre y que todos conocen con el nombre de Iglesia de La Piedad, estaba en construcción. Y todos sabemos las mil solicitudes que reclaman y preocupaciones que cuestan las construcciones, máxime si deben hacerse a base de limosnas y dádivas de los fieles, sobre todo cuan-

do se verifica el conocido apotegma de que "los templos se hacen con las promesas de los ricos y las limosnas de los pobres".

En los archivos de la Curia no hemos dado con el título de Teniente de la Piedad. En los libros parroquiales de la Piedad, lo encontramos dando el primer bautismo el día 5 de Julio y bendiciendo el primer matrimonio el día 10. Y desde entonces, casi todos los realizados en ese año correrán por su cuenta. Durante ese primer año de ministerio, Orzali procuró estudiar, observar, perfeccionarse en el difícil arte de administrar la gracia y de dirigir las almas. De entrada nomás debió dedicarse al ministerio de las confesiones. ¡Sería impresionante ver a ese joven que no había cumplido 24 años, inclinado sobre el lecho de un anciano sugiriéndole las palabras de arrepentimiento que le granjearan la dicha eterna! Al principio le costó no poco la asistencia a los moribundos. Cuando salía con los óleos, solía ir pensando: —¿Cómo me recibirá? ¿Qué le diré para introducirme? Pero luego, a fuerza de vencerse se acostumbró a tratar con enfermos recalcitrantes y, lo que es más difícil, con parientes excesivamente preocupados de que "el pobrecito no se vaya a asustar"...

Dos cosas lo trajeron desde el principio de su vida sacerdotal: el confesonario, que ya no dejará sino cuando las fuerzas lo abandonen a él. Y los niños. ¡Con qué placer el joven Orzali, imitando al P. Truccano y al P. Fanego, se ponía diariamente delante de ese puñadito de chicuelos del barrio para repartirles el pan saludable de la doctrina cristiana! Tuvo desde entonces una seria preocupación por los chicos, porque sabía que ellos eran la esperanza de la patria, las delicias de Jesús y la niña de los ojos de la Iglesia.

El 1º de enero de 1887 fué ascendido. Pasó a ser Teniente primero. Con la experiencia adquirida en esos meses de activo ministerio, ya el P. Larrosa pudo confiarle nuevas atribuciones y lanzarlo más de lleno al campo, siempre dilatado, del apostolado sacerdotal.

Y desde entonces cayó sobre los hombros, anchos y recios del P. Orzali, casi toda la responsabilidad del gobierno parroquial, porque cuando el Canónigo Larrosa se percató de que estaba en presencia de un excelente cura de almas, y que no obstante no haber cumplido aún los 24 años, tenía una prudencia y un dominio de sí mismo que bien quisieran para sí muchos

con el doble de años, no titubeó en descargar sobre ellos, como quien apoya sobre firmes pilares una enorme cabriada, el peso ingente de la dirección de las cofradías, de la cura de los enfermos, de la atención de la doctrina cristiana, de la predicación y del confesonario.

Así maduró, en plena juventud, el criterio macizo del párroco. La Providencia quiso que las circunstancias lo llevaran a vivir apresuradamente. Como si temiera que el tiempo se le fuera de entre las manos. Como si amenazara cerrársele el horizonte y hacérsele la noche a media mañana. ¡Y era que el celo ardentísimo que inflamaba su corazón de genuino ministro de Cristo, lo urgía, como a San Pablo, a vivir precipitadamente a fin de conquistar muchas almas para Dios y volver muchas ovejas al aprisco!

El Canónigo Larrosa lo miraba con cierto recelo. Orzali entraba de lleno en el siglo del dinamismo. El, en cambio, era hombre de otros tiempos. Nacido en 1822, vivía aún el ritmo de la colonia; mientras su Teniente representaba a los criollos, hijos de "gringos", crecido entre los resplandores por momentos alucinantes del siglo de las luces, que le imprimía un sello nuevo a su acción social y religiosa.

El P. Lértora ha escrito ⁽²⁾: "El venerable Don Apolinario Larrosa solía decir: Es infatigable. Nadie se explica de dónde saca fuerzas y tiempo para realizar tantas cosas. Su sueño se reduce a unas pocas horas y a las cuatro de la mañana ya está en pie recorriendo, plumero en mano, el templo y la sacristía".

Dos acontecimientos a cual más serio que fueron como el muro donde se prueba la fuerza del ariete, debió afrontar el joven Teniente de La Piedad. Precisamente cuando él asumía su nuevo cargo estalló, espantoso y aterrador, el cólera en Buenos Aires. Los diarios de la época dedican una parte principal de su espacio a "Salud Pública"; y ahí se ven las listas de los infectos, aislados, reclusos en lazaretos y muertos. Y junto a las listas de la Capital los diarios publicaban los telegramas de las provincias, con lo que el cuadro de dolor era más impresionante. Y así por meses y meses. Entonces no había vacunas preventivas, ni penicilina ni sulfamidas. Los buenos galenos luchaban valientemente con las rudimentarias armas que entonces tenían. Y al

(2) "El Rosal", mayo 1936.

lado de ellos, el sacerdote, consolando a los deudos y ayudando a bien morir a los apestados, con inminente peligro de su vida. En ese clima de dolor y de ansiedades le tocó hacer sus primeras armas al P. Orzali. Valiente por temperamento y audaz hasta el extremo por su profesión, nunca dijo que no cuando de visitar infecciosos se trataba. Tomaba su maletín, se persignaba devotamente... y salía. A veces debía romper el cordón sanitario. Los agentes de policía, cuando regresaba, le hacían una reverencia desde lejos... y admiraban su celo heroico.

El otro acontecimiento, quizás mucho más doloroso para el corazón del joven Orzali fué la sanción de la ley del matrimonio civil. El Prelado Diocesano habíase jugado entero por defender los derechos de la Iglesia. Pastorales, notas al Congreso, discursos, plegarias, asambleas: todo lo había ensayado Mons. Aneiros con un ardor de genuino apóstol. En el parlamento, los líderes católicos encabezados por José Manuel Estrada, se debatían como leones. Pero contra la fuerza de la razón estaba la razón de la fuerza. El Dr. Eduardo Wilde, ahora Ministro del Interior, seguía en su campaña laicizante. El Dr. Filemón Posse que años antes había firmado un manifiesto contra la ley del Matrimonio Civil de Nicasio Oroño, ahora era Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública y propugnaba la temida ley.

¿Qué hará nuestro joven y ardimentoso Teniente de la Piedad? No se cruza de brazos. Cuando ve a su pastor luchando como un atleta en la arena, él también baja a ella: predica, habla, mueve a las juventudes católicas entre las cuales comenzaba a actuar su hermano Ignacio. Y escribe. Nos admira hoy a la vuelta de 60 años cabales, el leer ese folleto que escribe Orzali, con espíritu lleno de fervor, cuando apenas tenía 25 años. Lo tituló Matrimonio Civil y es un alegato en favor de la estabilidad de la familia y del mantenimiento del carácter de sacramento para el matrimonio.

Y no es sólo el folleto que nos ocupa lo que escribe. En esta época y hasta que en 1890 se extinguió el diario de Estrada, LA UNIÓN, Orzali fué un colaborador entusiasta y constante. Comprendió desde un principio que la hora era decisiva y que había que emplear todos los medios para defender los sagrados ideales de su alma. Y ni su inexperiencia, ni su falta material de

tiempo fueron parte para impedirle colaborara en el batallador periódico cuyas amarillentas colecciones están en los archivos como un monumento de sacrificios para decir a las generaciones por venir lo que supieron hacer nuestros padres en defensa de la verdad católica.

En este tiempo se funda también una nueva escuela católica, sostenida por la Sociedad "Juventud Católica". Tesorero de la misma fué Ignacio Orzali. Tenía su sede en calle Piedad 1121, lo que nos da a entender que José Américo andaba como sal en salmuera en todo este brioso movimiento juvenil.

Por este tiempo tenía Ignacio una agencia de suscripción a revistas y periódicos extranjeros, titulada "La Argentina". En el mes de mayo el Dr. Alejo de Nevares instituye una Sociedad Anónima con un capital de 200.000 pesos y eleva la diminuta agencia de Orzali a la categoría de una gran Librería, Papelería y Santería que abrió sus puertas en calle Victoria entre Perú y Chacabuco el 25 de mayo. Creemos que en este asunto anduvo también la mano y el corazón de P. Orzali.

Huelga decir que los fieles de La Piedad lo querían cordialmente. El mismo Mons. Aneiros escribía: "Los feligreses deplorarán si se separa de ese puesto que ha ilustrado con su celo y virtudes" (3).

El 8 de agosto de 1888 "La Unión" trae el siguiente suelto:

"La IGLESIA DE LA PIEDAD. Después de haber permanecido interrumpida durante largo tiempo la obra de la Iglesia de la Piedad, ayer los albañiles dieron nuevamente comienzo a proseguirla con actividad, por haberlo así dispuesto la Comisión de vecinos que existe con ese fin.

La Comisión ha luchado siempre con lá falta de recursos para terminar la Iglesia de la Piedad, que una vez concluída, no trepidamos en afirmar, será un verdadero monumento y la mejor Iglesia que hay entre nosotros".

El Canónigo Larrosa y la Comisión habían puesto, desde luego, el contributo de su mejor voluntad para realizar el ideal suspirado. Pero el hombre que con su dinamismo y su tenacidad pudo hacer reanudar las obras fué el Teniente Orzali. Las obras del templo tardarán muchos años aún para terminarse. Hoy la silueta clásica de la Iglesia de calle Bartolomé Mitre es realmente un alarde de buen gusto y de técnica arquitectónica. Na-

(3) Manuel J. Samperio: "Santa Lucía. Apuntes históricos", pág. 42.

da hay que recuerde las preocupaciones, los esfuerzos generosos, los sacrificios ignorados de Orzali por construir la casa de Dios. Pero el Señor no habrá olvidado, en el día del "Euge, serve bone", de galardonar con creces al obrero infatigable que parecía haber puesto alas a los hombres y espíritu a la materia para que se levantara hacia los cielos.

En estas cosas andaba Orzali cuando lo sorprendió una escuela de Monseñor Aneiros citándolo al palacio arzobispal. El capítulo siguiente nos dirá para qué el Prelado llamaba al joven Teniente de la Piedad.

CAPÍTULO V

SOBRE "LA CALLE LARGA"

A fines del siglo XVIII, había en Barracas, junto a la vasta y señorial quinta del famoso Alcalde de primer voto D. Martín de Alzaga, una capilla pública dedicada a la Virgen y Mártir Santa Lucía. Habíala construído, a mediados de siglo, D. Juan Antonio de Alquizaleté en su quinta que estaba entonces "en los confines de la ciudad, en la derexera de la calle nombrada Sta. María, a distancia de catorce para quince cuadras de la barranca del río".

Para las fiestas de Santa Lucía de 1783, el Párroco de la Concepción, Pbro. Antonio de los Ríos, a cuya jurisdicción pertenecía el oratorio, ejecutaba un decreto del Obispo de Buenos Aires, Fray Sebastián Malvar y Pinto, por el que se erigía la capilla de Santa Lucía, en Oratorio Público. En 1794 Doña María Josefa de Alquizaleté, heredera de D. Juan Antonio, consigue ampliar "diez varas en longitud y siete en latitud" la capilla. Y desde entonces Barracas al Norte tuvo su capellán, siendo el primero el Pbro. Santiago Rocha. En 1798 D. Francisco Salvio Marull compró las "catorce cuadras y tres cuartos de otra cuadra" que formaban la quinta de Alquizaleté. Y el 27 de febrero de 1800 funda una "capellanía laical y memoria de misas, asignándole por dotación dos mil pesos anuales".

En 1806 se crea el Curato de San Telmo. Barracas fué así una dependencia de la nueva parroquia, de acuerdo al deslinde que hizo el Obispo Mons. Benito de Lue y Riega el 31 de mayo.

La quinta "Santa Lucía" pasa en 1822 a ser propiedad de D. Antonio Modolell quien falleció en 1873; pero ya once años antes, en 1862, había vendido el inmueble a D. Teodoro Anselmo Serantes. Huelga decir que todos los propietarios demostraron profunda veneración a la gloriosa santa y conservaron celosamente las prerrogativas con que los Prelados habían enriquecido la humilde capilla. En 1882 acaece la muerte de la esposa de Serantes, que sobrevivió a D. Teodoro. Entonces la quinta se adjudica, en partes iguales, a cuatro herederos. Pero en 1884, Doña Nicolasa Serantes de Vaca Guzmán compró las partes de sus hermanos y quedó propietaria exclusiva de la histórica quinta, si bien todos cuatro siguieron considerándose Patronos de la Capilla.

A todo esto en 1870 había llegado de Roma, laureado en Teología y en Derecho, un clérigo que había de llenar con su nombre, su laboriosidad y sus virtudes, casi un cuarto de siglo de historia de Barracas. Era el novel sacerdote Antonio Espinosa, porteño de nacimiento, pero cosmopolita por su amor a todos los inmigrantes que desembarcaban en Buenos Aires. Al llegar a su patria, lo pusieron de capellán de Santa Lucía. El hombre trabajó bien. Se hizo querer. Generoso por temperamento, se prodigaba sin tasa. Y llegó a amar tanto esa barriada fangosa que caía más allá de las barrancas del Sur de la Capital, que prefería su querido pueblo barraqueño y a la humilde iglesita colonial que levantaba su campanita "junto a la calle Larga" a cualquier parroquia aristocrática. Así se explica como el futuro gran Arzobispo de Buenos Aires, cuando lo nombran Secretario General del Arzobispado, En 1871, sigue siempre fiel a sus feligreses del Sur. Cuando de agosto de 1875 a febrero de 1876 fué Párroco Interino de la Merced, no veía la hora de volver a Barracas. Y cuando en 1878 es elevado a Provisor y Vicario General del Arzobispado, Mons. Espinosa sigue siempre morando en las humildes habitaciones contiguas a la Capilla de Santa Lucía.

Y así veinte años. Y cuando al cabo corren rumores de que lo van a retirar de Barracas, el vecindario acude al Arzobispo a disputárselo. Es impresionante la nota que elevan los vecinos al Prelado el 20 de diciembre de 1887, donde le dicen que el "Padre Antoñito" es nuestra garantía, no sólo para la dirección espiritual, sino también para la paz y armonía entre todos los de Barracas al

Norte". ¡Tanto se había adentrado en el corazón del pueblo el futuro Metropolitano de Buenos Aires!

El fué quien consiguió, en 1825, que los cuatro Patronos de la Capilla cedieran sus derechos a Mons. Aneiros. Y una vez sobre bases sólidas, el Sr. Arzobispo encargó al ardimentoso clérigo de reedificar el Santuario.

Y él fué de puerta en puerta, pidiendo a ricos y a pobres, a fervorosos y a indiferentes, el óbolo con que poder levantar un templo que fuera digna morada del Dios vivo y sede de la futura parroquia de Santa Lucía. Y tanta maña se dió y tanto trajinó Espinosa que a la vuelta de pocos años pudo ver levantarse la aguja del hermoso templo estilo Renacimiento Francés que hoy admiramos. El 13 de diciembre de 1885 se bendijo la piedra fundamental y dos años después Mons. Aneiros rezaba la primera Misa en el nuevo santuario que la piedad del vecindario había elevado a su santa Patrona. Sin embargo el arquitecto, D. Joaquín Belgrano, sólo pudo entregar las obras terminadas en enero de 1890.

Mons. Espinosa podía estar contento: Santa Lucía tenía su santuario, Barracas al Norte tenía un digno templo parroquial. El varón apostólico había trabajado como bueno. Por eso Barracas nunca podrá olvidarlo: hoy una de sus calles lleva su nombre glorioso.

El "Padre Antoñito" como universalmente lo llamaban, había concluído su misión. Debía, pues, retirarse, para dedicar sus energías a más elevados cargos. ¿Quién lo reemplazará? ¿Quién tendrá un corazón semejante al suyo? ¿Quién podrá conquistar como él al pueblo de Barracas? Dios N. S. que sin duda ha querido mucho a ese barrio porteño, por humilde y bondadoso, le envió un sacerdote a la medida de sus deseos: ese sacerdote era José Américo Orzali.

El 14 de mayo de 1884, el Ministro Wilde había pedido informes al Señor Arzobispo acerca de cuales eran las parroquias que se hallaban provistas "interinamente". El liberalísimo Ministro de Roca se acordaba de la Recopilación de las Leyes de Indias después de haber hecho tabla rasa con todas sus resoluciones más importantes. Se agarraba al Concilio de Trento después de haber él mismo declarado en la Memoria del ministerio al Congreso que "no conocía ni sabía si existían las actas del Concilio de Trento".

Monseñor Aneiros, desde Quilmes, —pues se hallaba en vi-

sita pastoral— le contesta inmediatamente que la provisión de párrocos se hacía conforme con la legislación canónica y el derecho civil vigente.

Al año siguiente vino a agravar la situación el nombramiento que hiciera el Señor Arzobispo del P. Tadeo Remotti para Cura Párroco de Viedma y el consiguiente telegrama del Gobernador Vintter pidiendo al Ministro le manifestara si debía "aceptarlo como tal". El Prelado pudo capear bien esta borrasca; pero el 31 de julio de 1886 el General Roca emana un decreto rubricado por el Ministro Wilde, por el que, amparándose en la Ley 24, título 6º, libro 1º de la Recopilación de Indias, con siete "Vistos" y seis "considerandos", decreta:

"Art. 1º. — Los Curas Párrocos que sirven los curatos de la Capital y cuyo nombramiento data de más de cuatro meses, continuarán al frente de sus parroquias en las condiciones de Curas propietarios y no podrán, por lo tanto, ser removidos, sino en caso de sobrevenir causas legales que exijan su remoción.

"Art. 2º — El Señor Arzobispo de Buenos Aires dará cuenta al Poder Ejecutivo Nacional de las vacantes que ocurrieren dentro del término de cuarenta días y llamará a concurso para proveerlas en los plazos convenientes a fin de que las parroquias no permanezcan sin cura propietario por más de los cuatro meses de que habla la ley.

"Art. 3º — Pásese nota a los Gobernadores de Provincia para que como agentes del Gobierno General, procuren que la provisión de los curatos se haga, en el territorio de su jurisdicción, en la forma legal, pudiendo, si fuere necesario, adoptar resoluciones análogas a las de este decreto".

El Prelado no ignoraba por cierto que la forma de provisión de las parroquias como las venía haciendo era tan canónica como la que proponía el celoso patrono; pero *pro bono pacis*, como necesitara proveer a las de San Telmo, vacante por el deceso del Pbro. José R. Flores y a la de Santa Lucía, cuya construcción tocaba a su fin, optó por transar. En el Art. 4º, Párrafo 13º de la Ley de Juzgados y Parroquias de 28 de junio de 1869, hecha de perfecto acuerdo entre el Gobierno y Mons. Escalada, se leía: "Las parroquias de Santa Lucía y San Cristóbal no se considerarán erigidas mientras no estén construídos los templos necesarios..."

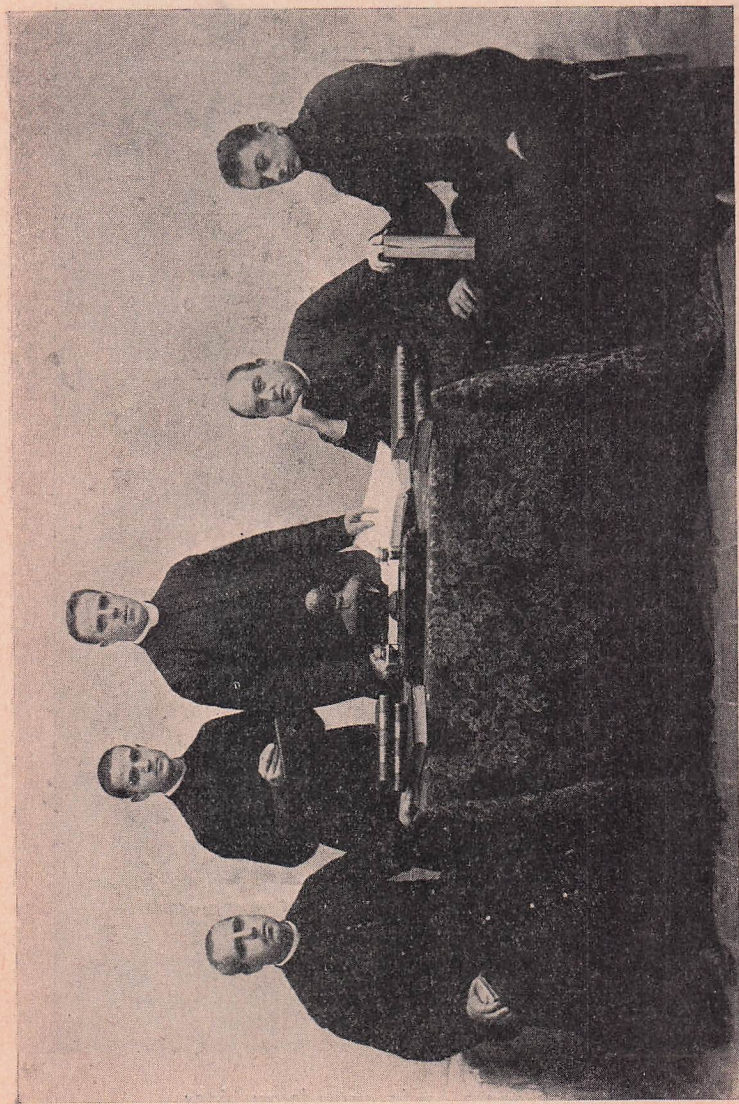
De ahí que, inaugurada ya la Iglesia de Santa Lucía, Mons. Aneiros deseando también mantener buenas relaciones con el Gobierno civil, emanara el siguiente Edicto:

"Al Clero de la Arquidiócesis: Debiendo proveer en propiedad los Curatos de San Pedro González Telmo y de Santa Lucía en esta Capital, conforme al sagrado Concilio de Trento en el Cap. 18 de la sesión 24 de Reformación y en fuerza de nuestra conformidad a la solicitud y Decreto del Excmo. Gobierno Nacional de 31 de Julio de 1886; por las presentes letras llamamos, citamos y emplazamos a todos los clérigos, aunque sean de primera tonsura, de este nuestro Arzobispado, mayores de edad, en toda la extensión de la Capital de la Nación y Provincia de Buenos Aires, que pretendieren obtener dichos Curatos y los que bajaren desde esta fecha hasta el día del examen, que se presenten por sí o por otro por nuestra Secretaría dentro de un mes de esta fecha, con todos los documentos en que consten sus méritos y servicios. Designarán en su solicitud los beneficios a que se opusieren, como también las resultas, si algún otro beneficio quedare vacante y expresarán hallarse dispuestos a desempeñar debidamente el cargo que recibieren canónicamente. En vista de todo, señalaremos día, hora y lugar para principiar los exámenes.

El examen a que se sujetarán será ante el Arzobispo o su Vicario General y tres examinadores Pro-Sinodales y responderán resolviendo por escrito en latín, las cuestiones que se les habrán presentado por los examinadores y hacer un discurso oratorio en lengua vulgar. El primer día, a la hora de citación, presentes todos los opositores, se les dictará el caso y cuestiones de moral que han de resolver. Se les dará un local a cada uno para trabajar su respuesta y dentro de dos horas la entregarán firmada de su mano al Presidente del concurso. En otro día, a la misma hora, reunidos, se señalará a todos un mismo Evangelio para que tome cada uno el texto que le plazca y escriba por extenso o en compendio, una plática en el término de tres horas, la que entregará del mismo modo que el primer día. Oportunamente se publicará el resultado del examen y se expedirá el título en forma, bien entendido que la propiedad de su Curato será sin perjuicio de la facultad superior de alterar sus límites cuando se creyere conveniente y por los trámites canónicos. Dado en Buenos Aires a 8 de mayo de 1888. FEDERICO, Arzobispo de Buenos Aires. Por mandato de S. E. R. FRANCISCO ARRACHE, Secretario".

Para optar a los susodichos beneficios, se presentaron los Presbíteros: Marcelino Lourtet, Federico Rasore, Luis Duprat, José A. Orzali, Reginaldo González, Víctor Faure y Daniel Carpintero.

Se ve que no había mucha prisa en cumplir las órdenes regalistas del Dr. Posse, que era quien a la sazón fungía de Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública; pues sólo un año y medio después, se fijó el día del examen. Y el 31 de octubre de 1889 se presentaron en el palacio Arzobispal solamente dos: uno optaba a la parroquia de San Telmo: era el futuro Mons. Duprat; otro a la parroquia de Santa Lucía: era el futuro Mons. Orzali.



Cura de Santa Lucía con sus Tenientes



El Cura de Santa Lucía en todo su vigor

Una vez que el Prelado comunicó el resultado del concurso al Ministro Posse, el Presidente dictó el siguiente originalísimo Decreto que queda en los archivos de la Nación, mudo testimonio de la época del más paradójal de los regalismos:

"Buenos Aires, diciembre 16 de 1889. Vista la precedente comunicación de S. S. I. el Arzobispo de Buenos Aires, dando cuenta del resultado del concurso que ha tenido lugar para la provisión de los curatos vacantes de San Telmo y de Santa Lucía, en esta Capital, habiéndose llenado los trámites establecidos por las disposiciones vigentes al respecto y teniendo en cuenta los méritos de los sacerdotes que han obtenido la aprobación unánime de la mesa examinadora, el Presidente de la República

Decreta :

Artículo 1º. — Quedan designados el presbítero don Luis Duprat, como Cura titular de la parroquia de San Telmo y el presbítero don José A. Orzali, como cura titular de la parroquia de Santa Lucía.

Art. 2º — A los efectos de la correspondiente institución canónica de los designados, avísele a los interesados, publíquese e insértese en el Registro Nacional. (Fdo.) JUÁREZ CELMAN. Filemón Posse".

Hecha la comunicación de estilo al Señor Arzobispo, éste nombra al Pbro. José Américo Orzali con un decreto que reza así:

"Debiendo proveerse al Curato de Santa Lucía por hallarse ya terminado su templo, como se prescribía en la erección de dicha parroquia, y visto el Decreto del Excmo. Gobierno Nacional de fecha 16 del corriente, en que es presentado y designado para esta vacante el Pbro. José A. Orzali, en virtud del informe que acerca de su examen en el concurso de Oposición de fecha 31 de noviembre (1) último nos mereció dicho Pbro. José A. Orzali, por las presentes lo nombramos cura Rector propietario y perpetuo de la dicha parroquia de Santa Lucía, para que en toda su jurisdicción ejerza este cargo.... (El resto es lo de fórmula para el nombramiento de Curas Rectores)" (2).

Al comunicar al P. Orzali su nombramiento y enviarle el título correspondiente, se le manifestaba "que no podrá tomar posesión de dicho Curato mientras que la Comisión de la obra del Templo de Santa Lucía no haya hecho entrega de éste a la Autoridad Eclesiástica". La entrega se efectuó el 23 de enero de 1890.

Mons. Espinosa, en una nota llena de legítima satisfacción por el feliz término de la obra en la que él había puesto toda su

(1) Creemos que hay aquí un error; y que debe ser 31 de octubre.

(2) Archivo de la Curia Eclesiástica de Buenos Aires.

alma de apóstol, dice al Prelado: "A nadie he pedido en vano para ella". Y demuestra la bella solidaridad que unió a los vecinos de Barracas al Norte para levantar su templo en tiempo record.

El mismo día la Comisión Pro Templo que presidía la distinguida dama Doña Petrona C. de Lamarca, daba también cuenta de su cometido y se declaraba disuelta. Quedaban en caja 24.665 pesos fuertes.

El 27 de enero, Mons. Aneiros provee en la siguiente forma: "Por disuelta la Comisión. Hágase saber al Pbro. D. José A. Orzali que puede recibirse por inventario y, previa la colación canónica, tomar posesión de la nueva parroquia de Santa Lucía... Comuníquese al Excmo. Gobierno y publíquese. EL ARZOBISPO".

Y el 2 de febrero, día de la Candelaria, tomaba posesión de su Curato. El Provisor y Vicario General, Mons. Antonio Espinosa, fué quien lo puso en posesión de la flamante parroquia. La ceremonia no pudo no ser triste: porque el discurso del "Padre Antoñito" con el que presentaba al nuevo párroco era su despedida de Barracas... ¡Y nunca se deja sin dolor el lugar donde se ha trabajado con cariño! De ahí que ese día le temblara la voz al futuro Arzobispo. De ahí los sollozos mal comprimidos de las almas devotas que, envueltas en rebozo y pañolones, no veían en ese momento nada más que una cosa: ¡que el "Padre Antoñito" se les iba!

El Secretario-Canciller del Arzobispado, Can. D. Manuel Elzaurdia, cantó ese día la Misa solemne. Terminada la cual, subió al púlpito el Padre Orzali. Paseó su mirada tranquila sobre la multitud expectante. Y rompió a hablar. Lo hizo como siempre. Sen-cillamente, pero de corazón. Y al oír a ese joven sacerdote que aún no había cumplido 27 años, platicar con la prudencia de un anciano y con el ardor de un apóstol, fué cuando se consolaron los vecinos de Barracas al Norte. Comprendieron que si Dios permitía que se alejara Mons. Espinosa, era porque les enviaba otro sacerdote también según su corazón.

Y desde ese día, por casi un cuarto de siglo, él lo será todo en el barrio de Santa Lucía. Cuando Monseñor y el Canónigo Elzaurdia partieron hacia el centro, Orzali se quedó en la acera, con los brazos en jarras. Miró primero hacia la urbe. Luego volvió los ojos hacia el Sur. Y vió la "Calle Larga" que se tendía hacia el Riachuelo, llena de baches y de huellas de carros sólo transitada

por lecheros y jinetes con perros ovejeros. ¡Bien estaba el P. Orzali ahí, sobre la "Calle Larga", que era una imagen de su vida; porque también era larga la esperanza radiosa que se dibujaba sobre el horizonte de su porvenir y larga la generosidad de que daría admirables pruebas en ese barrio de guapos que era Santa Lucía...

CAPÍTULO VI

EN EL BARBECHO BARRAQUEÑO

Todos sabemos lo que es el barbecho: la tierra arada pero aún no elaborada para la siembra. Tal era Barracas al Norte. Un templo flamante, un barrio evangelizado por Mons. Espinosa, una feligresía entusiasta por todas las manifestaciones del bien público; pero que había sido siempre una simple capellanía. Ahora, erigida en parroquia, debía ser trabajada en forma más intensa. Por otra parte aun cuando Mons. Espinosa hubiera querido realizar una obra parroquial en forma, cualquiera comprende que el cargo que desempeñaba de Provisor y Vicario General del Arzobispado de Buenos Aires, no se lo hubiera permitido.

El P. Orzali entraba en esa parroquia nueva, llena de posibilidades y de esperanzas que era Santa Lucía. Su enorme capacidad de trabajo que tendremos oportunidad de admirar en el transcurso de esta obra, su ardoroso celo sacerdotal y su juventud —(al hacerse cargo de la parroquia aún no había cumplido 27 años)— serán sus armas. Sin estas condiciones hubiera sido utopía realizar una obra eficaz en un campo tan vasto, tan heterogéneo y tan difícil.

Barracas era un elemento bueno y dinámico; pero había que encauzarlo. El 13 de diciembre de 1887 debía predicar el panegírico de la Santa nada menos que el P. Camilo Jordán. Comenzó: un magnífico exordio, rotundo y majestuoso, como pedían las circunstancias. Pero era tal el hormigueo de gente a su derredor, tal el murmullo de aquel mar de fieles, que el célebre jesuita los increpó

con su voz de trueno: —Vosotros me entendéis a mí; pero yo no os entiendo a vosotros... Y se bajó del púlpito. Y desde entonces hasta 1937 —medio siglo después— nadie más intentó predicar panegíricos el día mismo de la Santa. Antes o después, sí; pero ese día, imposible.

El nuevo párroco tendió la vista sobre su parroquia: hacia el Sur, chimeneas de fábricas nacientes, edificios en construcción, carreteras que llegaban de la Provincia grávidas de lanas, de cueros y de trigo. Al Oeste, las chacras y quintas comenzaban a ceder el lugar a la edificación que se levantaba como un alarde de progreso. A sus espaldas, los barcos que llegaban ya de todos los puertos del orbe, y al Norte, “la Gran Aldea” nerviosa y promisor, con sus palacios rococó y sus casonas que parecían suspirar por los rascacielos de hogaño. Y poblando esta barriada en gestación, extranjeros, muchos extranjeros. Los éxodos habían arrojado a las playas de Buenos Aires, gente de toda laya. El mismo día que Orzali tomó posesión de su parroquia, hubo dos bautismos en Santa Lucía: una niñita hija de franceses y otra hija de italianos. El primer matrimonio realizado el día 4 de febrero es entre dos italianos. ¡Símbolo del cosmopolitismo de aquella época embrionaria!

Orzali debía amalgamar todas esas razas en el crisol de su parroquia. Debía forjar la semblanza del argentino en el hierro frío de esas gentes que venían con los ojos fijos en el resplandor del oro. Y nadie como él, que era hijo de inmigrantes, para realizar con éxito la gran empresa. El nuevo párroco, joven, celoso y fuerte, formuló su plan de trabajo y se lanzó a la brega.

Sabía bien Orzali que para preparar un porvenir brillante a un país, hay que formar las nuevas generaciones. De ahí que de entrada nomás él dedique todos sus afanes a la formación de la niñez. La parroquia que le había confiado Mons. Aneiros era enorme: “todo el bajo de Barracas”: el perímetro parroquial era más o menos el siguiente: al Norte, la calle Garay; al Sur, el Riachuelo, desde Puente Alsina hasta la Boca; al Este, la calle Irala que la separaba de la parroquia de S. Juan Evangelista y al Oeste “el camino que conduce a Puente Alsina” (actual Avenida Sáenz). En la actualidad ocho parroquias se han distribuido el territorio que antes ocupaba Santa Lucía. Dentro de esos enormes límites jurisdiccionales vivían noventa y cuatro mil habitantes. Y

estos habitantes no eran ni ricos ni cultos. Siempre el barrio Norte ha sido considerado "barrio aristocrático" en la gran Capital. El Sur, la porción del P. Orzali sobre todo, estaba formado por elemento extranjero en su mayoría. Gente pobre, trabajadora, humilde. ¡Qué tierra labrantía para el gran sembrador!

Hoy día cien mil habitantes dan doce mil niños de edad escolar; pero en 1890, cuando era desconocido el neomaltusianismo y las familias eran numerosas, los chiquillos eran muchos más. De ahí que no debe ser exagerado el dato que nos da el P. Laphitz, cuando dice que en la parroquia funcionaban 32 escuelas. El P. Orzali, que había estudiado en la época en que se impartía enseñanza religiosa en las escuelas, se encontraba ahora, párroco, con toda la rebeldía de la ley 1420 por la que se intentó alejar a Cristo de la escuela argentina. Y, previendo el estrago que haría en la juventud una educación sin moral religiosa, que es como decir sin moral firme y sin bases sólidas, puso todo su corazón de apóstol y sus energías de atleta al servicio de la niñez. Y desde el primer día de su estada en Barracas, fué su preocupación constante enseñar catecismo a los niños.

Todos los días se lo veía, ya cerca del Alto de San Telmo, ya en los terrenos fangosos de Puente Alsina, recorriendo las escuelas. Y ahí estaba el párroco de Santa Lucía, humilde y alegre, esperando que terminaran las clases para poder entrar a repartir el pan de la doctrina cristiana. ¡El único que representaba al Maestro por antonomasia, era, así, por imperio de la ley de enseñanza laica, un docente vergonzante! Sabe Dios lo que sufrió el P. Orzali para poder cumplir con sus anhelos de evangelizar a la niñez. Debía recorrer kilómetros y kilómetros por senderos pantanosos. A veces no tenía ni el dinero necesario para el tranvía. Debía pedirlo prestado a sus tenientes. Pero nunca dejaba su oficio predilecto de maestro.

Al principio debió vencer algo más que las distancias: debió triunfar de la hosca resistencia de los maestros atiborrados de ideas liberales, que consideraban obscurantismo a la religión católica y una antigualla al catecismo. Pero bien pronto la caridad, la paciencia y el espíritu de sacrificio del abnegado clérigo, abrieron las puertas de la simpatía. Y desde entonces, maestros y maestras fueron no la roca contra la que se estrella el sacerdote para llegar a los niños sino el puente de plata que lo llevó hasta el corazón mismo de los hijos predilectos del nuevo párroco.

No eran muchos, al principio, los chicos que preferían renunciar a esa sabrosa libertad que tan intensamente disfrutaban ellos al terminar las clases. Al comienzo era siempre un grupito insignificante. Pero luego, un poco las estampitas y medallas que el catequista repartía y mucho más la amenidad de la exposición de ese clérigo alto y fornido, siempre alegre y cordial, acababan por engrosar enormemente las filas. Y él, entre broma y chascarrillo, iba dejando caer sobre sus almas, como un rocío saludable, la divina simiente del Evangelio. Terminada la clase, si había conseguido que algún buen amigo le comprase caramelos para sus catecúmenos, él repartía a cada uno dos o tres de aquellos "Mil Flores" de antaño y se encaminaba platicando familiarmente con todos los que tenían sus domicilios en las proximidades de la parroquia o que viajaban en esa dirección. Y así, con la bondad, con la paciencia, con el amor, se ganaba los corazones siempre dóciles de los párvulos.

Cuando ya tuvo un grupo importante de chicos y chicas que lo secundaban en todo, estableció la "Misa de los Niños". La puso en el corazón de la mañana, como si quisiera dar a entender la preferencia que tenía por los que en realidad de verdad eran la niña de los ojos de su celo pastoral. La Misa de los Niños era en Santa Lucía, la de 10. ¡Y fué espléndido ver esa multitud inquieta de chiquillos que domingo a domingo, llenaban los ámbitos del templo barraqueño! Dice el P. Laphitz, testigo ocular de esos espectáculos inolvidables, que él juraría que a veces pasaban de 1.200 niños arracimados en los bancos, en los pasillos y en el presbiterio, cantando, con sus argentinas voces blancas, las glorias de Dios y de la Virgen.

Por la tarde, "la doctrina". El espectáculo de la mañana se renovaba siempre por la tarde, cuando llegaban de los cuatro ángulos de la parroquia niños y niñas que acudían a divertirse honestamente en el patio de la Iglesia y en los "potreros" vecinos y luego a refocilar sus almas con la doctrina de Jesús, siempre agradable a los paladares que no han sido estragados con las cebollas de Egipto. Colaboraban con el párroco los tenientes, algún caballero de buena voluntad y varias señoritas catequistas. Una vez terminada la explicación de catecismo a los diversos grupos, subía al púlpito el P. Orzali y hablaba a todos en general. ¡Qué feliz se sentía el joven clérigo allí en su templo, rodeado de centenares de

chicos, avispados y nerviosos, bulliciosos y parleros, pero que formaban las esperanzas de ese barrio tan querido a su corazón de apóstol! El hablaba sencillamente. Trataba de ser objetivo. Nada de razonamientos especulativos: las parábolas del Divino Maestro, el ejemplito atrayente. Y luego la moraleja, la deducción práctica. Y listo.

Sabe Dios cuanto debió correr, una vez bajo la canícula implacable, sudando a mares y expuesto a la insolación; y otras, con un frío invernal, unos pamperos furibundos y unas oleadas de tierra que cegaban... para llevar la palabra de Dios a las 32 escuelas de su parroquia. Sabe Dios las veces que debió quedarse sin merendar y las que debió comer frío el pobre condumio que le preparaba la fámula que fungía de cocinera, para que sus chicuelos conociesen a su Señor.

Pero él lo hacía con gusto: y todos sabemos que *ubi amatur non laboratur* (1). Estaba persuadido que había que formar bien a la niñez. Tenía la convicción que los chicos son como los pajariños: son los únicos que pueden llevar ciertas semillas a las cumbres! De ahí que él no solamente les distribuyese con abundancia la semilla cristiana sino que desde su entrada nomás en los lindes de Barracas, pensase en fundar escuelas parroquiales, donde no a hurtadillas sino como primera asignatura se enseñase la doctrina de Cristo. Maduró el asunto: lo pensó larga y profundamente. Muchas veces lo veían sus tenientes como abstraído mirando por la Calle Larga hacia el Sur: —¿En qué piensa, Padre Orzali?— le preguntaban. Y él sonreía, salía de sus cavilaciones y contestaba: —En nada... Y pasándose la mano por la frente caldeada, se alejaba, rumiando sus pensamientos.

La intensa obra parroquial y catequética de Orzali se vio más tarde. A aquellos anarquistas envenenados que miraban con ojos cargados de ponzoña al sacerdote y a la autoridad, sucedieron los hombres respetuosos y equilibrados; a los librepensadores que llevaban todo a punta de lanza, sucedieron los hombres mesurados y suaves, y a los cobardes que sentían la necesidad de ser piadosos, pero no practicaban por respeto humano, sucedieron los hombres valientes que confesaron a plena luz y comulgaron con sencillez de niños.

(1) Donde se ama, no se sufre.

Pasaron veinte años. Una cálida noche estival de 1910, sus muchos amigos le ofrecían un banquete con motivo de las Bodas de Plata Sacerdotales. Hablaron oradores de alcurnia intelectual. Entre ellos, los hoy Monseñores De Andrea y Franceschi. Y no podía faltar la voz de alguno de aquellos chiquillos de los albores de su vida parroquial. Fué el renombrado profesor, publicista y hombre de letras, D. Enrique García Velloso, quien, con palabra emocionada, le dijo:

“Si para alzar mi voz en este homenaje que tan justamente os rinden vuestros amigos, yo no tuviera otros títulos que los de la admiración y el cariño que desde fecha remota os profeso, bastárale a la pobre palabra mía, para no considerarse extraña en esta mesa, arrogarse la representación de aquella bandada de niños que en la nave de Santa Lucía solían congregarse al llamado mágico de vuestra bondad. En ese entonces el campanario del querido templo, culminaba con la terminación del plano inclinado de esta barranca. Su pirámide gris surgía sola y gallarda de entre el arbolado de las quintas circunvecinas, como si el verdor de abajo, que era esperanza primaveral, sirviérale de punto de apoyo... Habéis arrojado la simiente del bien a manos llenas. El bien ha germinado gloriosamente, ya lo veis. Esta es vuestra cosecha...”

Así hablaba uno de los párvulos que Orzali evangelizó en las escuelitas humildes de la Barracas del 90. Por él hablaba toda una generación de hombres que aprendieron a admirar al sacerdote abnegado. Precisamente esa misma noche habló un marino: el Cap. de Fragata Federico F. Casadó, quien comenzó diciendo: “Estoy orgulloso de mi barrio”. Y luego afirmó: “Lo admiro con toda mi alma, (al P. Orzali) en el conventillo, en la pobreza, a la vera del enfermo, escuchando su gemido entre las lúgubres sombras de la miseria, apareciendo como el ángel tutelar para repartir el bálsamo del consuelo e invocando a su Dios, representar la figura de un verdadero elegido”.

El P. Orzali amaba entrañablemente a los chicos. No hacía, al cabo, sino imitar al Divino Maestro que dijo: “Dejad que los niños vengan a Mí”. Los amaba de veras. Por eso se sacrificó por ellos, vivió para ellos y murió —lo veremos— rodeado de ellos. Era en el año 1894. Un español, que acababa de llegar al país vivía en la parroquia de Santa Lucía. Un domingo de octubre fué a co-mulgar en compañía de una hijita de 8 años, que por el poco desarrollo parecía tener algunos menos. El sacerdote que celebraba, cuando la vió tan pequeña, pasóla de largo sin darle la Comunión.

Terminada la Misa, el padre de la niña se dirigió a la sacristía, donde estaba el P. Orzali. Y allí, de buenas maneras pero no exentas de energía, le dijo: —Señor Cura: el sacerdote que acaba de celebrar, ha negado la comunión a esta hija mía, sin duda porque la vió muy pequeña; pero ella ha comulgado ya varias veces y sabe, quizás mejor que yo, el catecismo de Astete. Ruégole, Señor, tenga la bondad de ordenar se le dé la comunión, si es necesario, previo examen aquí mismo...

El Párroco de Santa Lucía, sin decir una sola palabra ni hacer objeción alguna, se puso la sobrepelliz y la estola y se encaminó hacia el altar mayor. Un minuto después la pequeña españolita se empinaba sobre sus zapatos blancos para recibir a Jesús, mientras el clérigo, alto y macizo, decía devotamente: —*Corpus Domini Nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam...*

Ese era Orzali. El hombre que amaba a los niños. Que comprendía como pocos el problema del futuro amasado con la levadura de la niñez del presente.

Y porque comprendió los términos del problema social, fué que cuando se halló en el "Bajo de Barracas" frente a una parroquia en barbecho, comenzó por donde debía hacerlo: por educar cristianamente a la niñez.

CAPÍTULO VII

EL CABALLERO DE LA PLUMA

El P. Orzali comprendió como pocos la pavorosa gravedad de los problemas sociales de su época. Vió que la impiedad aumentaba. Por momentos parecía que el secular edificio de la Iglesia tambaleaba. El socialismo aparecía turbulento y revolucionario "dopado" de anciclericalismo. La sociedad, falta de frenos morales porque el laicismo intentaba socavar los pilares maestros de la religión, marchaba barranca abajo hacia la inmoralidad más degradante.

Y ahí es donde se revela el hombre. No se entrega a estériles lamentaciones, sino que se arremanga y se lanza con alma y vida al trabajo para neutralizar, siquiera fuera en parte, las ruinosas consecuencias de una libertad mal entendida. Ya lo hemos visto, en rápida visión, sometido a la injuria del viento, del calor y de la tierra para llevar diariamente el pan de la doctrina cristiana a los chicuelos de su barrio. Pero para esparcir la divina simiente eran necesarios sembradores. Y el sembrador tiene que saber soportar la insolación o la neumonía, el latigazo del aguacero y la bofetada del viento. Y Orzali veía que no todos los obreros de la mies tenían ese espíritu de sacrificio que reclama su excelsa misión. Más aún: en la provincia se recordaba algún escándalo escalofriante y ahí cerca, en la parroquia de S. Cristóbal, el Prelado había debido lanzar un entredicho por rebeldía. No había en el país ninguna revista eclesiástica. Había que fundar una.

Nuestro biografiado pensó largamente en el asunto. Y se

decidió. Publicaría una revista para el clero. Dicho y hecho. Fué a Mons. Aneiros y le expuso su idea. El Arzobispo, que cuando de hacer el bien se trataba, era siempre condescendiente, aprobó y bendijo su propósito.

Y en octubre del año 1890 aparece el primer número de "El Monitor del Clero", revista mensual editada en la imprenta de "La Voz de la Iglesia", Rivadavia 449, llevando como escudo que garantizaba la publicación, este rubro: Director Propietario: José A. Orzali, Cura Titular de Santa Lucía.

¡Cómo impresiona hoy la actitud de este joven de 27 años, saliendo a la liza periodística y fundando una revista para ilustración de sus hermanos sacerdotes y fomento de las disciplinas eclesiásticas!

El siempre había escrito en los diarios católicos. "Fuí redactor permanente del diario "La Unión" en su última época", nos dice en sus breves Memorias. Dondequiera hubo necesidad de romper lanzas por los derechos de Dios y de su Iglesia, ahí lo tenemos al arduo clérigo, saliendo a la arena para luchar como bueno.

Orzali comienza su misión literaria en la revista así:

"A nuestros lectores: Durante mucho tiempo hemos acariciado la idea que hoy nos es dado hacer práctica, de publicar una Revista especial para nuestro clero. Hemos experimentado su absoluta necesidad desde que abandonamos las aulas y empezamos a ejercer las delicadísimas funciones de nuestro ministerio. Muchos distinguidos miembros del clero secular y regular, con quienes repetidas veces hemos hablado sobre el particular, opinaban de la misma manera, y más, creían que era urgente que de un modo u otro se remediara tan grave mal..."

Prosigue luego exponiendo su plan de trabajo:

"No es una revista local sino para toda la República. Procuraremos dilucidar todas aquellas cuestiones que atañen directamente a nuestro clero, dadas las especiales circunstancias de este país, escudándonos únicamente en la doctrina pura y genuina de la Iglesia, que es nuestro ánimo defender hasta el último momento de nuestra vida. Contendrá una sección que será oficial, y en ella publicaremos todo el movimiento de la Curia Arzobispal, como todas las disposiciones de la autoridad eclesiástica de la Arquidiócesis.

En otra sección se publicarán todas las disposiciones emanadas de las Congregaciones de Roma, que tengan un carácter general, asimismo los decretos, pastorales y determinaciones que se expidan en las diferentes diócesis de la República y de otras naciones, siempre que puedan ser de interés para todos.

Destinamos una tercera sección para los casos prácticos, y en ella se procurará resolver las cuestiones que se susciten, después de consultarlo con personas peritas en la materia de que se trata”.

El primer número, bien impreso y en buen papel, tiene veintiséis páginas; el segundo el del mes de noviembre, cuarenta y dos páginas; el tercero (diciembre), cuarenta y ocho. Luego se mantiene siempre en un término medio entre treinta y dos y cuarenta y ocho.

El acometer una empresa como la de fundar una revista especializada y que la calidad de los lectores exige mantenerla en alta tonalidad cultural, ya es un rasgo de valor. Pero si anilizamos el contenido de su obra, sube de punto el grado de intrepidez del joven sacerdote.

Ante todo, desde las primeras páginas ya asoma el futuro Obispo de Cuyo, minucioso cultor de las rúbricas y severo guardián de las ceremonias del culto. Había estudiado la liturgia a conciencia; era un entusiasta por todo lo que a esta rama de las ciencias eclesiásticas se refiere; estaba al día en todo lo que respecta de la liturgia emanaba la Sagrada Congregación de Ritos: de ahí la facilidad con que domina esos temas y la amenidad con que los trata en su revista.

Pero lo que más llama la atención y hasta asombra no poco hoy, es la bizzarria con que escribe los editoriales. Veamos: comienza por fijar cuál debe ser la acción del clero en la vida pública. No cabe duda que el hombre pone admirablemente el dedo en la llaga cuando afirma: “Poco a poco se trata de reducir su acción a un campo lo más limitado posible... El mismo clero es en gran parte el culpable de una situación tan perjudicial para todos. Bajo el pretexto de una prudencia que de tal sólo tiene el nombre, ho ido retrayéndose y se ha rehusado a tomar parte en las consultas que se le hacían sobre asuntos privados o públicos, en las deliberaciones de cuestiones que aunque ajenas, a primera vista a nuestro ministerio, no lo eran en realidad en su fondo...” Y siendo Orzali siempre práctico en todo, da soluciones concretas: “Ningún miembro del clero, en especial los Curas, deben en nuestra opinión, negarse a tomar parte en todo aquello que redunde en bien de la religión o de la sociedad aunque no pertenezca estrictamente al ejercicio de nuestro ministerio. Antes, por el contrario, si sus dotes especiales o su posición social se lo per-

mitiesen, deberían ser los iniciadores o a lo menos los principales promotores”.

En el número cuatro de la revista entra de lleno en un tema que es de actualidad aun en nuestros días: *El clero y la política*. Y por siete meses los lectores de *El Monitor del Clero* seguirán las luminosas y ardientes lucubraciones del Cura de Santa Lucía sobre ese apasionante argumento. Comienza diciendo: “El asunto es de actualidad y de suma trascendencia. Basta decir que los enemigos de la Iglesia son los que siempre se han empeñado, y hoy lo hacen también, en persuadir a las muchedumbres que el sacerdote es exclusivamente para el altar y que no puede inmiscuirse, sin faltar a sus graves deberes, en el gobierno civil de los pueblos, ni mucho menos tomar parte activa en las deliberaciones políticas. También muchos católicos, extremadamente juristas, si no sostienen que el clero *no puede* actuar en política, a lo menos afirman que *no debe*. Esta opinión, en nuestro sentir, errónea, tiene también sus secuaces entre nosotros, quienes se esfuerzan en persuadir que hoy nuestro clero debe concretarse exclusivamente a las funciones de su sagrado ministerio... No, no debe exigirse esto a nuestro clero. De ninguna manera el clero debe quedar relegado al olvido en esta época de reparación; por el contrario, debe marchar a la vanguardia y deben ser los soldados avanzados del ejército regenerador”.

En el número 5, publica un editorial titulado: Política del clero. Y dice: “Ante todo es necesario tener presente y conocer bien lo que es la política a cuyo servicio el clero puede y debe poner toda la influencia que legítimamente goza en todas las esferas de la sociedad”. Y define la política como “el arte de gobernar las naciones de acuerdo con los eternos principios de la verdad, manifestados por la Ley Natural, el Evangelio y la Iglesia”. Hace luego bellas consideraciones sobre política en general y acaba diciendo: “Desde el momento que en política entra el egoísmo, el interés particular, ya no es política, es bando. En la verdadera política, todo es patrimonio y sólo tiene en cuenta el interés de la comunidad”.

Estaba entonces sobre el tapete un documento del Vicario Capítular de Salta, Pbro. Padilla y resonaba aún en el ambiente el famoso brindis del Card. Lavigerie, en el que el famoso purpurado francés había dicha que “toda forma de gobierno era

buena y que los católicos como tales, y con más razón el clero, no podían atacar a una con detrimento de otra”.

Luego, debemos concluir —termina Orzali— “si el clero como tal no puede intervenir en la política personal o de bando, ni en la política de forma, por una parte; y por otra, dada la hipótesis (que después probaremos) de que deba o pueda intervenir en alguna, se sigue lógicamente que la política a la cual el clero puede o debe consagrar como tal toda su influencia, es la primera”.

Y en el número 6 de su revista prueba la tesis que enuncia así: “El clero debe ser político por razón de su ministerio”.

En la entrega siguiente, abril de 1891, el editorial se titula: “El bien social necesita un clero político”. Entre otras cosas dice: “En vista de la política bastarda del mundo moderno, el clero está obligado a enseñar cual es la verdadera y sana política, enseñándola prácticamente”.

En el número 8 de su “Monitor” enuncia el editorial así: “Desde los apóstoles hasta nuestros días el clero ha sido político”.

En la Revista de Junio de 1891, termina su tratación sobre el clero y la política. Y así entra de lleno a considerar la situación del clero argentino frente a los partidos políticos del país. Y entre otras interesantes consecuencias saca la siguiente: “Se sigue, por consiguiente, que el clero en la actualidad, debe ser cívico, siempre que la Unión Cívica no adultere su programa, pues en ese caso no sería partido sino bando, a lo que siempre debe estar ajeno el clero, y aceptar todos los puestos a que fuese llamado.”

No dejan de impresionarnos a los hombres del siglo XX estas manifestaciones impresas en una revista controlada por la autoridad eclesiástica. Para explicar esta posición del P. Orzali frente a la política, debemos ante todo ubicarnos en el tiempo en que él escribía. En 1890 todo lo que a política se refiere, estaba en pañales, entre nosotros. Antes había montoneras. Los partidos orgánicos eran desconocidos, si exceptuamos a la Unión Cívica, que entonces se formaba. Hoy tenemos directivas terminantes de la jerarquía respecto de la actuación del clero en la vida política; entonces todo era novedad.

Por otra parte, en términos generales, la doctrina del director de “El Monitor del Clero” no creemos que fuera heterodoxa. De

haber sido heterodoxa, Mons. Aneiros no le hubiera permitido publicar la revista. No hace mucho ⁽¹⁾ S.S. Pío XII ha dicho: "Con el pretexto de separar al clero de la política y de combatir al catolicismo político, en realidad se tiene el propósito de destruir la Iglesia". Lo que consueña admirablemente con la doctrina del "Monitor". Sólo que el hombre andaba buceando en el mar obscuro de la especulación y no tenía quizás quienes lo ayudaran a salir airoso. Santo Tomás no era entonces tan conocido como es ahora. Quizás él poseía las obras de Donoso Cortés. Evidentemente seguía a Sardá y Salvany. Pero bien sabemos que en estos delicados asuntos, una cosa es juzgarlos con criterio español y otra, con criterio argentino. Nuestro pueblo tiene otra modalidad. Además el P. Orzali no era un escritor brillante. Escribía porque sentía el fuego sacro del celo sacerdotal que lo llevaba a darse por entero por el bien del prójimo. Su prosa adolece de barbarismos sintácticos y de solecismos. No era del todo claro en su exposición. Y ahí está el gran mérito de este admirable clérigo. El, escritor mediocre, hacía lo que otros de bien tajada pluma no eran capaces de hacer.

Creo que todo lo que él dice de la política no es ni más ni menos lo que decía San Pablo en su "omnibus omnia". San Juan Bosco, que amén de ser un santo era un talento, cuando el Papa Pío IX le pregunta con qué política logra él zafarse de los ardi-des de Cavour, Ratazzi o D'Azeglio, contesta su fórmula política en estas palabras: "Mi política, Santidad, es la del Padre Nuestro..."

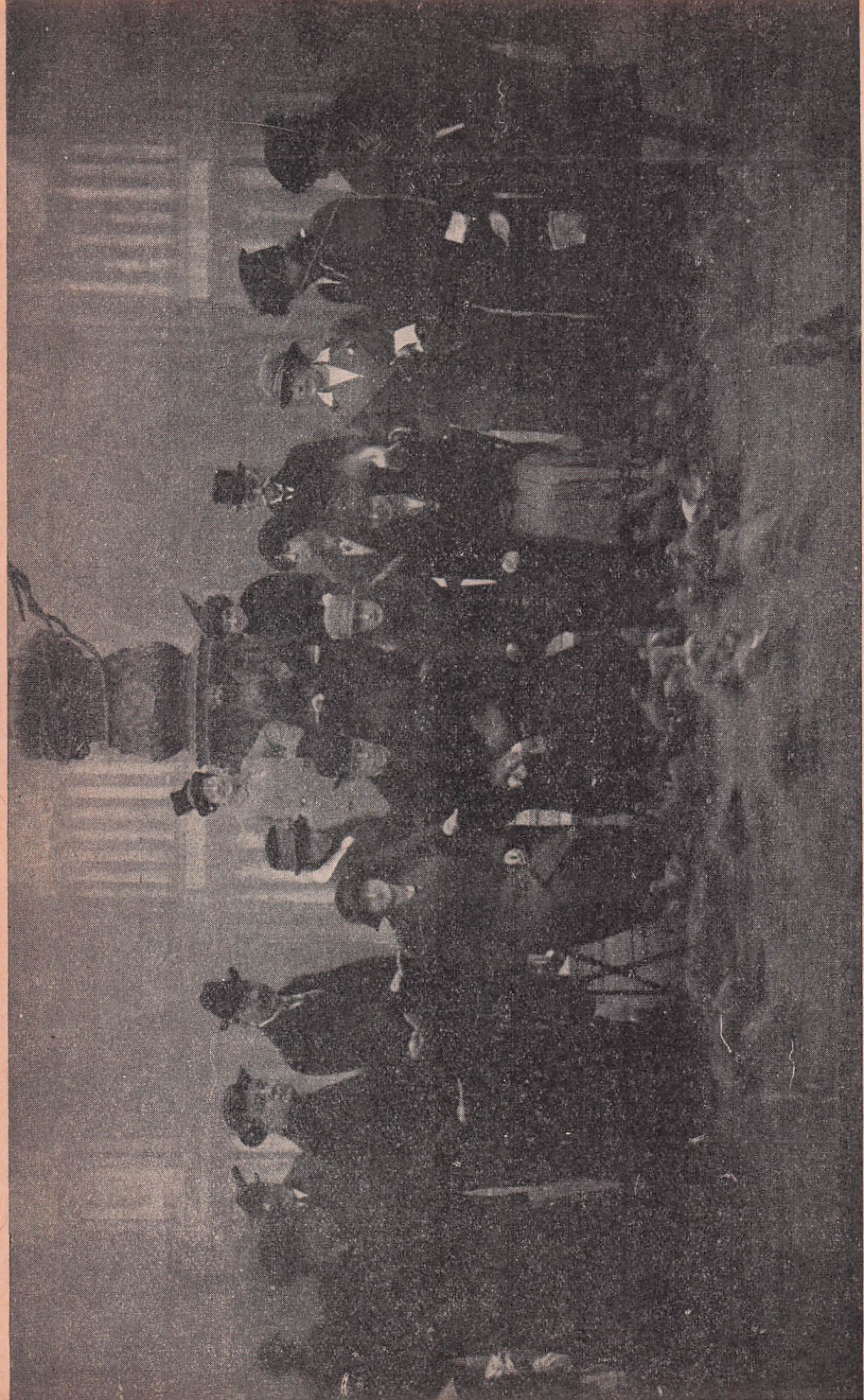
El P. Orzali, como los santos mencionados y S. Francisco de Sales, quiso decir que debemos utilizar todos los recursos a nuestro alcance para instaurar el reinado de Cristo, también la política si a mano viene. Pero no hallaba la fórmula o no tenía la fuerza sintética de un escritor de garra.

En Noviembre de ese revolucionario año 90 Orzali lanza una exhortación (que él llama "circular política") dirigida a sus feligreses recordándoles el deber de inscribirse en el registro cívico y poniéndoles ante los ojos las tremendas responsabilidades que traían aparejadas las próximas elecciones. Y en esa circular, es, por momentos cristalino: "Se ha dicho que los pueblos tienen los gobernantes que se merecen, —escribe—; me permito modificar

(1) 17 de marzo de 1946.



Peregrino de Tierra Santa



Venecia... San Marcos... palomas... ¡Como todo turista!

ese adagio en los países republicanos y afirmo que en éstos, el pueblo tiene los mandatarios que quiere. Buenos o malos, él los levanta: a los primeros con su voto, a los segundos con su indiferencia o apatía". Y firmaba: vuestro Cura, *José A. Orzali*.

Por lo demás, la revista denota un trabajo paciente y esmerado. Los casos de conciencia, interesantes. Las crónicas, amenas. Las selecciones, oportunas.

Precisamente en Mayo de ese año de 1890 desaparecía el diario que fundaron los paladines del catolicismo con Estrada a la cabeza: "La Unión". Ese diario debe ser como un símbolo para los católicos argentinos, por los sacrificios que encierran sus gloriosas páginas amarillentas. Y debe aleccionar a quienes hoy pretenden enterrar el diario católico para instaurar sobre el montículo de su tumba un diario perfecto. Entonces también se quiso sustituir "La Unión" por otro mejor. ¡Como si Goyena, Lamarca, Nevares y Navarro Viola no fueran suficiente garantía de talento y de ortodoxia! Y sucedió lo inevitable: desapareció La Unión y luego de una vida raquítica desapareció también el sucedáneo (2).

Orzali, desde que llegó a Buenos Aires colaboró asiduamente en "La Unión" y no pretendía hundirlo sino levantarlo. El también sabía que lo óptimo es enemigo de lo bueno, como decía S. Juan Bosco. Por eso hasta sus últimos números "La Unión" contó entre sus colaboradores al dinámico párroco de Santa Lucía.

Pero la gloria del gran pastor barraquense está en haber sido el primero que levantó la tea de una revista para ilustrar al clero argentino. Su "Monitor del clero" dejó de publicarse. El debió presidir una peregrinación que le llevó casi un año de fatigas sin cuento. Más tarde lo veremos fundando otra revista eclesiástica. Hoy la Arquidiócesis tiene una revista a la altura de su misión. Pero en las bibliotecas de Buenos Aires estará siempre "El Monitor del Clero" para decir a las generaciones por venir de lo que es capaz un hombre que se da por entero a su Dios y a sus prójimos; un hombre que casi a regañadientes se transforma en Caballero de la pluma.

(2) Mons. Santiago Ussher: "El Pueblo", 1º de agosto de 1942.

CAPÍTULO VIII

CIENTOS POR CIENTO PASTOR

El P. Orzali fué un Párroco modelo. Amaba a su parroquia con la cual místicamente se había desposado. Como pastor sólo vivió para sus fieles. Se hizo todo a todos a fin de salvarlos a todos. Para él no había distinción entre criollos y extranjeros, ricos y pobres, cultos y zafios. Y si alguna vez debió inclinar la balanza de sus preferencias, siempre fué hacia los humildes, los pobres, los desheredados.

Pero donde mostró bien a las claras que amaba a su pueblo, fué en la vida de sacrificio que llevó durante los diecisiete años que gobernó la parroquia de Santa Lucía. Cuando en Diciembre de 1885 se ordenó de sacerdote en Roma, tomó unos propósitos que reflejan un alma totalmente consagrada a Dios y un corazón extraordinariamente generoso.

Como prologando, dice:

“Tendré siempre presente que Dios me llamó al sacerdocio para que fuera su representante sobre la tierra. Le rendiré, por tanto, el culto debido y procuraré conducir al cielo las almas redimidas por El con su preciosísima Sangre. De aquí la gravísima obligación de trabajar con todo empeño, a costa de cualquier sacrificio, en la consecución de estos fines. Por lo que, con la ayuda de Dios N. S., observaré con toda diligencia los propósitos que siguen, que Dios me ha inspirado en los santos Ejercicios hechos en preparación al sacerdocio”.

Y entre otros, tiene éste: “Seré muy afable, recibiendo indistintamente, sean pobres o ricos, no dando jamás la preferencia sino al que ha venido primero y si ha de haber alguna, será para

los pobres". Esto lo cumplió con una exactitud que admira. "Seré muy afable", le prometió Orzali a su Señor. Y hoy, conversando con los que lo vieron actuar desde 1890 en adelante, nos dicen que el Párroco de Santa Lucía se conquistaba a los feligreses como por arte de encantamiento. ¿Qué hacía para ello? Nada más que esto: los amaba. Los amaba de veras. Y porque los amaba, se sacrificaba por ellos.

En efecto, era sacrificio y no leve, el madrugar como lo hacía él para estar listo para atender a los feligreses mañaneros. En sus propósitos tomados en Montevideo con motivo de la recepción del Diaconado, dice: "No me levantaré nunca después de las 5.30". Pero cuando puso en marcha el mecanismo de su parroquia y lanzó su celo apostólico como en una especie de vértigo irrefrenable, tuvo que poner nueve misas en los días festivos: desde las 5 hasta las 13. La reciente parroquia sureña, así de repente, se puso a la altura de las más encopetadas iglesias céntricas de la Capital. Y ¡claro! la Misa de cinco y de seis eran para él. Y como había alguna viejecita madrugadora que alguna vez le ganaba el tirón y a las 5, cuando abría el templo, ya estaba esperando, Orzali se llenó de vergüenza de que hubiera ancianitas que le ganaran. Y desde entonces, cuenta un testigo de la época, abría la Iglesia a las cuatro y media. Y entre esa hora y la primera Misa, se preparaba al santo Sacrificio, arreglaba el templo y confesaba.

Amaba a su gente. Quería verla buena. Por eso se sacrificaba para brindarle todas las comodidades a su pueblo. El instituyó una práctica magnífica (¡y ojalá que hubiera tenido muchos imitadores!): la de las homilías de cinco minutos. Y esto de cinco minutos, no era una figura retórica. No. Cuando él predicaba (y lo hacía siempre que sus tenientes tenían dificultades) estaba con el reloj en la mano. De manera que los cinco minutos de sermón eran matemáticos. Pero en todas las Misas. Desde las cinco hasta las trece, en Santa Lucía se predicaba la palabra de Dios. El párroco predicaba en todas las Misas. Y en todas las que sus tenientes no lo hacían. Salía del confesonario, predicaba, reloj en mano, sus cinco minutos. ¡Y decía cosas tan sabrosas y tan útiles en esos cinco minutos! Luego tornaba a sentarse en la dura tabla del confesonario, a perdonar, aconsejar, consolar...

¿Y después de las Misas, qué haría? No abandonaba a sus fieles. Terminada la Misa, salía al atrio a saludarlos, a tomar contacto con ellos, a preguntar por los enfermos, por los ancianos que no podían ya ir al templo. Y una palabra hoy, un chascarrillo mañana, iba conociendo a los suyos. Y era en esas ocasiones cuando él procuraba cumplir con su propósito: "Seré siempre afable".

Desde el púlpito pedía que le indicaran dónde había enfermos. Luego, a la salida, averiguaba y le daban los datos. Y Orzali no dejaba enfermo sin visitar, fuera éste católico militante o anarquista rabioso. A veces no iba tanto para visitar a los enfermos cuanto a tomar contacto con los sanos. Dice el P. Laphitz de él: "Orzali en su parroquia lo era todo: Cura, teniente, sacristán, portero, acólito, etc. Los que con él compartieron las tareas parroquiales afirman que en ningún momento rehuyó el trabajo, a fin de que otro lo hiciera. Y nos dicen también que jamás dejó de hacer un bautismo, atender un pedido en el despacho o correr a la cabecera de un enfermo si el pedido era dirigido a él, llamándoles no pocas veces la atención a sus tenientes el verlo realizar funciones que cualquier otro párroco hubiera ordenado que las hiciera el Teniente o el personal de servicio".

Era una tarde canicular de enero. Había estado confesando los enfermos de dos hospitales y un centenar de niños huérfanos. Llegó a la parroquia, sudoroso y exhausto, mientras sus tenientes cenaban. En el despacho se encontró con una familia que venía a bautizar a una criatura. Orzali no pasó de largo ni llamó a sus colaboradores. Se puso el roquete, la estola y comenzó el bautizo. Luego, acompañando a los padrinos hasta la puerta, conversando amablemente con ellos, vino a saber que la madre del neófito estaba gravemente enferma. El abnegado párroco ya no piensa más que en tomar la caja de los óleos y en encaminarse velozmente a la casa de la paciente. Cuando los tenientes terminaron de cenar, extrañados de la tardanza del señor Cura, inquirieron y se dieron cuenta que él andaba por cerca del Riachuelo, sacramentando a una pobre enferma.

De ahí que el aprecio que se tenía por Orzali fué idéntico afuera que adentro. Porque tenía las mismas exquisiteces para sus familiares que para los extraños. Para todos sabía sacrificarse. Para todos tenía entrañas de caridad. En ese espejo se han mira-

do muchos sacerdotes jóvenes que luego fueron excelentes ministros del Señor. Porque cuando el Prelado Diocesano vió la jerarquía moral del clérigo que regentaba Santa Lucía, sindicó a esa parroquia como palestra donde se entrenaran los noveles sacerdotes. Porque al lado de Orzali aprendían intuitivamente a vivir intensamente la vida parroquial.

Ya entonces era la tabla de salvación para muchos clérigos que andaban en peligro de naufragar. Cuando el Sr. Arzobispo tenía alguno así, lo mandaba, ipso facto, a Orzali. El solía decir: "Antes de permitir que se hunda un sacerdote, le voy a tender cien veces la mano". Y así lo hacía. Sus palabras no eran meras figuras retóricas. Eran la expresión cabal de sus sentimientos y de su modo de obrar.

Era generoso a más no poder. El 80 % de los mayoresales del viejo tranvía "Ciudad de Buenos Aires" que tenía su sede en Barracas, —me decía un antiguo amigo del P. Orzali— fueron recomendados por él. Lo mismo dígame de los "boleteristas". El párroco era gran amigo de los dueños de la Empresa. De ahí que todos los que conocían su gran corazón no encontraran camino más seguro para emplearse que pasar por la parroquia. Fueron tantas las recomendaciones que debía dar, tanto para entrar en las oficinas del Ferrocarril del Sur como en el Aserradero de Badaracco, que había hecho imprimir un formulario con el que presentaba a los candidatos.

¡Qué mucho, pues, que el P. Orzali tuviera amigos en todas partes y donde quiera que él pusiera pie encontrara sonrisas, saludos y enhorabuenas! Y eran esos beneficiados suyos quienes se encargaban de desarmar a los adversarios del orden, de la autoridad y del bien, y por lo tanto, de la sotana. El párroco de Santa Lucía no tenía enemigos. Si alguno lo miraba con ojos torvos, ya se encargaba él de dulcificar la mirada de ese hombre, casi siempre bueno en el fondo, pero engañado por la prédica adversa y malintencionada. Para ello nunca recurría ni a la diatriba, ni a la lucha, ni a la ironía. Buscaba la ocasión propicia (enfermos en casa, una fiesta de amigos comunes) y procuraba conversar con él. Una vez que conseguía hablarlo, ya la victoria era segura. El otro se percataba que el Cura era distinto de como lo pintaban y entraba también en el número incalculable de los amigos del clérigo. Y él, estaba siempre aguardando la ocasión para poder socorrerlo con

alguna limosna, prestarle algún favor, ayudarlo con un buen consejo, conseguirle empleo, etc. Cuando alcanzaba a realizar este ideal de caridad, ya quedaba tranquilo: su "enemigo" estaba desarmado...

Y cuando los feligreses veían la pobreza con que él andaba, pues a veces ni para el tranvía tenía, y la generosidad con que siempre prestaba para todo, no podían no levantar sobre las nubes a su querido pastor. El no desdenaba nunca de sentarse y hasta de almorzar en cualquier rancho. Contaba en cierta oportunidad a sus tenientes que para complacer a un amigo, debió comer en su casa. ¡Y cuál no sería su repugnancia cuando vió que hacían la comida en la misma olla que momentos antes estaban lamiendo los perros! Pero él sorbió tranquilamente aquella sopa como si paladeara el manjar más exquisito.

En su parroquia se imprimía uno de los pasquines más mordaces que ha tenido Buenos Aires y cuyas caricaturas aparecen de vez en cuando reproducidas en obras modernas. También atacaba a Orzali. Pues bien: el párroco no encontró otro expediente mejor que invitar al director de la mordaz revista a almorzar con otros amigos en la parroquia. Desde ese día el pasquín no se ocupó más de Orzali ni de su parroquia.

Era siempre optimista. Estaba siempre alegre. De una sola cosa solía lamentarse: de que Dios no le hubiera concedido el don de la bilocación para poder estar a la vez en dos lugares ayudando a sus semejantes y trabajando por ellos.

Y estas delicadezas de padre teníalas con todos indistintamente. No se olvidaba nunca que dentro del perímetro de su parroquia había seres que sufrían. A ellos daba sus preferencias. De ahí que desde el principio, la Cárcel de Mujeres y la Casa de Expósitos fueran los lugares a los que destinaba todos los momentos que le dejaba libres el ministerio parroquial. En esas dos casas, como en los hospitales, se pasaba largas horas, predicando, confesando, dictando Ejercicios. Dice uno de sus tenientes: "En esos campos predilectos de su acción, pasaba con frecuencia hasta ocho y diez horas confesando".

Pero él no se limitaba a ejercer el apostolado y a sembrar la caridad. Tenía también que levantar y consolidar ese organismo que se llama parroquia. Para ello debió fundar todas las congregaciones y cofradías que son como el arquitrabe del edificio

moral de un curato. El 9 de Junio de 1891 funda la Congregación de Hijas de María para cultivar en ella, como en un místico jardín, las flores de la virtud entre las jóvenes de Barracas. Mons. Espinosa había fundado ya la Conferencia Vicentina de Señoras y el Apostolado de la Oración. El P. Orzali les dió nuevo impulso y acrecentó el número de socias. El 3 de Marzo de 1892 funda la Congregación de la Doctrina Cristiana. Atendió a los hombres estableciendo los Ejercicios Espirituales exclusivamente para ellos. Y cuando tuvo un núcleo discreto de caballeros piadosos, fundó primero, la cofradía de San José para la Buena Muerte y luego, en 1905, la Congregación del Santísimo Sacramento, que llegó a ser una de las más florecientes de la Metrópoli.

No podía, naturalmente, descuidar a su queridos niños. Para ellos fundó dos asociaciones: la de San Luis para los varones y la de los Santos Angeles para niñas.

Esto en lo referente al edificio moral. Pero Orzali no dejó de lado tampoco al edificio material. En pocos años de constante ajetreo consiguió terminar todas las obras necesarias. Tales como el decorado al óleo de todo el interior del templo, la adquisición del altar mayor de mármol, el estuco del presbiterio y de la primera parte de la Iglesia, el decorado de todos los altares, la obra diurna y paciente de conseguir bancos y confesonarios y quien le donase las imágenes de Ntra. Sra. del Carmen, de San José, de Santa Rosa, de Santa Inés, de la Virgen de los Dolores, de San Juan, de San Constancio y de San Filemón. A esto hay que agregar que debió poner piso de mármol en el presbiterio y de mosaico en el resto del templo, sacristía y camarines. Porque es de saberse que amén del ámbito dedicado a la iglesia, el celoso pastor construyó dos camarines: uno dedicado a Santa Lucía y otro a la Virgen de Luján, donde los fieles se entregasen a sus expansiones espirituales en un acogedor y recoleto ambiente de piedad. Para elevar el alma de sus feligreses compró el órgano que le costó ocho mil quinientos pesos, cifra considerable para aquella época. Adquirió además la efigie tallada en madera que hoy se venera en el altar mayor y fué quien la ubicó donde hoy se encuentra. Hizo construir el bautisterio y los armarios de la sacristía, amplió e hizo modificaciones en la casa parroquial y edificó dos salones para las escuelas parroquiales que fundara.

Toda esta enorme labor reclama una dedicación constante,

un esfuerzo generoso, una capacidad de trabajo extraordinaria. Pero se requiere algo más. Es necesaria la colaboración de los fieles, sin lo cual el Cura Párroco nada puede hacer. Y para que haya cooperación efectiva, debe haber antes buena voluntad. Y esta buena voluntad sólo se conquista con el genuino espíritu sacerdotal. Y ahí encontramos la clave para resolver el enigma de su obra. Todos lo ayudaban porque lo querían. Y todos lo querían porque él era un pastor de almas cien por ciento de Dios.

CAPÍTULO IX

LAS TRES PALABRAS SIMBOLICAS

El Pbro. Francisco R. Laphitz, escritor brillante y polemista de fuste, que popularizó su pluma bajo el seudónimo de "Falucho", fué uno de los tenientes que lo acompañaron con cariño desde la primera hora en la cura de almas. "Falucho" conoció a fondo a su párroco. Por eso lo apreciaba como pocos y las páginas más emotivas que he encontrado escritas sobre Orzali, se deben a su ágil y chispeante pluma.

El es quien nos describe al Cura de Santa Lucía trajinando de la mañana a la noche, sin darse punto de reposo para atender a los enfermos, enseñar a los niños, sembrar el evangelio en todas partes y salvar las almas que Dios había confiado a su pastoral solicitud. Es él quien narra "toda una cadena no interrumpida de ocupaciones que exigían de él un desgaste formidable de energías y que sin embargo ese desgaste no se veía, a tal punto que era en Buenos Aires proverbial la frase: "Orzali es de fierro".

"Se hubiera dicho que era un atrabiliario" —dice Laphitz—. Dada la pasión con que tomaba las obras y el ardor con que trabajaba, cualquiera lo hubiera calificado de maniático. A S. Juan Bosco no sólo lo consideraron loco de remate sino que intentaron llevarlo al manicomio encerrado en una volanta. Sino que él donosamente, hizo entrar primero a los dos "cuerdos" que lo querían llevar, cerró la portezuela, y dió orden al cochero de que enderezara hasta la casa de orates. Y fué grande la admiración de los empleados cuando vieron que en lugar de un demente, llegaban dos...

¡Es que si uno no se “chifla” por un ideal, nunca llegará a nada! Para realizar obras de aliento hay que tener la fiebre de la creación. Y esa pasión, ese ardor en los hombres dinámicos es lo que da la impresión de locura. Y cuando ese frenesí tiene por objeto la gloria de Dios y el bien de las almas, entonces en presencia de aquella “insensatez” de que nos habla San Pablo escribiéndoles a los corintios y de aquel “escándalo” que menciona dirigiéndose a los gálatas. En una palabra, la “locura de la cruz” tendrá siempre posesos mientras haya en el mundo inteligencias suficientemente lúcidas para entender el Evangelio en sus cuatro dimensiones y corazones suficientemente generosos para entregar al apostolado sacerdotal la totalidad de sus energías.

No todos hubieran resistido las fatigas a que el Cura de Santa Lucía sometía su físico. Cuando el pueblo decía: “Orzali es de hierro” proclamaba una verdad como un templo. Sin esa complejión atlética que tenía, jamás hubiera podido hacer frente a las fatigas agotadoras a que se sometía. “No todos pueden resistir esa especie de movimiento continuo y no todos somos de acero” termina “Falucho”.

Y explica por qué no obstante ser, *prima facie*, un atrabiliario, todos lo respetaban y querían. No era su dinamismo un torrente devastador, sino río impetuoso perfectamente encauzado dentro del espolón de su prudencia. Por eso subía de punto la admiración y el aprecio de la gente de Barracas al Norte cuando se daban cuenta que esa locura no era nada más que el amor a Dios y el amor al prójimo que, en sublime maridaje, pugnaban por irrumpir de su pecho generoso. “El Cura Orzali era la bondad personificada, dice Laphitz. Siempre sonriente y siempre satisfecho. Se afirma, *nemine discrepante*, que muy pocos Curas han sido más hermanos de sus colaboradores ni más padres con la servidumbre que él”.

Para Orzali no había tiempo de reposo. Tenía la pasión por el trabajo. Estaba identificado con él. El Cura de Santa Lucía sentíase tanto más a gusto cuanto más abundaba el trabajo. En medio del trajín cotidiano de la parroquia, él estaba a sus anchas. Y sin embargo, no se retrasaba en nada. Todo lo tenía al día. El secreto de esto está en ese amor al orden que ya asoma allá en Mayo de 1885, cuando en Montevideo redacta su “Reglamento o Método de vida que observaré siempre escrupulosamente y en

todo lugar desde este día de mi ordenación de Diácono". Pero su amor al orden aparece mejor en Roma, cuando elabora su plan de vida y lo rubrica con esa firma amplia que usaba entonces. En ese tiempo es cuando establece lo que hará cada día, cada semana, cada mes y cada año.

En los labios de Orzali florecía siempre el "hodie et nunc" hoy y ahora mismo. Nunca dijo: "esto lo dejaremos para mañana". Ese refrán que la sabiduría popular ha concentrado en estas palabras: MAÑANA ES NUNCA, tenía para él la fuerza de un mandato.

Y el orden que reinaba en su tiempo imperaba también en todo. En Santa Lucía era fama de que todo respiraba orden, aseo, buen gusto. No era posible el desorden ni el desaseo; porque si algo veíase desordenado, ahí estaba el párroco para ponerlo en su lugar y si algo estaba manchado, ya Orzali se arremangaba y no esperaba a que nadie hiciera ese menester, por humilde que fuera. ¡Cuántas veces lo vieron sus tenientes empuñar una escoba y ponerse a barrer! ¡Cuántas veces el sacristán debió arrebatarle el plumero, con que andaba espolvorando altares, bancos y armarios! Jamás pensó él que su autoridad de Párroco sufriera detrimento por ocuparse de tan bajos oficios; al contrario, sabía que la humildad no se conquista con palabras sino con obras. Y que un pastor es tanto más apreciado cuanto más sinceramente humilde sea.

"Falucho" cita unas palabras de Orzali que resumen admirablemente no sólo su manera de pensar, sino que lo retratan de cuerpo entero. Solía decir: "Al Cielo, sí, cuando Dios quiera; pero mientras estamos en la tierra, trabajar, hacer el bien y guerra sistemática al egoísmo y a la comodidad". Maravilloso programa que llevado a la práctica con la exactitud con que él lo llevó, es capaz de formar santos.

Pero donde mejor se ve al párroco de Santa Lucía en toda su belleza moral, es en sus tres palabras simbólicas. En sus apuntes, Laphitz había escrito: "Solía decir frecuentemente que de los diccionarios deberían borrarse, para los sacerdotes sobre todo, estas dos palabras: cansancio y no". Y Orzali, ya anciano Arzobispo y de pulso tembloroso, ha corregido, con esos caracteres estirados que tenía: "estas tres palabras: CANSANCIO, No e IMPOSIBLE".

Se ve que la plenitud del sacerdocio lo hizo aún más optimista. Si antes no conocía el *cansancio* y no era capaz de decir que *no* a nadie, una vez que llegó a Obispo parece que su celo por el bien lo llevó a allanar todos los obstáculos, a tal punto que creyera firmemente que todo era posible. ¿Acaso no decía otro tanto San Pablo: "todo lo puedo en Aquel que me conforta?" (Phil. IV, 13).

Las tres palabras simbólicas de Orzali denotan un optimista impenitente. Fué un trabajador infatigable. Decía: "Es impropio del sacerdote dar muestras de fatiga, porque nunca debe uno sentirse cansado cuando se trata de hacer el bien". Y él había modelado su sistema de vida a ese aforismo. Nunca se lo oyó decir que estaba fatigado. Cuando el cuerpo estaba rendido por los trajes del día, su espíritu, su magnífico espíritu siempre nimbado de juventud, parecía reverdecer y sobreponerse al cansancio. Cuando las piernas le temblaban por la debilidad y la fatiga, sus ojos parecían relampaguear con un brillo más lúcido y una claridad más diáfananamente espiritual. Cuando sus manos parecían resistirse a seguir trabajando, la sonrisa de Orzali, una sonrisa de niño y de santo, iluminaba totalmente su rostro que sacaba fuerzas de flaqueza y energías de la misma fatiga.

El Vicario General del Ejército, Pbro. Dr. Andrés Calcagno, dice de él: "Trabajador, no conocía el cansancio, gracias a su constitución física".

Todos los sacerdotes hacemos hermosos propósitos cuando llegamos a aquella cumbre místicamente blanca de la ordenación. Pero ¡ay! cuántos de esos propósitos quedan en la libreta... No sucedió esto con el P. Orzali. Tengo hoy ante mis ojos sus propósitos y el panorama de su vida que he estudiado con cariño. Y puedo afirmar que si hay uno que ha cumplido total y estrictamente sus muchos y variados propósitos, ha sido precisamente el primer Cura de Santa Lucía. Hay tal paralelismo entre las resoluciones de 1885 y su vida de pastor, que se podría saber cuales fueron sus propósitos observando su vida o podríase narrar toda su vida leyendo sus propósitos. Índice magnífico de la férrea voluntad que presidía todos sus actos. No basta escribir. Hay que llevar eso a la práctica. Y esto reclama una disciplina, un carácter y una voluntad a toda prueba.

De ahí que cuando sus contemporáneos decían: "Orzali es de

fierro", quizás no se refirieran solamente a su complexión física sino también a su contextura moral. Porque se necesita ser "de fierro" para trazarse un plan austero de vida a los 22 años y llevarlo a la práctica con una escrupulosidad estupenda hasta los 76, es decir, vivir por espacio de 54 años sometido a una disciplina severísima, sin más norte que la voluntad de Dios y sin más control que su conciencia.

Coincidió en sus tres palabras simbólicas con S. Juan Bosco. El Santo Fundador de los Salesianos trabajó hasta el lecho de muerte y la palabra "lavoro" fué la última que pronunciaron sus trémulos labios de agonizante. Nada extraño que coincidieran cuando ambos tuvieron el mismo maestro: San Francisco de Sales.

"Mi lectura espiritual de los domingos —dice Orzali en sus resoluciones— será la vida de S. Francisco de Sales". Ambos eran pues salesianos. Ambos, por lo tanto, optimistas.

Tampoco quería Orzali que un sacerdote dijese "no" o "después". "Y resulta una falta imperdonable —solía decir— el excusarse cuando se lo llama al ejercicio de su sagrado ministerio como predicar, confesar, enseñar catecismo, atender a los fieles o tenerle terror a la iglesia".

El nunca se negaba a nada que fuera ejercicio del ministerio o trabajo que estuviera dentro de la amplísima esfera de acción del sacerdote. Y hasta experimentaba gran alegría cuando algún párrroco amigo lo llamaba a última hora para predicar, cantar Misa o realizar alguna función de que se había exonerado otro sacerdote ya comprometido. Otro tanto dígase de cuando alguna comunidad religiosa requería su ministerio sacerdotal: nunca decía que no. Y cuando algún acto piadoso no se habría realizado si él no intervenía, entonces Orzali demostraba hasta qué punto era cierto que cuando se quiere, nada es *imposible*.

D. Francisco Vidaurrezaga lo retrata así (1):

"Nació para la lucha franca, intensa, cotidiana; profesa el culto del fragor de las batallas; si llega a nacer en tiempo de las Cruzadas, hubiese sido un Pedro el Ermitaño.

Es afable hasta el cariño: para él no existe la acepción de personas; está a las órdenes de todo el mundo; en sus despachos parroquiales no admite horarios; se complace en ser el servidor de

(1) "La Voz de la Iglesia", 17 de diciembre de 1910.

todos; y a pesar de ello, hay en él no sé que sello señorial que marca las distancias y obliga a los respetos...”

Su carácter era semejante al de S. Francisco de Sales: fuerte, pero suavizado con el ejercicio de la virtud. Si alguna vez se le veía con el rostro encendido, la mirada chispeante y los ademanes nerviosos, síntomas inequívocos “de la procesión que iba por dentro”, era cuando alguno de sus colaboradores no acudía inmediatamente cuando había sido reclamada su presencia para que ejerciera el ministerio en alguna forma.

“CANSANCIO, NO, IMPOSIBLE”: los vocablos que Orzali quería borrar del diccionario sacerdotal. ¡Hermoso programa de acción y emblema sublime de un temperamento macizo! No cualquiera se propone “no cansarse” nunca. No cualquiera decide nunca decir que “no” a sus fieles. No cualquiera desafía lo “imposible”. Para ello hay que tener un caudal de voluntad enorme, una fe más firme que una roca y un carácter acerado.

La vida entera de Orzali dirá a las generaciones por venir cuán él bien supo ser fiel a esa trilogía que, a la postre, constituyó como el lema de su vida de apóstol.

¿No hay nadie que se anime a fundar, dirigir y redactar una Revista Eclesiástica? Pues ahí está el Cura de Santa Lucía, cargado de trabajo, asediado por preocupaciones de toda índole; pero como él no sabe decir que no, pondrá manos a la obra.

Se trata de un homenaje para las Bodas de Oro Episcopales de S. S. León XIII. La Argentina no puede estar ausente. Hay que organizar la primera peregrinación argentina a Roma. Eso no es una bicoca. Reclama sacrificios, dolores de cabeza, contratiempos inevitables, disgustos, roces, y sobre todo, por lo menos un año de preocupaciones entre planearla y realizarla. ¿Quién se hará cargo de tamaña empresa? El que no conoce el cansancio, no sabe decir que no e ignora lo que es el imposible: El P. Orzali.

El P. Federico Grote planea la fundación del primer Círculo Católico de Obreros. Alguien debe ponerse a su lado. Se trata no de brillar sino de trabajar y de embarcarse en una empresa riesgosa por lo nueva y por los bemoles que tenía entonces el dedicarse a orientar obreros atiborrados de ideas liberales y envenenados con la propaganda más absurdamente anticlerical. ¿Quién se pondrá al lado del valiente redentorista en esa hora decisiva? Son muchos los que han dicho: “¿fundar Círculos de Obreros en la Argentina?

Imposible". Como para Orzali nada hay imposible, él no titubea en ser el Vice Director del primer Círculo de Obreros y en fundar otro en su parroquia que será el más importante del país.

Más tarde se le dirá que una Revista para el Clero nunca podrá tener vida en Buenos Aires. Y él fundará otra Revista Eclesiástica en la Capital. Se le dirá que en San Juan no es posible reunir un Sínodo Diocesano, como mandan los cánones. Y él, para quien no hay imposibles, celebrará dos Sínodos.

Una mañana de invierno muy temprano, cuando aun faltaban horas para que el sol difundiera su luz sobre la ciudad dormida, llega a Santa Lucía Mons. Espinosa. Enderezó por el largo y obscuro claustro de la parroquia. A poco pudo divisar a alguien que andaba barriendo el corredor. El Prelado, con esa su familiar bonhomía, le espetó al punto: —“Buenos días, sacristán trabajador: aquí viene el Arzobispo a darle más trabajo. A ver si me da unas hostias que tengo que ir a celebrar al Frenopático”.

El barrendero dejó la escoba y se adelantó. ¡Cuál no sería el asombro del Prelado al reconocer, a la luz mortecina de la lámpara, al mismísimo P. Orzali. Entonces, sin cambiar de tono: —¿Qué haces, hombre?

—Estoy quitándome el frío, Monseñor.

Corrió luego a buscar las hostias que necesitaba. Mons. Espinosa se despidió, agradecido, y el humilde clérigo fué a empuñar la escoba para proseguir su tarea.

Otra mañana, también muy temprano, llegó de incógnito el entonces Obispo de La Plata, Mons. Terrero. Tal cual viejecita desgranaba rosarios en el templo penumbroso. El Prelado vió que por entre los bancos andaba alguien, plumero en mano, espolvorándolos. Creyó que fuera el sacristán; pero cuando lo tuvo cerca no pudo contener su sorpresa. ¡Era el Párroco de Santa Lucía en persona! El Obispo platense recordaba siempre, expresando su edificación, el rasgo de Orzali.

Ignorar la fatiga, la negativa y la imposibilidad... ¡Se dice pronto eso! Pero enarbolar esa trinidad, fragante de optimismo, como una bandera gloriosa, y hacerla vida de su vida, significa para un clérigo, que ha entendido su misión divina, ni más ni menos que como la expresó Jesús: “el que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Luc., XIV, 33).

Por eso hemos llamado "simbólicas" a esas palabras. Porque para nosotros, ellas son el símbolo más acabado de la austeridad evangélica de vida que informó el alma cristalina del Cura de Santa Lucía.



Bajo los arcos moriscos de la Alhambra de Granada



Una fiesta en el Salón del Círculo de Obreros

CAPÍTULO X

EL ROMERO

Para los católicos del siglo pasado León XIII no era sólo el Pontífice Máximo sino también el sabio; no era solamente la cumbre blanca de la jerarquía sino también de la longevidad. El 19 de febrero de 1893, el anciano jerarca iba a cumplir el medio siglo de consagración episcopal. En todos los países se organizaban peregrinaciones a Roma. Como Orzali notara que en el nuestro nadie ponía manos a la obra, él, quizás el más ocupado de todos, lanza su primera proclama en junio de 1892, desde su "Monitor": "¿Podremos permanecer indiferentes...? ¿No debemos acaso hacer un esfuerzo, por costoso que sea, para estar dignamente representados en ese terreno universal? ¿O sería conveniente cruzarnos de brazos cuando todos los pueblos católicos y hasta no católicos de la tierra se preparan a tomar parte en esa gran festividad? No; no es posible conciliar esto con la hidalguía y religiosidad de nuestro pueblo... Es, pues, necesario hacer un pequeño sacrificio y preparar una peregrinación nacional a Roma".

Y luego el dinámico clérigo dice a sus lectores:

"Hemos puesto manos a la obra... Hemos expuesto esta idea a nuestro venerado Prelado el Sr. Arzobispo, quien, después de aprobarla plenamente, se ha dignado bendecirla..."

Ya está el P. Orzali en campaña. Y cuando él se pone en campaña siempre sale airoso en su cometido. En agosto envía una circular a todos los Párrocos, pidiéndoles generosa cooperación en su obra. En el mes de setiembre publica una carta del Card. Ram-

polla comunicándole la Bendición Apostólica con que Su Santidad ha querido prestigiar la peregrinación, a pedido del organizador de la piadosa romería. Ordenado por temperamento, Orzali era el hombre de la organización. Ante todo quiso ponerse a acuerdo con las empresas navieras. La que más facilidades le ofreció fué "La Veloce". Luego se entregó a la propaganda. Hoy día las distancias se han acortado. Pero antaño, ir a Roma, era casi como despedirse para la otra vida. Los viajes eran largos y molestos. De ahí los sueltos en los diarios, editoriales en el "Monitor" y volantes por todas partes a fin de formar ambiente para la magna empresa. De ahí también las dificultades que nuestro hombre encontrará en el curso de sus gestiones.

Como optimista que era, una vez puesta la obra en marcha, había que aprovechar esa fuerza de inercia para ir más allá. Y pensó en extender la peregrinación hasta Palestina. Y lanzó su proclama a la buena voluntad de todos los argentinos:

"Como ya tendrá conocimiento por las publicaciones hechas, he iniciado una gran Peregrinación a Roma, de los católicos argentinos para presentar los homenajes de la Nación entera al Santo Padre, con ocasión de celebrarse su Jubileo Episcopal el 19 de febrero próximo.

Conociendo sus sentimientos generosos, tengo el honor de invitar a Ud. y a su apreciable familia a formar parte de esta Peregrinación, la primera que con esta forma se inicia en nuestro país.

Para su gobierno, expongo las principales condiciones para poder ser contado en el número de los peregrinos.

1º La partida de los peregrinos tendrá lugar de Buenos Aires, el 19 de enero próximo.

2º Permanecerán dos días en Génova y 20 en Roma.

3º Deben inscribirse y pagar la cuota íntegra antes del 1º de enero, en esta forma: la mitad hasta el 15 de diciembre y la otra mitad hasta la fecha indicada.

4º La cuota es de trescientos veinte pesos oro por persona. Hay rebaja para personas de servicio.

5º Por esta cuota cada peregrino tiene pasaje de primera clase, ida y vuelta, desde Buenos Aires a Génova y viceversa, en uno de los grandes vapores de "La Veloce", pasaje de ida y vuelta en primera clase en el Ferrocarril de Génova a Roma y viceversa; dos días de hotel en Génova y veinte en Roma, con trato de primera clase y carruajes para visitar en corporación los principales monumentos.

6º Si después de las fiestas del Jubileo, algún peregrino quiere hacer excursiones a otros países, podrá hacerlo, siendo válido por un año (a contar de la salida de Buenos Aires) el boleto de regreso en cualquier vapor de "La Veloce" y en cualquier punto que éstos toquen.

7º También se organizará una peregrinación a Tierra Santa, pero a ella asistirán los peregrinos que lo deseen.

Creo, señor, que en estas condiciones y con estas ventajas, es muy fácil realizar lo que me propongo, esto es, que nuestra patria esté dignamente representada en este torneo universal de adhesión al Santo Padre.

Espero, pues, de su sentimiento religioso y patrio que hará hasta cualquier sacrificio si fuera necesario para tomar parte en esta Peregrinación, y de su amabilidad, que antes de la fecha indicada, 15 de diciembre, si puedo con seguridad contar con Ud. En caso de imposibilidad personal, podría muy bien, y así me permito indicárselo, nombrar una persona que lo represente, ofreciéndole el pasaje.

Después de saludar a Ud. con toda consideración, queda esperando sus órdenes s. s. y c. JOSÉ A. ORZALI, Cura Titular de Santa Lucía".

Mons. Aneiros no se despreocupaba de sus romeros. Poco antes de la partida dirige una carta al director de la peregrinación, en la que, entre otras cosas, le dice:

"Partiendo de aquí, después de las preces que prescribe el Ritual, cuidarán en el viaje de tener una conducta decente, con sus prácticas de devoción. En Roma ¿cómo no venerar respetuosamente a aquella Madre de todas las Iglesias, sus santuarios, sus corporaciones y al Pastor Supremo, Vicario de Cristo en la tierra? ¿Cómo no asociarse con todo espíritu a aquellas demostraciones que la flor del orbe católico expresará en ese Jubileo Episcopal a su padre común?

Nosotros os enviamos para eso y os tendremos siempre presentes, tomando con nuestra voluntad toda parte en todos y cada uno de vuestros actos, pidiendo al Cielo toda asistencia y bendición y que aleje todo mal corporal y espiritual.

Sed modelos como fueron los primeros cristianos y como deben serlo siempre los que se inspiran en Cristo. Que tengamos el consuelo de saber que habéis honrado debidamente a Nuestro Santísimo Padre. Que os veamos volver sanos y santos.

Os bendecimos con todo nuestro corazón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. † LEÓN FEDERICO, Arzobispo de Buenos Aires".

Al mismo tiempo entregó al Presidente de la romería, una nota dirigida al Emmo. Cardenal Mariano Rampolla, recomendándolos a Nuestro Santísimo Padre y obteniéndoles a todos la Bendición Apostólica".

La peregrinación no fué todo lo nutrida que quizás el joven sacerdote organizador se hubiera prometido. Pero era selecta y piadosa. Acompañaban a Orzali, entre otros, el Can. Dr. Juan N. Terrero, Fiscal de Curia, quien llevaba la representación del Excmo. Sr. Presidente de la Nación, Dr. Luis Sáenz Peña y una carta au-

tógrafa del mismo para el Padre Santo; el Pbro. Juan N. Kieran; los párrocos: de S. Nicolás, Pbro. Dr. Pedro B. Cecarelli y de Pergamino, Pbro. Emilio Loza. Representaba a Córdoba el Pbro. Dr. Pablo Cabrera; a San Juan, el Pbro. José Castro y a Mendoza, la Sra. María A. de Coria.

El 19 de enero, la Estación Central, que estaba tras de la Casa de Gobierno, hervía de gente. Orzali andaba en todo. Sudoroso y preocupado, corría de una parte a otra, satisfaciendo preguntas e interesándose por todo. Cuando el tren emprendió la marcha, rumbo a la Ensenada, el Párroco de Santa Lucía, dió un estentóreo: VIVA LEÓN XIII. ¡Viva! coreó briosamente la multitud que se había aglomerado en los andenes de la vieja Estación. En la Ensenada los esperaba el vapor "Duchessa di Genova". Una vez en él, enderezaron rumbo a Montevideo. Ahí subieron los peregrinos uruguayos con su pastor a la cabeza. Mons. Mariano Soler, como se recordará, había sido representante de Mons. Mäter en el padrino de la primera Misa de Orzali.

De Montevideo se dirigió el vapor a Las Palmas, a donde llegaron el 4 de febrero. Y cuatro días más tarde anclaban en Barcelona. Allí los peregrinos pudieron admirar muchas curiosidades y hasta ver a la Emperatriz de Austria que, en su yate, entraba, en viaje de placer por el Mediterráneo, en el gran puerto catalán.

Y el viernes 10 de febrero a las 15,30 tocaban el puerto de Génova. Se alojaron en el Hotel de Gènes. Esa tarde y durante todo el día siguiente visitaron la histórica Génova con sus monumentos, paseos y templos. Dedicaron lo mejor del día a recorrer el maravilloso camposanto, admiración de cuantos llegan al famoso puerto.

Por la noche, emprendieron viaje hacia Roma. Llegaron el 12 a las 10,30. Todos los peregrinos argentinos fueron al Hotel Minerva. Y ahí estuvieron, visitando la Ciudad Eterna hasta el día del Jubileo. El 19, a las 6,30 se abrió la basílica de San Pedro, irrumpiendo en ese momento un alud de gente. A las 8,30 debió cerrarse el templo, pues no cabía ya una persona más. Había en ese momento 65.000 personas adentro. De 10 a 15.000 quedaron afuera. Orzali con el Can. Terrero asistían al espectáculo desde la tribuna reservada a los Enviados Extraordinarios.

Huelga describir aquí la entrada, a las 9,30, del anciano Pon-

tífice en la silla gestatoria, la clarinada de las trompetas de plata, el rumor ingente de aquella multitud que ululaba como un mar bravío, el arte del coro de la Capilla Sixtina, la majestad del Papa cuando bendijo a la turba, el silencio y recogimiento de la misma cuando el Jerarca dibujaba en el aire el triple signo de la cruz, la fantástica procesión de 38 cardenales y 150 obispos, etc.; cosas todas que dejaron profunda impresión en el ánimo de los romeros argentinos.

El 23 tuvo lugar la audiencia para ellos. Entraron en el patio de San Dámaso, junto con las peregrinaciones uruguaya, francesa y húngara. El Card. Richard, Arzobispo de París, presentó a sus compatriotas en francés y el Papa le contestó en ese idioma. Un Obispo húngaro presentó a los suyos en latín y el Pontífice habló también en latín. Mons. Soler y el P. Orzali presentaron, en italiano, a sus respectivos romeros. El Papa contestó, en italiano, a los oradores y comisionó a uno de sus Camareros Participantes, Mons. Merry del Val que hablara a los americanos en español (2). La audiencia duró una hora y media.

El 4 de marzo el Can. Terrero y el P. Orzali fueron recibidos en audiencia privada por Su Santidad, como representante el primero del Gobierno Argentino para las fiestas jubilares. Los dos sacerdotes hablaron quince minutos con el Sumo Pontífice, quien se interesó por las cuestiones más importantes de nuestro país. Esa misma noche los peregrinos que optaron por seguir viaje a Tierra Santa, partieron para Nápoles. En esa ciudad se detuvieron varios días, en que pudieron visitar todo lo mucho de admirable que tiene la gran ciudad del Vesubio. Una de las excursiones más agradables fué, sin duda, la visita a las ruinas de Pompeya, cuyo descubrimiento aun no estaba terminado.

El 9 de marzo se embarcaron en el vapor "Etna" de la "Navigazione Generale Italiana" rumbo a Alejandría. Antes de llegar a este puerto los sorprendió una tremenda borrasca que puso a prueba el valor de los navegantes. Por eso sólo el día 13 a las 17 lograron anclar frente a la antigua ciudad egipcia, pero no pudieron desembarcar porque el temporal aun no había amainado del todo. Al día siguiente recorrieron la ciudad y si-

(2) Las versiones uruguaya y argentina, difieren aquí en algunos pormenores.

guieron hacia el Cairo. Allí visitaron las famosas pirámides, observaron tumbas de Faraones, contemplaron desde la cima de los históricos monumentos la majestad del famosísimo Nilo y admiraron la silueta milenaria de la Esfinge que se recortaba sobre las arenas del desierto como un reto a los tiempos y un desafío a los siglos.

Del Cairo a Ismailiath y Puerto Said. De allí en el vapor "Ungaria" hasta Jaffa, puerto rudimentario en el que peligraba no menos la vida de los viajeros que sus billeterías. De Jaffa a Jerusalén en ferrocarril. Se alojaron en la hospedería de los PP. Franciscanos. Luego de llegar, Orzali fué a arrodillarse ante el Santo Sepulcro. "Fué tan grande y extraordinaria la emoción que experimenté —dice en su diario— que a pesar de ser muy refractario a las lágrimas, no pude menos que llorar al considerar la gracia que el Señor me concedía de besar, en el día de mi santo, el mismo sepulcro donde la D. Humanidad de N. S. Jesucristo estuvo tres días después de su muerte. Visité luego el Calvario y allí sentí lo mismo y de igual modo lloré". Es inenarrable lo mucho que gozaron el Cura de Santa Lucía y D. Tobías, su buen padre, que lo acompañaba a todas partes, visitando las muchas reliquias gloriosas de Palestina.

Tampoco son para ser narradas la emoción del piadoso clérigo cuando pudo, finalmente, rezar Misa, a las 4,30 en el Santo Sepulcro y más tarde en la gruta de Belén, donde el Verbo nació a la vida terrenal; y la pena que deja traslucir su acendrada devoción al ver esas reliquias tan sacras en manos de musulmanes y cismáticos, que no cuidan ni siquiera del más elemental aseo de la Basílica. Nuestro peregrino queda espantado cuando ve que la gente duerme y hace peores cosas aun dentro del lugar sagrado. ¡El, que fué siempre el guardián del decoro del templo y el custodio de todo lo sacro!

En sendos jumentos fueron con Terrero y Don Tobías a Jericó. En esa bíblica ciudad los detuvo varios días incomunicados una tormenta despiadada. De allí, siempre cabalgando borricos, fueron a conocer el Mar Muerto. Ante la trágica esterilidad que se extiende como una maldición por toda la zona, meditaron los romeros en los tremendos castigos de Jehová.

Del Mar Muerto al Jordán. Almorzaron en la ribera, teniendo por única bebida la limpia linfa del histórico Río del bautizo.

La entera Semana Santa la pasaron en Jerusalén. ¡Qué emoción aquel Jueves Santo en el Cenáculo! ¡Qué impresionante aquel Viacrucis por el mismo camino que trilló el Redentor con la cruz a cuestas! ¡Cuántos recuerdos al tocar aquellas rocas que parecían todavía empapadas con la sangre divina del Salvador! El 5 de abril el P. Orzali pudo decir Misa en el mismo lugar donde expiró Jesús por la Humanidad.

Y el 11 de abril emprendían viaje de regreso, haciendo el mismo trayecto terrestre y marítimo que a la ida. El mismo barco "Etna" los condujo a Nápoles. Ahí los romeros se separaron. Orzali con su padre se dirigieron a Diécimo para visitar a los parientes que hacía tiempo los esperaban. En la tierra natal de D. Tobías estuvieron hasta el 18 de mayo.

Luego emprendieron una extensa gira por Europa. Visitaron Pistoia, Bolonia, Ferrara, Padua, Venecia, Trieste y Graz. El 25 de mayo, que Orzali saluda en su crónica con un ¡Viva la Patria! ambos Orzali entraban en el Imperio Austro-Húngaro. Les llamó grandemente la atención la magnificencia y movimiento de su capital, Viena. El día 28 siguieron hacia Praga. De allí enderezaron hacia Dresden en Alemania. Y finalmente llegaron el 30 de mayo a Berlín, la opulenta capital del Imperio Alemán. El P. Orzali, el enamorado del orden, quedó prendado de la limpieza, disciplina y orden que reinaba en la gran capital.

De Berlín pasaron a Dusseldorf y a Colonia. Luego penetraron en Bélgica, visitando Lieja, Lovaina y Bruselas. Lo que más llama la atención del P. Orzali en la famosa capital, es su célebre biblioteca. De ahí a Ostende y luego a Londres. Dedicar varios días a visitar la inmensa capital inglesa y luego vuelven a Francia. París le gusta de veras al clérigo argentino. El Louvre, el Trocadero, los Campos Eliseos, el bosque de Boulogne, son recuerdos imborrables del peregrino criollo.

Después viajan a Vichy. De ahí siguen hacia Roane y Paray-Le-Monial. Allí reza Misa en la capilla de las apariciones. Luego emprenden viaje hacia Lyon y salen de Francia por Modane. Visitan la ciudad de Turín. Almuerzan con Don Rua, el sucesor de Don Bosco, oran ante la tumba del Santo turinés y siguen hacia Novara, Piacenza, Florencia, para regresar nuevamente al viejo solar de los Orzali en Diécimo. Antes de embarcarse en el "Sud América" visitan todavía Chiavari, Savona, etc.

El 3 de agosto el vapor pone proa hacia Buenos Aires. Orzali había visitado setenta ciudades, se había embarcado diez veces, había hecho trece excursiones a caballo y en coche y setenta veces había tomado el tren.

El Cura de Santa Lucía había recorrido mundo en esos ocho meses. Había aprendido mucho; pues no hay mejor manera de aprender todas las ciencias que viajar. Sobre todo la ciencia que no enseñan los libros: la del conocimiento de los hombres.

Los Tenientes, fieles y amigos lo esperaban en la parroquia con los brazos abiertos. El primer domingo después de su llegada, cantó un Te Deum en acción de gracias a Dios y a la Virgen de Luján por la felicidad de tan variados viajes. En ese día el celoso párroco impartió la Bendición Papal que Mons. Merry del Val anunció el 23 de febrero que el Sumo Pontífice permitía impartir a todos los Párrocos presentes a esa audiencia.

Orzali estaba descansado. La perégrinación fué para él providencial; porque las fatigas de los tres primeros años de vida parroquial, lo habían postrado. Por eso él agradeció a Dios que le hubiera deparado esa oportunidad de reposar ilustrándose y cumpliendo una misión tan patriótica como encomiable.

Pero al llegar nomás dióse cuenta de que su parroquia necesitaba de él. "El ojo del amo engorda al caballo" dice el refrán. Esa feligresía había adelantado mucho; pero con los sacrificios del Cura que no paraba mientes en sacrificios. Ahora, como un bajel en que los remeros se han extenuado, veía a su parroquia más que estancada, en vías de retroceso. Por eso, el esforzado Cura desde su llegada a Barracas al Norte ya no pensó en nada que no fuera el progreso y la intensa vida espiritual de su amada parroquia.

CAPÍTULO XI

EL HOMBRE QUE VEIA A DIOS

En Francia y en las provincias vascongadas españolas he visto con admiración y regocijo espiritual que a los Hospitales generales, a esas casas benditas donde llega y tiene entrada gratis todo enfermo, se las llama Hôtel-Dieu y Casa de Dios, respectivamente. ¡Qué profundo significado teológico tienen esas denominaciones! Donde hay dolor y pobreza, ahí está Dios. Por eso todo sacerdote que ama su vocación y va en busca de Dios, no rehusa jamás el llamado de los enfermos y está siempre con los pobres. El santo Cura Brochero, que se sabía bien su teología, solía decir con esa su gracia nativa, pidiendo perdón por la irreverencia, que Dios es como los parásitos: está siempre con los pobres...

Orzali había intuído todo esto. Quizás en aquellas ensoñaciones místicas de los Ejercicios Espirituales de Regina Martyrum, tal vez en los de Montevideo, puede ser que en los de Roma: el hecho es que él tenía predilección por los enfermos, preferencia por los pobres y decidida inclinación al trato con todos los desdichados. Parecía que paladeaba sensiblemente la presencia de Dios en los desheredados de la fortuna, en los heridos por el infortunio. Ya lo hemos visto en la parroquia de La Piedad, con qué celo y fervor se dedicó al cuidado de los enfermos, desde que, por primera vez llegó, temblando, a la cabecera de un moribundo —tenía entonces sólo 23 años...— hasta que en el trato cotidiano con llagas y pestes, con tumescencias y úlceras, llegó a familiarizarse con el dolor y a mirar sin repulsión los rostros desfigurados por el

cáncer, los huesos tronchados por la fractura o la sangre que brotaba purpúrea de las hemorragias.

De ahí que cuando en un hogar indigente de allá, cerca del Riachuelo, no había quien se atreviera a hacer un vendaje o a practicar una sangría, ahí estaba el Cura Orzali que había llegado a visitar al enfermo para curar las heridas del alma, dispuesto a prodigarse también para curar el cuerpo.

Todos los días sin dejar uno, se lo veía salir con su valijita en mano a realizar la visita domiciliaria a los enfermos. Orzali compartía con sus tenientes todos los demás ejercicios del ministerio sacerdotal; pero éste, el más difícil quizás, el que suele ser más gravoso (y quizás por eso, el más grato al corazón de todo apóstol de Jesús) esta dulce carga de la atención de los enfermos, no la cedía a nadie. Sólo cuando a él le era materialmente imposible, permitía que alguno de sus tenientes ocuparan su puesto de honor junto a la cabecera de los enfermos.

Ese era su lugar predilecto. Colocado ahí, a la vera del catre miserable o del camastro maloliente, nuestro buen Cura ejercía la más exquisita de las obras de misericordia: consolar a los torturados por el dolor o la miseria. Sentado ahí, junto al lecho, en un banquito de madera, él abría las puertas de la felicidad eterna a sus feligreses. El entendía que si hay un lugar donde no puede faltar el párroco es al lado de sus enfermos, que están en las fronteras de la vida y de la muerte. Si hay un momento en que el Cura debe hacerse presente es ése, cuando se entornan los párpados a la engañosa luz de la vida presente para abrir el alma a los resplandores de la eternidad. Por eso él no cedía ese ministerio.

Pero hay otra razón de su persistencia, cabe el lecho, de los que sufrían. Y es ésta: si hay en la vida un momento delicado y trascendente es el del tránsito final. Y en ese momento, tanto el enfermo como los familiares, buscan más que todo al amigo al hombre de confianza, al santo, si posible fuera, que con la miel de su palabra vaya suavizando las asperezas de la agonía y los desgarrones de la partida sin retorno. De ahí también su constante viajar, valijita en mano, por todos los ámbitos de su parroquia. Porque los enfermos no querían a otro que no fuera el P. Orzali y los parientes no se resignaban a que en la hora suprema faltara el gran amigo de la casa, el conocido de todos, el consejero de todo momento, el bienhechor de todo Barracas, no estuviera en su puesto de honor.

Pero si era para él un gran consuelo el comprobar con qué cariño lo requerían sus feligreses, era por otra parte un sobrecargo de trabajo tal, que solamente quien hubiese estado dotado de la maciza reciedumbre física de Orzali, hubiera podido resistir a tan agobiadoras fatigas.

El no miraba si el enfermo era pobre o era rico. ¿Qué pena causa cuando se ve salir como exhalación a algún quidam porque ha llamado una familia de sonoro apellido, cuando momentos antes se había rehusado a ir a atender a un anciano pobre y desvalido que languidece en un conventillo! Orzali obraba al revés: la preferencia, si la había, debía ser para los más pobres y repugnantes. Para él no había lacra física o moral que le impidiera llegar a las almas.

Cuenta el Sr. José Z. Ferreccio que un día lo llamaron, quizás no sin cierta malicia para que fuera a visitar una enferma. Orzali, como siempre, tomó la valija de los óleos, calóse el sombrero, y emprendió la marcha. Iba tranquilamente por las calles, repasando in mente el sermón que debía repetir el domingo quizás nueve veces, como le solía suceder. Cuando se acercó a la calle y número indicados, comenzó a mirar las chapas para no pasarse. Al llegar al número dado, observó que las personas que lo veían hacían gestos de extrañeza. El buen párroco al punto se percató de lo que se trataba. Pero volvió a llamar. Al cabo apareció una mujer algo cohibida. El Cura le preguntó si había alguna enferma en esa casa. La desdichada titubeó un poco y al cabo dijo que sí. Entonces el P. Orzali, le advirtió: —No cierre, por favor. Espere.

Y fuése rápidamente a llamar al vigilante que andaba en las inmediaciones. Volvió con él. Y juntos entraron en esa casa de gente de mala vida. Cuando llegaron a la pieza de la enferma, dejó al agente en la puerta y entró. Vió que la pobrecilla se moría y tenía sentimientos de real contrición. Entonces la confesó, le dió la absolución y le dijo que a la mañana siguiente muy temprano le traería la Comunión. Y así fué. Cuando todavía las sombras de la noche no se habían disipado, Orzali entraba de nuevo con el Señor en el pecho en el antro del vicio. ¿Acaso no lo habían acusado a Jesús muchos siglos antes de que entraba en las casas de los pecadores? ¿No había dicho El mismo que no había venido para los justos sino para los caídos? ¿Y que no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos? La infeliz recibió la Comu-

nión y a poco entregó su alma arrepentida a Dios. ¡Qué satisfacción para nuestro Cura el haber arrebatado un alma, así, desde el borde del abismo, para elevarla hasta los resplandores de los santos!

Nunca le faltaban en su parroquia enfermos que visitar. Los domingos, terminada la plática de cinco minutos, él preguntaba a los fieles, quiénes tenían enfermos en casa que no hubieran sido visitados. Y que avisaran de otros que supieran indispuestos y cuyos familiares no frecuentaran el templo. Al salir la gente, él se iba al atrio y allí recibía las direcciones solicitadas. Cuando se trataba de irreligiosos o de impíos, Orzali se daba tan buenas mañas y obraba con tanta suavidad y dulzura, que hacía doble bien: atendía espiritualmente al enfermo y se hacía amigo de los sanos. Porque es de saberse que cuando visitaba a los enfermos no eran sólo consejos y bendiciones lo que dejaba. Cuando él veía que la familia era muy pobre y que no tenía muchas veces con qué comprar los remedios que el médico había recetado, ahí estaba él para vaciar su siempre magra cartera y aliviar en parte la indigencia de sus nuevos amigos. Y cuando veía que hubiera sido una humillación grande para ellos el aceptar el óbolo que se les ofrecía, entonces dejaba subrepticamente debajo de la almohada del paciente los cinco o diez pesos que necesitaban para la farmacia.

Jesús había dicho: "Toda vez que hicieréis algún favor a alguno de estos hermanos pequeñitos, a Mí me lo hacéis" (Math., XXV, 40). La fe nos dice que Cristo está místicamente en cada uno de los pobres y desdichados. Cuando, pues, se visita un enfermo, un asilado, un recluído, se visita a Cristo. Esto lo veía tan claramente Orzali que todo tiempo libre que tuviera, lo dedicaba a visitar Hospitales, Asilos y Cárceles.

Precisamente a tres cuadras de su parroquia, y sobre la misma calle Larga, hoy Avenida Montes de Oca, tenía la antigua Casa Cuna. Ahí estaban los residuos de la sociedad. Ahí las criaturas inocentes que debían cargar sobre sus hombros el pesado sambenito de inclusero por toda su menguada vida. Precisamente porque en esa casa de Expósitos estaban más evidentes la desgracia y la debilidad humanas, ahí acudía más frecuentemente el Cura de Santa Lucía. Porque él veía a Jesucristo en esos pequeñitos, iba siempre a recrearse con ellos. A esa casa de donde todos huyen porque no ven más que miseria y pecado, él iba a consolar a los

tristes, a dar buenos consejos, a sonreír a los que no tenían madre que les sonriera: en una palabra a ejercitar todas las obras de misericordia.

Desde el 2 de febrero de 1890 hasta el 31 de marzo de 1912 el P. Orzali fué capellán de la Casa Cuna. Tenía 100 pesos mensuales de gratificación que le ayudaban a pagar los mil y un gastos que tenía con motivo de sus obras de apostolado. Pero más que capellán él era ahí el padre. Todas esas criaturas que crecían ignorando la dulzura de esos dos vocablos que son los primeros que todos hemos aprendido a balbucir: mamá y papá, no tenían más madre que a la religiosa de las Hermanas del Huerto que fungía de superiora y no conocían más padre que al Padre Orzali.

Y más allá, allende los límites de su parroquia estaba la Cárcel de Mujeres. Las Hermanas del Buen Pastor eran los ángeles que velaban por la redención de esas pobres almas muchas veces más enfermas que culpadas. Pero ellas necesitaban un sacerdote sacrificado y lleno de espíritu de Dios. Sacrificado para pasarse horas y horas sometido a la tortura del confesonario escuchando la novela vivida por cada una de las reclusas. Y lleno del espíritu de Dios para atraerlas al bien, para convertirlas no con amenazas de castigos sino con la infusión del amor de Dios, el único que puede hacer triunfar la gracia en esos seres. Como el P. Orzali no sabía decir que no, cuando las Hermanas del Buen Pastor le pidieron que completara la obra que ellas hacían exteriormente, trabajando el interior de las conciencias, él, fiel a su lema: "No existen: cansancio, no, imposible" tuvo que aceptar. Y allá se iba Orzali, como si no tuviera harto que hacer en su parroquia, a pasarse 2, 3 y 4 horas confesando a las presas del Buen Pastor.

No sabemos los consuelos que halló nuestro buen Cura en el ejercicio de esa exquisita obra de misericordia. Pero podemos intuirlos. Si el que da un vaso de agua fresca por amor a Jesucristo, no quedará sin recompensa ¿qué será de quien sacrifica su descanso y mortifica su cuerpo para redimir a esos seres que han caído tan hondo que ya nadie piensa en su redención?

Cuando el P. Agustín Piaggio iba a Santa Lucía en busca del P. Orzali y le decían que estaba confesando en el Buen Pastor, el futuro Vicario General de la Armada, con ese humor siempre festivo que lo caracterizaba, decía incontinenti: —Bueno: tenemos para rato: de ahí no lo saca nadie...

Orzali iba en busca de los enfermos, de los pobres, de los desdichados porque *veía* en ellos a Dios, según la promesa del Divino Maestro. Y como *veía* con su fe robusta al Redentor en sus pobrecitos, se sacrificaba con verdadera fruición ascética por ellos.

Así explicamos aquel como afán de ser él quien visitara los enfermos, de ser él quien se sometiera a los más duros sacrificios para atender a asilados y a presas. ¡Es que Orzali *veía* al Señor en cada uno de sus pobres! Y lo hacía todo por ese Señor a quien él amaba sobre todas las cosas. Él trabajaba desde las cuatro de la mañana hasta las 22 por su Dios a quien amaba y “ubi amatur, non laboratur; aut si laboratur, labor ipse amatur”: “donde se ama no se sufre; o si se sufre, se ama el sufrimiento mismo” (1).

(1) San Agustín.

CAPÍTULO XII

EL CIRCULO DE OBREROS

Corrían tiempos difíciles: los anarquistas intentaban arrasar con la autoridad y el poder, los comunistas comenzaban a enarbolar su bandera de utópicas reivindicaciones, los socialistas sacudían las masas obreras con mejoras sociales. Los católicos no se habían dormido. La encíclica *Rerum Novarum* del 15 de mayo de 1891 no había caído en el vacío. Los dirigentes de la "Asociación Católica" por otra parte, ya se habían propuesto encarar el problema obrero, en su famosa Asamblea de los Católicos Argentinos.

Pero fué al Redentorista P. Federico Grote, a quien cupo la gloria de instaurar en el país una obra esencialmente social-cristiana con la fundación de los Círculos Católicos de Obreros. El P. Grote aparece en 1885. Era alemán. Su físico recio y varonil era reflejo de su alma. Grote habló a Estrada de su proyecto; pero ya la salud del líder católico estaba minada: sólo le pudo ofrecer sus sufrimientos y su oración. Lo que no era poco... Y al cabo, el 2 de febrero de 1892, se establece el primer Círculo que se llamó Central, porque en torno de él, debía florecer una cantidad de otros similares. Se instaló en Callao y Juncal, en una casucha que el vulgo creía que estaba "embrujaada" y por eso los dueños no la podían alquilar. Pero como el P. Grote no creía en brujas, se instaló en ella con toda confianza.

El primer párroco que se puso al lado del P. Grote para secundarlo en todo, fué el de Santa Lucía. Como hombre apostólico intuyó el bien que redundaría de esa fundación y la apoyó con to-

das sus veras. En su "Monitor" de febrero de 1892 publica un entusiasta editorial. Dice entre otras cosas: "Una gran idea acaba de realizarse, un remedio acaba de adoptarse para una de las más urgentes necesidades de nuestra época: es decir, la fundación del Círculo Católico de Obreros".

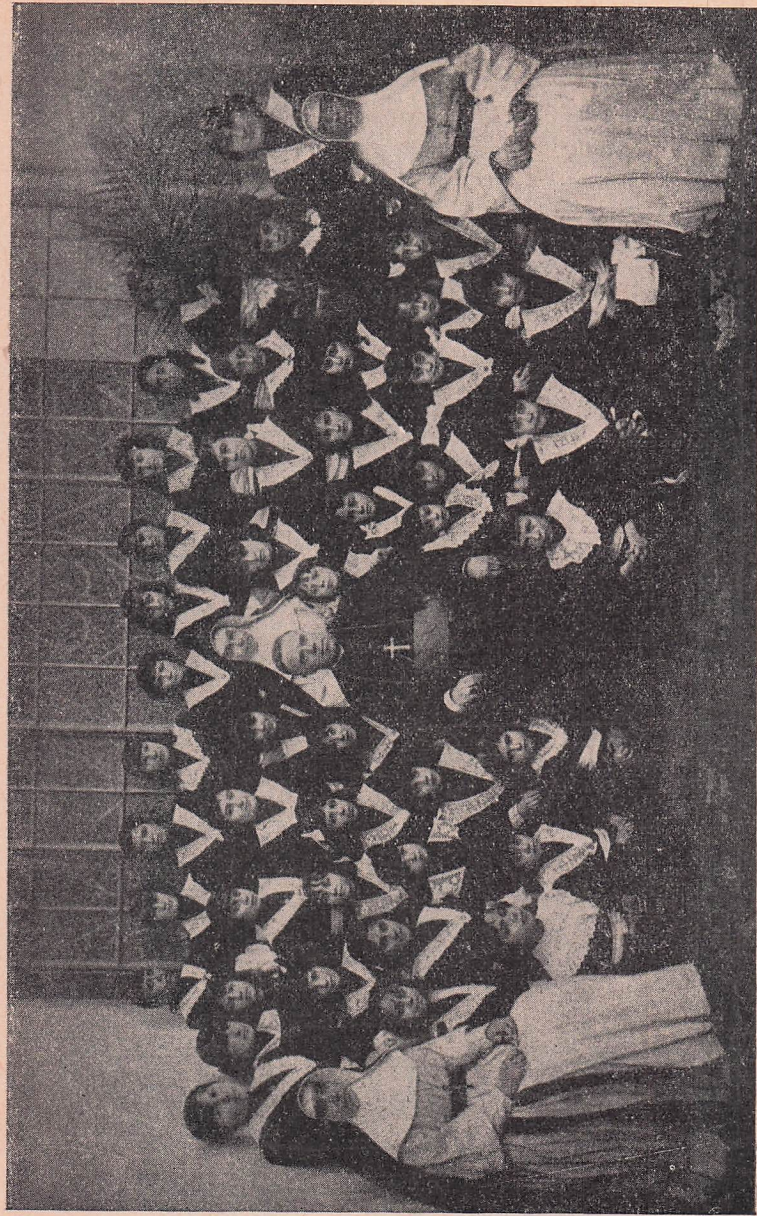
En el mes de junio vuelve a referirse al mismo asunto. Y al mes siguiente ya encara el tema en forma práctica: "Modo de establecer Círculos de Obreros". En el mes de agosto sigue tratando el asunto con idéntico entusiasmo y fervor apostólico. Por eso bien pudo decir él en sus Memorias: "Con el P. Federico Grote he intervenido en la creación de los Círculos Católicos de Obreros desde el principio, siendo Vice Director del Círculo Central".

Apenas llegado de Europa, pensó seriamente en dotar a su parroquia de un Círculo vigoroso. Y al cabo de algunos meses, después de haber meditado mucho, consultado reiteradamente con el P. Grote, hablado con Mons. Aneiros del tema obsesionante y luego de haber buscado los hombres que serían las piedras angulares del nuevo edificio, lo fundó solemnemente: era el 1º de abril de 1894. Como Presidente puso a un caballero que era toda una garantía de probidad: D. Agustín E. Badaracco. Como Secretario, a un joven tan formal como capaz, que hoy desempeña el importantísimo cargo de Director del Banco Central de la Nación: D. José Z. Ferreccio. Como Tesorero a su gran amigo, D. Fernando A. Coni. Como Vocales a cuatro caballeros que lo acompañaron siempre con lealtad y sacrificio: D. Julián Viola, D. Alfredo Zamboni, D. J. B. Broussain y D. Luis Zonini.

Huelga decir que el Director, dado su carácter, le imprimió desde su fundación un ritmo acelerado. A los miembros de la comisión directiva les infundió un entusiasmo rayano en delirio. El mismo, todos los domingos, en sus pláticas de cinco minutos, encontraba tiempo para invitar a los hombres a asociarse al flamante Círculo barraqueño. Todo siguió siempre en un "crescendo" magnífico. Primero consiguió un local adecuado. Luego hubo necesidad de una biblioteca. En mayo de 1896 lanzó el P. Orzali la idea y el 1º de julio ya la inauguraba. Con ella llegaron las escuelas nocturnas. Había que instruir a los obreros. Y el Párroco que cuando de hacer el bien se trataba no paraba mientes en sacrificios, instaló en el Círculo, una escuela nocturna para obreros. Por doquiera se sembraba entusiasmo por la obra social: en la



Prelado doméstico de Su Santidad



Primer grupo de alumnas internas del Instituto de calle Herrera. Hnas. Julia de la Eucaristía, Inés de Jesús y María del Huerto

capilla de la Convalecencia, el mismo Orzali y en la de Santa Catalina, aquel benemérito salesiano que fué el P. Julio Bellingeri.

El 24 de junio de 1896 el Sr. Arzobispo bendijo el estandarte del Circulo. Estaba presente el P. Grote y predicó el Can. Terrero.

Al principio se le dió mucha importancia al número. Pero luego vió nuestro Cura la necesidad de la selección. En la concentración que se hiciera en San Ignacio el año 1896, había habido quejas respecto del comportamiento poco edificante de ciertos asociados. De ahí que él luego sostuviera la necesidad de seleccionar.

Pronto tuvieron su salón de fiestas sito en Avenida Montes de Oca 974. Y Comenzaron las solicitudes de alquiler o préstamos para diversas entidades. Una de las primeras en utilizarlo fué la Comisión Pro Monumento a Colón que dió cuatro festivales a beneficio del hermoso mármol que hoy admiramos en el Paseo homónimo.

Cuando ya tuvo un buen número de asociados, puso la Misa oficial para el Círculo. Fué la de 9. Y en ella, Orzali desarrollaba temas adecuados a los obreros que acudían numerosos y puntuales a oír su palabra sencilla y luminosa.

Una de las preocupaciones del P. Orzali fué, desde un principio, el Cuadro dramático. El quería que el Círculo fuera una entidad dinámica. Que las familias de los socios hallaran todo en él: médico, farmacia, cooperativa, diversiones. Ese era su plan. En gran parte pudo realizarlo. Y para que las familias de los socios tuvieran teatro, era indispensable dotar al Círculo de un buen cuadro dramático. Lo tuvo por muchos años. Pero ¡cuántos dolores de cabeza le costó! Se suscitaban conflictos de toda índole. Roces entre Comisión directiva y subcomisión de fiestas. Enredos frecuentes entre los actores. Rivalidades entre los artistas, todos de muy buena voluntad, pero cada cual con su criterio, su idiosincrasia y su genio... Y el buen P. Orzali tenía que andar en medio de todos estos líos internos como el aceite que todo lo suaviza, mitiga y calma.

El Cuadro Dramático de Santa Lucía llegó a representar en distintos lugares: en Balvanera, en Lomas, en Quilmes.

Y junto con el Cuadro Dramático, la banda de música. Había en Barracas muchos italianos. Y donde hay un italiano, hay un músico. En acto o en potencia, pero hay un músico. Lo que

más costaron fueron los instrumentos. Lo demás vino solo. Y se vió desde entonces, aquella histórica procesión de Santa Lucía, amenizada no ya con la sola Banda de Policía, sino con varias bandas y entre ellas, la autóctona de la parroquia.

Con la afluencia de hombres al local social, vino la necesidad de una confitería. Y se puso confitería que funcionó por varios años, siendo motivo también de no pocos entredichos entre la "confitería" y la Comisión de Propaganda. Entredicho que debía solucionar siempre el pacientísimo y prudente P. Orzali.

Y no solamente había que cuidar el alma de los asociados, sino también el cuerpo. De ahí el carácter de sociedad de mutuo socorro que tuvo desde los primeros tiempos. Médicos amigos de Orzali no titubearon en ofrecer sus servicios profesionales a bajo precio. Por otra parte el Hospital Italiano ofreció sus salas con rebajas para los socios de ese Círculo que cada día iba tomando más incremento. Al punto que bien pronto se vió la necesidad de designar inspectores de enfermos. Los cuales, todas las semanas, en la hebdomadaria sesión de Comisión Directiva y de Propaganda, informaban acerca del estado de cada uno de los enfermos a su cargo.

Y para que las familias tuvieran sus momentos de solaz, se estableció que todos los meses, por lo menos, habría función teatral para ellas. ¡Dichosos tiempos aquellos en que la gente se contentaba con ir una vez al mes al teatro inocente y no como ahora, cuatro veces semanales al cine indecente! Las familias se volcaban al teatro del Círculo a emocionarse con los dramas de entonces y a reír con "El fotógrafo en apuros". Tal afluencia hubo de familias, que luego se debió dividir la parroquia en dos: la gente de calle Suárez al Norte tenía su fiesta un día y la de esa arteria al Sur, el domingo siguiente. Y para guardar el orden, ahí estaba el método y la previsión del Cura: varios comisarios se responsabilizaban de él y las funciones no podían durar más que hasta las 22.

En sus mejores tiempos, el Círculo tuvo también su orquesta, que daba realce a estas fiestas familiares.

La parte espiritual de los socios ocupaba el puesto que le corresponde. Ya en 1897 consigue Orzali dictar ejercicios espirituales de tres días para los socios en la parroquia, procurando para ello llevar oradores de alcurnia intelectual. De esos ejercicios

nació la Congregación del Santísimo Sacramento y la Conferencia de San Vicente de Paul para caballeros. Todos los años iban en columna compacta desde Santa Lucía a Plaza de la Victoria a participar de la procesión de Corpus.

En el aspecto social, Orzali quería estar al día: en 1898 lanza la idea de formar en el Círculo una Compañía de Seguros. Ese mismo año establece una Bolsa de Trabajo. Cuando luego fué Presidente el Sr. Ferreccio, le dió un notable impulso al aspecto social del mismo: había visitadores de los obreros para informarse de las condiciones en que trabajaban y del jornal que recibían.

Habiendo visto que el Círculo tenía Centurias y Decurias, las implantó Orzali también en el suyo, con notable eficacia. Ya en 1900 tenía 16 centurias, al frente de las cuales había sendos caballeros que se responsabilizaban de sus cien hombres. Y cada centurión tenía bajo su control a diez decuriones. En esto está retratado el espíritu ordenado y metódico del P. Orzali.

Y si todo esto se hacía necesario era porque el Círculo marchaba en un "crescendo" admirable. Para incitar a que los socios colaboraran en su progreso, el dinámico Cura realizaba concursos: a quién llevaba más socios. Y a fe que eran muchos los concursantes. En el año 1899 el señor Ronchi consigue llevar 36 socios. Pero Zamboni lo aventaja: lleva 39. En el año 1900 Yametti marca el "récord" de asociados con la abultada cifra de 62 socios conducidos al Círculo por él personalmente. De ese modo la dilecta fundación del Cura de Santa Lucía progresaba a ojos vistas. De ahí que en sus "Memorias" él pueda escribir: "Fundé el Círculo de Obreros de Santa Lucía, que llegó a ser el más grande de la República, con más de 3.000 socios, edificio propio para las fiestas del Círculo y para el Colegio y con farmacia propia".

Ya lo hemos visto en el Capítulo VI, obsesionado con la idea de tener escuelas propias, escuelas donde se enseñara la doctrina cristiana, no en forma vergonzante sino como materia principal. Para las niñas, Orzali resolvió su problema con la fundación de las Hermanas Rosarinas. Para los niños con la contribución del Círculo de Obreros. Apenas estuvo en condiciones, nuestro clérigo lanzó la semilla al surco. Y prendió. El Círculo tuvo primero su escuela nocturna para adultos, y luego otra diurna para los

hijos de los obreros. Los alumnos pagaban dos pesos mensuales. El primer director del Colegio Santa Lucía fué D. Lorenzo Dillon. Más tarde se hizo cargo de su dirección D. Rogelio Duffour. Y lo hallamos floreciente hasta el año 1911.

El Círculo tuvo su farmacia. Su "botica" como le decían entonces. Los socios adquirían en ella medicinas y artículos sanitarios a precios imposible de conseguir en otras, donde debe quedar un margen para el lucro. Es claro que la farmacia, como el teatro y luego el cine, las fiestas y las tertulias, la banda y el cuadro dramático de ese ya complicado organismo, le traían al pobre Cura de Barracas tantos espinosos problemas que eso sólo hubiera bastado para ocupar la vida de un hombre. 3.000 socios con sus respectivas familias, son un pueblo. Y todo ese enorme acervo de energía humana lo tenía Orzali en sus manos, merced a su esfuerzo, a su tenacidad, a sus sacrificios sin cuento.

Una de las ideas que más contribuyeron a amalgamar a los Círculos fué la de las peregrinaciones a Luján. Todos los años se reunían en el Mercado Central de Frutos para tomar ahí el tren que debía conducirlos a la histórica basilica. Concurrían obreros de todos los Círculos; pero el que mayor contingente aportaba era siempre el de Santa Lucía. En 1901 el número de peregrinos sobrepasó la cifra de 5.000.

Eran una fuerza. Por eso cuando en 1902 se trató de implantar el divorcio en el país, los obreros católicos se congregaron en Plaza Lorea y de ahí avanzaron en columna hasta la Plaza del Congreso, donde pidieron a los legisladores que no destruyeran la familia argentina ni mancharan la limpieza de nuestras tradiciones. Y la ley de divorcio, no pasó.

Ese mismo año el Sr. Arzobispo Mons. Espinosa bendice el panteón de los Círculos de Obreros. Otra ventaja para los asociados.

Pero sobre todo en ese año adquiere la entidad de Santa Lucía el terreno para levantar su edificio propio. Lo ofreció D. Carlos Caimi, ya tan benemérito del Círculo y parroquia por tantos otros conceptos. Le habían ofrecido 18.000 pesos por su finca sita en Avda. Montes de Oca 320. El había comisionado a un agente para que se la vendiera en 25.000. Pero cuando el P. Orzali solicitó su venta para el Círculo, la dejó en 15.000 pesos. Y ahí, sobre esas 1.500 varas, se levantó luego el salón de actos

(actualmente transformados en talleres para artes y oficios de las Vanguardias Obreras Católicas) el edificio social de dos pisos y la Escuela "Santa Lucía" para los hijos de los socios.

En 1906 el P. Orzali piensa ya en tener un periódico propio del Círculo. Y funda "El amigo del pueblo", publicación quincenal. Dos años después es sustituido por "El trabajo" editado por la Junta Central.

También en 1906 se instala en el Círculo un consultorio jurídico gratuito que en los primeros tiempos atendió generosamente el Dr. Angel Capurro.

En fin, que la obra realizada por Orzali por medio de su Círculo de Obreros fué magnífica. Digna de la consagración de un hombre. Ese movimiento social cristiano fué un dique que él puso al avance de ideas disolventes. Si las malas ideas no han proliferado en nuestra tierra, se debe, es cierto, a que el bienestar de que se disfruta aquí no es caldo de cultivo para ellas; pero se debe también a los sacrificios de hombres que, como Orzali, arracimaron en torno a sí a las masas obreras en horas difíciles para ellas ilustrándolas y guiándolas, las salvaron. Y con ellas salvaron el porvenir de nuestra patria...

En 1906 Orzali es trasladado a la Parroquia de San Miguel, en el centro. Pero no le fué posible dejar a su querido Círculo y a sus rudos obreros. Con su flamante título de "Monseñor", Orzali sigue siendo siempre el mismo hombre sencillo y bonachón que conquistaba simpatía con su sonrisa cordial y con su generosidad sin límites.

Más tarde, en 1912, la Santa Sede lo eleva a la dignidad de Obispo de San Juan de Cuyo. Y entonces ya no pudo continuar al lado de sus buenos amigos de Barracas. Tuvo que renunciar. Y partir hacia las Cordilleras para seguir soñando desde allá con su inolvidable parroquia de Santa Lucía.

Su ausencia fué para al Círculo de Obreros como el ocaso del sol para la flores. Ya no creció más. Y aquel antiguo esplendor de antaño es sólo un recuerdo que los antiguos llevan nostálgicamente en el alma y que suele rebasarle de los labios cuando dicen, con emoción mal contenida: "fué el primer Círculo de Obreros del país"...

CAPÍTULO XIII

UN ROSAL EN LA BARRANCA

El P. Orzali ansiaba sembrar; pero que su semilla llegase a lo profundo de las conciencias. Las obras catequísticas que él y sus tenientes realizaban en las muchas escuelas de la jurisdicción parroquial eran chaparrones de verano. Orzali quería algo más sólido y duradero. Y para eso había que fundar escuelas privadas donde la religión ocupara el lugar que le corresponde de acuerdo a los cánones de la Iglesia.

Hemos visto cómo, por medio del Círculo de Obreros, fundó una escuela para niños. Ahora se trata de hacer lo propio en beneficio de las niñas. Pero ¿cómo? El joven sacerdote "lloraba entre el templo y el altar". Se le vió muchas veces de rodillas frente al sagrario, como extático, pidiendo luces. Al cabo solía ponerse de pie y en sus ojos, mal se disimulaban las huellas de las lágrimas... Un día se sintió inspirado. En sus oídos había resonado una voz misteriosa: "*In electis meis mitte radices*" (1) (Eccli., XXIV, 13). Por otra parte acudió a sus mientes aquello del Génesis: "*Faciamus ei adjutorium simile sibi*": Démosle un auxiliar semejante a él. Y fué entonces cuando nació la mujer. Nació para eso: para ser auxiliar del hombre.

Orzali necesitaba urgentemente de esta valiosa cooperación. Y al punto se dibujó en su mente la fundación de un Instituto religioso femenino. ¿Pero de dónde sacar las jóvenes generosas

(1) Arráigate en medio de mis elegidos.

y con vocación que quisieran consagrarse a educar hijos ajenos, a cuidar de los enfermos y a amparar a los huérfanos, esperando sólo la eterna recompensa? El Cura de Santa Lucía había rezado mucho y bien. Y Dios no podía no escuchar sus súplicas. Ya le mandaría todo a medida de sus deseos. En cambio el Señor le pedía una sola cosa: fe. Y el varón de Dios demostró que la tenía ardentísima; pues tras la inspiración vino al punto la ejecución, sin pensar si tendría dinero para comprar alojamiento y vestido a sus religiosas.

Como buen confesor que era, tenía muchas jóvenes de su parroquia y de fuera de sus límites que seguían su dirección espiritual. Ahí echó las redes el nuevo pescador. Y, justo es decirlo, las jóvenes barraqueñas respondieron con una generosidad extraordinaria al llamado de Dios. Pero el párroco se encontraba ante esta seria dificultad: todas esas chicas ignoraban los intrínsecos de la vida religiosa. Y él, el flamante fundador, en sus 32 años había conocido sí muchas comunidades y sabía su régimen y su constitución por sus estudios canónicos; pero al cabo era varón y su idiosincrasia distaba un mundo de la difícil sensibilidad femenil. Necesitaba, pues, algunas jóvenes que fueran lo que los arrieros del Sur, con certero regionalismo llaman "señuelo" o sea la religiosa experimentada, en pos de la cual fueran las demás, llevadas como de la mano, por su experiencia en el difícil arte de la ascética.

También esto se lo envió Dios. ¡Qué cierto es que cuando se pide con fe y con confianza, el Señor, según su promesa, siempre nos oye! Y para satisfacer el pedido de nuestro Cura, Dios dispuso las cosas del siguiente modo: allá por el 1883, un virtuoso Padre Dominico, Fray Agustín Ferreyro, había fundado en Mendoza, una Congregación denominada "Hermanas Rosarinas de Nuestra Señora de Lourdes". Cuando el dominico fué a Roma para presentar al Padre Maestro General de la Orden el proyecto de la aprobación de sus constituciones, éste nombró una comisión de frailes de la casa generalicia para que las estudiaran. Esa comisión le hizo una serie de observaciones. Y entre ellas la que no podían tener dos nombres: Rosarinas y Lurdistas. De ahí nació una escisión en la naciente entidad. Unas siguieron con la denominación de lurdistas, vinieron a Buenos Aires y comenzaron a trabajar precisamente en Barracas, en el Hospicio de las Mercedes.

Las otras continuaron con el P. Ferreyro como dominicas. Las lurdistas acabaron por desaparecer. Pero como entre ellas las había de muy buen espíritu y ansiaban de veras la perfección cristiana en la vida religiosa, encontraron en el proyecto del P. Orzali, la gran solución para sus ansias de vida recoleta. Por otra parte, como el Párroco conocía muy bien a su grey, no ignoraba la existencia de esas almas con vocación religiosa probada. Y como él, a la manera de S. Francisco de Sales y S. Juan Bosco, todo lo reducía al común denominador del bien de las almas y no desperdiciaba nada que pudiera servir a la gloria de Dios, inmediatamente pensó en incluir en el "pusillus grex" de su fundación, ese núcleo de cuatro religiosas que fueran la piedra angular de su gran edificio, las que, al paso que aspiraban a su perfección personal fueran como las maestras de las noveles religiosas que venían directamente del siglo.

Dicho y hecho. Hoy una palabra, mañana una suave insinuación, luego una conferencia a varias reunidas, hasta que quedó cristalizada la fundación. Las primeras reuniones tuvieron lugar en la segunda mitad del año 1895. El hombre pensó ante todo en el espíritu. No quería contemplativas. Las tormentas que veía acercarse en el horizonte social pedían otra cosa. No necesitaba tampoco maestras para ricas: su barrio era pobre. Quería hermanas trabajadoras y abnegadas. Pobres y laboriosas. Quería religiosas punta de lanza: duras y aguerridas. Mucho de Marta; pero también mucho de María. O si se quiere: su anhelo era tener una congregación de Martas pero con el espíritu de María. Porque por un lado les iba a dar como lema, el de los Padres Benedictinos: ORA ET LABORA: reza y trabaja. Y por otro lado les iba a poner ante los ojos un programa tan espléndidamente amplio que compendiaaba toda la perfección religiosa: TODO POR DIOS Y POR EL PRÓJIMO. Las hijas de Orzali debían ser santas sin parecerlo, así como otras parecen y no lo son. El Cura de Santa Lucía, desde un principio trató de infundir en sus religiosas un espíritu de sencillez a toda prueba. La nueva congregación criolla debía ser como la pampa argentina: la línea recta. Pero debajo, la gleba fecunda que da trigo a todo el mundo. En el Instituto de las Hermanas de Ntra. Sra. del Rosario —que así se llamará su fundación— no debía haber eminencias enhiestas ni simas

abismales. Si algo extraordinario quería el fundador, era la extraordinaria observancia de lo ordinario.

Y una vez que las revistió de ese espíritu (que a la postre no era más que su propio espíritu sacerdotal traducido al femenino) se empeñó en buscarles un hábito que fuera como la concreción de su ideal. Y lo encontró: blanco y negro. Blanco que es la pureza y negro que es sacrificio. Cinturón negro como ciñendo la carne en la estrechez del renunciamento. Y a la siniestra mano, pendiente, un rosario: el hilo de oro que las une a la Virgen, cuyas hijas quieren ser. El sacerdote les explicó en reiteradas conferencias el significado místico de cada una de las prendas y un día apareció una de ellas vestida con el futuro hábito de rosarina. ¡Qué golpe le dió el corazón al apóstol cuando vió concretado en esa realidad el ideal que él había soñado en las noches largas de su fiebre de bien!

Buscó también la casa. Contrató y pagó de su peculio (¡Dios sabe con cuántos sacrificios, porque debió pedir a medio mundo!...) el alquiler de una casita a tres cuadras de la parroquia, en la calle Martín García, a la altura del 534. Quería tenerlas cerca para vigilar de que el espíritu de pobreza, de abnegación y de trabajo no sufriera mengua ni por un instante.

El 11 de Enero entraban en Ejercicios en la Capilla de la Convalecencia, las 12 postulantas. Los predicó el mismo Padre Fundador.

Y llegó el día feliz: amaneció la aurora del Instituto de Hermanas de Nuestra Señora del Rosario. Fué el 21 de Enero de 1896, día de Santa Inés, la Virgencita mártir. Ese día vistieron el santo hábito en la Iglesia de Santa Lucía en el simbólico número de doce. Cuatro eran ex-lurdenses: Lucinda del Corazón de Jesús, Teresa de Jesús, Ascensión del Smo. Sacramento y Dolores del Corazón de María. Las otras ocho eran del barrio barraqueño y se llamaron: María del Huerto, Elena de la Santa Cruz, Inés de Jesús, Lucía de la Sma. Trinidad, Rita de la Cruz, Filomena del Corazón de María, Rosa del Crucificado y Josefa del Sagrado Corazón (1).

Asistieron a la emotiva ceremonia S. E. Mons. Uladislao

(2) Los nombres de estas religiosas en el siglo, por orden de mención, eran: Lucinda Prieto, Jesusa Rosales, Agueda Llambías, Luisa Rubio, Rosa María Barbat, Elena Boules, Emerenciana López, Ramona Ramos, Rita Villa, Julia Sosa, Rosa Mielles y María González.

Castellanos, Arzobispo de Buenos Aires, quien dos días antes se había dignado visitarlas en su humilde casita, rezándoles la Misa en la minúscula capilla que tenían. El mismo Prelado fué quien les impuso el nueva hábito. La Iglesia estaba de bote en bote, no obstante ser la función a las ocho de la mañana. Luego de la vestición, las flamantes religiosas pasaron al salón parroquial, donde el P. Orzali les tenía preparado un sabroso chocolate. Acompañaban a las nuevas religiosas: S. E. el Arzobispo, el P. Fundador, algunos sacerdotes, las madrinas de las rosarinas y familiares de las mismas.

Luego pasaron, llenas de santo gozo, al nidito de la calle Martín García. Y fué el mismo Fundador, siempre minucioso, quien les señaló las ocupaciones y hasta el lugar en el dormitorio. La casa tenía seis piezas. La mayor fué destinada a dormitorio. Y como allí no cabían más que nueve camas apretujadas, hubo que destinar para las restantes otra menor para el mismo fin. Las otras tres piecitas serían sendas clases. Y la última servía de comedor, sala de recibo, aula de emergencia, living room, patio cerrado, etc.

La pobreza y la humildad que reinaban en aquella evangélica morada rayaban en la miseria. Pero cuanto más las religiosas debían sufrir las incomodidades de la pobreza, más felices se sentían, porque más se asemejaban al que nació allá en Belén, en un establo. La única mesa que tenían era la del comedor del Párroco, quien gustoso se había privado de ese mueble para dar comienzo a esa obra cara a su corazón de apóstol. Tenían una sola silla. Y para colmo no podía frecuentemente usarse como tal, pues debía fungir de mesa, ya que la donada por el Fundador no alcanzaba para las doce. Tenían una sola olla, un solo cucharón y las cucharas eran tan escasas que no alcanzaban para que cada cual tuviera la suya. “Sin embargo —dice una de las fundadoras— era tanto nuestro contento que no hubiéramos cambiado nuestra pobreza por las comodidades presentes”. Bien sabemos que “las comodidades presentes” en 1920, cuando la Madre María del Huerto escribió esas palabras, eran muy relativas como lo son —¡gracias a Dios!— las comodidades que tienen en 1948...

El buen P. Orzali remedió como pudo las necesidades más urgentes, desprendiéndose él de los muebles y utensilios de que frecuentemente tenía harta necesidad. Y no solamente las ayudaba

subviniendo a sus urgencias, sino también ayudándolas materialmente en todo. Absolutamente en todo. El era el superior, el administrador de la comunidad, el maestro de novicias, el acomodador insustituible de los enseres en las dependencias de la casa —no había cuadro colgado ni armario ubicado que no le hubiera dado su lugar el P. Orzali...— y el paño de lágrimas cuando las religiosas comenzaban a sentir el vacío de las primeras nostalgias o las fricciones de los primeros roces, inevitables en vida de comunidad.

Y como debía infundirles su espíritu y hacerles conocer las normas a que debían ajustar su vida en el nuevo Instituto, era él quien les hacía todas las pláticas espirituales, todas las conferencias ascéticas, todos los sermones de los Ejercicios Espirituales. Deseaba plasmar la nueva entidad a su imagen y semejanza: que ellas también ignoraran lo que era el cansancio, la fatiga y el no. Pero para esto: ¡cuántos sacrificios, qué cúmulo de ocupaciones debía añadir a las mil y una de la parroquia, cuántas preocupaciones sumar a las sin cuento que tenía su dinámica vida de apostolado!

Pero todos los sacrificios son fecundos. En medio de las angustias con que tropezaba mensualmente para encontrar dinero con qué pagar el alquiler de la casa y los gastos de la olla rosarina, sentía una inmensa satisfacción espiritual al pensar que tenía ya una escuela como él la había soñado. Y sobre todo se llenaba de júbilo cuando veía la casita de la calle Martín García donde palpitaba la pequeña comunidad. Una vez iba hacia ella. Por la misma acera, en sentido contrario, caminaba el Señor Caimi, su gran amigo. Orzali empuñaba su bastón, como de costumbre, y marchaba a paso de "bersaglieri". Iba contento. La sonrisa le iluminaba el rostro bermejo. Caimi no pudo menos que preguntarle:

—¿Qué pasa, Padre Orzali, que anda tan contento?

—Amigo Caimi, replicó el Cura, ¡cómo no voy a estar alegre si finalmente ha brotado un rosal en la barranca!

—¿Y dónde está?

—Aquí está, contestó el hombre de Dios, lleno de satisfacción. Y señalaba con su famoso bastón puño de plata, el número 534 de la calle Martín García...

CAPÍTULO XIV

Y EL ROSAL FLORECIO

Y el rosal floreció. No podía ser menos. Había sido regado con agua de sudor y de lágrimas. Y cuando hay esto, hay fecundidad espiritual. Estaba ya aparejado el Colegio: había que empezar las clases en Febrero. ¿Pero de dónde sacarían la necesaria ciencia pedagógica esas muchachas del pueblo para enseñar a sus alumnas? Dios no les dejó faltar nada. El Párroco tenía entre las maestras de las escuelas del Estado a excelentes colaboradoras que estaban dispuestas a cualquier sacrificio por su buen Cura y pastor. Una de ellas, Hija de María de la Parroquia, la Srta. Manuela Arroqui, ha de pasar a los fastos del Instituto de las Rosarinas como la maestra de la primera generación de religiosas. Pues ella fué quien, accediendo a la solicitud del P. Orzali, terminadas sus tareas como Directora de la Escuela N° 3, sita en la actual calle Montes de Oca 439, se dedicaba desinteresadamente a dictar cátedra de Pedagogía a las noveles maestras. Por varios meses la buena Directora siguió luego dando clases teórico-prácticas a las rosarinas, una vez por semana (1).

Así pudieron las nuevas maestras presentarse ante sus alumnas con un bagage apreciable de conocimientos. Lanzada la idea del Colegio, las familias respondieron admirablemente. Las cifras de la inscripción superaron las esperanzas. Es cierto que tenían solamente los dos primeros grados elementales. Pero fueron tan-

(1) En la mencionada Escuela, una placa recuerda las benemerencias de la ilustre educacionista, fallecida en 1912.

tas y tan variadas las chiquillas que acudieron a las aulas, que hubo necesidad de poner dos primeros y dos segundos grados, divididos según la mayor o menor capacidad de las alumnas.

Y como tenían solamente tres aulas, fué necesario habilitar como tal la cochera (el garage, diríamos hoy). Había, en efecto, a los fondos de la vieja casa, una pieza de adobes y techo de cinc, que sirvió a sus dueños como depósito de carruajes. Las religiosas se industrializaron para limpiar y adecentar aquello y transformarlo en un aula que fué contemporáneamente Primer Grado Superior y clase de labores.

El piso de esta paupérrima aula era de tierra y el cinc del techo estaba todo agujereado; de modo que cuando llovía solían caer tamañas gotas de agua sobre los cuadernos de las aprendices provocando a veces hasta lágrimas en las criaturas que se habían esmerado por conservar impoluta su plana de deberes y la veían de repente hecha una lástima por obra y gracia de las goteras. Y cuando llegaba el mes de noviembre y el sol caldeaba las chapas del techo, la clase de Primero Superior y de labores se transformaba en un horno.

Pero así y todo también esa aula estaba repleta de chicas. No sólo; sino que como habían publicado que el nuevo Instituto daría también lecciones de labores, fueron muchas las señoritas barraqueñas de aristocrático abolengo que concurrían a aprender la filigrana del bordado en el que suelen ser maestras insustituibles las religiosas. Y como el aula destinada para labores era la ex-cochera, se vió a jovencitas de ilustre apellido inclinadas sobre el bastidor en aquel nuevo portal de Belén porteño, manejando la aguja, sin respetos humanos.

Y cupo el honor de ser la maestra de Primero Superior y por ende la que ocupara el aula-cochera, a la Hna. María del Huerto que aun hoy pasea su gloriosa ancianidad por los claustros de la Casa Madre, como demostrando con longevidad cuán gratos han sido a Dios los rigores de la pobreza que soportó hace medio siglo.

El primer grado infantil tenía por aula el comedor, y como maestra a la Hna. Lucía de la Sma. Trinidad. Y para realizar la metamorfosis de comedor en aula y viceversa, había que sacar hasta tres y cuatro veces los bancos de ese ambiente. Esa faena la realizaban las mismas alumnas. Y tenían ya una maestría tal

en traer y llevar los bancos, que instalaban su clase en un periquete. Y no sólo lo hacían con facilidad, sino también con alegría; pues se había transformado en un pasatiempo para ellas, lo que para el Instituto era una necesidad. Las otras Hermanas maestras fueron: Sor Inés de Jesús y Sor Elena de la Cruz.

El segundo grado superior se transformaba en capilla cuando, por la tarde, lo dejaba el enjambre bullicioso de las alumnas. Y ahí, todas las semanas, el Fundador les hacía esas pláticas espirituales, tan encendidas y tan luminosas que bien se veía que estaba trazando las amelgas para una mies tan vasta que solamente los siglos venideros podrían contemplar el rítmico balanceo de los trigales en flor. Y ahí meditaba la Comunidad-germen de la futura Congregación de las Rosarinas. Ahí estaban esas novicias gestando, sin saberlo, un Instituto que un día iba a extender sus frondas, como árbol gigantesto, por sobre todos los climas del país. Sin saberlo: como la semilla que inconscientemente está elaborando la planta que ha de dar ricos frutos a los hombres.

Prácticamente el Colegio era gratuito. Pues la mayoría de las alumnas se recibían gratuitamente. Y las que pagaban, abonaban ¡dos pesos mensuales! cuota tan ínfima que bien se puede equiparar a cero. De ese modo fueron ayudadas eficazmente por el Consejo Nacional de Educación en los primeros tiempos. Lo que les vino de perlas; porque de no ser así, mal hubieran podido sostener un Colegio que no les rendía ni para pagar los bancos que gastaban.

Las maestras, al principio bisoñas, bien pronto le tomaron la mano a la enseñanza y supieron compadecer, como debe hacerlo toda educacionista de veras, la firmeza con la suavidad: suaviter in modis, fortiter in re. Con el andar de los años se dieron cuenta que la obra educativa es obra de amor y de paciencia, de práctica y experiencia, más que de teoría y de ciencia. Y como esas abnegadas jóvenes amaban a Dios y a esas sus semejantes en pro de las cuales se prodigaban, por eso obtuvieron éxitos que ni ellas ni su fundador esperaban.

Desde un principio, el P. Orzali, que conocía a fondo la Obra Salesiana no dejó de repetir a sus religiosas una frase que repetirá luego muchas veces en su vida: "No dejen de imitar a las Hijas de María Auxiliadora. Fíjense como hacen ellas". Y en su deseo de imitar las creaciones de Don Bosco, instauró en la casita

de calle Martín García, el primer Oratorio Festivo de su Congregación. De ese modo su obra se amplió admirablemente. Y al cabo del año fueron muchísimas las niñas que recibieron el beneficio de la educación cristiana, aun frecuentando escuelas laicas. Y fueron innumerables las que se acercaron a recibir la Primera Comunión, no con sólo un barniz de preparación religiosa, sino bien aparejadas para tan solemne y trascendental acto piadoso.

A mediados del primer año de funcionamiento del Colegio, las Hermanas tuvieron la sin par ventura de recibir en el seno de la Comunidad a las primeras postulantes. ¡El rosal florecía! Tres compañeras más. Tres capullos se abrían. Eran las jóvenes Matilde Montero, Ana Grillo y María Baliño, quienes después de tres meses de postulando, debían ingresar en el Noviciado.

Cuando su obra estaba en marcha, el Fundador designó las autoridades: Superiora General: Madre Lucinda del Corazón de Jesús; Vicaria: Madre Teresa de Jesús; Secretaria: Madre María del Huerto; Ecónoma: Madre Mercedes del Smo. Sacramento.

El primer año de profesas — 1896 — ya recibían insistentes pedidos de fundación. Era la Sra. Josefina Alvear de Errázuriz, quien las solicitaba para una Colonia en Santa Fe. Y como el P. Orzali “no sabía decir que no” allá fueron el 12 de Octubre las Hnas. Teresa, Elena, Rita y Ascensión, acompañadas por su fundador para fundar la primera casa fuera de Barracas. ¡Un gajo del rosal se trasplantaba!

El 24 de Setiembre de ese año las postulantes reciben el santo hábito de manos de S. E. Mons. Espinosa, que visita, como Vicario General del Arzobispado, la nueva casa religiosa, levantada en un barrio tan caro a su corazón.

En Diciembre, las tímidas maestritas temblaban. Era en los tiempos en que los exámenes eran públicos. Y las alumnas debían dar pruebas de su aprovechamiento “coram populo”. ¿Responderían las alumnas? ¿No se amedrentarían? Tales los temores de las noveles maestras. Pero llegaron las pruebas y todas resultaron espléndidas.

Para que se vea cuánta aceptación había tenido el Colegio, baste saber que ese primer año las alumnas llegaron a 150 y con las oratorias pasaban de 200.

El año 1897 comenzó bien: necesitaban un piano para las clases de música y canto. Pensar en comprarlo era pensar en lo

excusado. Pero Dios inspiró al buen Teniente del P. Orzali, el benemérito e ilustre P. Lorenzo Mac Donell, quien no titubeó en comprárselo a medida de sus deseos.

Entre tanto, las alumnas aumentaban y las religiosas también. Había que buscar otra casa más amplia y más capaz. Luego de mucho buscar, el Cura encontró una: frente a la plaza Herrera, en la calle Hornos N° 1490. Debía pagar 340 pesos de alquiler, cuando debía pensar en pagar también la construcción de la casa definitiva de la calle Herrera que a la sazón se estaba edificando... Y allá fué el enjambre a labrar su nueva colmena y a trabajar con nuevos bríos. Ahí estuvieron cinco años. Y una noche invernal de 1903 se vió una extraña procesión: eran las Rosarinas que de la calle Hornos pasaban a la de Herrera 575, llevando en andas a su querida virgencita del Rosario. Desde entonces ahí está la casa Madre irradiando las virtudes que les legara el santo Fundador.

En 1897 se fundó también la primera casa en Olavarría. Luego en Quilmes, Trenque Lauquen, Chascomús, Mendoza, etc. Y desde entonces hasta hoy, que es ya una Congregación de Derecho Pontificio, aprobada definitivamente por S. S. Pío XI el 21 de Junio de 1938, no ha cesado de progresar y de extender sus fronteras hacia todas las diócesis del país.

La gran preocupación del Fundador fueron las constituciones. Había que vaciar su propio espíritu en la concreción de unos estatutos que fueran el cimiento, la raíz y el principio de la supervivencia de su obra ¡Cuánto rezó el Cura de Santa Lucía para obtener luces de Dios! Y como buscando una cueva de Manresa, se fué a Mar del Plata, cuando la hoy fastuosa ciudad balnearia era sólo un pueblecito perdido a orillas del mar océano. Y allá, sobre lo que es hoy la Playa La Perla, en la casita blanca que está junto a la antigua capilla de Santa Cecilia, mirando al cielo y al mar, con ansias de infinitud para su obra; allá arrullado por el rumor de las olas marinas y dialogando con la albura de la espuma y de las gaviotas que tajaban el aire con sus velos fantásticos; allá junto al Atlántico, en horas de fiebre y de ansiedad creadoras, concibió y redactó las Constituciones que debían ser la base y el fundamento de su Congregación.

Aprobadas por S. E. Revma. Mons. Mariano A. Espinosa, entraban en vigor el 15 de Agosto de 1905. Con esta aprobación

que encaminaba hacia la pontificia, y con el impulso evangélicamente robusto de pobreza y de humildad que él les había infundido, bien podía mirar tranquilo el porvenir. Ya las chiquillas de Barracas y de cien barrios más tendrían quienes les distribuyeran el pan de la doctrina cristiana. Ya en el firmamento de la Iglesia parpadeaba una nueva estrella. Ya el rosal que brotara en la barranca había echado raíces.

Hoy ha cumplido el medio siglo y sigue gallardamente hacia el futuro, cumpliendo' admirablemente con la misión que le confiara su Fundador. Hoy entre Colegios, Asilos y Hospitales, el Instituto de Hermanas Rosarinas tiene 26 casas. Hoy se cuentan por millares las alumnas de Escuelas Normales, Liceos, Comerciales, Profesionales y Elementales que acuden a la fundación del P. Orzali para beber, en purísima fuente, las aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

Y así como antaño el celoso pastor de Santa Lucía pudo regocijarse porque en su parroquia había nacido un rosal, así hoy, son miles los que se alegran porque el rosal que brotó al conjuro de la mano de Orzali en las barrancas del barrio Sur, para gloria de Dios y para bien de las almas, todas las primaveras viene floreciendo...

CAPÍTULO XV

BUEN CORAZON QUEBRANTA MALA VENTURA

No hay hombre más valiente que el que sabe vencerse a sí mismo. El hombre realmente virtuoso, es naturalmente intrépido. Los demás harán alarde de valor; pero en el fondo son cobardes. De ahí que todos los santos sean heroicamente denodados. San Juan Bosco, instantes después que una bala traidora le perforara la sotana, bromeaba con sus alumnos con una tranquilidad admirable. San Francisco de Sales permanecía sereno cuando sus adversarios ululaban en torno al castillo. Eran éstos los modelos del P. Orzali.

Nuestro Cura jamás hizo alarde de valor. Por eso mismo era valiente y esforzado. El vivió los tiempos difíciles de fin de siglo. Hoy ya casi ni se conciben los ataques, las pullas, los dicterios de que era objeto el sacerdote en aquellos malhadados tiempos en que imperaba, dueño y señor, el liberalismo desenfrenado. Pero a él y a tantos otros compañeros suyos, formados en la lucha por su ideal, les tocó vencer las pruebas más difíciles, las lides más arduas.

Orzali, cuando del cumplimiento de su deber se trataba, no tenía contemplaciones. Para él no había acepción de personas. Una vez vió que un joven engreído, de esos que nunca faltan en ningún lugar de la tierra, estaba molestando en el templo. El Cura le advirtió buenamente que cesara de dar mal ejemplo en el lugar santo. Y como el lechuguino persistiera en sus trece, el Párroco, se le plantó delante con su estampa atlética y tomándolo con la dies-

tra por un brazo, lo sacó, casi en vilo, del templo. Una vez que estuvo en el pasillo que está junto a la Iglesia de Santa Lucía, trató de persuadirlo, con amables palabras, de su mal proceder. El mozo, quizás envalentonado por esa suavidad que él creía fuera debilidad o temor, en vez de entrar en razón, comenzó a exaltarse y llegó hasta amenazar al sacerdote de abofetearlo.

El clérigo entonces, con la mansedumbre que había aprendido del Divino Maestro, le replicó: —Si ése es su gusto, pegue nomás...

Fué entonces cuando, con escándalo de cuantos estaban en las adyacencias y en medio de la consternación de los fieles que seguían rezando en la iglesia, resonó el sacrílego chasquido de una bofetada...

No sabemos cuál hubiera sido la reacción inmediata del pastor. No tuvo tiempo para nada. Porque cuando retumbó en el claustro el golpe afrentoso, ya el compadrito tenía encima una docena de hombres del Círculo de Obreros que querían lincharlo. De modo que la única reacción que cupo al sacerdote fué la que correspondía a sus virtudes y a su carácter: arrebatar de las manos de los airados feligreses a su ofensor para que no lo molieran a palos. Porque a punto estuvo el buen Cura de recibir los bastonazos que iban dirigidos al que tan vilmente había agraviado su dignidad. El, que no temió cumplir con su deber, sacando del sagrado recinto al profanador, ahora desafiaba también la justa cólera de sus amigos para impedir que se vengaran del agresor en forma que no fuera cristiana. Y sucedió lo que nadie que no conocía a Orzali hubiera pensado: el fornido clérigo empleó toda su enorme fuerza física y toda su energía moral para defender a su heridor. Entretanto, había llegado la policía. Y el Párroco dejó, naturalmente en manos de los representantes de la autoridad al desdichado mozo. El cual fué llevado, desgrefeado y sin sombrero, a la Comisaría.

Terminadas las Misas, lo primero que hizo el buen pastor fué tomar su sombrero y su bastón y encaminarse a la Policía. Una vez allá, pidió hablar con el Comisario, al cual rogó, casi suplicando, que dejaran cuanto antes en libertad al atolondrado mozo.

De esa manera solía vengarse el P. Orzali: devolviendo bien

por mal y pidiendo la libertad de quien tan villanamente lo injuriara.

Actualmente nuestras elecciones suelen ser todavía turbulentas. Pero, justo es decirlo, no poco hemos progresado en cultura cívica. Antaño no sólo eran turbulentas sino frecuentemente, sangrientas. Los atrios de nuestros templos son testigos de atropellos sin cuento. En esos años de agudas luchas entre el partido Nacional y el Radical, habían instalado, como siempre, la mesa electoral en el atrio de Santa Lucía. La puerta del templo estaba cerrada. De pronto, desde una casa fronterera de la calle "Larga"—hoy Avenida Montes de Oca— sonó un disparo de revólver. Luego otro y otro. Y al cabo, la refriega se generalizó. Era una verdadera batalla campal. Apenas el Cura se dió cuenta de lo que pasaba en el atrio de su templo, dejó su escritorio y en cuatro zancadas estuvo en la puerta. Abrióla, se presentó en el atrio, erguido e imponente en su majestad de pacificador y de padre de todos. Y viendo que los que estaban acurrucados detrás de las columnas, corrían evidente riesgo, los asió de ambos brazos y los fué echando adentro del templo, donde estaban a buen recaudo. Cuando hubo entrado a todos los que peligraban, cerró la puerta. A poco terminó el tiroteo. Pero todos recordaban el valor del Cura Orzali, que desafiando el silbar de las balas, había corrido a salvar a las autoridades y fiscales de la mesa, exponiendo su propia vida por escudar las de sus prójimos.

¿Tenía enemigos el P. Orzali? Seguramente. Todo hombre virtuoso debe, necesariamente tener por adversarios a todos los viciosos. Ningún mentiroso podrá ver con buenos ojos a un hombre absolutamente veraz. La virtud da en rostro al malvado. La luz siempre ha de ser enemiga de las tinieblas. El bien siempre ha de ser obstaculizado por el mal. De ahí que nuestro buen Párroco tuviera quienes no solamente desaprobaban su admirable obra apostólica, sino muchísimos filibusteros de las Barracas de antaño que acariciaban la inocente idea de eliminar al Cura de Santa Lucía. Los anarquistas sin Dios ni ley, los ácratas que habían llegado a nuestras playas como resaca que arrastra la marea, los tahures de toda laya que existen y existirán en todos los barrios de todas las ciudades del mundo, esos pasaban junto al Cura del barrio como junto al diablo y su presencia les sabía siempre a rejalgar. Su Círculo de Obreros, el primero del país, hacía de-

masiado bien para no dar en rostro a los malvados. Su aspecto piadoso, su frente límpida reflejando la pureza de su alma, su hábito negro simbolizando la mortificación, no podía no exasperar a los enemigos de la pureza, del sacrificio y de la piedad. Por otra parte Orzali era un obstáculo, el más serio de los obstáculos para su obra desquiciadora de perversión. Cuando Cristo N. S. resucitó a Lázaro, sus enemigos urdieron la muerte del Redentor. Orzali había resucitado a Barracas. Sus enemigos, los enemigos del orden y del bien, no podían menos que tramar su muerte. Y así sucedió.

El día 22 de Agosto de 1902 a las 15.30 salió el P. Orzali de Santa Lucía rumbo a la Casa de Expósitos para ir a confesar. Iba tranquilamente por la acera leyendo el diario, para ocupar útilmente el tiempo. Al cruzar la calle Ituzaingó vió a un hombre que estaba en la esquina. Lo miró para saludarlo; pero como el individuo no saludaba, siguió camino. No había dado aún veinte pasos, cuando oyó una detonación y al mismo tiempo el golpe del proyectil en la cintura. Dióse vuelta en seguida y vió que el asesino descerrajaba su arma contra el vigilante que estaba de facción, llamado Juan San Martín. Afortunadamente el tiro no dió en el blanco. El frenético, entonces, volviendo el arma contra sí mismo, apuntó a su sien derecha y gatilló, cayendo sobre la vereda, chorreando abundante sangre. Ambos, sacerdote y agente, llegaron juntos a donde estaba el herido.

Orzali dió orden al vigilante de que fuera por un médico. Y él, entre tanto, creyendo que el caso fuera fatal, trataba de confesar al desdichado y arrancarle un acto de arrepentimiento. Llegó luego el Dr. Risso Domínguez y en la ambulancia lo condujo al Hospital Rawson. Entre los muchos que acudieron al lugar del hecho, estaba también un gran amigo del P. Orzali, el Dr. Pastor Sosa, que era Director del Instituto Frenopático, sito en la misma Avenida Montes de Oca. Cuando agentes y practicantes llevaron al asesino hacia el Rawson, el Párroco, dirigiéndose al Dr. Sosa, le dijo serenamente: —Ahora, Doctor, atiéndame a mí, que también estoy herido...

Grande fué el asombro y la maravilla del médico cuando oyó tal cosa de labios de su amigo. Inmediatamente lo tomó del brazo y se dirigieron hacia su Instituto que no estaba lejos. Todos admiraron la calma del sacerdote y su cristiana abnegación; pues antes

de pensar en sí mismo había pensado en su prójimo. Y en un prójimo que resultaba ser su mortal enemigo...

En sus ansias de bien, el buen pastor no había pensado nada más que en salvar a aquel miserable. Tenía un sólo temor: que muriera impenitente. Por eso sólo atinó a arrodillarse junto a él en la acera misma donde yacía y excitarlo paternalmente a penitencia.

Pero el esfuerzo que había hecho debía necesariamente tener una reacción. Y fué una sobreexcitación nerviosa que preocupó grandemente al Dr. Sosa. Apenas llegado al Sanatorio, el médico ordenó que se le diera un baño caliente para templar sus nervios. La Superiora del Instituto, aquella santa mujer que se llamó Escolástica Calle, no sabiendo nada del atentado, alarmada por el estado en que lo encontró y viendo la terapéutica que ordenaba el especialista, creyó que su buen pastor había sido víctima de un repentino acceso de locura. Reunió entonces a la Comunidad y pidió, con lágrimas en los ojos, que rogaran a Dios por la salud del Párroco por intercesión de la milagrosa Virgen del Huerto, Patrona de la Capilla.

Afortunadamente la bala había dado en el cinturón de cuero que solía usar Orzali y se había desviado, hiriéndolo sólo levemente en la región lumbar. Sin embargo, los médicos le ordenaron guardar cama por varios días. La noticia cundió como un reguero de pólvora. A los diez minutos todo Buenos Aires sabía del atentado. Y fué entonces cuando se vió el aprecio en que era tenido el Cura de Santa Lucía. Eran los socios del Círculo de Obreros, eran mujeres del pueblo, eran chiquillos asidos de la mano, que llegaban en una romería impresionante a la Iglesia de Barracas. Y a esa turba heterogénea se unía en seguida al Sr. Arzobispo Mons. Espinosa y el Internuncio, Mons. Sabatucci y los Prelados Terrero y Romero y mil personalidades que afluían como una avenida de cordialidad hacia el ilustre enfermo, preguntando por él, interesándose por su salud y tratando todos de verlo, de saber que realmente era cierto que su herida no revestía gravedad.

Una semana después, el clérigo estaba repuesto. Entonces, la primera visita que hizo fué al Juez que instruía la causa, a fin de pedirle no aplicara penas a su heridor si sobrevivía.

Este resultó ser un pobre italiano llamo José Montagna o

Marangoni. En un principio se creyó que fuese la obra de un demente. Pero luego se vió que había sido instrumento de seres tenebrosos que aprovecharon sus bajos instintos y su saña feroz contra el clero para realizar el crimen que ellos no tenían el valor de consumar. En un bolsillo del agresor se encontró un billete en que se leía: "Voglio morire". Pero no murió. Para mal de sus males, siguió viviendo y soportando la constante acusación de su conciencia por muchos años...

Para el P. Orzali, el atentado contribuyó a acrecentar, si cabía, el aprecio en que se lo tenía y la popularidad que lo rodeaba. Pues el segundo domingo después del suceso, las asociaciones parroquiales invitaron a la población de Barracas a una Misa en acción de gracias y un Te Deum cantado por el Párroco en Santa Lucía con sermón alusivo a cargo de uno de los predicadores que en esa época gozaba de mayor prestigio en la Capital Federal. Y dicen las crónicas que el acto resultó apoteósico para el hombre de Dios porque el templo, como en la fiesta de la Santa Patrona, fué pequeño para contener el gentío que colmaba todos sus ambientes.

Y todos los episodios en que hubo que demostrar valor, sirvieron admirablemente para probar que a los hombres de sólida virtud no los arredra el olor a pólvora y que, como dice S. Pablo: "Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum", para los que aman a Dios, todo se convierte en bien (Rom. VIII-28).

O como dice Cervantes: Buen corazón quebranta mala ventura...

CAPÍTULO XVI

DE NUEVO EN LA BRECHA

Finalizaba el siglo XIX. Diversos y grandes movimientos se preparaban con ese motivo. Por un lado, los Círculos de Obremos, fuertes y dinámicos, aparejaban un Congreso. Orzali como Vice Director de la Junta de Gobierno y fundador del Círculo más nutrido de todo el país, no podía no ser incluido entre los organizadores de ese Congreso. Figura al lado del P. Grote como gestor principal y organizador del magno acontecimiento.

Además, los Prelados Argentinos, haciéndose eco de lo que se haría en el mundo entero, preparaban un Homenaje a Cristo Redentor. Hubo que constituir un Comité Nacional y sendos comités diocesanos. Al frente del Comité Nacional estaba Mons. Duprat y como Secretario del mismo, actuaba el P. Orzali. Como se ve, trabajo no le faltaba. Ocupaciones le venían de todas partes. Y como él "no sabía decir que no", debía aceptar todo ofrecimiento que le viniera de sus autoridades o de sus colegas.

Y Dios bendecía su obra. Una prueba de ello la tenemos en el siguiente dato ilustrativo. El Prelado Arquidiocesano había pedido a todos los Curas de la Capital Federal que organizaran una gran Comunión de Hombres para la media noche del 31 de Diciembre de 1899. Huelga decir que todos pusieron manos a la obra con renovados esfuerzos. Y bien: ¿cuál será la parroquia que consigue mayor número de Comuniones de hombres en esa histórica velada de la primera hora del nuevo siglo? Pues la del P. Orzali. El Cura de Santa Lucía tuvo la inefable dicha de con-

tar esa noche a 1.075 hombres que se acercaron a la balastrada para recibir el Pan del Cielo. Luego viene la Parroquia de Flores con 660.

Quiere decir que el hombre trabajaba. Eso no se consigue con lindas palabras, sino con sacrificio prolongado y con trabajo incesante.

Por otra parte, en 1897, se habían creado tres nuevas Diócesis: La Plata, Santa Fe y Tucumán, índice inequívoco del incremento que iba tomando la religión en el país y la importancia que adquiría el clero como elemento director de esas cristiandades.

El P. Orzali veía ambas cosas y suspiraba. El clero todavía no tenía su Revista Eclesiástica. Desde aquel "Monitor del Clero" que él había fundado y dirigido por tres años con tantos sacrificios, no había vuelto a aparecer nada semejante. El Pbro. Juan N. Kiernan y el Can. Antonio Rasore seguían batallando briosamente con "La Revista Cristiana" y "La Buena Lectura"; pero una publicación eclesiástica para el clero, no existía. Orzali, como sabemos, estaba atareado con mil y una ocupaciones. No hubiera querido tomar de nuevo la pluma y romper a escribir otra revista. Todos los sacerdotes veían, por otra parte, más que la conveniencia, la necesidad de una publicación de esa índole. Pero quizás por esa modalidad que el filósofo Keiserling descubrió en los argentinos y que sintetizó en el famoso "No te metás", los que podían, no escribían.

Y como nuestro buen Cura, tampoco podía decir que no a los dictados de su conciencia, hete aquí que luego de varias conversaciones con su Prelado, Mons. Castellanos, funda otra revista para el clero, esta vez no ya con el nombre de "Monitor" sino simplemente denominándola: "Revista Eclesiástica".

Y el 1º de Abril de 1898, sale de nuevo a la liza, péñola en ristre, este gran quijote con sotana que fué siempre Orzali. El 21 de Marzo se había dirigido por escrito al Sr. Arzobispo, comunicándole su resolución. Al día siguiente, el Prelado le contesta, diciéndole, entre otras cosas: "Aplaudo calurosamente su proyecto, como ya he tenido ocasión de manifestárselo en entrevistas privadas, reconociendo que una revista de ese carácter, es de verdadera necesidad para el clero de esta Arquidiócesis y de las Diócesis sufragáneas".

Orzali asoció a su obra a otro clérigo igualmente laborioso

e inteligente, el Pbro. Dr. Lorenzo Mac Donell. El Párroco de Santa Lucía figura como director de la publicación y él y Mac Donell como redactores. Ya no saldrá tan voluminosa como "El Monitor" que llegaba a 48 páginas. Esta se contentará con 16 páginas; pero saldrá quincenalmente. El 1º y el 16 de cada mes aparecía la revista con esa sincrónica puntualidad que quería su dinámico director para todas las cosas. Es importante conocer la nota que acompañaba al primer número:

"Buenos Aires, abril 1º de 1898. Señor... Tengo el honor de remitirle el primer número de mi "Revista Eclesiástica", periódico destinado al estudio de todo aquello que pueda interesar a nuestro Clero.

Es confesada por todos los distinguidos e ilustrados miembros del Clero secular y regular, la necesidad imperiosa de un periódico de esta naturaleza para estar al corriente, como es nuestro deber, de todas las resoluciones de la S. Sede, de nuestros V. Prelados y para poder conservar con facilidad su recopilación en la biblioteca de cada uno.

Después de oír el parecer de ilustrados miembros del Clero y animado por sus consejos terminantes y reiterados, expuse mi proyecto a mi V. Prelado, el Excmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires, quien se ha dignado aprobarlo inmediatamente y recomendarme que procurara que cuanto antes fuera una realidad.

Nuestra "Revista Eclesiástica" tendrá un carácter general, pues publicará todo lo que emane de las diferentes Diócesis de la República y estudiará lo que se relacione con el Clero del país.

Para la mejor realización de nuestra empresa he asociado a mis tareas al Pbro. Dr. Lorenzo Mac Donell que a su práctica de la vida activa y pública del sacerdocio, une una vasta ilustración y maduro criterio.

Al presentarle este primer número, abrigo la esperanza de que Ud. se dignará favorecernos con su ilustración, enviándonos estudios, casos o resoluciones de ellos y haciendo que desde ya podamos contarle en el número de nuestros suscritores.

Le adjunto la boleta de suscripción, rogándole quiera devolvérsela lo más pronto posible, especificando bien si la suscripción es para el Archivo Parroquial o para su uso particular. En este último caso, me permito advertirle la necesidad de avisarnos inmediatamente cualquier cambio de domicilio, para que no sufra retardo la remisión del periódico.

Esperando sus órdenes, me honro en saludar a Ud. con toda consideración. S. S. y C. JOSÉ A. ORZALI, Cura Titular de Santa Lucía".

En la sección "Varias" el ardimentoso clérigo publica un suelto titulado "En la Brecha" en el que dice: "Empezamos de nuevo hoy las tareas periodísticas según el programa que de antemano nos hemos trazado y que esbozamos en las primeras páginas de este número", en donde se nota el brío con que acomete otra vez el buen sacerdote la difícil empresa de fundar

y sostener una revista. Porque fundar es muy fácil; pero sostenerla, llevarla adelante por meses y años, eso ya es otra cosa.

El programa a que se refiere Orzali y que va esbozado en las primeras páginas se titula: "A nuestros lectores", y dice en términos generales que ajustará su doctrina a las normas emanadas de la Santa Sede y a las disposiciones de los Prelados de los cuales se declara adicto servidor. Después de haber consignado en el primer número la aprobación del Prelado Arquidiocesano, comienza en el N° 2 a publicar las notas de todos los Prelados argentinos y algunos de naciones hermanas en las que aprueban y alaban la aparición de la Revista. Y así fueron publicándose las del Arzobispo de Montevideo, la del Obispo de Córdoba, la del Vicario Capitul de Paraná, la del Obispo de La Plata, la del Obispo de Salta y la del Obispo del Paraguay.

El hombre, como el Ser Supremo, se conoce "per ea quae facta sunt", como dice San Pablo: por lo que hace. Nada mejor, por tanto, para conocer al Cura de Santa Lucía que observar sus trabajos. Y entre otros, este de su segunda revista eclesiástica, donde parece volcar todo su espíritu sacerdotal, todo su anhelo de ser útil a sus hermanos sacerdotes, todas sus ansias de bien de que rebosaba su corazón apostólico.

De esta segunda revista alcanzó a publicar treinta números. Desde Abril de 1898 hasta fines de Junio de 1899. Para conocer el espíritu que animaba a este gran sacerdote hay que leer esos editoriales. Desde el número 3 de su revista, comienza a publicar una serie de editoriales sobre este tema único: Preparación científica del sacerdote. Y primeramente analiza la necesidad de la preparación cultural, luego hace ver las nefastas consecuencias de la falta de formación en el clero. Y, siempre práctico y metódico, más adelante pasa a tratar del modo de conservarla y acrecentarla. Y desde el mes de Julio en adelante se explaya en tratar de la preparación que el clérigo debe tener respecto de cada una de las disciplinas eclesiásticas. Y de ese modo va haciendo hermosas consideraciones sobre la teología dogmática y moral, sobre derecho, Sagradas Escrituras, Liturgia, etc.

Sobre Liturgia trata durante varios números. Ya se anuncia también aquí el Obispo celoso por las rúbricas, el Prelado minucioso por la observancia de las ceremonias.

A veces se trata el tema general para dedicar el editorial a

algún punto de interés, como por ejemplo, cuando se detiene a hablar de las Escuelas Parroquiales.

Y cuando ya le parece que ha agotado el tema de la formación científica del sacerdote, entonces, como se anunciara que en breve tendría lugar un Sínodo para la República Argentina, él toma pie de esa noticia para publicar una nueva serie de editoriales sobre los Sínodos. En realidad, no se celebró el anunciado Sínodo, sino una cosa mucho más amplia: el Concilio Plenario de la América Latina. Y a él contribuyó no poco el ilustrado párroco barraqueño con sus luminosos artículos referentes al Sínodo.

El formato de esta revista es algo mayor que el de "El Monitor". Y para facilitar la lectura, imprime a dos columnas, como era frecuente en los libros de entonces. Por lo demás, el material es variado e interesante. Los casos de conciencia, prácticos e ilustrativos. Lo referente a las Congregaciones Romanas, bien seleccionado. Las pastorales de los Prelados argentinos, y a veces de países limítrofes, se publicaban íntegramente.

En el número 14, en setiembre de 1898, aparece una noticia que tiene relación con este esfuerzo que venía realizando el Cura de Santa Lucía. Ese gran Prelado que precediera al P. Orzali en la evangelización de Barracas, había sido designado por el Sumo Pontífice, Obispo de La Plata. El ardoroso "Padre Antoñito", constituido ahora en Diocesano de la primera provincia argentina, empleó toda su alma de apóstol para que el reinado de Cristo en su grey fuera una realidad. Y entre otras cosas, se propuso formar bien a su clero. Para ello, fundó el Boletín de la Diócesis, órgano oficial del Obispado de La Plata. Al frente de la dirección puso al ilustrado y virtuoso Pbro. Dr. Federico Rasore que bien pronto hizo de ella un elemento de cultura eclesiástica de primer orden.

De ese modo, la primera revista eclesiástica oficial que se publicó en el país, fué fundada por Mons. Espinosa, el 28 de Agosto de 1898. Y la segunda también. Pues, cuando dos años después fué preconizado Arzobispo de Buenos Aires, por el fallecimiento de Mons. Castellano, un mes después de tomar posesión de su sede, fundaba la "Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires" como publicación oficial. La editaban los talleres del Colegio Pío IX de Artes y Oficios de Almagro, y tenía

como directores a dos prestigiosos clérigos: el Pbro. Dr. Bartolomé Picada y el Pbro. Dr. Fortunato Devoto.

Deseaba el celoso Prelado tener —de acuerdo a lo aconsejado por el Concilio Plenario de la América Latina—, “un órgano de publicidad exclusivamente suyo y redactado bajo su inmediata vigilancia”.

Los dos directores asumieron la responsabilidad con estas palabras: “Convencidos de la magnitud de la obra que emprendemos, tan recomendable como útil, tan necesaria como difícil, reputábamos ligereza y osadía responsabilizarnos con la dirección de una Revista Eclesiástica que pudiera reportar alguna utilidad al Clero... Firmemente convencidos de lo que dejamos dicho, no hubiéramos tomado *motu proprio* resolución alguna al respecto, temerosos de tentar a Dios y de abusar de la benevolencia de nuestros hermanos en el Sacerdocio. Accediendo tan sólo a los deseos de nuestro Prelado, etc.”

¿Habría visto el P. Orzali en estas palabras una alusión a su santa osadía de publicar dos Revistas para el clero? No lo sabemos. El hecho es que cuando apareció el órgano oficial del Arzobispado, ya su publicación había desaparecido. La nueva Revista se presentó magnífica: bien escrita, artículos enjundiosos, información completa.

Y aun hoy sigue la trayectoria que le trazaron su fundador y sus primeros directores.

Pero a la modesta hojita del P. Orzali, nacida allá en el bajo de Barracas, le cupo la gloria de ser heraldo de esta publicación. El Cura de Santa Lucía miraría la gran Revista del Arzobispado como el humilde jefe de estación rural que ve pasar por delante de sus andenes, los nutridos convoyes que van a Los Lagos. El empleado queda nostálgicamente mirándolos avanzar y perderse en la lejanía del espacio. No se ha detenido el convoy en su estación: ¡es muy modesta! Pero él puede decir: —Yo le di vía libre...

Así, Orzali, podrá siempre decir, mirando la magnífica Revista arquidiocesana: —Yo no fuí capaz de hacer esto; pero a mí me cabe una satisfacción: yo le di vía libre...

CAPÍTULO XVII

SOBRE LA COMBA MARINA

Hacia cuatro años que la hoy histórica "Fragata Sarmiento" había tendido su velamen por primera vez a las brisas marinas. En ella iban los futuros nautas de nuestra escuadra para hacer sus primeras armas como hombres de mar. Y, naturalmente, fué preocupación de las autoridades eclesiásticas que acompañara a ese plantel de marinos en flor, un clérigo que fuera ejemplar y persuasivo para infundir en los futuros jefes de nuestras naves, un auténtico espíritu cristiano, que siendo espíritu de sacrificio, armonizaba admirablemente con el carácter que debe distinguir a quienes escogen la riesgosa vida del mar.

En el primer viaje, la fragata no llevó capellán. En el segundo y tercero, el capellán había sido aquel prestigioso clérigo que fué el Pbro. Agustín Piaggio, más tarde ornado con título prelaticio. Este excelente sacerdote, había sabido compadecer la alegría del compañerismo con la dignidad de su cargo y la cortesía señorial con la modestia cristiana. Mons. Espinosa quiso que el cuarto viaje de la nave-escuela no tuviera al frente del servicio religioso de la fragata un capellán inferior a su predecesor. Y por eso invitó al Cura de Santa Lucía a que aceptara ese cargo con retención del Curato de Barracas al Norte. Nuestro biografiado, huelga decirlo, se sintió halagado por aquella invitación del Prelado e íntimamente complacido de viajar, para poder así, de acuerdo a sus ardientes deseos de cultura, ampliar sus conocimientos y ser un sacerdote cada vez más completo.

Ya el 20 de Febrero, el diario "La Voz de la Iglesia" daba la noticia del nombramiento. Y el 16 de Marzo era nombrado por el Arzobispo y se publicaba su designación en la Revista Eclesiástica. El día 25 de Mayo de 1903, después de haber visitado la fragata el Ministro de Marina, Sr. Betheder, zarpaba la blanca gaviota del dique 4 siendo las 14, con tiempo espléndido y en medio de las aclamaciones de la multitud que despedía una vez más a los seres queridos que se llevaba la rauda viajera del Plata.

Como comandante de la nave iba el Capitán de Fragata Belisario Quiroga, y como segundo, el Teniente de Navío Diego C. García, y como Director de Estudios, el Teniente de Navío Bernabé Meroño. Entre los "aspirantes" o sea cadetes del último curso, figuraban jóvenes que luego escalaron grados de responsabilidad, como Eleazar Videla, Francisco Bengolea, Inocencio Storni, Alberto Sáenz Valiente, Eduardo Astigueta, etc.

Al declinar la tarde fondearon frente a La Plata. Al día siguiente se trasladaron a Punta de Indio, con el objeto de aprovechar el agua dulce para el lavado de las velas y ropa de la tropa. La verdadera navegación comenzó el 28 a las 14. La nave enderezó rumbo al Norte. Desde un principio, el Capellán comenzó a cumplir su noble misión, no sólo con las conferencias semanales de religión y moral, sino, más que todo, con su conversación amena y edificante y con su ejemplo amablemente austero.

Para el hombre que sabe tratar bien a todos, toda compañía le es amable. Tal sucedió a Orzali. El anota en su diario: "Se nota orden en todo, aprovechamiento del tiempo, cultura en el mando y en el trato con la marinería, el respeto con que todos se tratan y la armonía verdaderamente fraternal en que viven. En virtud de todo esto, el servicio religioso de la fragata, a cargo del infascripcto, puede hacerse con toda facilidad. Y cumple a mi hidalguía declarar que todos se esmeran en colmarme de atenciones y facilitarme la misión que se me ha confiado".

Todos los domingos a las 9 celebraba la Santa Misa sobre cubierta a la que asistía toda la oficialidad y la tripulación. Y conforme con su sistema, nunca dejaba de predicar su "sermón de cinco minutos". Y era impresionante ver en medio de la inmensidad del Océano, al sacerdote de Dios, explicando las eternas verdades del evangelio, bajo las blancas alas de la fragata a esos 260 hombres avezados a los riesgos del mar.

En privado, celebraba la Misa todos los días siempre que el tiempo se lo permitía. El 8 de Abril, miércoles santo, llegaron a la ciudad brasileña de Bahía. Allí pasaron los días luctuosos de la Semana Mayor, izándose el Jueves a las 10, la bandera a media asta y embicándose las vergas. Después de haber visitado la histórica capital del antiguo imperio, prosiguieron viaje hacia la Martinica el domingo 12 de Abril, luego de haber recibido ese mismo día una buena cantidad de diarios, revistas y cartas de Buenos Aires en un barco que acababa de anclar en Bahía.

Nuestro capellán, que "no conocía el descanso", consiguió del Comandante que le permitiera dar clase diaria a la gente de tropa analfabeta. Y así ocupaba él útilmente su tiempo. Además, como el Capitán Quiroga le pidiera que colaborara con los demás jefes en la serie de conferencias ilustrativas que se pronunciarían a bordo, Orzali complacido eligió el tema: "Censo de la población y progresos morales del país" para el 17 de Mayo. Además, como anteriormente se había fundado a bordo un periódico titulado "Sarmiento", el médico Dr. Anchultz y el P. Orzali fueron designados director y redactor respectivamente. Pero esto no le bastaba al celoso capellán. Viendo que frecuentemente en los días de fiesta la gente permanecía ociosa, queriendo ocupar esas largas horas que podían ser perniciosas para la salud moral de la tripulación, propuso y obtuvo del Comandante le permitiera preparar un cuadro dramático con que amenizar los días de fiesta y acortar un poco los interminables días de holganza. Y él mismo se encargó de conseguir obras representables en los puertos donde tocaban.

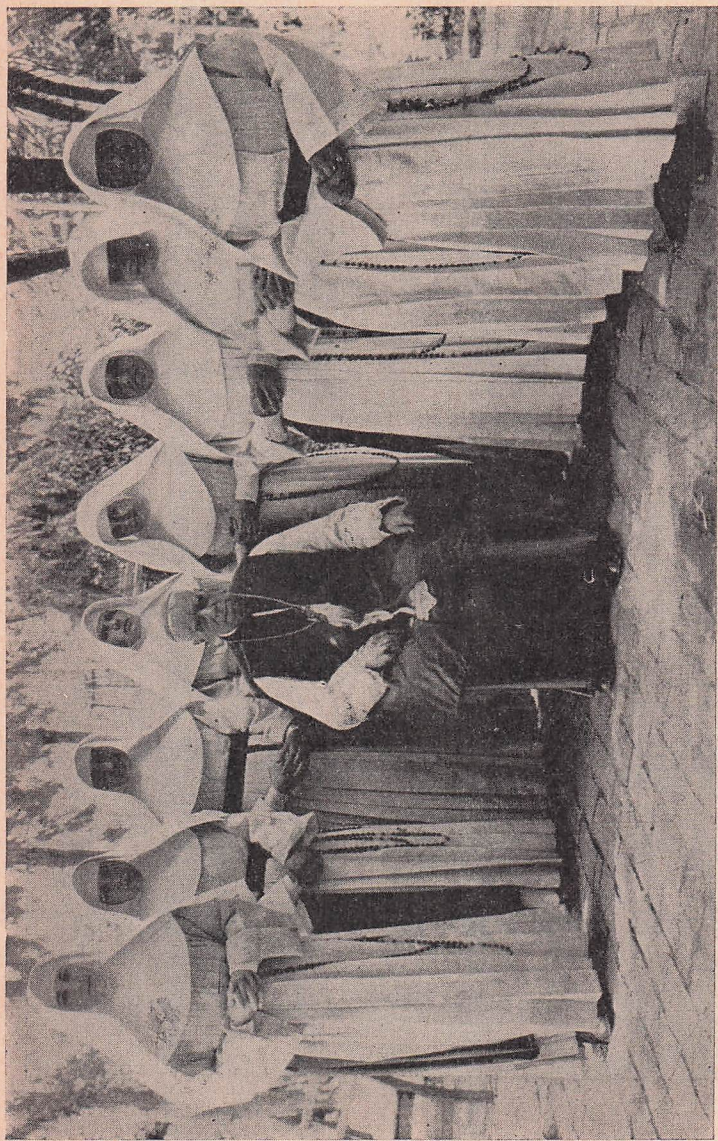
En la noche del 8 de Mayo falleció un marinero. El capellán lo había preparado convenientemente. Cuando llegaron a Fort de France le dieron cristiana sepultura en el camposanto local.

De esa ciudad se trasladaron algunos oficiales y el capellán para visitar las ruinas de Saint Pierre, destruída el año anterior por la erupción del volcán vecino. Ahí también tuvo el P. Orzali el gusto de conocer a un famoso Monarca negro del Dahomey, refugiado allí con su familia, a la cual pudieron, tras muchas dificultades, encerrar en la cámara fotográfica.

De allí, a San Juan de Puerto Rico. Luego, la visita infalible a las obras que realizaban para terminar al famosísimo canal de Panamá. Fueron gentilmente atendidos y agasajados por las



Monseñor entrega el Decretum Laudis al Consejo General del Instituto en la capilla de la Casa Madre



Gral. Rodríguez: Noviciado. Novicias que recibieron el hábito de manos del Excmo.
Padre Fundador

autoridades. Tertulia en el Casino Español en honor de la oficialidad. El P. Orzali no asiste.

Y así fueron hilvanando puertos y ciudades, como Colón, Puerto Limón, San Juan de Nicaragua, Cortés, Barrios, etc.

Debido a la fiebre amarilla que serpenteaba por diversas poblaciones mejicanas, no pudieron visitar ese país. Y así, de Livingston se dirigieron a La Habana, a donde llegaron el 12 de Junio. Nuestro capellán, como lo hacía en todos los puertos que eran sede episcopal, fué a saludar al Prelado Diocesano. En la hermosa capital de Cuba estuvieron hasta el 21 y en esos días, siempre que le era permitido, el P. Orzali era huésped de los Padres Jesuitas de Belén.

De Cuba se dirigió la fragata a Annapolis (EE. UU.). El principal motivo de la recalada era visitar la Escuela Naval que allí tiene el gran país del Norte. Llamó la atención a todos, la magnificencia de las diversas reparticiones y el lujo y buen gusto de los ambientes. A Orzali lo atrajo la capilla. "El Gobierno desea —escribe el capellán— que los futuros oficiales de su escuadra se formen a la sombra del campanario y en el santo temor de Dios. Sería bueno que no se olvidara este detalle en la proyectada construcción de nuestra Escuela Naval". Desgraciadamente el liberalismo de antaño parece que hizo olvidar a los argentinos ese por menor tan importante...

De Annapolis viajaron hasta Baltimore, donde el P. Orzali pudo saludar al entonces único purpurado americano, el Cardenal Gibbons. De esta ciudad viajaron hasta Washington. Allí el Ministro argentino, Dr. García Merou, les había preparado un banquete, al que asistieron los 14 oficiales del barco y buena cantidad de invitados de la Capital. Por la noche la tripulación regresó a Baltimore; pero el capellán y el médico quedaron un día más para aprovechar mejor la visita. De Baltimore a Nueva York, a donde llegaron el 6 de Julio. Nuestro viajero visitó la fantástica ciudad yanqui con ansias encendidas de conocer. De ahí fué con algunos oficiales a las Cataratas del Niágara y a la ciudad de Búffalo. Luego visitaron otras ciudades y finalmente emprendieron viaje rumbo a Newport.

El P. Orzali había prometido enviar periódicamente correspondencia al diario "La Voz de la Iglesia" y lo hizo con la constancia y la puntualidad que se podían esperar de "este Cura crio-

llo-sajón" como le decía el P. Laphitz. Sus hermosas crónicas se recopilaron luego y dieron origen a un libro que siempre se lee con interés. Sobre todo, luego de haber estudiado bien la vida norteamericana escribe un capítulo sobre lo que ella le sugiere, que no tiene desperdicio. Nunca picó tan alto la literatura de Orzali como en esas páginas llenas de sensatez y de hondo sentido cristiano de la vida.

De Newport navegaron rumbo a Halifax en el Canadá. Y de allí a Quebec. A medida que van desfilando ante su vista las ciudades y los puertos, el P. Orzali va estudiando la historia de cada uno de ellos. Y de ese modo amplía admirablemente sus conocimientos históricos y geográficos. Después de admirar los progresos del gran pueblo canadiense, el día de la Asunción, la fragata tomó rumbo a las Islas Azores. La vida de estudio de los "aspirantes" volvió a la normalidad y el capellán siguió dictando sus luminosas conferencias, en ese estilo llano que le era característico, pero lleno de substancia filosófica y denso de contenido moral.

En ese trayecto hicieron toda suerte de ejercicios de navegación, desde el "hombre al agua" hasta el "tiro de combate". Orzali observaba todo, estudiaba todo, no perdía pormenor alguno: de todo sacaba provecho, todo le era motivo de estudio. De las Azores pusieron proa hacia Dakar. Ahí conoció el P. Orzali lo que son las colonias africanas. Durante esa estadía, un barco francés que iba de Buenos Aires les llevó correspondencia de nuestra capital con abundantes noticias de los familiares de los tripulantes.

Del puerto africano emprendieron viaje directo a Bahía Blanca. ¡Casi dos meses viendo solamente agua y cielo! Las calmas ecuatoriales entorpecieron bastante la navegación a vela. Habíase anunciado, al principio del viaje, que el 25 de Noviembre entraría la "Sarmiento" en el Puerto Militar. Y así fué: el día 25 hacia su entrada la fragata con sus tripulantes ansiosos de pisar tierra argentina. De ese Puerto se dirigió en seguida a Bahía Blanca, donde fué huésped de los PP. Salesianos, cuyos elogios teje en su crónica, por la obra realizada en esa incipiente ciudad llamada a grandes destinos. También tuvo la dicha de irse hasta Olavarría, donde sus Hijas del Rosario habían ya abierto la primera casa. ¡Qué sorpresa les dió a las rosarinas cuando se les apareció de improviso a visitarlas!

No había terminado todavía el itinerario de la infatigable Fragata: el 4 de Diciembre zarpaba de nuevo rumbo al Sur. Visitó todos los puertos de la costa patagónica y llegó a Punta Arenas. Allá el Capellán pudo alternar con ese gran misionero que fué Mons. Fagnano y platicaron largamente juntos, de temas que les eran igualmente interesantes.

El 1º de Enero celebraba Misa sobre cubierta frente al temido paso del Brecnock. Y siguiendo luego por los canales fueguinos, hacia Ushuaia. En esa población fueron agasajados por el Gobernador Loqui. El 14 partían rumbo a Buenos Aires y el lunes 25 estaba de nuevo la valiente fragata frente al dique 4 de donde había salido. El 28 desembarcaban.

Al terminar sus crónicas nuestro Capellán escribió 17 páginas densas de observaciones críticas sobre la vida a bordo y sobre las deficiencias notadas en el curso de la navegación. El no era marino. No tenía más jerarca que su Arzobispo. Por eso puede hablar con libertad que admira. No deja nada en el tintero. Y todo lo puntualiza con esa minuciosidad con que solía hacerlo él.

Como apéndice del libro que publicó a raíz de este viaje, pone 14 capítulos sobre "Vida de estudio y de trabajo del marino" que fueron otros tantos artículos publicados en el periódico de a bordo titulado, como sabemos, "La Sarmiento".

El día del arribo al puerto de Buenos Aires, fué una delegación del Círculo de Obreros a la dársena en busca de su pastor. Era una tarde estival. Cuando las primeras sombras de la noche aplacaron el calor reinante, aparecía por la Avenida Montes de Oca, el carruaje que llevaba al amado Cura a su parroquia. A las 19.30 hacía su entrada triunfal en el querido templo de Santa Lucía. Hervía de gente la Iglesia. Todas las asociaciones piadosas se habían dado cita. Todo Barracas quería testimoniar al P. Orzali la alegría que le ocasionaba su regreso. Alegre, sonriente, feliz, avanzó el Cura hacia el presbiterio. Allí se revistió y en medio de la emoción colectiva, entonó el Te Deum en acción de gracias por el feliz viaje de diez meses cabales. Y después del Himno de la gratitud, no pudo menos que subir al púlpito y pronunciar uno de sus discursos más recordados. En esos momentos el Cura de Santa Lucía no parecía el predicador de los "sermones de cinco minutos", sino un orador de alto vuelo que iba desgranando imágenes felices, figuras pintorescas para expresar todo lo her-

moso que había visto y todo lo intensamente que vibraba su corazón en ese momento en que se reintegraba al seno de los suyos.

Y el domingo siguiente, a las 9, cantó la Misa de acción de gracias. Otra vez el templo de bote en bote. Otra vez la multitud que se agolpaba para dar testimonio de su afecto al gran párroco de Barracas.

A mediodía, en el Hotel Vasconia —ubicado en Montes de Oca y Brasil— más de cien personas tendieron manteles en su honor. A los postres, hicieron uso de la palabra el Sr. Broussain, los Doctores Durán y Capurro, el Pbro. Piaggio, los comisarios Soldani y Macías, el Sr. Cabrera y el Ten. de Navío Casabó. En el mismo acto entregaron al homenajeado un pergamino como recuerdo de la demostración tributada.

Por la noche, en el salón de Actos del Círculo de Obreros se desarrolló una velada literario-musical en la que las familias del barrio tuvieron oportunidad de expresar al buen clérigo, la alegría que les proporcionaba el verlo nuevamente en Barracas al frente de su grey.

Finalmente, las Hermanas del Rosario lo hicieron objeto de otra expresiva demostración, en la misma sala, el día 8 de Febrero.

Así reanudaba el laborioso Cura nuevamente su labor cotidiana. Después de 10 meses sobre la comba marina, volvía a su parroquia, con más conocimientos en la mente, con muchas visiones en el alma; pero con el mismo espíritu generosamente abnegado con que siempre se prodigó en favor de sus queridos feligreses.

CAPÍTULO XVIII

DE LA TIERRA AL ASFALTO

Apenas hubo regresado de su largo viaje marítimo, el activo Párroco comenzó a trabajar con ese tesón y con esa porfiada obstinación que tenía algo de tozudez baturra y que no era más que un celo ardentísimo por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Trabajó todo el año 1904 y el siguiente, y seguía trabajando con bríos inagotables. La parroquia marchaba magníficamente: las asociaciones parroquiales, florecientes; esa Cofradía de hombres del Smo. Sacramento era su mayor consuelo; el Círculo de Obreros, seguía ocupando el primer puesto. Contaba con más de 3.000 socios. Tenía local propio, cerca del templo. Las Hijas de María, ahora dirigidas por las Rosarinas, aumentaban en número y se consolidaban en la virtud. Sus religiosas también progresaban: además de la casa Central, en Barracas, se habían abierto dos casas más en Olavarría, una en Chascomús, otra en el Tigre, y otra en Quilmes. Pero lo que más halagaba al fundador, era que las rosarinas comprendían cada vez mejor la necesidad de ser santas y captaban más cabalmente su lema: "Todo por Dios y por el prójimo".

Y si a toda esta obra social se agrega que Orzali andaba, por natural gravitación de sus méritos, incluído en todas las comisiones del catolicismo de entonces, así fueran los festejos jubilaes de la Inmaculada como las Peregrinaciones a Luján, tendremos una idea del trabajo incesante a que sometía su organismo este clérigo incansable.

Y seguía trabajando, ajeno en absoluto a los acontecimientos que se avecinaban y que habían de cambiar el rumbo a la nave de su vida. Era el primer día del invierno de 1906. Orzali estaba ese día, frío y lluvioso, firmando partidas de bautismo, cuando lo llaman urgentemente de la Curia. Toma al punto su paraguas y vuela hacia Plaza Mayo.

En el Palacio Arzobispal lo esperaba Mons. Espinosa. Luego de besar el anillo del Prelado, se sentó en el sillón que le ofrecía su pastor. Y éste: —Acaba de fallecer el P. Delheye, —le dijo—, y he pensado en ponerte a ti en San Miguel. Eres el hombre para eso. Además sé que andas bastante endeudado por tus muchas obras parroquiales y en Santa Lucía muy difícilmente saldrás a flote. En San Miguel, en cambio, parroquia de más recursos, podrás allegar el dinero que necesitas para liquidar tus obligaciones.

—Monseñor —contestó el Párroco— S. E. disponga de mi pobre persona en la forma que crea más conveniente para el bien de la Arquidiócesis.

—Bueno: ni una palabra más. Prepárate para dejar Barracas...

Era norma invariable de Mons. Espinosa que apenas fallecía un sacerdote, se llenara la vacante. Así, cuando luego le llegaban pedidos, influencias, etc., ya él, sonriente, les podía responder: —Ya está ocupada esa vacante...

El P. Orzali volvió a Barracas tristón y cabizbajo bajo la lluvia mansa que caía sin cesar sobre la ciudad porteña. Durante el almuerzo estaba pensativo. Contrariamente a lo habitual en él, ese día parecía que una sombra fatídica cubría su rostro. Los tenientes lo veían abstraído a cada rato y con la mirada fija en un punto, allá en el infinito...

Al cabo uno de ellos, lo interrogó: —¿Qué pasa, P. Orzali, qué pasa?

Y él, casi musitando, sólo dijo: —Ha muerto el P. Delheye...

—¿Ah, y Ud. ha sido nombrado Cura en su lugar? —dijeron a una los dos tenientes.

El Cura de Santa Lucía no contestó. Pero como "qui tacet, consentit" él creyó cumplir con la cortesía, sin faltar a la verdad, sonriendo amargamente, como si en ese gesto concentrara todo el pesar que le ocasionaba dejar esa parroquia donde durante 16 años había derramado tantos sudores y tantas lágrimas.

Y como él había recibido la parroquia de Santa Lucía en propiedad, para dejarla, debía renunciar al Curato. Lo que hizo con esta nota:

"J. H. S. — Buenos Aires, junio 21 de 1906. Excmo. y Revmo. Mons. Dr. D. Mariano Antonio Espinosa, Arzobispo de Buenos Aires. Excmo. y Revmo. Señor: Habiendo obtenido por concurso el Curato de Santa Lucía, que desempeño, me permito presentar a V. E. R. la renuncia de dicho cargo, con todos los derechos que según la ley canónica le están anexos, por los motivos particulares que V. E. conoce. Dios guarde a V. E. José AMÉRICO ORZALI".

Ese mismo día el Prelado preveía:

"Buenos Aires, junio 21 de 1906. En vista de los motivos en que se funda esta renuncia, la aceptamos. Hágasele saber y dénsele las gracias por los importantes servicios prestados.

Hallándose vacante el Curato de San Miguel por el fallecimiento del Sr. Cura D. Juan Delhey, nombramos Cura de San Miguel al Señor Cura de Santa Lucía, D. José Américo Orzali. Extiéndasele el título correspondiente. † EL ARZOBISPO".

Al día siguiente llegaba la nota del Canónigo Elzaurdia, comunicándole oficialmente la designación. Y el 25, contestaba Orzali en los siguientes términos:

"Buenos Aires, junio 25 de 1906. Señor Can. Manuel Elzaurdia, Secretario General del Arzobispado. He tenido el honor de recibir su nota del 22, adjuntándome el título de Cura de San Miguel.

Al acusar recibo de ella, ruego a Ud. quiera participar al Excmo. Sr. Arzobispo mi más profundo agradecimiento por la distinción especial de que me ha hecho objeto y por sus benévolos conceptos sobre mi actuación en el Curato de Santa Lucía.

Dios mediante, en el nuevo Curato, para el cual acaba de designarme nuestro Venerado Prelado, trataré de corresponder a la confianza que en mí se ha depositado y de consagrarme con más empeño, si cabe, a las obras del ministerio parroquial. Dios guarde a Ud. JOSÉ AMÉRICO ORZALI".

Y no esperó. Como hombre ordenado que era, tenía todo al día. No necesitó mucho tiempo para preparar la partida. No tuvo más que resolver unos cuantos asuntos pendientes, firmar algunos expedientes, liar los petales y decir "adiós" a sus feligreses. Y ésa a la postre, fué la parte más difícil. Los fieles barraqueños creían que perdían para siempre a su buen Cura; pero cuando él les aseguró que no se iba a "aristocratizar" sino que continuaría siendo

el mismo Padre Orzali de siempre; y para corroborar su aserto, les anunció que continuaría siendo capellán de la Casa-Cuna, siendo Asesor del Círculo de Obreros y Director de las Hermanas Rosarinas. “Además —les decía— mi vida ha echado tales raíces en este bajo barraqueño, que ya no se pueden arrancar...”

Y era cierto: ¿cómo iba a olvidar el P. Orzali a nombres tan caros a su corazón como los de las familias de Viola, Caimi, Arando, Coni, Broussain y mil otras con quienes había partido el blanco pan del amigo por tantos años?

El día 29 de Junio el salón del Círculo de Obreros hervía de gente. Se le había preparado un banquete con el que se lo despedía de su popular barrio sureño. Huelga decir que a los postres, como sucede en estas circunstancias en que los afectos desbordan, todos querían hablar. Hubo que limitar el número de los oradores. Y como el que ofrecía la demostración era nada menos que el Comisario de la Seccional, D. José M. Botiz, no le fué difícil imponerse y hacer cumplir las duras disposiciones.

El 1º de julio era domingo. Ese día fué destinado para la despedida de la masa de la feligresía. El nuevo párroco rezó su Misa Parroquial y predicó, esta vez ya no su “sermón de cinco minutos” sino una larga y emocionada plática en la que agradeció a todos los que en esos 16 años de trabajos le tendieron siempre la mano para ayudarle y a todos los que lo habían acompañado con sus simpatías. Recordó a los viejos del barrio y notó que allá, al fondo, mal se comprimían sollozos femeninos. Y cuando pronunció la palabra “adiós”, vió que todos los ojos de sus oyentes relucían con ese patinado característico de la verdadera emoción. Luego en el pasillo del templo vinieron los apretujones para saludar al querido pastor. Todos querían estrechar esa mano que les había dado tantas veces la absolución, que les había entregado el Cuerpo del Señor Sacramentado, que había bautizado a sus criaturas y ungido con óleo la frente sudorosa de la abuelita que expiraba... Todos comprendían, ahora que lo iban a perder, lo que valía ese Cura todo corazón que se prodigaba en obras de bien con una munificencia que rayaba en frenesí.

Deseando que se llevara algún recuerdo de su querida Parroquia le obsequiaron con un magnífico cáliz de oro.

Querían acompañarlo todos hasta San Miguel.

—No, —les dijo el P. Orzali— tengo todavía muchas cosas

que arreglar. Y luego —añadió sonriendo humorísticamente— ahora soy Cura de la aristocracia. No voy a ir de a pie, como acostumbro andar en Barracas. Deberé tomar un coche. Ahora somos ricos... (Y reía donosamente con todos sus amigos).

El sábado 7 de Julio hizo su entrada silenciosamente en su nueva Parroquia. Y el día 8, ante numerosísima concurrencia, prestó el juramento de práctica al mismo Excmo. Sr. Arzobispo, Mons. Espinosa, quien quiso personalmente poner en posesión de su nuevo cargo al dinámico P. Orzali. Luego del juramento habló el nuevo Cura a sus nuevos feligreses, con esa sencillez con que hablaba a los inmigrantes de Santa Lucía; pero también con ese ardor que sólo presta el amor que lleva encendido en el alma el sacerdote todo de Dios. Al salir del templo lo esperaba un mundo de gente. Creía Orzali que en el centro nadie lo conocía; pero no sólo lo conocían sino que lo apreciaban de veras. De modo que salió de los brazos de Barracas para caer en los de los fieles de la Calle Cuyo.

A mediodía ofreció un almuerzo a sus numerosos amigos. Brindó por todos ellos el Pbro. Escalera.

Y cuando al cabo quedó solo en su alcoba, pudo reflexionar. —¡Qué bueno es Dios!— fué su primera palabra. Y cayó de rodillas sobre su reclinatorio pidiendo al Señor: —Me has traído, Señor, de la tierra al asfalto. Te ruego, buen Dios, que este tu siervo sea siempre el mismo, en los lodazales del Riachuelo que sobre las alfombras del centro...

Y Dios lo escuchó. Dios siempre escucha la plegaria humilde...

CAPÍTULO XIX

COELUM NON ANIMUM MUTOR...

A principios de 1727 —durante la gobernación de D. Bruno Mauricio de Zabala—, reuniéronse varios caballeros en la Iglesia de San Juan —Alsina y Piedras— para fundar una Hermandad que llamaron “de la Caridad de N. S. Jesucristo”. Alma y vida de esa entidad fué D. Juan Guillermo González y Aragón, un dinámico gaditano que antes residiera en Santiago del Estero.

Conmovióse D. Juan Guillermo por el espectáculo que ofrecía Buenos Aires en las epidemias. Los pobres morían sin asistencia alguna y los cadáveres de los indigentes eran arrastrados de la cola de un caballo hasta los enterratorios. Y como en Cádiz había conocido una Hermandad que se ocupaba de eso, no dejó nada por hacer hasta no haber fundado una similar en nuestra capital.

Poco después, el licenciado González enviudó. Y como las dificultades para la atención religiosa de una capilla y hospicio que había construido la Hermandad en el Alto de la Concepción, eran muchas, resolvió seguir la carrera eclesiástica para mejor servir a Dios. Se ordenó en 1734.

El Obispo de Buenos Aires, Fray Pedro Fajardo, había donado a la Hermandad una imagen de San Miguel, siendo así el Arcángel patrono secundario de la asociación. Patrona principal era N. S. de los Remedios. En 1733 se les ofreció la oportunidad de comprar barato otro terreno más céntrico: hoy Suipacha y Bmé. Mitre. Y lo compró la Hermandad en 219 pesos “inclusive

los derechos de alcabala". Luego vendieron parte del terreno "del Alto" y edificaron una capilla de 22 varas y un hospital. No se sabe la fecha fija de la inauguración. Pero en 1738 ya servía de enterratorio y se reunían en ella los miembros de la Hermandad. A esta capilla se dió por titular a San Miguel. Hacia 1777 el templo de adobes amenazaba ruina. Entonces el hijo del P. González, también sacerdote, inició en 1782 la construcción de un nuevo templo en ese lugar. Seis años después estaba terminado.

Durante la presidencia de Rivadavia, éste suprimió la Hermandad y sus bienes pasaron a la Sociedad de Beneficencia. Hacia 1830 se sintió la necesidad de construir una iglesia más amplia, que fuera parroquia. En breve estuvo terminada. Luego, en 1912 fué reformada. Es la actual Iglesia S. Miguel.

En ese templo había volcado los tesoros de su caridad el P. Delheye. Ahí debía seguir el P. Orzali derramando sin tasa los beneficios de su generosidad.

Apenas se hizo cargo de la parroquia, trató de poner al día los libros parroquiales. El antecesor había muerto repentinamente. De ahí que él debió firmar, por indicación del Prelado, los libros de Bautismo desde el 1º de Junio de 1905 en adelante y los de Matrimonios, desde el 23 de Agosto de 1904 en adelante.

Lo primero que impresiona de su actuación en San Miguel es la forma como ha llevado los libros parroquiales. Todo lo hacía él de puño y letra. Amén de los libros que se llevaban hasta entonces, Orzali inició otros. Por ejemplo, el Libro del "Estado Económico" es magnífico. Bien escrito, ordenado, pulido.

El libro de "Notas y Títulos Capellánicos" es digno de admirarse, por la prolijidad con que, luego de haber pedido a la Curia Eclesiástica los informes pertinentes, anota los antecedentes y cargas de todas las capellanías existentes en la parroquia. Y es maravilloso cómo señala el P. Orzali vez por vez cuando ha cumplido con las Misas mandadas, mediante una x grande y bien marcada.

El libro de Fábrica está llevado con una minuciosidad extraordinaria. Asombra cómo un hombre solicitado por tantas preocupaciones encontraba tiempo para llevar con esa precisión todos los libros, pero sobre todo éste, donde anota pormenorizando hasta lo inverosímil. Porque a él no se le escapa ni las propinas y aguinaldos que da a sus monaguillos, ni los ochavos que paga al elec-

tricista por una revisión, ni lo que pagó por las escobas que necesitaba el sacristán, ni lo que invirtió en comprar olivos el Domingo de Ramos: todo está allí, como testigo de que el P. Orzali era un hombre metódico, ordenado.

Si alguno creyera que llevando el nuevo Cura a San Miguel iba a tratar de economizar para pagar deudas de Santa Lucía, no haciendo gastos extraordinarios, está equivocado. Cuando un gasto era necesario, él confiaba en la Providencia y lo hacía sin miramientos. A Orzali, el dinero no le interesaba. Lo que le interesaba era el decoro de la casa de Dios.

En Julio se hizo cargo de la parroquia y en Agosto ya contrató a un constructor para restaurar la casa parroquial con un presupuesto de 6.225 pesos, que en aquella época era una suma considerable. Y al punto dan comienzo a las obras.

Todo en él era orden: tenía un muy bien presentado bibliorato en el que se detallaban los recibos de cuartas funerarias. Otro, perfectamente bien ordenado en el que anotaba lo invertido en cera para los altares. Otro para las anotaciones de los impuestos pagados. Luego inicia una carpeta donde se ordenan todos los recibos de las contribuciones que mes por mes debía hacer al Seminario y sus recibos correspondientes.

Y cuando hay orden y buena atención, siempre hay progreso. Nada extraño, pues, que veamos un crescendo" magnífico en las entradas parroquiales, desde que el P. Orzali se hizo cargo de San Miguel. En 1906 las entradas brutas fueron de 32.292 pesos y se van paulatinamente elevando año tras año, hasta que en el año 1910 llegan a \$ 100.151 m/n.

Por eso, cuando luego deje la parroquia, podrá escribir estas palabras que denotan su satisfacción: "El 7 de Abril he entregado a mi sucesor, Mons. Miguel de Andrea, el libro de Fábrica al día y sin deuda alguna". Y stampa su firma: "José Américo Orzali.

Pero donde más sobresale su minuciosidad es en el Inventario. Empleó varios días en hacerlo, cuando se hizo cargo de la parroquia. Solamente para los ornamentos escribe dieciocho capítulos divididos en acápites encabezados por sendas cifras romanas. Y él no escribe el Inventario y luego lo abandona. Orzali lleva el Inventario, como cualquier otro libro, pormenorizando siempre, como acostumbra en todo, en las dos columnas: SE HA COM-

PRADO tal y tal cosa. Y en la otra: SE HA INUTILIZADO, tal y tal otra.

Difícilmente se encontrarán parroquias donde los libros parroquiales sean llevados con más orden y pulcritud que las parroquias donde actuaba el Cura Orzali. Porque el orden y el buen gusto eran en él como una necesidad biológica, como una obsesión perenne.

Y si en la parroquia de Santa Lucía pudimos admirar al Cura dinámico, aquí ese dinamismo llega hasta el vértigo. Pues frecuentemente uno no se explica cómo haya podido hacer tantas cosas en un solo día. Se puede decir que su parroquia se había multiplicado por dos. La atención del Círculo de Obreros, la de las Rosarinas y la de la Casa-Cuna y el hecho de que para todas las fiestas era invitado siempre o a predicar o a celebrar o a presidir la procesión en Santa Lucía, lo ataban de tal modo a su primitiva parroquia que no se sabía si había salido de Barracas o continuaba siendo el "Cura" por antonomasia. Lo había sucedido en el Curato el Pbro. Ignacio Paso Viola, aquel chiquillo que el P. Orzali llevó a Roma en 1896 para continuar sus estudios en el Pío Latino Americano. Había sido su monaguillo. Lo quería como a padre. De ahí que tuviera para él siempre abiertas las puertas de su parroquia.

En 1891 el P. Delheye había fundado lo que hasta 1899 se llamó "Congregación de N. S. de Luján y Santa Filomena" y que luego, por exigencias legales para la personería jurídica se trocó en "Asociación de Santa Filomena". Tenía su sede en San Miguel, como aún en la actualidad y había fundado un instituto para niñas pobres en Palermo. El Director ha sido siempre el Párroco de San Miguel. De modo que cuando él se hizo cargo de ese Curato, una nueva preocupación vino a sumarse a los mil y un trabajos que ya tenía.

Ese ir y venir a Palermo a visitar el Colegio, a dar conferencias a las maestras, a presidir los exámenes bimensuales, etc., le insumían un tiempo precioso; pero él no miraba nada más que si era o no era su deber.

En esa época era también confesor ordinario de las Hermanas de la Misericordia de Belgrano y extraordinario de las de la Casa de Jesús. Predicaba frecuentemente en Santa Felisa a sus religiosas, como es de imaginar. Además predicaba a las del Instituto

Frenopático, a las que atendían el Hospicio de las Mercedes (entonces se le llamaba redondamente el Manicomio, sin eufemismos), a las Hnas. del Huerto que trabajaban en la Casa de Expósitos, en el Convento de las Capuchinas, a las Buen Pastor de la Cárcel de Mujeres y del Asilo de la calle San Juan, etc., etc. Y si a a esto añadimos que debía dirigir a sus Hermanas Rosarinas y visitar periódicamente sus casas y que ahora tenían comunidades también en Trenque Lauquen y en Chascomús, amén de las ya mencionadas, debemos concluir que sólo las religiosas le daban trabajo como para más de un sacerdote.

Pero Orzali "que no sabía decir que no" debía atender las solicitudes de los párrocos amigos, cuando lo envitaban a predicar o a celebrar en fiestas patronales. ¿Cómo negarse a predicar el novenario en San Telmo, cuando se lo pedía su viejo amigo el P. Mac Donell? ¿Cómo no volver con gusto a la Piedad donde hiciera sus primeras armas? Y así lo encontramos en sólo el año 1907 en Monserrat, Santa Lucía, San Telmo, San Carlos, San Ignacio, San Juan, el Socorro, Balvanera, etc. En todas partes donde había que trabajar, predicar, hacer bien, ahí estaba el Cura de San Miguel, alegre y sonriente como si no tuviera preocupaciones de ningún género. Y no sólo la Capital participaba de los beneficios de su asombrosa actividad: también Lomas de Zamora, Quilmes, La Plata, el Tigre, fueron en ese año, escenario de su celo apostólico. Y lo que más sorprende, es que todos los domingos y fiestas, estuviera donde estuviera, se trasladaba sin falta a su parroquia para que sus chiquillos no echaran de menos al que con tanta sencillez y cariño les enseñara "la doctrina".

Además había conseguido algo que lo halagaba. Desde la sanción de la ley 1420 no se daba religión en las escuelas oficiales. Mucho menos se daba en los institutos de segunda enseñanza. Pero Orzali daba clase de religión todos los jueves en la Escuela Normal a las numerosas alumnas que entonces se preparaban para ser maestras.

Amigo de todos los pobres y desdichados, pensó también en los presos. Y hete ahí en Mayo de 1907 predicando un triduo de preparación para la Comunión Pascual en la Cárcel de Contraventores. El día 13 de Noviembre canta Misa en casa de las Hnas. del Rosario por ser día del Patrono del Noviciado y predica el mes de María. Visita luego al Dr. Iriondo, que era Ministro de

Hacienda; va después a recibir a su hermano que llega de Corrientes en jira política y todavía tiene tiempo para ir por la noche a General Urquiza a predicar por tercera vez el mes de María.

Frecuentemente almorzaba afuera. ¿Cómo negarse cuando Don Manuel Láinez lo invitaba porque celebraba sus Bodas de Plata matrimoniales? Y como él ¡cuántos amigos lo requerían para tener el gusto de departir con ese clérigo que tan bien sabía compadecer la alegría, el buen humor y la más exquisita "causerie" con la más austera modestia cristiana y con la más severa dignidad sacerdotal!

Orzali estaba en el mundo; pero no vivía para el mundo. Estaba en medio del mundo, porque entendía que era "sal de la tierra" y que si la sal no se mezcla, de nada sirve que haya sal en casa. La carne se corromperá lo mismo. Por eso lo mismo lo encontramos en los salones de la aristocracia que en los conventillos de su barrio; tan pronto lo vemos bendiciendo una boda aristocrática como abrazado a un moribundo harapiento y nauseabundo en el Hospital San Roque. Debía alternar ahora con los ricos; pero nunca lograron deslumbrarlo ni la riqueza, ni el lujo. Limpio y pulido, siempre; rebuscado, nunca; alambicado, jamás. El P. Orzali pasó por el gran mundo del barrio Norte con la misma sencillez cristiana que cuando estaba entre su pobrerío de Barracas. Supo ser como el rayo de sol, que necesariamente debe posarse sobre muchas miserias, pero él conserva toda la pureza inmaculada que trae del cielo.

Y si vamos a buscar cuál es la fuente de esta virtud y la raíz de esta fortaleza, encontraremos todas las semanas en su "Diario" estas palabras que escritas en medio del tráfico de las ocupaciones cotidianas, constituyen como un remanso de paz y como un oasis en medio del desierto insípido del mundo: los viernes Orzali anota casi indefectiblemente: "He hecho mi hora de adoración". Había prometido que todos los viernes, en honor de la Pasión de N. S. Jesucristo haría una hora de adoración delante del Santísimo Sacramento: y ahí se lo veía semanalmente. Como un serafín, inmóvil frente al altar, sacando fuerzas de esa fuente inexhausta para llevar con dignidad su carácter sacerdotal y poniendo esa capa aisladora que se requiere para vivir en el mundo sin contaminarse con el mundo.

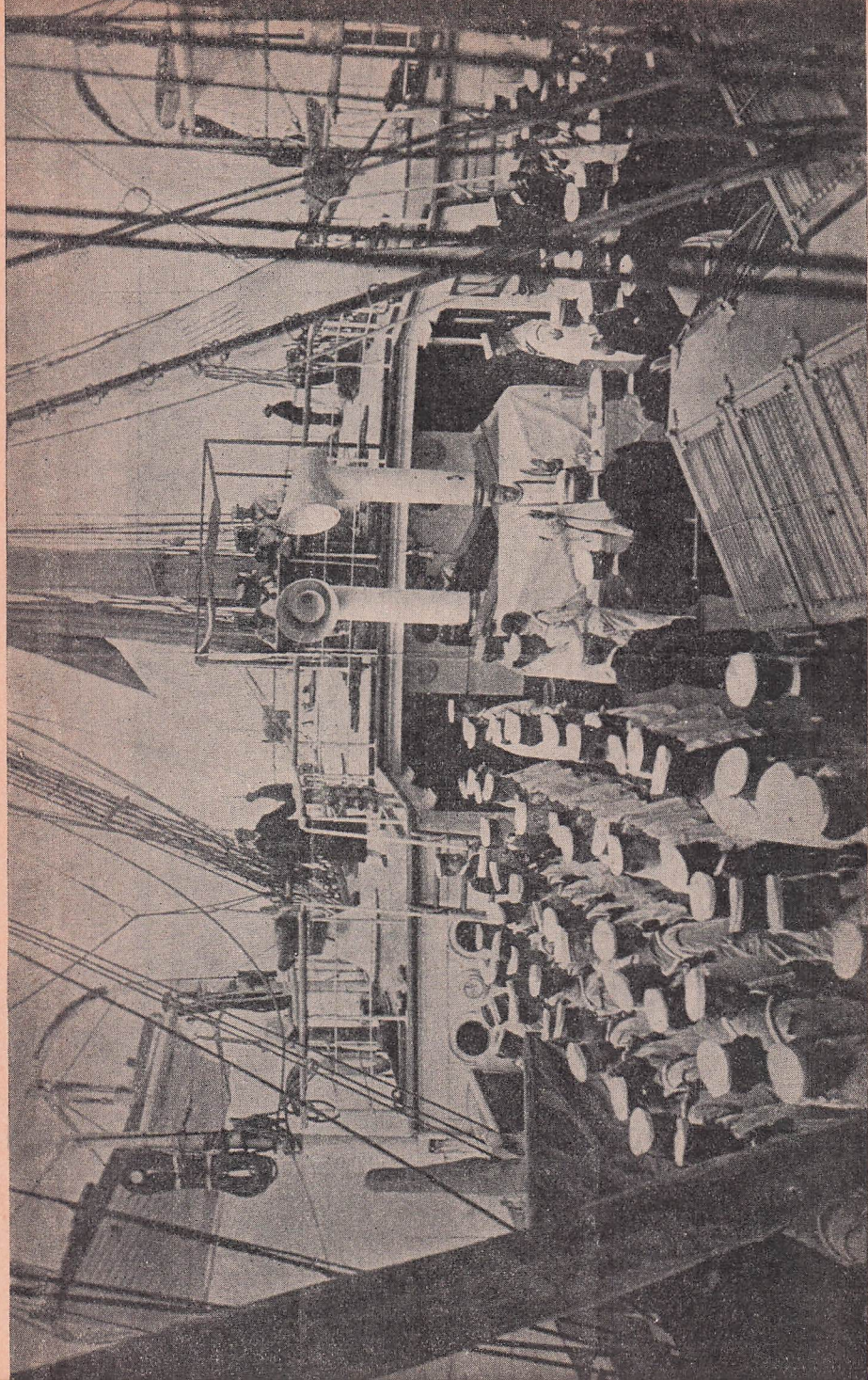
Por eso, porque semanalmente hacía su hora de adoración,

diariamente su meditación y cada semana humildemente su confesión, el P. Orzali se conservó siempre igual a sí mismo e idéntico al Cura de Santa Lucía. Aquí como allá, robustecía su espíritu con los medios sobrenaturales que la Iglesia ponía a su disposición.

Cambió el P. Orzali de lugar, pero permaneció siempre el mismo. Mudó de parroquia, pero su espíritu se conservó cabal. De ahí que él más que nadie pudiera luego decir: "Coelum non animum mutator": yo cambio de climas, de lugares, pero no de espíritu...



Capellán de la Fragata Sarmiento



Orzali reza la Misa a bordo de la Sarmiento

CAPÍTULO XX

DE NUEVO SOBRE LAS ONDAS

El celoso franciscano argentino Fray Alejandro Brid, había lanzado la idea de una peregrinación a Tierra Santa. Sería la primera romería sudamericana a los Santos Lugares. El Sr. Arzobispo, Mons. Espinosa, en una pastoral del 9 de Mayo de 1907 aprobaba y bendecía la obra. Luego surgió la idea de hacerla coincidir con el Jubileo de S. S. Pío X, que cumplía sus Bodas de Oro sacerdotales en 1908. Y estando en Roma ¿cómo no ir a Lourdes que también en 1908 celebraba su jubileo? Y de Francia ¿cómo no pasar a España, la Madre Patria para visitar el histórico santuario del Pilar?

Así se gestó la idea de la gran Peregrinación a Tierra Santa, Roma, Lourdes y Zaragoza. Desgraciadamente el P. Brid cayó enfermo y falleció durante los preliminares de la preparación. El Prelado puso entonces una vez más los ojos en Orzali que tenía estrella y que no le faltaba mano para esos menesteres. En auto de 1º de Setiembre lo designa director. Y el Cura de San Miguel comenzó a organizarla.

Más de diez meses antes de partir, el 18 de Noviembre de 1907, ya anota en su diario: "He comenzado las gestiones con la Compañía "La Veloce" para la peregrinación a Roma".

El 13 de Abril de 1908 el Sr. Arzobispo emana otra pastoral referente a la piadosa romería. El 12 de Junio envió sendas notas a los Prelados sufragáneos —que eran todos los Obispos diocesanos argentinos— comunicándoles su partida y presentando a

Mons. Luis Duprat, quien en su ausencia asumiría el gobierno de la Arquidiócesis. El 31 de Julio firma otra pastoral también relativa a la peregrinación. Prestigiada en esa forma, no podía no resultar brillante la empresa que el P. Orzali acometía.

El 2 de Setiembre el vapor "Argentina" de "La Veloce" recibía a su bordo a S. E. Mons. Espinosa, a S. E. Mons. Bustos, Obispo de Córdoba, al director de la peregrinación, P. Orzali, a numerosos eclesiásticos y fieles de diversas diócesis que sumaban 72 peregrinos. El mal tiempo reinante no impidió que numerosos fieles acudieran al puerto a despedirlos.

Mons. Espinosa llevaba el Obolo de San Pedro que ese año había tenido carácter de extraordinario y un álbum que los empleados de comercio de la Capital Federal enviaban al Pontífice como prenda de su adhesión y homenaje, y en el que habían trabajado los Círculos de Obreros.

A las 11.30 el barco zarpaba. A las 22 pasaron por Montevideo. El viaje fué monótono. Sólo el 17 tocaron el puerto de Las Palmas. El 21 anclaron en Barcelona. Ahí comenzó la dispersión. Pues el Sr. Arzobispo y algunos otros se dirigieron a Zaragoza, al Congreso Mariano Nacional, mientras el resto seguía viaje hacia Génova, a donde llegaron al día siguiente.

De allí, el P. Orzali y cinco peregrinos más viajaron por tierra hasta Roma, mientras los demás lo hicieron por mar hacia Nápoles.

El 26 se embarcaron en ese puerto todos los peregrinos que iban a Tierra Santa y a las 11 partían hacia Grecia. El 28 desembarcaron en el Pireo y visitaron la histórica ciudad de Atenas con sus admirables monumentos seculares. De ahí a Esmirna y a Constantinopla. En esa ciudad visitaron la Iglesia de Santa Sofía. "Me ha impresionado verla convertida en mezquita" escribe el P. Orzali. Vuelven luego a la Isla de Rhodas. Visitan las fortificaciones de los Cruzados. Telegrafían a Buenos Aires. De ahí enderezaron hacia Beiruth. Luego en tren hasta Balbeck, Damasco, etc., hasta dar con el Lago de Tiberiades, que atravesaron en barcas. Luego visitan Cafarnaum, la ciudad predilecta del Salvador, Nazaret y Caná de Galilea.

Más tarde van al Monte Carmelo en coche. De allí a Haifa y el 11 de Octubre tomaban el vapor para Jaffa. De este puerto, por tierra hacia Jerusalem. Llegados a esa ciudad se encaminaron

todos en procesión hasta el Santo Sepulcro. En esos días visitan también el Calvario y demás lugares históricos adyacentes. Luego van hasta Belén y Hortus Conclusus. El día 15 el P. Orzali celebra en el mismo lugar donde Nuestro Señor fué clavado en la cruz. "¡Qué tamaña gracia!" —exclama su espíritu piadosamente agradecido en sus apuntes. Nada dejan por ver los ojos codiciosos de los romeros: Getsemaní, el Huerto de los Olivos, la mezquita de Omar, el lugar de la Ascensión. Pero el Director no quiere curiosidades sino bien espiritual efectivo. Por eso dice en oportunidades: "Hoy hemos dedicado el día a la parte espiritual". Y más adelante: "Todos recibieron la Santa Comunión". La visita oficial de la Peregrinación a Belén la hacen en conjunto. Y así prosiguen viendo cosas tan admirables como Betania, el sepulcro de Lázaro, la posada del Buen Samaritano y la fuente de los Apóstoles. El 20 van al Jordán y suben hasta Jericó.

El domingo 25 de Octubre se despiden de Tierra Santa. Salen en tren nuevamente rumbo a Jaffa. De allí, en el vapor Regina Margherita hasta Port Said. Desde este puerto al Cairo viajan en tren. Desde allí van, ahora en tranvía, a visitar las famosas pirámides de Egipto.

Del Africa siguieron viaje hacia Italia. Llegaron a Messina y pasaron el día de Todos los Santos en esa ciudad siciliana. Y a mediodía del 2 estaban ya en Nápoles nuevamente. Dedicaron el día para visitar las ruinas de Pompeya.

El 5 partían para Roma. Llegaron a las 14.15. Los esperaban en la Estación el Dr. Roque Sáenz Peña, Ministro argentino ante el Quirinal y el Encargado de Negocios ante la Santa Sede, D. Hilarión Moreno. El sábado 7 asiste Orzali a un banquete que en honor de los Prelados argentinos daba el señor Moreno.

Y llegó el día memorable. El 8 de Noviembre a las 12 S. S. Pío X recibía en audiencia a los Prelados Monseñores Espinosa, Bustos, Terrero y Jara y a todos los demás miembros de la peregrinación. Mons. Espinosa saludó a Su Santidad en nombre del Gobierno y pueblo argentinos y el Sumo Pontífice se dignó dirigirles la palabra entreteniéndolos por tres cuartos de hora. Habló del evangelio de esa dominica y explicó la frase: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

De Roma, los peregrinos siguieron hacia Loreto. Luego de haber venerado la santa Casa, partieron hacia Asís y Florencia.

De ahí se dirigieron a Génova para despedir a Mons. Espinosa que con algunos eclesiásticos se embarcaba nuevamente en el "Argentina" rumbo a Buenos Aires.

Los demás siguieron hacia Francia. Luego de visitar varias ciudades, llegaron a Lourdes. En el primer día de su estada en la ciudad mariana, ya el P. Orzali tuvo la sin par ventura de celebrar en la Gruta, por especial concesión del Obispo de Tarbes.

Después de cuatro días prosiguieron viaje hacia Burdeos. De ahí a París. Tres días solamente se detuvieron en la Capital, para volver hacia Paray-le-Monial, a donde llegaron el 16 de diciembre. Nueva satisfacción del Director de la peregrinación: pudo celebrar en el altar de las apariciones en la Iglesia de la Visitación. De esa población viajaron a Lyon. Y de esta ciudad a Ars. Allí celebró Orzali frente al cuerpo del Santo Cura de Ars y consagró en el mismo cáliz que él utilizaba. Por Lyon siguieron luego a Ginebra. Y el 21 regresaron pasando por la misma ciudad de París.

En la Ciudad Luz recorren todos los lugares históricos más interesantes. El 23 van a Versailles. Tienen oportunidad de visitar la primera exposición mundial de globos y aeroplanos. ¡Entonces aquellos aparatos insignificantes parecían una maravilla! El P. Orzali celebraba siempre en la Magdalena. El día 28 continuaron la marcha hacia Biarritz.

De ahí a Irún, ya en España. De Irún pueden ir hasta San Sebastián y Fuenterrabía. Luego se dirigieron a Loyola, a donde llegaron el primer día del año 1909. Después de visitar los sitios memorables de la población ignaciana, se dirigen a Bilbao. De esa ciudad por Miranda, a Burgos, para ver la incomparable catedral. De Burgos a Valladolid. Van luego hasta Simancas, donde admiran el célebre archivo. Por Medina del Campo siguen después hasta Avila. El día 7 estaban en Madrid y al día siguiente van a Toledo. La jira era vertiginosa. Vuelven por la noche a la Capital y continúan visitándola. Asiste Orzali a una sesión del senado.

Después, siempre a marcha forzada, visitan Córdoba, Sevilla, Granada, y el 16 estaban de regreso en Madrid. De ahí viajan hacia Zaragoza. Celebra el P. Orzali en el seminario del Pilar. Del Ebro a Barcelona. Y de esta ciudad, siguió solo el Director de la peregrinación por mar hasta Palma de Mallorca, donde fué

huésped de los sacerdotes Pont, sus amigos. Luego por tren va hasta Manacor donde visita la familia de su teniente el P. Escalera. En Felanitx saluda a los parientes de otro de sus tenientes, el P. Nadal. Y el 27 se embarca nuevamente para regresar a Barcelona.

De ahí regresó nuevamente a París. Y de esa ciudad viajó rápidamente a Milán en Italia. El 1º de Febrero celebró Misa en el Duomo, en el altar de las reliquias de San Carlos. De Milán a Génova y a Pisa, para ir luego a Diécimo a visitar a sus parientes. Desde ese pueblo fué frecuentemente a visitar a Dezza, el pueblo de la madre. Y el 9 de Febrero llegaba otra vez a Génova pasando por Lucca.

El 11 se embarcan los últimos restos de la numerosa peregrinación en el vapor Brasile de "La Veloce". Acompañaban al Director los Pbros. Arce y López y las familias de Gurruchaga, Ramos Mejía, López Lecube, Carreras, Medrano, Agustinelli, Mansilla, Leguizamón y Díaz Gómez. Esos fueron los valientes que resistieron el trajín a que los sometía el andariego director de la romería.

El Sr. Arzobispo envió a su Prosecretario, Phro. Lizarralde, a recibirlos en Montevideo.

Y el 3 de Marzo terminaba en Buenos Aires su cuarto viaje a Europa con toda felicidad. Por la noche su clero, tenientes y capellanes, le ofrecen una comida en que hubo derroche de alegría y fraterno afecto.

Y al día siguiente ya estaba de nuevo en la brecha: "He predicado en todas las misas" anuncia su diario, como la hacía siempre. "He enseñado la doctrina" dice también. ¡Su ocupación de los domingos!

No poco le costó tener que retribuir atenciones y visitar a sus Hermanas de las diversas casas. No bien llegó tuvo que hacerse cargo de una serie de trabajos de toda índole. El Círculo de Obreros lo esperaba con sus infaltables dificultades, sus religiosas tenían también muchas cosas que narrarle, la Escuela Santa Filomena, las Hermanas de Belgrano, sus colaboradores en San Miguel, sus asociaciones parroquiales, etc., constituían un conjunto de preocupaciones que aterraban. Pero él tomaba todo con calma y suavidad. Y todo lo resolvía bien. A esto hay que añadir que debió ocuparse de los oficios y predicación de la Semana

Santa que vino en seguida. Y de un obsequio que ofreció el clero a Mons. Duprat con motivo de sus bodas de plata sacerdotales.

Huelga decir la de felicitaciones y enhorabuenas que recibió de todos sus amigos, con motivo del feliz término de la arriesgada peregrinación. El a todos sonreía y su rostro rubicundo irradiaba satisfacción. Esa su sonrisa siempre ocultaba los inevitables dolores de cabeza, sinsabores y tropiezos que debió afrontar en esos seis meses de viaje incesantes y siempre sobrellevando la responsabilidad de todos los viajeros...

Las espinas guardábalas el P. Orzali para sí. Ni siquiera en el diario aparece la menor alusión a nada desagradable. El era el hombre optimista por excelencia. Para él todo iba bien porque todo estaba dispuesto o permitido por la Divina Providencia.

Mons. Espinosa lo premió con uno de esos abrazos que eran el mejor galardón para los sacerdotes que, como Orzali, querían de veras a ese gran Prelado, todo corazón, que Dios les había regalado.

De ese modo terminó su cuarto viaje a Europa y quinto de larga navegación. Por único colofón a su extensa crónica, él escribe estas palabras que son todo un poema de gratitud: ¡Deo gratias!

CAPÍTULO XXI

HABITO VIOLACEO

El P. Orzali amaba sinceramente al Sumo Pontífice. Cuando andaba viajando a bordo de la Sarmiento, lo sorprendió la noticia del deceso de S. S. León XIII. Entonces él, desfoga su corazón afectuoso, con estas palabras:

“¡León XIII ha muerto! ¡No parece cierto! Ya estábamos acostumbrados a los triunfos de su venerable ancianidad sobre los ataques de las enfermedades. Los que durante tantos años hemos repetido con cariñoso respeto el nombre de León XIII y hemos sido testigos de su actuación culminante en el mundo; los ministros del Señor que en nuestra ya larga carrera sacerdotal no hemos pronunciado sino el nombre de León, nos parecía que así debiera ser siempre; y por esta razón, sacerdotes y fieles, no han creído que esta enfermedad les podía arrebatarse al Papa que se ha conocido desde la niñez. ¡Pero León XIII ya no existe! Es decir, habiendo con propiedad, ha empezado a vivir la verdadera vida, la de la feliz eternidad.

.....

“Recuerdo cual si fuera ayer, cuando recién ordenado sacerdote, a principios de 1886 fui presentado a Su Santidad por el inolvidable Mons. Mattera, de santa y feliz memoria. Sin poder yo articular una sola palabra, dominado por la más fuerte emoción, entre caricias paternas, escuché de sus venerables labios estas palabras que tomé como el programa que para mi vida sacerdotal me indicaba la Divina Providencia: *Es necesario que trabajes mucho, amadísimo hijo mío, y ya que el pueblo, a lo menos en parte no viene a nosotros, procuremos acercarnos a él para salvarlo*”.

.....

En el año 1893, al tener el honor de presentar, como Presidente, la Peregrinación Argentina al Santo Padre, recuerdo que dije: —Santo Padre:

en la República Argentina se os recuerda constantemente con veneración y se os ama con ardiente pasión".

.....

"En el año 1897 (1) tuve de nuevo el consuelo de postrarme ante la venerable figura del Pontífice Máximo y poner en sus temblorosas manos, en nombre del Arzobispo, Mons. Castellano, el Obolo que anualmente le envían los fieles de la Arquidiócesis.

Pedí, entre otras, una bendición especial, particularísima, para una obra que amo de veras y cuyos progresos ansío y busco con toda la fuerza de mi voluntad: el Círculo de Obreros de mi parroquia. Apenas salió de mis labios esta palabra "obrerros" el Santo Padre me miró con una alegría especial, me estrechó contra su pecho y me dijo: —"¡Ah, allá en la Argentina, Uds. sacerdotes, se ocupan de los obreros! ¡Qué felicidad! No los dejen de mano ni un solo momento, porque de ellos ha de venir la regeneración. Adelante. Siempre adelante en esta obra que es la grande obra de estos tiempos".

Orzali amaba al Papa. Y lo amaba no sólo de palabra sino de obra y de verdad: ante todo, aquellas memorables palabras que le dirigió el gran Pontífice: "es necesario que trabajes mucho" fueron para él realmente un programa de vida. Fueron como una brújula que lo guiaron toda su vida. ¡Cómo se agiganta la figura de León XIII, orientando una vida, señalando derroteros a ese muchacho de 23 años, que no se apartará un ápice de esa ruta que el Vicario de Cristo le trazara!

Y, como el autor de la *Rerum Novarum* le aconsejara, se ocupó siempre de los obreros. ¡Oh, si todos los clérigos hubieran escuchado las proféticas palabras del gran Pontífice con la sumisión con que las recibió el P. Orzali! ¡Cuántos desórdenes, revoluciones y guerras nos habríamos ahorrado!

El tenía por el Papa, no solamente afecto, sino devoción. Por eso la palabra del Pontífice hizo tan honda mella en su alma que no se borró jamás. Y esa devoción lo llevaba a cumplir fielmente sus directivas, a fomentar siempre con ardor todas las obras que estuvieran enderezadas al triunfo de la Iglesia.

Por eso cuando el 5 de Abril de 1907 recibió una nota del

(1) Se equivoca el P. Orzali cuando pone 1897. Fué en 1896 cuando él fué por tercera vez a Roma. Partió el 18 de octubre con los jóvenes seminaristas Ignacio Paso Viola, Antonio Macchioli y Santiago Copello en el vapor "L'Italie". Los llevó para que prosiguieran sus estudios en el Colegio Pío Latino Americano. Los tres fueron luego figuras prominentes del clero argentino, sobre todo el último, hoy Primer Cardenal argentino. El viaje fué relámpago: el 8 de diciembre está Orzali nuevamente en el puerto de Buenos Aires.

Secretario del Arzobispado, en la que se le comunicaba que había sido designado por el Excmo Sr. Arzobispo, Presidente de la Comisión de Recepción al nuevo Internuncio que venía al país en sustitución de Mons. Sabatucci, no dudó un instante en aceptar. Se trataba de honrar al enviado de Su Santidad y era ésa una razón harto valedera para que sin titubeos, se dispusiese a arros-trar cualquier sacrificio.

Y tan a pecho tomó su cometido que dos días después, el 7 de Abril, ya reúne en San Miguel a la Comisión que él presidía. En esa primera sesión el presidente propuso que se ampliara la Comisión, añadiendo dos miembros más: al Cor. León Orma y al Dr. Oscar de las Carreras. Y al constituirse se designó como Vicepresidente al Dr. Joaquín M. Cullen y Tesorero al Dr. Nicanor de Nevares.

Los días volaban. Mons. Aquiles Locatelli había salido de Génova el día 7 en el vapor Umbria. El 29 se le esperaba en Buenos Aires. En el diario de Orzali hay un claro significativo en todos esos días. Quiere decir que la preparación del recibimiento lo traía al retorno. No le daba tregua para nada. En 22 días había que organizar la recepción. Y el día indicado llegaba al puerto de Buenos Aires el Arzobispo Titular de Tesalónica. Lo acompañaban Mons. Miguel De Andrea, D. Alejandro Calvo y D. Ignacio Orzali, quienes en comisión habían ido a Montevideo para anticiparle los saludos del pueblo argentino. El barco llegó a las 7.30; pero el Prelado fué invitado a permanecer a bordo hasta las 14, hora señalada para el desembarco.

Llegado ese momento, dió comienzo al acto oficial de la recepción con el discurso de bienvenida pronunciado por el P. Orzali. Habló en nombre de la autoridad eclesiástica y del pueblo argentino. Expresó las ansias con que era esperado el representante del Pontífice y la adhesión filial que nuestro pueblo había prestado siempre a la Santa Sede.

El Internuncio contestó en italiano con una magnífica pieza oratoria, manifestando su satisfacción por el espectáculo que presenciaba y su deseo de vincularse estrechamente a nuestro país.

Luego subieron al coche presidencial que los esperaba. A la izquierda del Internuncio iba Mons. Espinosa y enfrente el P. Orzali y el introductor de Embajadores. Y precedido por la escolta de granaderos y seguido por los carruajes donde iban los

demás Prelados y caballeros católicos, se dirigieron por las calles Viamonte, Florida y Avenida de Mayo, en medio de las aclamaciones de la enorme multitud que colmaba las aceras y balcones. En la Catedral se cantó el Te Deum. Luego pasó a su alojamiento en el palacio arzobispal y desde los balcones el Sr. Internuncio impartió la bendición a la muchedumbre que lo aclamaba en la Plaza de Mayo.

Y el día 12 de Mayo a las 16, luego de un banquete que le ofreciera el Sr. Arzobispo, la Comisión de Recepción obsequió al Sr. Internuncio con un Acto Académico al que participaron el Cuerpo Diplomático, Ministros, Senadores, Diputados y familias católicas. Tuvo lugar en el hall del palacio arzobispal, transformado al efecto en un hermoso salón de actos. En esa oportunidad también tuvo que hablar el P. Orzali como presidente de la Comisión.

Y tan a pedir de boca salió y tanto apoyo encontró en el pueblo que pudo luego entregar para el Obolo de San Pedro la suma de 592 pesos como dinero sobrante de lo colectado para las fiestas de la recepción.

Nada extraño, pues, si el 16 de Julio de ese año se le apareciera el Sr. Internuncio en San Miguel y luego de un festivo preámbulo, le entregara el título de Camarero Secreto Supernumerario de Su Santidad con que el Sumo Pontífice lo honraba por su larga labor como párroco y por su actuación como presidente de la Comisión de Recepción a su enviado. ¡Providencial coincidencia: ese mismo día aquel P. Guarda que tanto había trabajado en la formación moral del seminarista Orzali, entregaba su alma al Creador! ¡También él recibía su premio, pero muy distinto del de "Monseñor"!

El 9 de Agosto, debiendo visitar al representante del Pontífice con motivo del aniversario de la coronación del Papa, por primera vez vistió Mons. Orzali su traje prelaticio. Y sólo dos meses después de recibido el título, el 15 de Setiembre subió al púlpito con sotana morada.

Su clero, ese clero adscripto a San Miguel que recibía constante edificación de su principal, ese clero a quien Orzali dictaba periódicamente conferencias morales, litúrgicas y pastorales, como que lo estimaba de veras, no pudo quedar indiferente ante ese triunfo del Párroco. Se reunieron todos los tenientes y capella-

nes de San Miguel que lo eran los Pbro.s.: León Lizarralde, Mariano Cañellas, Miguel Nadal, José Escalera, Rafael Corral, Francisco Bianchi, Francisco Crespo, Angel Pasca, Manuel Soto, José Alcón, Ramón Cimadevilla y Raimundo Areas, y resolvieron obsequiarle un gran retrato al óleo, obra del artista Cavicchia, que en esos días llamaba la atención por el dominio de su arte.

El cuadro es magnífico. Representa a Orzali de cuerpo entero. Se conserva en las salas de la Parroquia de San Miguel, como testimonio del trabajo y de los sacrificios del novel prelado para implantar el Reino de Dios en ese barrio.

Pero no había de detenerse ahí Orzali en su ascensión hacia las cumbres. Hay hombres que nacen predestinados a las cimas.

Cuando el Dr. Estanislao S. Zeballos era simple ciudadano, estuvo en Roma y visitó al Secretario de Estado de S. S. que era el Card. Merry del Val⁽²⁾. Y le dijo que si alguna vez llegaba a la función pública en su país, no descansaría hasta no conseguir para la Argentina una representación en el Sacro Colegio, con Cardenal Propio. En el Brasil, el Barón de Río Branco acababa de obtener que el Arzobispo de Río, Albuquerque Cavalcanti, fuera elevado a la sagrada púrpura. Zeballos creía que conseguir el Cardenal propio era soplar y hacer botellas. Cuando fué designado Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, recibió, entre los telegramas de congratulación, uno del Card. Merry del Val. Contestando al eminente purpurado, Zeballos le manifestó que no había echado en olvido lo conversado anteriormente. Pero no pasó de ahí. La Argentina estaba todavía verde para la púrpura. Cuando Mons. Orzali volvió de la Peregrinación a Tierra Santa, los reporteros lo asediaron: —¿Qué hay sobre el Cardenal Argentino?

Y Orzali, siempre cortés y siempre prudente:

—Todavía falta mucho para obtener esa dignidad. Razones de varios órdenes impiden la realización de ese ideal. Entre las autoridades de la Santa Sede hemos notado buena voluntad. Los más altos dignatarios darán siempre preferencia a la Argentina en la concesión de ese honor... Pero deben aumentar las jerarquías..."⁽³⁾.

Y se había hablado tanto del "Cardenal Argentino" que al

(2) "Revista Eclesiástica" de Buenos Aires, año VII.

(3) "La Argentina", 5 de marzo de 1909.

cabo el pueblo, que no entiende mucho de diplomacia, quedó como defraudado.

Fué entonces cuando un joven sacerdote y hoy Prelado venerable, Mons. Miguel De Andrea, sugirió la idea de hacer algo efectivo por la Iglesia. A la sazón él era Secretario privado de Mons. Espinosa. El Prelado acogió la sugerencia con todo entusiasmo. El Internuncio no tenía casa propia. Había morado primero donde está actualmente la Iglesia del Santísimo Sacramento, en la calle San Martín, luego en casa alquilada, en Venezuela 510; después en el palacio arzobispal. En Estados Unidos y Perú, el representante del Papa tenía casa propia: en la Argentina, no. Sería pues ése el homenaje del pueblo argentino en el jubileo sacerdotal de Pío X.

Manos a la obra, Mons. Espinosa designó a De Andrea para que llevase a cabo la empresa. Y el activo clérigo se puso en campaña. Después de muchas visitas y consultas, idas y venidas, dió con una casa que venía bien: la mansión de la calle Río Bamba n° 1217. Era su propietario D. Benito Vermer-Riverieux. Pedía por ese palacio, \$ 183.000 m/n., pero en atención al fin a que se destinaba, reducía la tasa a \$ 145.000, pagaderos en dos cuotas de 72.500 pesos cada una, a entregarse la una al firmar la escritura y a seis meses de plazo la otra. Cuando Mons. De Andrea se puso en campaña para conseguir el dinero, ya el dueño de la mansión había entregado las llaves. De modo que el 5 de Setiembre de 1907 el Sr. Internuncio y su secretario pasaban del palacio arzobispal a la calle Río Bamba, donde en la actualidad se encuentra la Nunciatura Apostólica.

Pero el contrato se firmó sólo el 30 de Diciembre. En esa fecha el comisionado había conseguido reunir más de lo necesario: \$ 79.700 m/n.

Poco después Mons. De Andrea viajó a Roma. Con ese motivo el Sr. Arzobispo emanó el siguiente auto:

"Debiendo ausentarse a Europa con nuestro beneplácito, nuestro secretario particular, Mons. Miguel de Andrea, quien estaba comisionado por Nos para solicitar la cooperación de las familias pudientes a fin de adquirir la casa de la calle Río Bamba 1217 y ofrecerla al Sumo Pontífice para la instalación de la Legación Pontificia, por la presente, anunciamos y facultamos a Mons. José A. Orzali, para que en su reemplazo y en nuestro nombre, solicite la cooperación indicada, teniéndonos constantemente al corriente del éxito de sus gestiones.

La grandeza de esta obra en que estamos empeñados y que con tan feliz auspicio ha sido iniciada, no escapará a la penetración de las personas cuyo apoyo esperamos, seguirán dispensándonos y estamos seguros de que aceptarán gustosos la ocasión de manifestar su adhesión a la cabeza de la Iglesia de que nos gloriamos de ser hijos sumisos.

Dada en Buenos Aires a 14 días del mes de febrero del año del Señor de mil novecientos ocho. † MARIANO ANTONIO, Arzobispo de Buenos Aires. Por mandato de S. R. P. Manuel Elzaurdia, Canónigo-Secretario".

Y el gran trabajador estaba así, de nuevo en la brecha. Visitas frecuentes al Arzobispo, campaña por los diarios, propaganda individual, todo lo puso por obra para lograr su cometido. Y en el tiempo establecido, el 30 de Junio, presentaba al Prelado el dinero de la segunda cuota. Se había cumplido fielmente con el compromiso. Ya el representante de Su Santidad tendría casa propia.

Después vino la gran peregrinación a Tierra Santa, Roma, Lourdes y Zaragoza de que hablamos en el capítulo anterior. El Prelado Argentino pudo llevar al Sumo Pontífice los títulos de propiedad de la Internunciatura y poner en sus manos el Obolo de San Pedro que ese año subió a 40.000 pesos oro.

Los dos comisionados habían trabajado como buenos. Era justo galardonarlos. A Mons. De Andrea le vino antes el nombramiento de Prelado Doméstico. A Mons. Orzali se le extendió el 10 de Setiembre de 1909. Y reza así:

"Pío Papa X. Amado hijo, salud y apostólica bendición. Siéndonos conocido por las laudatorias cartas de tu Arzobispo que tú, distinguido en el desempeño del cargo pastoral, pusiste todos tus pensamientos y afanes en la piadosa peregrinación argentina a esta ciudad y que procuraste obtener casi la mitad del dinero recolectado para que se adquiriera la mansión decorosa del Internuncio Apostólico, te juzgamos por esto digno de encomiarte con un nuevo y mejor testimonio de nuestra benevolencia.

Por lo cual, por estas letras, por Nuestra Autoridad, te hacemos, constituimos y declaramos Prelado de Nuestra Casa Pontifical.

A ti, por tanto, amado hijo, te concedemos puedas lícitamente vestir traje morado y también roquete en la Curia Romana y usar y disfrutar de todos y cada uno de los honores, prerrogativas e indultos que los demás insignes con tal título usan, disfrutan o pueden y podrán usar y disfrutar. No obstante cualquier cosa en contrario. Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, día 10 de setiembre de 1909, de Nuestro Pontificado, 7º. A nuestro amado hijo, José Américo Orzali, Párroco de San Miguel en Buenos Aires, Camarero Nuestro Secreto. N. Card. Merry del Val".

El 30 de Setiembre Mons. Espinosa en persona se dirigía a San Miguel para entregarle la honrosa designación. Orzali apunta en su diario: "Hoy el Sr. Arzobispo me ha entregado el Título de Prelado Doméstico de su Santidad".

Y siguió, como antes, confesando a las Huérfanas del Asilo, enseñando doctrina a los chiquillos todos los domingos, predicando en el Manicomio y en la Cárcel, quedándose horas enteras consolando a las infelices reclusas de San Miguel y de la calle Independencia.

Así era él: podrán cambiarle la indumentaria y añadirle títulos: pero su corazón generosamente cristiano, hecho a la misericordia y al amor a los pobres, eso no se lo cambiará nadie...

CAPÍTULO XXII

CON EL BACULO EN LA MANO

Por temperamento y por virtud, Orzali rehuyó siempre las dignidades. No fué él hacia la mitra. La mitra vino a él.

Ya en el año 1907 con motivo de sonar su nombre para Obispo de Catamarca, se suscitó una breve polémica entre el diario "La Razón" y "La Vor de la Iglesia". Personas influyentes como el Dr. Benito Villanueva, a la sazón Presidente del Senado, apoyaban su candidatura. Porque si bien el Cura de San Miguel seguía su obra parroquial, totalmente ajeno a las dignidades que pudieran llegarle, su hermano Ignacio, que desde la tribuna del diario "La Nación" tenía mucho ascendiente, como Secretario de Redacción, no cejó nunca de aprovechar de su situación para elevarlo a las cumbres, no obstante las protestas de José Américo, que le pedía siempre que lo dejara tranquilo con sus menesteres parroquiales.

Entonces, desgraciadamente, las candidaturas episcopales se ventilaban por los diarios, con los inconvenientes que acarrea esta asimilación de la provisión de Obispados a las tumultuosas elecciones populares.

Pero aunque el P. Orzali no quisiera, su fama trascendía. Su obra social, su prestigio como sacerdote integérrimo, su oratoria sencilla pero convincente, su caridad inmensa, su trato tan lleno como cordial no podían no rodearlo de una aureola de popularidad que no era posible desconocer.

Cuando en Noviembre de 1909 se produjo el bárbaro asesi-

nato del Jefe de Policía de la Capital, Cnel. Ramón Falcón, el Cura de San Miguel estuvo a su lado durante la difícil operación que le hicieron los médicos en un esfuerzo supremo por salvar esa preciosa existencia. Y cuando la ciencia médica desesperó de salvarlo, fué el Pbro. Orzali quien le administró la extremaunción al paciente, que antes había recibido la absolución de Mons. Romero.

En 1909 hubo que proveer el Obispado de Santiago del Estero. En el Senado, el Pbro. Juan Martín Yañiz ocupó el primer puesto de la terna. El segundo, el Pbro. Cabrera. Y en esa votación el P. Orzali obtuvo 8 votos.

Para el tercer término fué votado el Pbro. Grenón.

Y cuando quedó vacante la sede episcopal de Paraná, al proceder los canónigos a elegir el Vicario Capitular, como Mons. Alberti no aceptara la designación, hubo de realizarse una nueva elección en la cual también Mons. Orzali obtuvo votos para Vicario de esa Diócesis.

En Mayo de 1910 debían enviarse las bulas que preconizaban Obispo de Santiago del Estero a Mons. Yañiz. Para hacer entrega de esos documentos fué comisionado el Párroco de San Miguel, quien en esa oportunidad llevó como secretario al Pbro Juan B. Fourcade.

En ese mismo año 1910 debía confeccionarse la terna para el Obispado de Catamarca. El 26 de julio se reúne el Senado y en breve sesión vota la terna. Para el primer puesto fué elegido Mons. Bernabé Piedrabuena, para el segundo hubo un empate entre Fray José María Bottaro y Mons. Orzali. Al desempatar quedó como segundo término el P. Bottaro. El tercero lo ocupó el Pbro. Pablo Cabrera.

El mismo día se trataba de proveer la Diócesis de Corrientes. Puesta a votación la terna correspondiente, resultaron electos: para el primer término, el Pbro. Luis A. Niella, para el segundo, Mons. Orzali y para el tercero el Pbro. Grenón. El Pbro. Niella ya en Marzo de ese año había dirigido una hermosa carta al Gobernador de Corrientes, D. Juan Ramón Vidal, renunciando indeclinablemente a su candidatura; pero luego, ante la presión de autoridades y pueblo, había debido ceder. Y así fué cómo Mons. Niella resultó el primer Obispo de la Diócesis correntina.

El día que era elegido por unanimidad para segundo de la

terna, Mons. Orzali, luego de haber confesado a las Hermanas del Manicomio, había ido a Quilmes a visitar el Colegio, donde confesó a religiosas y niñas y predicó e inspeccionó esa casa de su fundación. Se ve que el Párroco no se interesaba gran cosa por las importantes designaciones que el Senado tenía entre manos.

De ese modo había madurado la candidatura de Mons. Orzali para el Obispado para el cual la Providencia lo venía preparando. No había nacido para Catamarca, ni para Santiago, ni para Corrientes: Orzali estaba destinado por los designios misteriosos de la Providencia para ser Obispo de Cuyo.

Conquistada la región de Chile por D. Pedro de Valdivia en 1540, le correspondió el dominio también de la comarca de Cuyo, situada aquende los Andes. En 1561, del Castillo funda la ciudad de Mendoza y al año siguiente la de San Juan. San Luis fué fundada en 1596. Y como Chile dependía eclesiásticamente de Charcas, de ahí que Cuyo vino a depender también de aquella Sede. Pero creado el Obispado de Chile por Pío IV, la región de Cuyo pasó a depender de aquella diócesis. Y conservó esa jurisdicción hasta que el 1806 Pío VII creó el Obispado de Salta, época en que las tres provincias cuyanas pasaron a pertenecer al Obispado de Córdoba. Y el 19 de Setiembre de 1834 el Papa Gregorio XVI creaba la nueva diócesis de Cuyo con las tres provincias indicadas y el actual territorio del Neuquén.

Primer Obispo de Cuyo fué el famoso patriota Fray Justo Santa María de Oro, Prelado que brilló en el firmamento de la Iglesia argentina por sus sólidas virtudes. Los siguientes Diocesanos fueron: Mons. Dr. José Eufasio Quiroga y Sarmiento, Mons. Fray Nicolás Aldazor, Mons. Wenceslao Achával y Mons. Fray Marcelino del Carmelo Benavente.

El 28 de Setiembre de 1910 fallecía en Buenos Aires este ilustre Prelado que fué a la vez uno de los oradores más elocuentes de nuestra tierra y el autor de la iniciativa del monumento a Cristo Redentor en los Andes.

Vacante así la sede cuyana, comenzaron a barajarse nombres para ocuparla. En el mes de Diciembre del año del Centenario hubo en San Juan una áspera controversia entre el diario oficialista "Cuyo", que sostenía a todo trance la candidatura de Mons. Orzali y "El Porvenir", fundado por Mons. Benavente como revista y luego transformado en periódico. Esta publicación no ata-

caba al candidato de "Cuyo" sino defendía los prestigios de Mons. Pablo Cabrera, destacada personalidad de nuestro clero, injustamente atacado por el diario oficialista.

Parecía que toda la prensa del país estaba interesada en el asunto. El diario "La Opinión" de Salta, decía el 4 de Enero de 1911:

"Puede descontarse como un hecho el nombramiento de Mons. Dr. Pablo Cabrera para ocupar el Obispado de Cuyo, en reemplazo de Mons. Benavente que falleció".

Y destaca luego la acción fecunda y variada de Mons. Cabrera en favor de la cultura del país y de la religión.

En lid política, Mons. Orzali hubiera llevado todas las de perder. Pues Mons. Cabrera, amén de ser "del terruño" —como le dicen a Ignacio en una carta— era un hombre de ciencia, un intelectual y un gran orador.

Pero aquí no se trataba de manejos políticos. Afortunadamente no entró la política en todo esto más que en aquellos trámites inevitables. A fines de Diciembre el General Ortega, a la sazón Gobernador de Mendoza, se dirige al Presidente del Senado pidiéndole interponga sus buenos oficios a fin de que vaya Mons. Orzali en primer término en la terna. Una semana después hizo lo propio el Gobernador de San Juan.

Pero a todo esto, el tiempo pasaba y en el Senado no se oían rumores de ternas. Pasaron todavía seis meses. Y sólo allá en el invierno, en una fría y húmeda tarde de Julio, se votaron los candidatos. El día anterior "La Razón" decía que de los seis senadores que representaban a las tres provincias cuyanas, y que de acuerdo a la práctica, eran los que informaban a sus colegas, cuatro estaban por Mons. Orzali.

Se pronunciaron por el Cura de San Miguel 17 senadores y 2 por Mons. Cabrera. Para el segundo término el clérigo sanjuanino tuvo unanimidad de votos. Y para integrar la terna como tercer término, se votó al Pbro. Nicolás Genón, de la ciudad de Rosario.

Al día siguiente, el 30 de Julio, ya salía en algunos diarios la foto de Mons. Orzali, con tamaña cruz pectoral y un soberbio anillo (pintados, naturalmente, por la simpatía de sus admiradores, sobre el retrato...) Mons. se apresuró a decir a los perio-

distas que él no tenía ninguna comunicación acerca de tan elevado cargo. Y que aun faltaba nada menos que la presentación del Primer Magistrado y la preconización de la Santa Sede.

Entre tanto le llegaban felicitaciones muy cordiales del Vicario Capitular de Cuyo que lo era Mons. Marcos Zapata, de Mons. Ponce, Vicario Foráneo de San Luis y del Dr. Juan Videla Cuello, Vicario Foráneo de Mendoza.

Todos los diarios, ahora, sin distinción de credos, elogian la obra de Mons. Orzali y narraban su biografía. Mientras él, al día siguiente de su triunfo predicó en todas las Misas, como siempre y por la tarde pronunció el panegírico de San Vicente en San Isidro, amén de todos los trabajos inherentes a su sagrado ministerio que ni por un instante descuidó.

El 2 de Agosto el Presidente Dr. Roque Sáenz Peña firmó el decreto por el que dispone presentar a la Santa Sede a Mons. Orzali para Obispo de Cuyo. El Cura de San Miguel anota en su diario: "Hoy el Presidente de la Nación ha firmado el decreto presentándome al S. Padre para Obispo de Cuyo. ¡Todo sea por el amor de Dios! Tiempo húmedo y frío. Me he confesado".

No lo sacaban de quicio, pues, las honoríficas perspectivas.

En Roma, nuestro Ministro ante el Vaticano, Dr. Miguel Angel de Estrada, realizaba las gestiones de práctica para obtener la investidura del candidato. Y el 5 de Noviembre, de Roma se ordena al Sr. Internuncio se instaure el proceso canónico. El día 7 lo incoa Mons. Locatelli, actuando como testigos Mons. De Andrea y el Dr. Lorenzo Mac Donell.

El 30 de Noviembre Monseñor hacía profesión de fe en manos del Excmo. Sr. Internuncio en la Capilla de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús. Testigos fueron dos de sus tenientes: Pbro. Lizarralde y Righetti. Y ese mismo día se enviaba a la Santa Sede el proceso terminado.

Ese verano, como solía hacerlo todos los años, fué a Mar del Plata, a restaurar sus perdidas fuerzas y templar su espíritu en la soledad de aquella casita blanca que junto a la Iglesia de Santa Cecilia está siempre arrullada por el murmullo de las ondas. Y el 20 de Enero de 1912, mientras disfrutaba de su merecido descanso, recibió un telegrama de Buenos Aires: ¡El Sumo Pontífice había firmado las Bulas! Estas le llegaron solamente el 16 de Febrero. Ya él estaba en Buenos Aires.

El día 25 entraba en Ejercicios en el Colegio del Salvador. Los predicaba aquel benemérito y celoso P. Aguilar que tanto bien difundió en nuestra patria.

Los propósitos que tomó en esa ocasión fueron meditados, profundos y algunos rayanos en el heroísmo. He aquí éstos, por ejemplo: "No olvidaré en ningún instante el compromiso que he contraído con Dios y los hombres al escoger como lema de mi escudo: *ORA ET LABORA*. Debo rezar siempre mucho y con fervor. Debo trabajar sin descanso, con constancia, sin desfallecimientos". "Nunca hablaré mal de nadie, en especial de los que me hayan hecho algún mal moral o material. Y trataré de evitar toda murmuración en mis sacerdotes". "No beber más que agua o leche: no tomar nada entre comida, a no ser que me obligue a ello un deber social o de conveniencia".

El día 6 de Marzo la Suprema Corte otorga el Pase a las Bulas. Y el 8, a las 16, presta juramento ante el Vicepresidente en ejercicio del P. E., Dr. Victorino de la Plaza. Luego ante el Excmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, prestó el juramento canónico.

El 10 de Marzo, en la Iglesia Catedral fué consagrado por Mons. Espinosa, actuando como Obispos conconsagrantes Mons. Abel Bazán, Dicesano de Paraná y Mons. Juan N. Terrero, de La Plata. Fueron padrinos el Sr. Ministro de R. E. y Culto, Dr. Ernesto Bosch, los tres Gobernadores de las provincias cuyanas representados por el Dr. Marcial Quiroga, el Dr. Baldomero Llerena y por el Coronel Martínez, Jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo, el Dr. Guillermo Udaondo y su hermano Ignacio.

Rindió honores el Batallón 1º del Regimiento 7º de Infantería.

No nos detendremos aquí a narrar las fiestas, los agasajos, las demostraciones de aprecio de que fué hecho objeto por parte de sus colegas de sacerdocio, de sus feligreses de San Miguel y Santa Lucía, de las Hermanas del Rosario, del Círculo de Obreros, de sus amigos en general. Sólo una complexión física como la de Mons. Orzali pudo resistir el trabajo a que sometió su organismo para satisfacer los anhelos de tantos amigos que querían a todo trance testimoniarle sus simpatías.

Los obsequios que recibió fueron múltiples y valiosos: tres anillos pastorales, tres mitras, dos pectorales, un báculo, un juego de sandalias primorosamente bordadas por sus religiosas rosarinas,

una estola recamada donada por Mons. Espinosa, un roquete de encaje, varios bastones y paraguas, dos cálices, un par de gemelos de oro, un aguamanil de plata, un crucifijo de plata, un "necessaire", juego de comedor de plata, dos juegos de vinajeras, una casulla preciosa, una palmatoria de plata, una capa magna, etc.

Los diarios tejían los elogios más completos. Su fotografía estaba en todas las revistas. "P.B.T." y "Caras y Caretas" publicaron la caricatura de estilo en aquella época. Innumerables las cartas y telegramas que recibió del país y del extranjero.

Una sola cosa lamentaba Monseñor en esos momentos de gloria: que no estuviera su madre para gozar viendo a su hijo tan honrado, ni su buen padre que había pasado a la eternidad cinco años antes en la tranquilidad de su retiro en la casa parroquial de Santa Lucía.

Su primer pontifical fué en San Miguel, el día de su santo: San José, el 19 de Marzo.

Su escudo de armas era todo un programa. Sencillo, como todo lo de Orzali. Forma: esquinada acorazonada. Sobre el campo de azur: una cruz sosteniendo un rosario. La divisa de color rosa y letras de siena, lleva una leyenda que dice *ORA ET LABORA*. Mons. Orzali tomó el lema de los benedictinos. En este siglo frívolo, era necesario orar mucho. En esta hora de indolencia y de abandono, él levanta de nuevo el lema glorioso: trabajar...

Ya veremos cómo este hombre de temple acerado y voluntad de cemento supo cumplir a través de sus treinta años de obispo, con ese lema austero, breve, incisivo y penetrante que él escogió en las horas inefables de meditación y de recogimiento del Colegio del Salvador.

Ya está Mons. Orzali de pie para marchar hacia el Ocaso. En su rostro se dibuja el ansia de entrar de lleno en su amplísimo campo de trabajo. Ya está listo el apóstol, báculo en mano, esperando la hora de abrir el surco en esa tierra cuyana que le caía en suerte...

CAPÍTULO XXIII

"VENIMOS A TRABAJAR..."

Después del pontifical del 19, siguió cumpliendo con las obligaciones que le imponían sus muchas amistades. Durante la Semana Santa pontificó en San Miguel y predicó su primeros sermones como Obispo. El 11 de Abril la Colonia Sanjuanina le ofreció un banquete en el Jockey Club. Y al día siguiente, a las 15, emprendía viaje hacia San Juan. Cuando la Comisión sanjuanina visitó a Mons. Espinosa, éste les dijo: —Lleváis sin duda, un gran Obispo para Cuyo; pero recordad que me arrancáis el brazo derecho. Lo acompañaba la Comisión destacada de San Juan para introducirlo en su diócesis, integrada por Mons. Marcos Zapata, Pbro. Peralta y Pbro. Gómez García. A ésta se había sumado un séquito notable de amigos. Entre éstos iban los prelados: Mons. Elzaurdia, Mons. Carranza. Mons. Mac Donell y los Presbíteros: Etcheverz, Paso Viola, González Díaz, Muñigorri, Righetti, Fourcade, García, Laphitz, Leiva y Piaggio. A este brillante séquito débese agregar la presencia de su hermano Ignacio con su esposa e hija.

En la estación había una verdadera multitud a despedirlo. Desde el introductor de Embajadores y el Sr. Arzobispo Mons. Espinosa hasta humildes lavanderas del pueblo, había una gama de amigos que pugnaban por acercarse al flamante prelado para darle testimonio de su afecto. Y cuando partió de Retiro Este, el tren expreso que conducía al nuevo Obispo, resonó una salva de aplausos en los andenes y no fueron pocas las lágrimas que

resbalaron furtivamente sobre las mejillas, como muda pero elocuente prueba de lo mucho que en Buenos Aires querían al Cura de Santa Lucía y San Miguel.

A las 21 del día siguiente llegaron a Cañada Honda y allí pasaron la noche. Al día siguiente, Domingo, el Prelado rezó su primera Misa en su Diócesis. En la sala de la Estación se improvisó una capilla y ahí tuvo el placer de consagrar por vez primera en su Obispado, con una emoción que lo embargaba. En su diario dice: "Día memorable de mi vida: he celebrado la Primera Misa en mi Diócesis, en Cañada Honda".

Oigamos al ágil periodista Laphitz en su inspirado artículo para "El Porvenir":

"PRIMERA HOSTIA... ¡Estaba escrito! Todas sus auroras revisten celajes de humildad. Sufren la gestación lenta, oculta de la semilla para alcanzar la gloria de la floración. Profesa el culto de la cimentación porque aspira a la perpetuidad del edificio. Es un obrero de la vida intensa; no sabe de policromías que encandilan; sus obras de arte carecen tal vez de adornos pero se hallan pletóricas de solidez; cimenta y luego espera; hallándose convencido de la firmeza de la base, no duda que la torre esbelta, inderrumbable vendrá a coronar sus esperanzas. Esa es la característica de su temperamento, el secreto resorte de sus éxitos, la admirada táctica de sus triunfos.

Era la mañana del domingo, allá en Cañada Honda, remedo del portal de Belén. El nuevo Obispo de Cuyo pisaba por vez primera el enorme continente de su diócesis.

Todo era pobreza y desmantelamiento: unos pocos ranchos, flores de miseria, silueteaban entre una vegetación tuberculosa. Población de humildes, tal vez de vencidos de la vida, remedaban agónicamente una supervivencia de almas, y ni una sola ave surcaba el cielo entonando una alegría. Era la desolación. Y bien: estaba escrito: Orzali tenía que iniciar, basamentar su misión episcopal en un escenario de ruinas en flor; allí, como una paloma mensajera de resurrecciones, debía alzar al espacio su primera Hostia propiciatoria. Y la alzó... El altar fué instalado en el andén de la Estación ferroviaria; la campana de señales ofició de llamador ritualístico, que a falta de voces angelicales pregonaba las Buena Nueva a los pastores de la montaña. No se oyó ningún cántico: todo era silencio. Y llegado el primer "memento", vi al Obispo abismarse en un recogimiento del que sospeché toda la altura y toda la profundidad. La meditación fué honda y detenida. Pensó; pensó mucho. ¿En quiénes? ¡Oh, en los que dejaba y en los que recibía! en su obra de ayer, en su obra de mañana, impetrando de Dios que ninguno de aquellos que le había sido encomendado fuera hijo de perdición... Cuando terminó el Santo Sacrificio, sentí mi alma estremecerse con ensueños de profeta: es que acababa de divisar los Andes, ese pedestal de la gloria, había querido servir, ocultamente, a ese humildísimo altar. Y ahora, desgarrados sus celajes

blanquecinos al conjuro de los primeros rayos del sol naciente, con el clarinear profético de sus cóndores, ratificaba mis presentimientos: la misión apostólica de Orzali sufriría una vez más las gradaciones clásicas de todas sus obras, desde su nacimiento hasta la plenitud de su floración: nacida en la humildad, se remontaría hasta el éxito. En esa Cañada Honda acababa de brotar el primer gajo de laurel que coronaría las Cumbres... Y el tren siguió su marcha. La sede episcopal era aun invisible y ya las dianas triunfales replicaban en la altura el saludo de la bienvenida. Luego, la ciudad histórica, festoneada de racimos, se asomó y aquello fué el Alleluya. La muchedumbre enorme, interminable, hecha un acorde de ovación, se estrujó contra su Obispo, en un gesto de abrazo filial, emocionante, indescriptible... San Juan tenía a su Obispo. F. R. LAPHITZ.

A las 8.30 partía el tren de nuevo rumbo a San Juan. En el Pocito, el Prelado fué recibido por una comisión especial enviada desde la capital de la Provincia y presidida por el Dr. Tierney, Presidente de la Suprema Corte de Justicia. A las 9.40 el tren especial hacía su entrada en la ciudad de San Juan. Ahí fué recibido por el Sr. Gobernador, Dr. Victoriano Ortega, por los Ministros, Diputados y una verdadera multitud de gente de todas las clases sociales, unidas en un solo sentimiento: agasajar al nuevo Obispo.

Al frente, sobre la calle Mitre, el regimiento 15 de Infantería rendía honores al mando del General Proto Ordóñez. El Escuadrón de seguridad tomó ubicación en la plazoleta de la Estación. Ahí fué donde el Dr. José Grano, Presidente del Consejo de Educación y de la Comisión de Recepción, le dió la bienvenida en un bien meditado y conceptuoso discurso. Contestóle el Prelado en forma sencilla, pero expresiva, manifestando la satisfacción que experimentaba ante una demostración de tan vastas proporciones.

De ahí se dirigieron en columna hacia la catedral. Llegado que hubo a la Iglesia de San Agustín, salióle al encuentro el Cabildo Eclesiástico con el Deán a la cabeza. Monseñor entró en la Iglesia, se revistió de los ornamentos pontificales y la columna prosiguió su marcha.

Al aparecer en la Plaza de Mayo, las campanas de la catedral se echaron a vuelo. Al aproximarse la cabeza de la columna al templo, era imposible abrirse paso. La muchedumbre había invadido el sagrado recinto. A duras penas se pudo detener la ola humana que pugnaba por penetrar en el templo. La mayor parte

debió quedar afuera. Una vez en el trono, subió al púlpito el Can. Dr. Isidro Fernández y pronunció un elocuente saludo.

Luego habló Mons. Orzali: —“Mis amadísimos fieles —dijo, improvisando, como siempre— ¿Qué os diré? ¿Qué es lo que debo deciros después de la grandiosa manifestación con que os habéis dignado recibirme? No encuentro más que una palabra con qué expresar los sentimientos que me embargan en estos instantes: gracias, muchas gracias”. Pasó luego a delinear su programa de acción y fué entonces cuando, ya en pleno vuelo oratorio, dijo: —“No vengo a ser servido sino a servir. A ser todo para todos sin excepción de ninguna clase. Los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, me tienen ya a sus órdenes, de día y de noche, a cualquier hora. Vengo a servir y a amar a todos, les repito, sin distinción”. “No he de encastillarme en la Iglesia: he de salir de la sacristía, he de recorrer vuestras calles y plazas, acudir a vuestras moradas, asilos y hospitales y a todos los centros necesitados de auxilios espirituales y materiales”.

Huelga decir que el público escuchaba extasiado las palabras sinceras y ardientes de su nuevo Obispo. “Arrancó lágrimas de muchos de los concurrentes” dice “El Porvenir” de ese día.

En seguida se entonó el Te Deum. Luego, desde los balcones del palacio, acompañado de todas las autoridades, presencié el desfile que realizaron en su honor las tropas nacionales y provinciales. Después se sirvió un lunch del que participaron un selecto número de caballeros y damas. Por la noche hubo embanderamiento e iluminación de los principales edificios públicos y particulares. Ese día fué decretado feriado por el Gobierno de la Provincia.

Por la noche se sirvió un banquete en el Seminario Diocesano. Asistió el señor Gobernador y otras autoridades, amén de los clérigos de la ciudad. Ofreció la demostración el Dr. Tierney, el cual dijo, entre otras cosas: “De todos nuestros labios brotó esta frase: he ahí un hombre de corazón magnánimo y sencillo; he ahí e obispo que conviene a esta diócesis, porque es del pueblo y para el pueblo”. Habló también el Sr. Gobernador y otros.

Al día siguiente a las 9 rezó su primera Misa en la Catedral. Y por la tarde asistía a la recepción que en su honor daba la Gobernación. El 16 celebró en el Hospital: ¡ya se veían cuáles eran las preferencias del nuevo Obispo y que las palabras que pronun-

ció en el templo no eran música celestial! Al otro día fué a rezar Misa en el Asilo de Mendigos. Luego en el Buen Pastor. Así alternaba él los banquetes que le daban los magnates de la industria y del mando, con el trato cordial y sincero con los humildes. Luego siguieron los agasajos y fiestas.

Al día siguiente de su llegada a San Juan, hizo las designaciones del personal de Curia. Nombró: Vicario General y Provisor al Sr. Can. Dr. Isidro Fernández, Secretario al Sr. Pbro. Dr. Juan Videla Cuello, Fiscal Eclesiástico, al Sr. Pbro. Dr. Manuel Rúa, Inspector de Parroquias a Mons. Marcos Zapata y Vicario Foráneo de Mendoza al Can. Dr. Juan Peralta, y Vicario Foráneo de San Luis a Mons. Segundo Ponce.

Conviene señalar que, de entrada nomás, Monseñor destituyó a las fiestas en su honor, de todo lo que fuera hojarasca para quedarse con la substancia de las mismas. Esas Misas que durante un mes estuvo rezando en las diversas iglesias y capillas de la ciudad, fueron otros tantos sermones, consejos, directivas, normas prácticas que él aprovechaba para dar.

Y fué edificante cuando todos, sacerdotes y fieles vieron al Señor Obispo, dejar su trono y ponerse a confesar a las viejecitas y a los niños que no encontraban con quien reconciliarse.

Mientras se iba desarrollando el largo programa de agasajos, él no veía la hora de que terminaran para ponerse a trabajar de veras. Y cuando ya tocaban a su término, lanzó aquella su primera pastoral que tantas simpatías le granjeó. No es una cumbre ni por su estilo, ni por la profundidad de conceptos, ni por las doctrinas que desarrolla; pero es tal la cordialidad que campea en toda ella, tal la franqueza humana que la domina, que bien podemos aseverar que difícilmente se han escrito en el país documentos pastorales que hayan tenido repercusión más saludable que aquella primera pastoral de Mons. Orzali. Comienza diciendo:

“Han terminado ya las fiestas con que se ha querido solemnizar nuestro ingreso a la Diócesis y la iniciación de nuestro Gobierno en esta ilustre Sede episcopal. Ha llegado, pues, el momento oportuno de dirigirnos por primera vez a nuestros amados hijos”.

Y luego de agradecer los homenajes, prosigue en un estilo cortado que no le conocíamos y que denota bien a las claras la vehemencia con que escribe:

“Aquí estamos en medio de vosotros, destinados por el Vicario de Jesucristo para dirigir vuestras conciencias y dirigirlos al cielo.

Esta es nuestra misión. Nuestra grande y única misión.

A esto viene el nuevo Pastor. Este es su programa y a esto exclusivamente dedicará todo su pensamiento y toda su acción.

Esto es lo que se ha propuesto en el día solemne e inolvidable de su consagración episcopal y lo que cumplirá, Dios mediante, con toda fidelidad: procurar en la Diócesis la mayor gloria de nuestro Dios y el mayor bien de nuestros hermanos.

Todo por Dios y por el prójimo.

La tarea es ardua, difícil y trabajosa. Lo sabemos y lo hemos meditado bien".

"Así suavemente, con la frente serena y el ánimo tranquilo, seguros de que vamos por el recto camino, porque "todo lo podemos en Aquel que nos conforta", dejaremos la oración para entregarnos al trabajo. Abandonaremos el Sagrario para pasar al púlpito, al confesonario, a la cabecera del enfermo, a la choza del pobre, al periódico, a la escuela, al aula, a la cárcel, al hospital, a la morada del pecador, a la casa del justo, a la Iglesia, al taller, a la calle...

Nuestra misión es de trabajo.

Para ella estamos dispuestos. Lo hemos pensado bien, sobre todo en los santos Ejercicios que hemos hecho como preparación a nuestra consagración episcopal.

A ella estamos preparados y acostumbrados. Más de veintiséis años de vida sacerdotal, de los cuales veintidós al frente de dos importantes parroquias en la Capital Federal, algo nos han enseñado.

A ella venimos aleccionados. Hemos tenido la dicha de formarnos al lado del que es hoy nuestro dignísimo Metropolitano, cuya vida es toda labor continuada e intensa y cuya actividad es asombrosa.

Venimos, pues, a trabajar, amadísimos hijos.

Deseamos con ansia trabajar siempre. Trabajar mucho. Trabajar intensamente.

Hace ya mucho tiempo que nos repugna el que se pronuncie tan sólo, en la vida del apostolado, esta palabra: cansancio.

Creemos que ella es impropia del sacerdote. Sobre todo que es indigna de un Obispo.

Venimos a trabajar. Queremos trabajar. ¿En qué?

En todo lo que en general redunde en bien de las almas de nuestros amadísimos diocesanos..."

Conceptos simples. Frase cristalina. Pero hay un calor y un entusiasmo por el bien en todo ese documento que bien se columbraba que no eran palabras que se iba a llevar el Zonda, sino que era un programa bien definido, perfectamente estructurado y que en un plazo más o menos largo, lo iba a realizar aunque tuviera que sucumbir en la demanda.

Y comenzó a trabajar. En todo: El 20 bendice el edificio del Banco Español. El 21 ordena de diácono a su familiar, D. Tomás Cruz. Y el 28 le da el presbiterado, en medio de la pompa del

primer pontifical que celebra en su Diócesis. El 24 administra por primera vez la Confirmación en la Iglesia de los PP. Dominicos.

Y así, en un estupendo ritmo de actividades, comenzó a mostrar a los sanjuaninos, absortos, que aquel "Venimos a trabajar" no eran vanos alardes, ni coplas de Calainos, ni jactanciosas baladronadas.

Los escépticos, los pirrónicos, pesimistas decían: —Déjenlo nomás. Ya se va a cansar...

Pero cuando pasaron 10 años, 20, 25, y no se cansaba, entonces comprendieron que su "Venimos a trabajar" tenía toda la belleza de un poema homérico y toda la arcana sublimidad de una profecía.

CAPÍTULO XXIV

FRENTE A LA INMENSIDAD

Y ahí está el gran labriego, frente a la inmensidad. Su diócesis tiene 416.549 kilómetros cuadrados, un espacio de tierra notablemente superior a toda Italia. Quienquiera se hubiera visto ante esa desesperante extensión, hubiera roto en lamentos y suspiros. Orzali no tenía tiempo para perder en lamentos estériles: inmediatamente trazó su plan de trabajo (él nada hacía sin haberlo antes planeado y sistemado) y comenzó su obra.

El mismo día de su llegada ya estaba trabajando. Dos días después, comenzó las visitas a las Comunidades religiosas de San Juan. Y no cesó en su labor hasta no haber dado cima a su inspección. Esa inspección que solía hacer él: que comenzaba en el tabernáculo y que acababa en la última mesita de luz de la postrera novicia llegada al convento.

En el desarrollo de su programa, comenzó por donde debía, por el clero. Primero quiso que su clero tuviera un boletín eclesiástico. Y como no estaba aún en condiciones de fundar uno en San Juan, al mes siguiente de su estada en San Juan emanó un auto por el que se estableció que desde el 1º de julio sería considerado Boletín Oficial la Revista Eclesiástica de Buenos Aires, que entonces lo era para todas las demás diócesis argentinas.

Quiso que todos los bienes eclesiásticos estuvieran a buen recaudo. Para ello suscribió un auto por el cual ordenaba que todas las Escrituras Públicas se depositaran en el Archivo del Obispado y que los Señores Curas y Capellanes enviaran al Secre-

tario del Obispado todo título, escritura o documento referente a bienes eclesiásticos.

Dispone asimismo se le comunique cuanto antes, cuáles son los oratorios públicos y privados que hay en la Diócesis. Y como parece que sobre novenas y ejercicios piadosos se habían introducido algunos abusos, el 30 de Julio emana un auto ordenando que desde el 1º de Enero del año 1913, nadie podrá rezar en público novena o ejercicio piadoso alguno que no esté aprobado por el Ordinario. Dispone asimismo la cesación de todos los confesores extraordinarios nombrados anteriormente y designa nuevos.

Poco después ordena que cada clérigo tenga su legajo personal y en una circular les detalla todo cuanto cada sacerdote deberá enviar a la Curia antes del 1º de Noviembre. Quiere que las ceremonias del culto revistan aquella solemnidad que la Iglesia se promete al instituir su liturgia. Para ello nombra Maestro de Ceremonias del Obispado al Can. Manuel Rúa, quien deberá presidir y dirigir las ceremonias en las funciones pontificales y tendrá la superintendencia y vigilancia en los actos relacionados con el culto. Y luego encarece a todos observen estrictamente lo dispuesto por el Pontifical el Ceremonial y el Ritual romanos.

Y siempre en su deseo de pormenorizar para llegar a vencer hasta las más pequeñas dificultades, establece un horario de Misas no solamente para la Iglesia Catedral, sino también para todas y cada uno de los templos de San Juan, al cual deberán ajustarse todos los párrocos y rectores de iglesias.

Pero donde pica más alto su conocimiento de la vida parroquial, su celo por el decoro del culto y el amor casi maternal que profesaba a sus sacerdotes, es en su famoso auto del 14 de setiembre de 1912, sobre El Clero y la Administración parroquial. Comienza diciendo:

"Ha llegado ya, Venerables Hermanos en el Sacerdocio, el momento oportuno de dirigirnos a vosotros para manifestaros nuestro pensamiento y nuestras disposiciones sobre la norma de conducta que deseamos observe el Clero en nuestra Diócesis, y la que ha de aplicarse en la administración de nuestras parroquias.

Con esta norma a la vista, se sabrá con claridad y precisión lo que el Prelado desea y ordena y lo que cada sacerdote en su cargo debe practicar para el honor de la Iglesia y el bien espiritual de los fieles.

En esta forma será más fácil la disciplina en el Clero y más uniforme la acción apostólica en el mismo. Se suplirá con ella la indecisión y el temor

de muchos, la apatía y negligencia de algunos y la falta de iniciativa de otros”.

Se dirige luego a sus clérigos con afecto paterno y les dice:

“Recordemos todos los días al levantarnos que hemos sido llamados por Dios para santificarnos y santificar a nuestros fieles. Es éste el supremo fin de nuestra misión. Excluye esto, por lo tanto, toda mira mundana en el ejercicio de nuestro ministerio y de una manera especial el empeño en asegurar nuestro bienestar material con las funciones eclesiásticas”.

“¿Cómo podremos ser únicamente sacerdotes y no mercaderes en la Casa de Dios? ¿Cómo podremos santificarnos y santificar a nuestros fieles? Entre otros, con los medios que indicamos y ordenamos en este Auto General”.

Y tenía razón Monseñor. Su Auto General no es solamente eso: es un código canónico para el sacerdote. Es un Vademecum admirable. Es la quintaesencia de sus veintisiete años de vida sacerdotal, vivida con la intensidad que sabemos. Y por encima de todo eso, es el inmenso amor a su Clero que fluye de su pluma. Son sus ansias de bien que afloran a su alma.

En esas treinta páginas densas de pensamiento y doctrina, pueden hallar los clérigos su cartilla y su breviario, su código y su pauta, seguros de que caminando sobre esos rieles, marchan en derecha a su perfección y trabajan de veras en pro de sus semejantes.

El Auto consta de dos partes: primera: “Del Clero” y segunda: “De la administración parroquial”. Y al hablar del Clero le dedica cuatro capítulos: 1º de su santificación; 2º de su acción apostólica; 3º de los medios para afianzar la acción sacerdotal y 4º del estudio. La segunda parte contiene 17 capítulos y trata de todo lo referente a la organización de una parroquia.

El primer punto que trata es “Del Cura”. Y escribe cosas tan cordiales como éstas:

“Sobre todo será especialmente delicado y solícito en la asistencia a los enfermos; acudirá cuando es llamado, inmediatamente, de día o de noche, dejando cualquier ocupación, aún la Santa Misa en día festivo, si el caso es urgente; seguirá visitando a los enfermos después de administrarles los santos sacramentos, cuando se lo permita la distancia; administrará luego la Santa Comunión cuantas veces el enfermo lo solicitare, de conformidad con las decisiones de la S. Sede en esta materia; pedirá a sus feligreses que le avisen cuando conozcan la gravedad de un enfermo y lo visitará aunque no haya sido llamado, pensando que de su oportuna visita dependerá tal vez la salud eterna de esa alma”.

Y en esto, como sabemos, no había más que poner por escrito lo que él había practicado durante toda su vida. Lo mismo dígase cuando habla de la predicación:

“En todas las capillas, iglesias u oratorios de la Diócesis, en los domingos se predicará en cada Misa, durante cinco minutos, más o menos, sobre la materia que para cada Domingo asignará el Prelado anualmente, prohibiéndose a todo sacerdote alterarla en lo más mínimo”.

Y ya al mes siguiente emana el Auto de Predicación, dando todos los temas para todo el año 1913. Trata en ella de destruir la superstición, ilustrar al pueblo en la religión y fomentar la piedad cristiana.

Después de su Auto General publicó el arancel diocesano y otro Auto más sobre Música Sagrada en el que dispone qué música deberá ejecutarse en sus templos, qué Misas de gloria y de difuntos, qué tantumergos, qué letanías y cánticos, etc., con especificación de los autores. Y hasta indica dónde pueden obtenerse: en la librería del Colegio Pío IX de Buenos Aires.

Y para poner toda su obra bajo el patrocinio de la Virgen Santísima, a quien profesa tierna y sincera devoción, el 30 de noviembre suscribe un Auto sobre la devoción a María Auxiliadora de los Cristianos y su Santuario de Rodeo del Medio, anunciando que la primera Peregrinación que se prepara para el año siguiente quiere que sea presidida por él mismo.

Nada escapa a su celo ferviente. Quiere que el Señor Sacramentado, sea debidamente honrado en su Diócesis. Entonces instituye en su Obispado la práctica de las Cuarenta Horas y establece el orden de exposición del Santísimo para el año siguiente. Y cuando se da comienzo en la Catedral, en los tres primeros días del año, es él quien predica en los tres días del sermón de desagravio, pontifica el día primero y preside la procesión del último día.

Y termina el primer año de su obispado con un gesto muy digno de su gran corazón: Emanando un Auto sobre sufragio de los Sacerdotes difuntos. “La caridad debe ser siempre la nota característica entre los miembros del Clero” comienza diciendo. Y pasa al tema de su circular:

“Con mucha frecuencia Nos ha alarmado este hecho tan frecuente como doloroso: muere un sacerdote y son muy pocos los que sufragan por su alma.



El buen Pastor de Cuyo



Rodeado de autoridades eclesiásticas y civiles y del pueblo, Mons. Orzali se retira de la Catedral, luego de su consagración.

Hasta se olvidan de esto los que fueron sus compañeros e íntimos amigos y miembros de su familia.

Esto Nos ha contristado enormemente. Por esto hemos querido tomar alguna medida permanente y eficaz a fin de que los Sacerdotes de nuestra Diócesis no sufran en el otro mundo las consecuencias de este olvido inexplicable”.

Y ruega entonces a todos los Sacerdotes que en Enero celebren una Misa en sufragio de los Sacerdotes fallecidos en la Diócesis y los que hayan trabajado en ella. Y a los Superiores de Comunidades religiosas que se solidaricen en este movimiento de sentida caridad fraterna. Y ordena que se envíe cada año una cédula a cada clérigo para que devuelvan con la constancia de haber cumplido con lo dispuesto en este documento.

No podía cerrar el primer año de su episcopado mejor que dando una prueba más de su amor generoso, cordial y fraterno...

Todo esto sería labor apostólica como para llenar la vida de un Obispo. Pero en Mons. Orzali esto ocupó la mínima parte de su tiempo. En los ocho meses finales de 1912, que fueron los de su primer año de episcopado, él desplegó una actividad tan asombrosa que sólo su robustísima contextura física explica cómo su cuerpo pudo soportarla.

Bien sabía Monseñor que Mendoza era una provincia de gran porvenir. Por eso le dedicó toda su atención y sus preferencias. Antes de los veinte días de su toma de posesión en San Juan, ya está en Mendoza. Viaja en tren expreso costado por el Gobierno de la Provincia. Y allí pasó casi veinte días. 5.000 personas lo reciben en la Estación; cosa nunca vista en la ciudad andina. En el andén se abraza con el Gral. Rufino Ortega, Gobernador de Mendoza. De ahí a San Francisco, donde habla el Vicario Foráneo de la Ciudad, Dr. Videla Cuello. Contesta el Prelado y luego entona el Te Deum.

Allí tuvo un encuentro providencial: perdido entre la turba, sonriente y emocionado hasta las lágrimas, estaba un sacerdote flacucho y débil, modesto y recatado, que paladeaba con fruición el recibimiento plebiscitario que Mendoza tributaba a su Prelado. Al cabo le tocó a él también el turno de saludar al Obispo. Y fué entonces cuando ambos se fundieron en un abrazo estrecho, cordial, impresionante, mientras de los labios trémulos del Prelado, brotaba la frase esperada: —“¡Oh, Padre Fanego!” Sí; ahí esta-

ba el P. Rafael Fanego. Aquel clérigo que preparó a Américo a la Primera Comunión, había profesado en la Compañía de Jesús. Y ahí estaba, en la Residencia de Mendoza, derramando el bien a manos llenas en las postrimerías de su vida, lo mismo que antaño, cuando clérigo secular, disfrutaba de la lozanía de su juventud. . .

Decir las casas que visitó en esos días, las veces que predicó, las Comunidades que alentó con su presencia y con su verba, las confirmaciones que administró, los Colegios que inspeccionó. las amistades que conquistó, los homenajes que se le tributaron sería historia larga. Baste decir que no dejó lugar sagrado sin conocer y cuando el día 23 regresaba a San Juan dejaba en Mendoza una tan saludable impresión que todos esperaban su retorno. Y él "que no sabía decir que no" visitó seis veces Mendoza en los ocho meses de su primer año de episcopado.

De vuelta a San Juan siguió su vida de trabajo. El 25 de Mayo pronunció la oración patriótica en el Te Deum. Y el 9 de Julio, a pedido del Gobernador de Mendoza, tuvo a su cargo la alocución de circunstancias en la Iglesia Matriz de aquella ciudad.

El 14 de Junio, después de haber visitado Caucete, emprendió el viaje a San Luis, siendo recibido allá por el Gobernador Sr. Rodríguez Sáa, por el Vicario, Mons. Segundo Ponce y por una multitud imponente. Siendo la ciudad más pequeña que Mendoza, más fácilmente pudo visitar las Comunidades religiosas, templos, capillas y oratorios. Pero así y todo, tuvo una semana densa de trajines, predicación, trabajo ministerial, etc.

Y si volvió a San Juan no fué para descansar, sino para viajar a Albardón, donde lo esperaban como agua de Mayo. Y donde se prodigó en sermones, alocuciones, confesiones y confirmaciones en una forma que hubiera dejado postrado al más fuerte. Pero él regresó a San Juan y fué directamente a presidir los exámenes del Seminario.

Pocos días después comenzaba una Misión a las presas del Buen Pastor, esa obra tan cara a su corazón misericordioso y que nunca más dejará de practicar, ni aun cuando los años le impidan caminar. Les predicaba mañana y tarde. Y al final del triduo, se pasó varias horas encajonado en el confesonario escuchando las tristes historias de esas infelices y consolándolas con palabras llenas de bondad.

Luego de haber dado misiones en Caucete de nuevo y en Pocito, emprendió viaje a Tucumán. Iba para el centenario de la batalla homónima. Allí se concentraron todos los Obispos del país, presididos por Mons. Espinosa y celebraron la acostumbrada Conferencia Episcopal. Secretario fué elegido Mons. Orzali. Terminadas las conferencias, viajó de Tucumán a Buenos Aires. Aquí no estuvo quieto un solo día. Era solicitado por todos. Finalmente el día 17 partió para Olavarría. De regreso volvió a salir para Luján, acompañando la peregrinación de sus Filomenas. De Luján pasó a Trenque Lauquen. De ahí a Buenos Aires y a Chascomús. Y el 24 de Octubre lo hallamos de nuevo en su Diócesis: visitando la importante ciudad de Villa Mercedes de San Luis. El 31 llegaba a San Juan para pontificar al día siguiente, día de todos los Santos. Pocos días después vuelve nuevamente a Buenos Aires. Regresa y predica el triduo de la Inmaculada en la Catedral. No un triduo de campanillas para intelectuales, sino el de preparación de niños y niñas para la Primera Comunión.

A los pocos días de su estancia en la Curia, llamó al Maestro de Ceremonias y le dijo pasara una notificación al Venerable Cabildo que el Prelado pontificaría 14 veces al año, en las principales fiestas, a fin de que tuvieran todo preparado. Y así lo hizo mientras le fué posible.

El 8 de Diciembre y el día de Navidad, pontifica en su Catedral de San Juan. Era incansable.

Después del 8 pasó seis días en Mendoza ocupado en visitar Institutos religiosos, predicar, confesar, etc. El nunca estaba en ocio.

Y el día 14 de Diciembre, el Prelado preside la Primera Peregrinación General al Santuario de María Auxiliadora de Rodeo del Medio. Fué un bellissimo movimiento de devoción mariana. Monseñor no solamente rezó la Misa en el Santuario sino que predicó con esa elocuencia y unción que sólo presta la sentida piedad cristiana.

Y por la tarde ya estaba en Mendoza cumpliendo otro compromiso: asistir a la distribución de premios en el Colegio de la Misericordia. Y por la noche, a una fiesta que se daba en la Escuela Normal.

Antes de terminar el año, obsequió a sus canónigos con un paseo al Marquesado.

Este es el esquema de su primer año de trabajo apostólico. Nada más que el esquema. Porque relatar todas las pequeñas grandes cosas que hizo en su diario vivir, no es posible.

Y si añadimos que este tenor de vida se fué reeditando, año tras año, y siempre con ocupaciones en continuo aumento, tenemos para formarnos una idea, por un lado, de la capacidad de trabajo de este hombre extraordinario y por otro, de la veracidad de su expresión: "Venimos a trabajar"...

Mons. Orzali no se arredró jamás ante las dificultades. ¡Quién no se habría descorazonado ante la inmensidad de esa diócesis ilimitada y espiritualmente tan poco cultivada? Pero Orzali que tenía un alma inmensamente generosa y un celo inmensamente pródigo, afrontó sin pestañar, la inmensidad de su diócesis y la inmensidad de los sacrificios que le imponía su conguista espiritual.

¡Es que Dios lo había dotado de un corazón a la medida de su campo de acción: inmenso!

CAPÍTULO XXV

QUIJOTE DEL EVANGELIO

Mons. Orzali fué un Quijote. No el Quijote de los libros de caballerías, sino el Quijote del Evangelio. Como el manchego, él tenía su dama: la Iglesia, con la cual se había desposado el día de su consagración episcopal. Desde entonces llevaba anillo en su diestra. Empuñaba su báculo, como Alonso Quijano empuñaba su lanza. Llevaba mitra por celada y pectoral por adarga. Como el de la Mancha, él tenía un ideal: hacer el bien a todos, enderezar entuertos, “mejorar abusos”, “enmendar sinrazones”, socorrer a las viudas, recoger a los huérfanos. Pero difería del Quijote en que no estaba loco. No había leído libros de caballerías. Había leído el Evangelio. Y encendido en ansias de bien y en deseos de evangelizar, se dispuso también él a hacer su primera salida.

El 13 de Marzo de 1913 —cumplía ese día 50 años...— firmaba su famosa carta pastoral sobre la visita a su Diócesis. En ella hay párrafos que lo retratan de cuerpo entero:

“Asuntos varios, unos urgentes y otros de grandes conveniencias —dice— nos han retenido en la Sede de la Diócesis durante el primer año de nuestro episcopado y nos han impedido hasta ahora cumplir con uno de los primordiales deberes del Obispo: visitar personalmente y conocer todos sus fieles en sus respectivas parroquias.

Mas no queremos demorar esto por más tiempo y así, contando con la gracia especial de Dios, hemos resuelto abrir la primera visita pastoral en nuestra Diócesis... Es indispensable conocer las necesidades espirituales y morales de los fieles para remediarlas con oportunas providencias; y sus

errores y extravíos para corregirlos con caridad y firmeza. A eso irá vuestro Obispo hasta vuestras parroquias y oratorios, hasta vuestras casas de la ciudad y la campaña, sin reparar en fatigas o privaciones”.

Y seis días más tarde, el 19, emana un Auto sobre la Visita Pastoral, dirigido al Cabildo y al Clero de la Diócesis, dando las normas a que deberá ajustarse la inspección y los puntos principales que deberán tenerse en cuenta en la visita. Luego les presenta un cuestionario al que deberán contestar todos los rectores de Iglesias y consta de los siguientes rubros: Parroquia, Iglesia, Casa Parroquial, Clero, Culto, Predicación, Administración de Sacramentos, Congregaciones, Ornamentos sagrados, Obras sociales, Estadística, Archivo y Rentas. Y todo esto tan pormenorizado que asombra.

Ese hombre, a quien nada se le escapa, todo lo abarca y todo lo piensa. Menos en sí mismo:

“En cuanto a nuestro alojamiento, —dirá a los mendocinos—, al trato que se nos ha de dispensar y al medio de locomoción para trasladarnos de un punto a otro, queremos que nada haya de extraordinario y que todo se reduzca a lo estrictamente indispensable. No admitiremos banquetes por ningún motivo”.

Orzali no tenía pizca de Sancho Panza. Era un Quijote. Que no le fueran a él con banquetes y francachelas. El era un sembrador, un apóstol cien por ciento. Era el Buen Pastor que se lanzaba al campo en busca de la oveja descarriada para llevarla al aprisco a fin de que no muriera de hambre y de miseria. Por eso dijo en su circular: “No admitiremos banquetes por ningún motivo”. El no iba en busca de los deleites del paladar, sino de las satisfacciones que proporciona el hacer el bien y el prodigarse sin tasa en pro de sus semejantes. El iba en busca del sacrificio, de cara a la pobreza, a enfrentarse con el viento que taja las carnes y el frío que acoquina los miembros. El iba a desafiar las nevazones de Malargüe, en Mendoza, los soles caniculares de Mogna, en San Juan y las lluvias de Punta de Agua o Alto Pencoso, en San Luis.

Y el Buen Pastor, cayado en mano y el alma puesta en Dios, salió de su San Juan dilecta en una fría mañana otoñal del 10 de Abril de 1913. Su corazón le saltaba en el pecho de puro contento. ¡Finalmente iniciaba su ansiada gira pastoral! Iba en una volanta,

Lo acompañaban cuatro sacerdotes: Mons. Marcos Zapata, su familiar D. Tomás Cruz, el P. Jesuíta Sanz y el P. Roldán, Dominicó.

No va a iniciar una visita pastoral de tres al cuatro. Su primera visita pastoral durará tres años. Y para realizarla Mons. Orzali no mirará si el tiempo es bueno, si hay frío o si hace calor. Sólo tendrá en cuenta el bien de las almas. Pasma pensar que ese hombre, nacido en Buenos Aires, junto a donde hoy se yergue el Obelisco, haya pasado los tres inviernos de 1913, 1914 y 1915 azotado por los vientos de la pampa, recorriendo pueblos y aldeas, siempre sometido a las fatigas de la predicación, de las confesiones y del sagrado ministerio en sus más variadas formas.

Salió hacia el Norte. Pidió que no le mezquinaran animales con tal de llegar a tiempo. Y le facilitaron las famosas "18 mulas gordas". Con ellas hizo ese Quijote del Evangelio "su primera salida". Después de un día entero de traqueteo llegaron al Balde, donde pernoctaron. A las 6 del día siguiente prosiguieron hacia Tucunuco. Ahí confirmó a 37 personas y siguió a las 5.30 hacia Cruz de Piedra, para tomar luego rumbo a Jáchal, a donde llegaron el día 12 con 10 minutos de antelación a la hora fijada para el recibimiento, siendo agasajado por el pueblo entero con las autoridades al frente.

Y ahí comenzó su gira pastoral que ha de durar tres años. De todo lo ya visto, nos percatamos fácilmente que la visita del Prelado sanjuanino no era una visita de cortesía, ni mucho menos ocasión propicia para banquetes suntuosos, charlas interminables o saraos mundanos. Nada de eso. La visita pastoral de Mons. Orzali era una misión. Por eso él llevó siempre misioneros a sus giras. Y no precisamente para que ellos predicaran la misión, sino simplemente para que le ayudaran a predicarla. Porque el que más predicaba era siempre el Prelado. En estos tres años, la visita pastoral se ordenó del modo siguiente: la recepción hecha de acuerdo al Caerimoniale Episcoporum y vulgarizado en el libro de Solans, servía para tener el Obispo el sermón de apertura de la misión. Y al día siguiente comenzaba la labor espiritual con Misas explicadas, confesiones a toda hora, preparación a la Primera Comunión, regularización de matrimonios, anotaciones para confirmar, etc. Luego el Prelado se reservaba las conferencias especiales para hombres, señoras y señoritas, a parte para poderles hablar de acuerdo a sus exigencias. Finali-

zaba la misión con una gran jornada eucarística, con el marco siempre emotivo de las Primeras Comuniones. Al día siguiente había el funeral para todos los difuntos de la población. En esa oportunidad Monseñor siempre hablaba al pueblo, en esa forma sencilla, llana, paternal con que él sabía hacerlo, tocando las fibras sensibles del corazón de nuestro pueblo, siempre pronto a la captación de los afectos familiares. Y si había confirmandos, confirmaba.

Todos los días había confirmaciones. El Obispo estaba siempre listo para repartir los dones del Espíritu Santo. A veces confirma a 2 ó 3 y otras veces a 500 ó más. Desde que llegó a Jáchal se puso a enseñar catecismo y a preparar niños para la Primera Comunión. Y en esos humildes menesteres continuó hasta el fin de la misión, sin perjuicio de las conferencias que dictaba a los hombres y a las señoras por separado. Donde había cárcel y hospital, visitaba ambas casas del dolor, y les rezaba la Misa y predicaba a todas aquellas almas que por estar bajo el signo de prueba, estaban más cerca de Dios. Una vez, en San Luis, él solo confesó a todos los enfermos del Hospital. Ninguno se negó a reconciliarse con Dios y el santo Obispo no quiso privar a esa buena gente del honor de haberse confesado con un sucesor de los apóstoles.

De Jáchal siguió para San Isidro, Mercedes, la Ciénaga, Niquivil, Tucumano, Mogna, Balde, Matagusanos, etc. Todo este viaje y los restantes que hará en esta inmensa visita pastoral, usará casi exclusivamente el coche tirado por caballos. En la visita pastoral a San Luis, cuando visitó 28 poblaciones andando cientos y cientos de kilómetros, utilizó el tren solamente tres veces, el automóvil solamente dos: el resto de los viajes los hizo en el modesto sulky o en la antañona volanta de caballos.

Cuando terminó de recorrer la parte Norte de la provincia de San Juan, volvió a la capital. No para descansar: él no sabía lo que era el descanso. Volvió para iniciar la visita canónica a la Catedral y al Cabildo y, previa Misa del Espíritu Santo, dar comienzo a lo que él llamó "la gran Misión" de la Capital. Y se vió a ese hombre que debiera haberse entregado a un bien merecido descanso por algunas semanas, multiplicarse en San Juan para predicar contemporáneamente en varias Iglesias, en la Cárcel y en el Buen Pastor, dando conferencias, sermones de misión,

instrucciones catequísticas, etc. Terminada la misión en la Capital, inmediatamente comenzó la gira pastoral por el Sur de la Provincia. Nuevamente sufriendo el zangoloteo de la volante. Y así visitó Pocito, Los Berros, Cieneguita, Retamito, Cochagual, etc.

De ahí emprendió viaje a San Luis. Llegar y comenzar la misión fué todo uno. Dió una misión de quince días: del 10 de Agosto al 25, para terminar con la fiesta patronal.

No bien hubo dado término a la visita pastoral en la Capital de San Luis, emprendió viaje a Mendoza para iniciarla en la capital de esa provincia. Y si en San Luis se prodigó sin tasa, trabajando día y noche, aquí podemos afirmar que derrochó energías para que a todos sus fieles llegara el beneficio de la gracia que iba derramando a manos llenas por su obispado.

De Mendoza a Buenos Aires. Venía a preparar su viaje a Roma a fin de cumplir con la visita "Ad Limina" que prescriben los cánones. Y el 2 de Octubre Mons. Orzáli emprendía su sexto viaje a Europa, esta vez con el Excmo. Sr. Arzobispo Mons. Espinosa, los Sres. Obispos: Terrero, Bustos y Piedrabuena y 124 peregrinos argentinos. Cinco meses después, el 8 de Marzo de 1914 estaba de regreso en San Juan. Allí no estuvo quieto: visitó las Iglesias y Comunidades, viajó varias veces a Mendoza, una vez a San Luis y otra a Catamarca, consagró a su Obispo Auxiliar, Mons. Marcos Zapata y prosiguió llevando ese ritmo de vida vertiginosa que era su característica.

Así pudo dejar todo listo para reiniciar su interrumpida visita pastoral. Y el 27 de Mayo partió para San Luis a recorrer la provincia en todas direcciones. Y desde esa fecha hasta el 6 de Noviembre (es decir, durante los meses más fríos del año) andará este Quijote del Evangelio por las pampas y los cerros puntanos, ávido de sembrar el bien, con hambre y sed de almas. Siempre en el veterano cochecito de tracción a sangre, enderezó de San Luis hacia Nogolí. Tres sacerdotes lo acompañan: Mons. Ponce, el P. Gutiérrez, Cordimariano, y su familiar, Pbro. Cruz. De ahí siguió para el Norte, a Manantiales, Corrales, San Francisco, Luján, Quines, Candelaria, Talita, Las Palomas, Lafinur, Punta de Agua, Santa Rosa, Merlo, Las Aguadas, Las Chacras, Paso Grande, Naschel, Villa del Carmen, Renca, Concaran, Larca, Saladillo, Paso del Rey y el Morro. Para llegar así a Villa Mercedes hacia las fiestas patronales. Terminada la

larga y proficua labor de misiones dadas en esta ciudad, el Prelado prosiguió su misión por la campaña. Y sólo dejó de recorrer su dilatada Diócesis, cuando lo llamaron de Buenos Aires para asistir a las conferencias episcopales.

Terminadas éstas, volvió el andariego Prelado a su Diócesis para visitar la parte de la provincia de San Juan que aun restaba. Lo acompañan ahora el P. Jesuíta Juan Santandreu y su familiar. Recorre en esta oportunidad: Las Flores, Rodeo, Tudcún, Angualasto, La Iglesia, etc. Más tarde se traslada a Mendoza para ir, por Uspallata hasta Calingasta. No son para narradas las peripecias que tuvo en todos esos viajes tan llenos de penalidades.

Pero donde raya más alto su espíritu de sacrificio y su capacidad para el trabajo incesante es en la visita pastoral que hizo a Mendoza. Le dedicó todo el año 1915. Salió el 19 de abril y regresó el 20 de diciembre. Desde La Hullera al Norte hasta Malargüe en el extremo Sur y desde Chilecito al Oeste hasta Pampa del Tigre y Media Luna, no dejó rincón de la provincia a donde no llevara su palabra apostólica, sus luces de hombre ilustrado, sus consuelos de hombre de Dios y la gracia del Señor en los sacramentos que distribuía.

Es natural que los misioneros que lo acompañaban, no lo podían seguir. Comenzaban unos y luego, pasadas las primeras semanas, se mudaban por otros. Jesuítas, Padres del Corazón de María y Redentoristas se turnaban en la obra formidable de este gigante de la acción; mientras él seguía impávido y fresco, optimista y lozano, como si recién comenzara la visita.

Terminada su gira pastoral por cada una de las provincias, el activo Prelado firmaba un auto con las observaciones que su experiencia le sugería para solucionar los inconvenientes encontrados en las diversas parroquias y publicaba en la Revista Eclesiástica un cuadro esquemático de todo el trabajo realizado, lugares visitados medios de locomoción que utilizara, sacramentos administrados, etc. Y ahí están, en las páginas de la vieja Revista Eclesiástica, única de antaño, las estadísticas de esos años gloriosos para el Obispado de San Juan de Cuyo, diciendo a las generaciones por venir de lo que es capaz un Obispo cuando tiene en la frente el sello del ideal, en el corazón el fuego sagrado del amor de Dios y en el alma la llama coruscante de la caridad hacia el prójimo...

En los tres años, no pudo terminar la visita a su Diócesis. ¡El territorio era inmenso! Para completar su obra debió emplear también los primeros meses del año siguiente. Y sólo el 18 de mayo de 1916 puso punto final a su "primera salida". Pero, Quijote al cabo, 4 meses después, el 3 de octubre ya emana otro auto anunciando su segunda visita pastoral. Evidentemente el hombre era incansable...

Si fuéramos a reducir a cifras el resultado de su primera gran gira episcopal, diríamos que visitó 137 pueblos, anduvo 11.577 kilómetros, se administraron en sus misiones 6787 bautismos y se bendijeron 893 uniones matrimoniales, administró 68.667 confirmaciones, dió 75.100 comuniones y 14.121 primeras comuniones.

¡Qué magnífica floración de bien! Mientras allá en Europa tronaban los cañones y los "trabajadores de la muerte" sembraban el odio y la destrucción, aquí en el nuevo Continente, había un Prelado idealista y santo que trabajaba por el bien y sembraba amor, paz y consuelos...

Bien le cuadra, pues, el título de Quijote: Quijote del Evangelio.

CAPÍTULO XXVI

EN POS DE SU IDEAL

Todos los que han conocido a fondo a Mons. Orzali están contestes en afirmar: —Era el Obispo misionero por antonomasia...

Ese era realmente su ideal. Por eso, para retratar fielmente a este apóstol admirable, tenemos que sorprenderlo entre las quebradas de Calingasta o sobre las planicies de Nueva Galia, herido por los rayos ardientes del estío o castigado por el viento Zonda, viajando en pobre sulkycito, con una enorme fe en su corazón, unas ansias infinitas de bien en su alma de santo y la sonrisa perenne en los labios.

No era un Prelado de salón. Pudo serlo. Tenía la prestancia física que le confería su alta talla, sus finos modales y su cultura acrisolada. Es más: era naturalmente pulcro. No consentía un polvillo sobre la ropa, vestía con distinción y sabía desempeñarse airoso en reuniones sociales. Pero él quiso ser algo más que eso: él prefirió ser misionero. Prefirió ir, como el buen Pastor, por las selvas y los oteros, en busca de la oveja perdida. Quiso, en una palabra, ser auténtico apóstol. Quiso imitar en todo a Jesús de Nazaret.

Antes de planear una visita, consultaba con los párrocos acerca de la fecha más oportuna, de los medios de locomoción y de las distancias entre los distintos pueblos. Y después de haber trazado el plan de visitas, el itinerario y hasta el horario de las funciones, partía, pidiendo a todos los Curas, difundieran pro-

fusamente la nueva de la misión para que nadie fuera a quedar privado de sus beneficios.

Y una vez en el trabajo, él tenía por lema: "Hazlo y serás bien servido". Mientras tenía tiempo, no dejaba que nadie hiciera algo que él podía hacer. Así fueran los menesteres más humildes. ¡Cuántas veces lo vieron los fieles de la campaña encendiendo las velas del altar, barriendo la Iglesia, tomando datos para confirmaciones o, plumero en mano, espolvorando los altares! La escoba y el plumero eran los instrumentos ordinarios de sus actividades. En misión, él siempre estaba en el templo a las 5 de la mañana.

Una vez, en un pueblo de San Luis, una ancianita le ganó: se presentó a las 4.30. Cuando apareció el Obispo, a las 5, con su cabito de vela para alumbrar el camino y la vió, se dijo: —¡Que esta viejecita me gane!... Y luego se lo repitió a sus compañeros de misión. Pero al día siguiente, a las 4.30 ya estaba él abriendo la puerta.

Y a esa hora daba comienzo a la limpieza sumaria de la Iglesia: barrido, ordenamiento de candeleros, flores, ornamentos, etc. Después repasaba con el plumero todos los bancos y confesionarios, quitándoles el polvo. Y sólo cuando había limpiado bien todo, se entregaba a la oración mental y después al rezo del breviario.

El siempre decía que nadie le ganaba a madrugar; pero tuvo que ceder la palma, cuando en una misión a Castaño, un pueblecito de 200 habitantes, perdido entre las cordilleras de San Juan, el paisanaje en los días de misión, llegaba antes que el Prelado. Una noche quiso el Obispo averiguar a qué hora comenzaban a llegar esos buenos feligreses. Y comprobó que ¡a las 2 de la madrugada! llegaban los primeros... "No hay nada que hacerle" —decía él, sonriendo, "aquí en Castaño me han matado el punto"...

Evidentemente una de las misiones más famosas que dió Mons. Orzali fué ésa. Iba con dos buenos ayudantes: el Can. Argüello, que para hablar a sus paisanos tenía un don especial y el P. Soriano, joven y trabajador. Cuando llegaron a Barrial, el Prelado anunció la misión. "Venimos a trabajar —les dijo a los fieles— y a trabajar fuerte". Y ¡vive Dios que trabajaron! En menos de un mes el P. Soriano dió más de 700 bautismos. En Castaño casi no quedó un hombre sin confesarse, se arregla-

ron todos los matrimonios no bendecidos, etc. Fueron días realmente abrumadores. El Obispo en esos días se multiplicaba: ayudaba Misa a los sacerdotes, apuntaba partidas, enseñaba catecismo, preparaba primeras comuniones, etc. Al final de la misma, decía él, lleno de gozo, parodiando al Cura Brochero: "¡Qué linda jabonada!... "Como no había armonio hubo de cantarse el funeral del fin de la misión "a seco". Y mientras sus compañeros cantaban (Monseñor tenía un oído desastroso) él andaba pescando los últimos hombres para confesarlos. En Tamberías, la capital del Departamento de Calingasta, hallaron la flor y nata de la intelectualidad de la zona. Naturalmente, las autoridades quisieron ofrecer al Prelado una velada de honor.

—No, señores —les contestó él—; yo le agradezco infinitamente esa fineza; pero ahora estamos empeñados en cosas mucho más graves y más serias que las veladas... Y la velada no se realizó.

Cuando iban camino de las "Aguaditas", los caballos que arrastraban el viejo coche ya no daban más... Entonces, el Obispo, para aliviar a las pobres bestias, dió orden de que todos descendieran del vehículo y marcharan a pie junto a la volanta. Y él fué el primero. Al principio les pareció bien a los acompañantes; pero luego, caminar por los pedregales, a esa hora, cerca de las 12, con un sol de justicia, en el mes de marzo... acabó con la paciencia de alguno de los reverendos que dijo entre dientes: —Sólo al Obispo de Cuyo se le ocurren estas cosas...

Pasado el medio día llegaron a la casa de una buena viuda, donde debían almorzar. Como inmediatamente después del almuerzo había que proseguir el viaje, el Prelado dió orden de bautizar todas las criaturas que esperaban. El confirmaría y el Can. Argüello anotaba. Y comenzó el trabajo. Les habían dicho que había 3 chicos para bautizar. Pero esos tres se trocaron ¡en 39! Eran las 14 y todavía el P. Soriano seguía bautizando, Monseñor confirmando y el P. Argüello, ayudando en todo a uno y a otro. Llegó un momento en que el P. Soriano se sintió mareado. El hambre y el cansancio lo asediaban. Pero siguió trabajando. A las 16.30 se sentaron a la mesa, es de imaginar con qué apetito...

Y partieron en seguida. A las 18 estaba anunciada la recepción en Castaño. Como Dios quiso y los pobres jamelgos pudie-

ron, llegaron al simpático pueblo montaños. Ahí trabajaron sin tasa. Los últimos dos días fueron, sobre todo, extenuantes. Trabajaban desde las 6 hasta las 23. El P. Argüello llevaba un libro de Zorrilla y otro de Núñez de Arce para leer y volvió a San Juan con ellos sin haberlos podido abrir una sola vez...

Cuando en la localidad donde misionaba, había cárcel, Monseñor daba siempre una misión también ahí. Hablaba a los presos con un cariño, con un amor tan encendido que frecuentemente se veía a esos desdichados derramar lágrimas durante sus pláticas. Una vez en Mercedes de San Luis había predicado la misión en la cárcel. Luego de la cual, la comisión había donado cierta cantidad de panes dulces para obsequiar a los penados. Cuando el Prelado fué a ofrecérselo a uno de ellos, éste rehusaba recibirlo. Entonces se produjo una escena emocionante: —Tómalo, hijo, te lo da tu Obispo... —le decía al santo Prelado y lo abrazaba. El hombre no pudo resistirse. Las damas de la Comisión se enjugaban las lágrimas.

Una vez en Calingasta llegó a la misión un anciano a caballo. Iba de muy lejos. Había salido en la madrugada para poder comulgar. Lo confesó Monseñor y antes de darle la comunión, le dijo: —Supongo que estará en ayunas...

—Sí, Padrecito —respondió el viejo—: hi tomao unos matecitos nomás...

Entonces él, concentrándose en sí mismo pensó: la comunión que recibirá este buen anciano será su viático; difícilmente podrá volver a comulgar antes de morir; y luego "sacramenta propter homines"... Y sin más le dió la Santa Comunión.

Y como era de generoso era también de severo en la observancia de las rúbricas y de las disposiciones litúrgicas. En un pueblo de San Luis, entró él a celebrar y se vió de buenas a primeras a un señor orondamente ubicado en el presbiterio. Fué entonces hacia él y le dijo que ese lugar, como su nombre lo indica, está destinado a los presbíteros.

—Io sono il Sindaco... —dijo entonces el finchado y bigotudo alcalde poniéndose la diestra sobre el pecho, como un caballero del Greco.

—No me interesa lo que sea, señor; Ud. aquí no debe estar. Su lugar está allí, con el pueblo. Al frente, si quiere, pero allí.

Y el hombre pasó a ocupar el primer banco de la Iglesia.

Cuando terminó la función, fué el Prelado a saludar al buen italiano para borrar cualquier resquemor que hubiera quedado. Y para mejor terminar el episodio, le dijo que ese día quería almorzar con él. Y así se hizo.

En una ocasión había ido a Pocito. No había párroco en la localidad. La Iglesia estaba llena de tierra. Había no sólo que barrerla sino que baldearla. Entonces, él, se arremangó y se dispuso a ejercer el humilde oficio de peón. Pero he ahí que en ese instante llegan varias señoras de la más encumbrada alcurnia del lugar, muy emperifolladas, a saludar a Su Excelencia. El Prelado las recibió con los baldes en la mano y luego de haberlas saludado muy amablemente les pidió que le ayudaran. Lo que las damas hicieron de muy buen grado; pero cuidando con gran esmero de no enlodar aquellos ampulosos vestidos que llevaban...

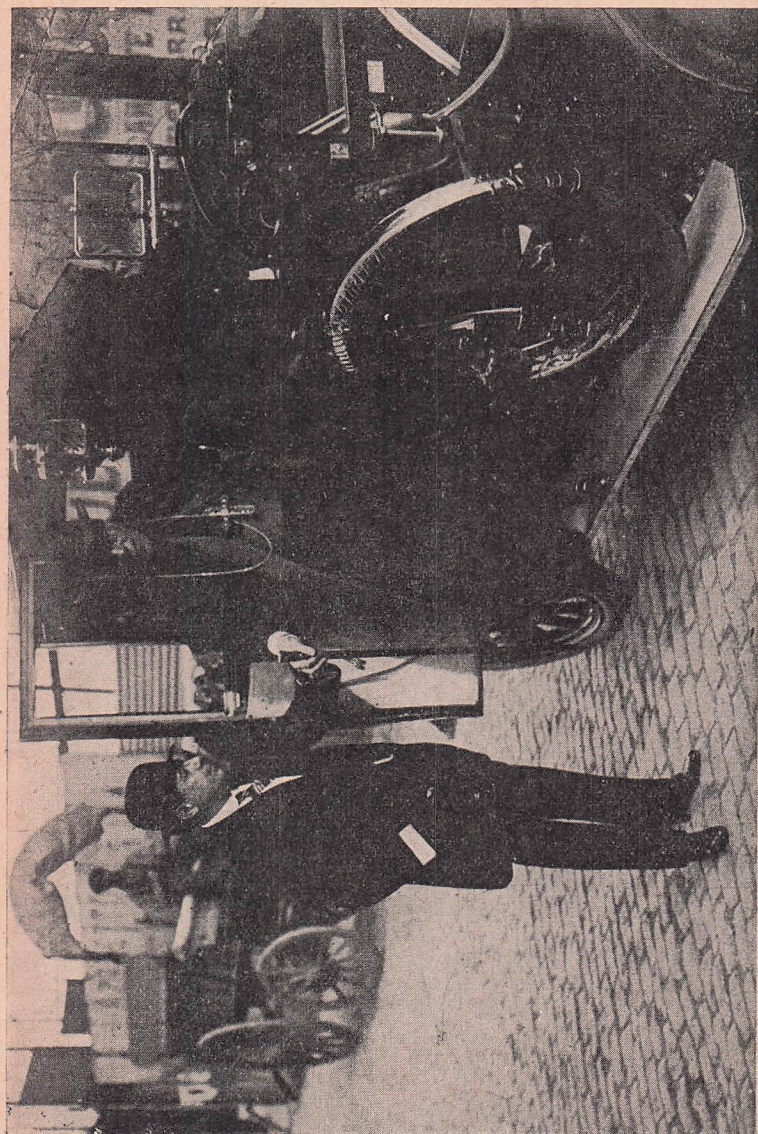
En los lugares muy remotos donde los Curas Párrocos no podían llegar, Monseñor dejaba "bautizadores". Eran generalmente ancianos piadosos que fungían de sacerdotes en la administración del bautismo. Pero cuidaba de enseñarles bien el modo de bautizar. Siempre les tomaba examen antes de darles el título de "bautizador". Por eso frecuentemente llegaban a San Rafael o a Tunuyán, personas del campo que llevaban criaturas para cristianar y se presentaban diciendo: —"Ya están bautizaos; pero no oleaos..."

Una vez estaba rezando Misa en Marayes. Como no había Iglesia en el pueblo, habían preparado lo mejor posible uno de los galpones de cargas de la estación para que hiciera de templo improvisado. El Prelado se revistió y comenzó las ceremonias de la Santa Misa. Durante la introducción, estaba él profundamente inclinado rezando el Confiteor, cuando he ahí que un perro se le acerca y como quien imprime un ósculo de paz, le lame la mejilla derecha. Todos se alarmaron ante el insólito gesto del can; pero el señor Obispo limpióse, sonriendo, la cara con el pañuelo y prosiguió con toda devoción el Santo Sacrificio.

En sus andanzas por el lejano Oeste de San Juan narraba él mismo que en una ocasión, luego de haber vadeado en el sulki un arroyo peligroso, fué a confesar a un viejecito de más de 90 años. Cuando hubo terminado, el anciano le pidió que por favor pasara al rancho vecino para visitar y confesar "a su hijo que era más viejo que él, que era su padre..."



Despedida en la Estación Retiro



Recepción en San Juan

Monseñor no se podía explicar aquel intríngulis de que un padre pudiera ser menor que su hijo. Pero el buen criollo quería significar que su hijo estaba más achacosos que su padre. Como lo pudo comprobar el Obispo cuando confesó también al hijo de 70 años y se dió cuenta de que, efectivamente, el anciano de 90 estaba más fuerte que su heredero.

Al Sur de San Rafael se hallaba una vez Monseñor anotando bautismos y confirmaciones. Le llegó el turno a una pobre mujer del campo, más ignorante que culpada, quien a cada uno de sus numerosos hijos les asignaba padres diferentes. Al fin, el Obispo, que dicho sea de paso se gastaba también su geniecillo, perdió la paciencia y le dijo a quemarropa: —Pero mujer, usted es como un animal...

Y ella, sin alcanzar el sentido de la reprimenda, contestó sin inmutarse: —Más o menos...

Con lo que el buen Prelado se percató que en todo esto había una enorme ignorancia más digna de conmiseración que de reprensiones.

Confirmando en otra oportunidad en Laval, alcanzaron al Secretario la boleta con el nombre de la chica. El Secretario se lo dió con una leve sonrisa en los labios. Y él lo repitió asombrado: —¡Hortaliza! ¿Pero cómo Hortaliza?

—Sí, señor; así le hemo puetto... —dijo la paisana.

—¿Pero usted sabe lo que es la hortaliza?

—No, señor.

—Pues hortalizas son las cebollas, las papas, los ajos...

(Al cabo vinieron a descubrir que la buena mujer le había querido poner el peregrino nombre de Doralisa...).

En una aldea estaba confirmando. Un chico chillaba como endemoniado. No quería dejarse ungir. El Prelado le sonreía y trataba de calmarlo. Al fin se le acercó como para acariciarlo. Y fué entonces cuando resonó en todo el oratorio improvisado una sonora bofetada. Y no era el Obispo el que la había dado, como por derecho le corresponde, sino el que la había recibido... El pobre paisano, en su desesperación no había encontrado otra defensa que cachetear al Obispo.

Este se repuso al punto de la desagradable sorpresa y prosiguió confirmando. Luego decía a los suyos: —Hoy el confirmado ha sido el Obispo...

Otro, en su frenesí de espanto, se le prendió como sanguijuela, de la mitra. Y no había medio de hacerlo desprender. Hasta que acudió el Secretario y puso las cosas en su punto.

Generalmente cuando llegaba a un lugar, se buscaba al más letrado para que pronunciara el discurso de bienvenida. Y cuando no había hombres suficientemente capaces, se recurría a alguna maestra. Pero así y todo, nunca pudo el buen Pastor librarse de títulos y tratamientos muy cómicos. En un pueblecito le llamaban "Su Santidad". Y hasta hubo uno que en el discurso dijo muy enfáticamente: —Vos, Señor, que sois el Santísimo Sacramento...

El bueno de Monseñor dejaba decir y seguía haciendo el bien.

El Prelado de San Juan quería, por encima de todo, el bien de las almas. Por eso cuando en los discursos de recepción, le decían: —Vos, Señor, que venís a confirmar... — él meneaba la cabeza. Y cuando luego le tocaba hablar a él, solía decir: —Yo no vengo a confirmar. Yo vengo a confesar. Vengo a purificar vuestras conciencias, a daros la gracia de Dios. Sin la confirmación podréis salvaros; pero no sin la confesión, si habéis pecado. La confirmación ocupa en mis planes, un lugar secundario.

Confesaba a veces casi todo el día. Frecuentemente llegaba en sus visitas hasta la media noche confesando. Y alguna vez llegó hasta las 2 de la mañana reconciliando hombres que hacía decenas de años que no se acercaban a Dios.

Con ese espíritu de sacrificio a toda prueba, con esa capacidad estupenda para el trabajo, pudo Monseñor llegar, como lo afirmó en cierta ocasión un Gobernador de San Juan, "hasta donde nunca había llegado hombre civilizado". Un año planeó ir a la Laguna Guanacache, donde todavía se conservaban restos de los antiguos indios huarpes.

—Pero ¿va a ir a Guanacache? —le preguntaron.

—¿Y por qué no? También esos pobrecitos tienen alma. También ellos son mis hijos...

—Pero ¿no sabe, Monseñor, que allá no hay agua dulce?

—Yo debo ir —dijo terminantemente él—. Y dispuso que prepararan el viaje. El acompañante le había puesto muchas naranjas y agua en damajuanas. El Obispo, apenas vió eso, preguntó:

—¿Qué hay en esas damajuanas?

—Agua. ¿No ve que allá no hay agua dulce?

—¿Y qué beben ellos?

—Ellos están acostumbrados... pero Su Excelencia...

—Bueno, si ellos beben esa agua, yo también la puedo beber. Deje esas damajuanas. ¿Qué dirían allá si me vieran regalándome con agua dulce?

Y se fué. Huelga decir que volvió enfermo. Pero se amoldó en todo a esa abnegada vida de sacrificio.

Era incansable. Dijimos que a las 5 siempre estaba en pie. Pero a sus acompañantes los dejaba dormir: —Pobrecitos, son jóvenes, —decía.

Y casi siempre, al llegar a un pueblo, antes de ir al reposo, preguntaba a su secretario: —¿A qué hora quieres que te despierte? Con frecuencia los dispensaba del breviario. Pero él no se dispensaba.

Y no se iba a dormir tan rápidamente. Antes de acostarse, abría una especie de costurero que llevaba siempre, limpiaba la sotana, arreglaba cualquier desperfecto y cosía el alza cuello que cambiaba cada día.

Dormía poquísimo. Así se explica lo que oí narrar a un párroco de Mendoza: Mientras una tarde calurosa estaba Monseñor predicando, los sacerdotes notaron que repetía lo mismo que había dicho el día anterior.

—¡Cállate, hijo, —les dijo luego él, cuando lo advirtieron— que me había quedado dormido predicando...

¡Claro! Se quedaba hasta altas horas de la noche arreglando el catafalco para el funeral del día siguiente, tres horas después, a las 4.30 se levantaba para estar a las 5 en el templo y a veces el cansancio lo vencía...

Rendía a todos sus colaboradores. En las giras pastorales comenzaban unos clérigos y siempre terminaban otros. Pero él seguía con los mismos bríos con que comenzaba.

—¡Esto me hace bien! —decía una vez. ¡Después de la visita a Nueva Galia (una misión penosísima...) he aumentado tres kilos!

Era maestro del sacrificio. ¡Cuántos clérigos y religiosos perseveraron en su puesto de abnegación, viendo los sacrificios a

que se sometía el Prelado por el bien de las almas! Esa lección objetiva, patente, luminosa, era más eficaz que una tanda de ejercicios.

—Pero Monseñor, —le decía el P. Cruz, cuando sacerdote recién ordenado, lo condujo a misiones, —yo poco le voy a poder ayudar...

—No importa —replicó él—, en el primer viaje, abre la boca y cierra los ojos; luego en el 2º, ya podrás cerrar la boca y abrir los ojos...

Solía repetir Monseñor, ya en el ocaso de su vida, que el único que no se le había cansado en sus giras pastorales había sido el P. Martín, de los misioneros del I. Corazón de María. Todos los demás se habían rendido ante el empuje formidable de este coloso de actividad.

Un día de mucho calor había comenzado a confirmar a las 14. Llegaron las 16 y seguía llegando gente. Y él con santa paciencia volvía a confirmar y a predicar. Llegaron las 18, las 20 y él seguía confirmando. Los sacerdotes se turnaban. Iban a la trastienda, se refrescaban con cerveza helada y volvían; pero él sólo a las 20.30 consintió en beber medio vaso de cerveza. Y luego, mientras se quitaba los paramentos, ya pasadas las veintiuna, le preguntaba a su familiar, con honda preocupación:

—¿No se habrá escandalizado la gente al verme beber cerveza?

Narraba el Pbro. Arce, Cura de Godoy Cruz, que lo emocionó hasta las lágrimas el verlo en una ocasión. Iban hacia 25 de Mayo. Los caballos estaban extenuados. Hacía un calor insoportable. Para mayor mal de sus males, se rompió una de las ruedas del vehículo. Hubo que proceder a un arreglo sumario allí mismo. Mientras el cochero trabajaba, el Obispo se sentó bajo un algarrobito y se quedó profundamente dormido. A su Secretario le dió en esa ocasión una pena tan grande despertarlo y sintió tan hondo el profundo significado de ese cuadro que tenía ante sus ojos: un Prelado de la Iglesia de Dios rendido, en plena soledad, bajo el peso de sus fatigas apostólicas, que el nudo de la emoción le anudó la garganta y los ojos se le nublaron...

Es que si hay bellezas físicas en la naturaleza, no faltan, gracias a Dios, bellezas morales, en los hombres que tienen un

ideal y el valor para seguirlo hasta la muerte. Uno de ellos fué indiscutiblemente Mons. Orzali: él clavó el ideal de su celo apostólico allá arriba, como una estrella esplendente y lo siguió. Lo siguió hasta el fin, aunque tuviera que dejar jirones de su sotana y de sus carnes entre los abrojos del camino. Por eso hay hondura en su gesto. Por eso hay belleza en su vida.

CAPÍTULO XXVII

EL OBISPO "POETA"

Todo lo dispuesto por el Derecho Canónico y por el Concilio Plenario de la América Latina para Monseñor era una orden perentoria. Y como el Concilio Tridentino y el Plenario ordenaban la celebración de Sínodos Diocesanos, y como para Orzali no existía la palabra "imposible", de ahí que no habiendo aún visitado enteramente su Obispado, ya lanzó la idea de celebrar un Sínodo en San Juan.

No faltaron, desde luego, los pusilánimes, los escépticos: "¡Pero realizar un Sínodo es una cosa muy seria!", "Si otros que tienen más medios no lo celebran ¿por qué nos vamos a meter nosotros en camisa de once varas?", etc. Pero el Prelado presentaba oídos de mercader a estas sugerencias. Y mientras ellos se entregaban a consideraciones platónicas, él sin más emanó, el 10 de abril de 1915, un auto por el que anunciaba la celebración del primer Sínodo de la Diócesis de San Juan de Cuyo, proponía los temas para la importantísima Asamblea diocesana y determinaba las Comisiones de estudio para los diversos temas.

Huelga decir que el 90 por ciento del trabajo era suyo, si no más. Cuando en el verano iba a Mar del Plata, allá arrullado por el murmullo de las olas, en el Colegio Santa Cecilia, estudiaba y rezaba. No era Mons. Orzali hombre de estarse mano sobre mano. Mientras su cuerpo, en esos breves quince días, se tonificaba con el necesario descanso, su alma estaba siempre en actividad. Y fué allí, junto a la playa La Perla, donde concibió, estudió y

redactó el temario del primer Sínodo de su Diócesis. Son nueve los temas que él propone: Curia, Culto, Administración Parroquial, Clero, Religiosas, Seminario, Colegios, Prensa y Obras Sociales. Cada uno de estos temas debían ser estudiados por cuatro o cinco clérigos que él designó en el auto del 10 de Abril.

Y el 24 de Junio del año siguiente convocaba mediante otro auto episcopal, al primer Sínodo Diocesano. Lo hace en forma categórica: "Advertimos que los que tienen obligación de asistir porque así lo hemos dispuesto, no podrán faltar sin causa seria, reconocida y aprobada por Nos y que no podrán retirarse antes de la terminación del Sínodo, sin presentar un motivo justificado ante los Jueces de Excusas", dice textualmente.

Y un mes después, el 15 de julio con otro documento semejante, envía las Constituciones Sinodales para que todo el clero las estudie y opine "según su ciencia y conciencia, delante de Dios anote lo que crea que debe ser modificado, suprimido o aumentado".

Cuando ya estaba próxima la fecha de la celebración del importante congreso eclesiástico, como el Prelado anduviera en visita pastoral por San Luis, el Vicario General, Mons. Isidro Fernández, emanó otro nuevo auto referente al Sínodo, disponiendo especiales preces para invocar las luces del Espíritu Santo y haciendo saber que durante los días de la magna Asamblea, el Sumo Pontífice había concedido Indulgencia Plenaria a todos los fieles que visitaran la santa Iglesia Catedral, a lucrarse en las condiciones de costumbre.

Y dos días después, el 20 de Agosto, el Prelado Diocesano nombraba, por un nuevo documento episcopal, los oficiales del Sínodo. Ellos eran: Secretario, el Canónigo Videla Cuello; Noticiario, el Can. Pedro Argüello; Promotor, el Pbro. Pedro Arce; Jueces de Excusas: Mons. Fernández, Mons. Balmaceda y Can. Castro Figueroa. Y el 30 de Agosto de 1916 Mons. Orzali firmaba la apertura del primer Sínodo.

Luego vinieron los autos designando Jueces y Examinadores Sinodales y finalmente el 1º de Setiembre, el Decreto de clausura del acto. A las 9 del día 30 de Agosto, Su Excelencia precedido por su clero y por sus Canónigos y Vicario General y Obispo Auxiliar, se dirigió a la Catedral. Allí el Prelado celebró Misa Pontifical del Espíritu Santo. Terminada la cual dirigió una alocución a todos los Sinodales acerca del objeto e importancia de la

Asamblea que se celebraba. Luego se dió lectura a los nombramientos anteriormente mencionados. Se aceptaron las excusas presentadas por seis señores Párrocos de la Diócesis y se citó a todos los sinodales para las 16 en la sala del trono. Asistían 42 clérigos.

A la hora indicada tuvo lugar la primera sesión privada para discutir el proyecto de resoluciones del Sínodo. Se aprobaron esa tarde 376 artículos. Al día siguiente, luego de un funeral por los clérigos difuntos de la diócesis, prosiguieron las deliberaciones. En la mañana se aprobaron los artículos que van del 376 al 1068 del proyecto presentado por el Prelado. Y se leyeron los telegramas del Sumo Pontífice, del Sr. Nuncio y del Sr. Arzobispo de Buenos Aires. Por la tarde se aprobaron los demás puntos del proyecto que contiene en total 1.719 artículos. ¡Obra monumental que había realizado Mons. Orzali solo, sin más colaboradores que su sólida ciencia eclesiástica, tal cual libro referente a esa materia y su enorme experiencia de Cura Párroco esmerado y laborioso!

A medida que avanzaban las sesiones y la discusión animaba el ambiente, los pesimistas se sumaban a los que siempre creyeron que en San Juan también era posible celebrar un Sínodo Diocesano. Finalmente el día 1º de Setiembre, se celebró la solemne sesión pública de clausura del Sínodo. A las 9 el Prelado cantó Misa Pontifical, después de la cual se rezaron las preces que dispone el Pontifical Romano. Luego Mons. Orzali se dirigió a los sinodales y al pueblo encareciendo la importancia de lo que se acababa de legislar y pidiendo a todos observaran estrictamente lo dispuesto en el Sínodo. Acto continuo se pasó lista de los sinodales y finalmente se cantó un solemne Te Deum en acción de gracias. Se cerró el acto con la Bendición Pastoral del Prelado. Eran las 11 del 1º de setiembre. El Obispo exultaba. Su plan se había impuesto. La idea largamente acariciada había tenido una magnífica concreción en esos días de gloria... Su trabajo, diuturno y paciente, se veía coronado con un éxito insospechado.

Al año siguiente, 1917, podía Monseñor ver reunidas en un volumen impreso en San Juan, las resoluciones de su primer Sínodo. Todo en él es orden y método: se divide el volumen en Libros, éstos en Capítulos, los Capítulos en Títulos y éstos en Artículos. Al fin trae una serie de apéndices: primero el programa general de Teología para el examen de los clérigos, luego los ceremoniales para la recepción del nuevo Cura para las primeras

Comuniones, etc. A continuación va una serie de 13 reglamentos para las distintas asociaciones, cofradías y obras sociales de una parroquia. A continuación contiene un acápite con todos los formularios para las partidas, informaciones matrimoniales y libros parroquiales. Son 25 formularios utilísimos para el que tiene cura de almas. Y al final del grueso volumen se encuentra todo lo referente a la Música Sagrada. Todo: hasta las partituras de los principales cánticos que se entonan en el país.

Hay en este volumen de más de 400 páginas tanta minuciosidad en los pormenores de cada capítulo, tanto esmero en el estudio de cada tópico, tanta precisión en los términos que se ve bien a las claras que en todo él han andado la meticulosidad insanable del Obispo de Cuyo. Cuando el Sínodo establece que el clérigo "siempre se ha de presentar en público correctamente vestido, limpio, afeitado a lo menos dos veces por semana, en forma que su presencia indique la de una persona culta e inspire aprecio "no podemos no ver al Prelado de Cuyo que predica primero con el ejemplo y luego con la palabra. Cuando dice "está prohibido el tener caballos de carrera para hacerlos entrar en las carreras y tener gallos de riña con el mismo fin", descubrimos al Pastor celoso de siempre que aborrecía cuando pudiera desdecir del carácter sacerdotal y alejaba de sus clérigos cuanto fuera indigno del austero discípulo de Cristo.

Mil setecientos diecinueve artículos no se ventilan en tres breves sesiones. El trabajo, el enorme trabajo de compilación fué de Mons. Orzali, realizado allá a orillas del océano en Mar del Plata, en la soledad de su casita blanca, mirando al Cielo y al mar y rezando largamente frente al primer sagrario que tuvo la hoy gran ciudad balnearia. Ahí, junto al Señor Sacramentado, dialogando con El, en sus largas horas de adoración, es donde nació el Sínodo Diocesano. Y ahí, en esa casita blanca que mira al mar, es donde el Obispo dinámico por excelencia, escribió esas cuatrocientas páginas densas de pensamiento, de vida sacerdotal y de espíritu eclesiástico.

El Sínodo, a tenor de Derecho, debe celebrarse cada diez años. Y bien: antes de cumplirse el decenio, entre los días 15 y 18 de Junio de 1926, ya Mons. Orzali celebra su segundo Sínodo Diocesano. Y consecuentemente al año siguiente, 1927, publica un segundo volumen, esta vez editado en Mendoza. No le fué

difícil celebrar el segundo cuando tenía ya la experiencia del primero y la codificación completa de todas las leyes diocesanas impresa.

Al terminar el primer Sínodo, les decía a los sacerdotes: "¡Gracias a Dios! ¡Hemos celebrado nuestro primer Sínodo! Ahora a trabajar. Nadie podrá decir que no sabe que hacer: que faltan orientaciones. En este libro está contenido un enorme programa de trabajo que deberá irse haciendo paulatinamente. Por de pronto, varias de estas obras ya se pueden iniciar, según lo que he visto en la visita minuciosa de la Diócesis que he realizado. No hay más que poner un poco de buena voluntad y espíritu de sacrificio. Creo que hemos conseguido, por lo menos, la uniformidad en todo sin destruir las iniciativas individuales. Y eso ya es algo".

El 10 de Octubre de 1935, ya en las postrimerías de su afa-nosa vida ejemplar, rubrica un Auto "Sobre la celebración del Tercer Sínodo Diocesano". Dice ahí: "Hemos resuelto celebrar otro Sínodo, que será el primero del Arzobispado, el año próximo en la fecha que oportunamente se fijará".

Pero el año siguiente las enfermedades que dieron con el atleta en tierra por un lado, los naturales achaques de la vejez por otro y absorbido por las celebraciones de sus Bodas de Oro sacerdotales y de Plata episcopales, no le fué posible llenar sus deseos.

Ya en la ancianidad, allá en 1937, con 74 años a cuestas, después de su quinta visita pastoral completa, escribe largamente a sus sacerdotes y les recuerda el Sínodo, diciéndoles: "Es el tratado de Teología Pastoral más apropiado al carácter y a las necesidades de nuestra Arquidiócesis, y el que debe conocer más y mejor el Clero de la misma".

É insiste en ese documento en querer celebrar el tercero: "Debiendo en este año celebrar el nuevo Sínodo, recomendamos remitirnos todo lo que según su criterio deba modificarse, quitarse, añadirse en lo dispuesto por el Sínodo anterior".

Pero estaba de Dios que su tercer Sínodo debía ser una de las preocupaciones que el viejo luchador se llevara a la tumba...

Tratando el Prelado del Clero en particular, tiene en el primer volumen un Título dedicado al Obispo. El último artículo de ese Título reza así: "En privado, el sacerdote ha de tratar

a su Obispo con toda llaneza, libertad, cariño y franqueza, como a su verdadero Pastor y Padre en Cristo.

Y así le gustaba que lo trataran a él sus clérigos: con libertad, cariño y franqueza. En la intimidad, nada de estiramientos ni de empaques artificiales: sencillez y familiaridad era lo que él deseaba. Y lo que, gracias a Dios y a su enorme ascendiente sobre el Clero, siempre consiguió de los suyos. Vaya este botón para muestra:

Era en los días en que había visto la luz el primer volumen, poco después del Sínodo Diocesano. Con el Prelado conversaban amablemente varios de los sacerdotes de la Curia. Hablaban de artistas, poetas y músicos. Como entre los presentes había algunos que pertenecían a estas dos últimas categorías de personas, Monseñor, para ponerlos buenamente en solfa, dijo estas palabras: —Yo, de poetas y de músicos no quiero saber nada: estos señores viven generalmente en la luna...

Todos miraron al poeta y al músico presentes y rieron a todo trapo de la intencionada alusión. Pero he ahí que uno de los curiales, sale en defensa de sus camaradas, interpelando al Prelado de este modo:

—Pero vea, Monseñor, que S. E. también es poeta...

—¿Yo poeta? ¡Jamás he escrito un solo verso!

—Y sin embargo yo acabo de leer un tomo de poesías escrito por Mons. Orzali...

—¿Cuál es ese tomo?

—Pues el Sínodo Diocesano...

Huelga decir que ahora todos los presentes rieron a mandíbula batiente, incluso el aludido. Cuando cesó el alborozo provocado por la ocurrencia, el Prelado prosiguió diciendo, en voz baja, como recalcando un programa largamente meditado, como subrayando un ideal acariciado por muchos años: —“No; no será un tomo de poesía... Trataremos de que no sea tal cosa. Con la ayuda de Dios y la buena voluntad de todos, hará mucho bien”...

Y creemos firmemente que mucho bien ha hecho ese Sínodo y el siguiente. Uno de los sinodales, el Canónigo Argüello, dice al respecto: “Lo menos que produjo el Sínodo fué esta hermosa realidad: estimuló a las almas de verdadero espíritu apostólico, despertó a las indiferentes y produjo en las que estaban al mar-

gen del deber, el saludable sentimiento de la vergüenza y del remordimiento, que eran los tres movimientos que experimentaban las conciencias ante la admirable labor del Prelado”.

Si ser poeta es ser optimista; si ser poeta es tener ideales; si ser poeta es dejar a un lado la materia para lanzarse en vuelo fantástico a las regiones del espíritu; si ser poeta es tener alas para remontarse a las cumbres donde sólo planean los héroes y los santos: entonces yo también, como el clérigo de la Curia de San Juan, diría que Monseñor Orzali era un auténtico poeta. Poeta que no hace versos; pero que siente la belleza. Poeta que no cuenta las sílabas; pero expresa hermosamente pensamientos grandes. Poeta que ignora la bohemia; pero que vive delirando con el más sublime de los ensueños: el de ser bueno y hacer buenos a los demás...

CAPÍTULO XXVIII

EN PARIS COMO EN TUCUNUCO

El apóstol es necesariamente un predicador. Porque como dice muy acertadamente S. Pablo: "Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi" (Rom. X, 17): La fe viene por el oído y a él se llega por la palabra de Cristo. No hay misión, pues, más apostólica que predicar. El sacerdote es ante todo y sobre todo un sembrador de verdad. Para el Ministro del Evangelio la predicación es misión específica. La palabra, el verbo, en boca de los sacerdotes de Dios, es como el instrumento para ir transmitiendo de generación en generación la fe de nuestros mayores.

Y Mons. Orzali, a fuer de auténtico apóstol de Cristo, fué un paladín de la palabra, un campeón de la fe y un apasionado de la predicación. El predicó toda la vida, en todo lugar, a todos. Y si cuando estaba en Santa Lucía y San Miguel no dejaba domingo sin enseñar la verdad católica al pueblo, cuando llegó a Obispo sintió más hondamente esa responsabilidad. Si antes predicaba nueve veces en cada fiesta, cinco minutos por Misa, ahora llegó a predicar siete sermones: cuatro a las religiosas que hacían Ejercicios y tres conferencias de misión en la parroquia.

No era, desde luego, un orador de campanillas. El no había nacido para eso. Su temperamento no era para vuelos retóricos, ni para imágenes sublimes, ni para arrebatos líricos. Orzali fué siempre un maestro: enseñaba sencilla y llanamente el Evangelio. Pero lo enseñaba siempre y lo subrayaba con su ejemplo,

que es la mejor manera de enseñar. No era torrente que se despeñaba, sino arroyo manso que irrigaba las verdes campiñas de las almas. No era el aguacero que barre sino la lluvia silenciosa que penetra y fertiliza.

Entre pastorales y autos tiene hasta ocho documentos que se refieren a la predicación. Solamente en los dos primeros años de su episcopado emanó tres. Impresiona ver a este gigante gritando en todos los tonos y a todos los vientos: "Los Curas predicarán por sí, o si están legítimamente impedidos, por otro, todos los días festivos y en cada una de las Misas de horario..." "En cada Misa se predicará durante cinco minutos..." (Set. 14 de 1912). "La ignorancia en materia de religión es muy grande en nuestra época y alarma justamente a las personas sensatas... Es deber nuestro muy grave tratar de conjurar en lo posible mal tan funesto..." (Nov. 20 de 1912). Y en ese auto determina los temas de predicación para todo el año 1913, norma que seguirá mientras él pueda gobernar la Diócesis. Sólo en enero de 1939 se dejan de publicar esos temas en el Boletín. ¡Como si después que este fanático de la palabra de Dios cayó rendido por las fatigas, se hubiera querido hacerle el homenaje del silencio. El 9 de mayo de 1914 insiste: "Nunca debe omitirse la predicación... Como veis, el mandato es bien claro, explícito y terminante".

Y así durante toda su vida.

Y lo que él pretendía de sus clérigos, era el primero en ponerlo por obra. El jamás se negó a predicar. No sólo, sino que si no lo invitaban a hablar, no le parecía bien. El creía que el Obispo siempre y dondequiera debe predicar, anunciar la buena nueva, irradiar la luz de su palabra.

Eso sí, nada de arrebatos exhuberantes ni de vuelos ciceronianos. Le gustaba la sencillez. Una vez había predicado un clérigo un entero novenario. Y lo había hecho en forma llana, abordando temas relativos a la práctica de la vida cristiana. Cuando terminó su cometido, el Prelado sanjuanino lo llamó y le dijo:

—Lo felicito porque ha predicado como el Obispo...

—¿Y cómo predica el Obispo? — respondió el sacerdote extrañado.

—Sencillo... — contestó Monseñor.

En otra oportunidad un predicador debía reemplazarlo a él

que se hallaba afónico. Cuando llegó el momento de darle la bendición, le dijo al oído:

—Reemplace bien al Obispo...

—¡Es difícil, Monseñor, reemplazar a un Obispo! — replicó el otro.

—No, Padre, no es difícil reemplazarme a mí: basta hablar de cosas prácticas y al alcance de todos.

Efectivamente él siempre hablaba así: de cosas prácticas y al alcance de todos.

Si alguna vez elevaba el tono y hacía tal cual incursión por el campo de la elocuencia, siempre cuidaba de no perderse en palabras, sino de mantenerse dentro del ámbito de lo práctico y comprensible.

Alguien le oyó decir más de una vez: “El Obispo no es orador de campanillas”. Y como le preguntaron quienes eran oradores de campanillas, contestó: —“Los que predicán con palabras altisonantes, como si predicaran para sí mismos, los que se van por los Cerros de Ubeda, en vez de ir al auditorio que está siempre ávido de escuchar la auténtica palabra de Dios. A veces el orador de campanillas es un talento y habla de cuestiones teológicas o filosóficas que requieren para su comprensión una preparación que el 90 % de nuestros auditorios no la tiene. Dejemos esos temas para reuniones especializadas”.

Era en el Santuario de Rodeo del Medio. Habían llamado a un predicador de fama para que dictara tres conferencias sobre la Eucaristía como preparación para la Comunión Pascual de Caballeros. Cuando el orador llegó a la última, la noche antes de la gran jornada eucarística, el P. Boyle vió que el Prelado, que estaba oyendo en la sacristía, se paseaba nervioso por todo el largo de la misma y meneando la cabeza decía: —Estamos perdidos... Me ha arruinado el programa... Estoy seguro que nadie le entiende una palabra...”

El orador había hablado teológicamente sobre el misterio eucarístico; pero la buena gente de Rodeo no entendía pizca de todo eso...

Otra vez oía a un predicador que se explayaba en disquisiciones filosóficas y citaba a los grandes maestros de la filosofía pagana. Mons. Orzali meneó otra vez la cabeza, diciendo, con sorna esta vez, y envolviendo en suave ironía su amargura: —“Se

ve que ha leído mucho... Yo no sé dónde encuentran tiempo para leer a esos autores". Y luego, como inflamado en fuego sacro, prosiguió: —"Si estuvieran todo el día confesando, atendiendo enfermos, consolando a los pobres, a los que sufren, preparando niños a la primera comunión, no les quedaría tiempo para ocuparse de autores que no enseñan más que a darse bombo de eruditos..."

El hacía conferencias. Pero sus conferencias eran una exposición sencilla de temas prácticos, perfectamente al alcance de todos.

Una vez se le presentó una Comisión de jóvenes para pedirle un triduo de conferencias en preparación a una jornada eucarística.

El Prelado accedió de buen grado, pero para darles una lección, antes les preguntó con cierta socarronería ajena a su carácter: —¿Qué clase de predicación desean Uds.?

—Y... deseamos unas conferencias de esas lindas que sabe hacer Monseñor...

—Está bien: pero ¿quieren que predique de primera, de segunda o de tercera clase?

—De primera, Monseñor, de primera, —se apresuraron a decir todos a coro.

—Entonces me parece que se han equivocado en la elección del orador. Yo apenas predico de tercera clase.

—Pero Monseñor... —dijeron los muchachos estupefactos.

—Sí, es así. Y les explicó: "Yo creo que uno predica de primera clase, cuando ni el orador ni el público entienden jota de lo que se predica: términos difíciles, ideas rebuscadas... De segunda clase predica el que entiende el orador pero el público no. O el tema o la forma no están al alcance del auditorio. Cuando más será para dos o tres doctores que haya entre los oyentes; pero el 90 % queda en ayunas... Y cuando el orador sabe bien lo que dice y lo entiende todo el auditorio, cuando baja de las alturas retóricas hasta el llano de la sencillez, cuando deja las especulaciones metafísicas para tratar de las realidades de la vida cristiana, entonces predica de tercera clase. ¿Quieren Uds. que les predique así? Yo no sé predicar nada más que de tercera..."

Los jóvenes rieron con gusto de la salida del Prelado, le besaron el anillo y se fueron agradeciendo de antemano las ju-

gosas conferencias que luego les brindó adaptadas a su ambiente y a su mentalidad.

“Ha predicado sin literatura” — decían algunos.

—No; —corregía un sabio sacerdote— ha predicado con literatura. Con la sublime literatura del Evangelio, que es a la vez la más elevada y la más sencilla, la más profunda y la más accesible a toda inteligencia”.

Solía decir que él se había formado en las obras del P. Claret. Y su modo de predicar indicaba bien a las claras que había ido a beber no en las fuentes emponzoñadas de la literatura culterana, ni en libros de alambicados guirigays, sino en obras realmente macizas.

Quería que se predicara brevemente, pero eso sí, materia bien preparada y jugosa. En cierta ocasión un predicador se llegó hasta su trono para pedir la bendición antes de subir al púlpito, y él, al dársela, mientras el clérigo le besaba el anillo, le dijo al oído: —*Esto brevis et placebis...* (1).

Cuando en 1925 regresó de su tercera visita “Ad Límina”, publicó una extensa carta pastoral, donde no puede dejar de ocuparse de su tema favorito: la predicación. Y dice ahí: —“Debe hacerse brevemente. Como se ha de predicar en todas las Misas, debe tenerse en cuenta que ello no resulte molesto ni que sea una dificultad para las personas que por sus ocupaciones, no pueden disponer de mucho tiempo. Esta predicación no debe pasar de cinco minutos en cada Misa... Sabemos, y lo lamentamos de veras, que no todos nuestros Sacerdotes cumplen esto ni se sujetan a este sistema a pesar de ser obligación en la Diócesis por disposición Sinodal”.

Y explica el celoso Prelado de dónde tomó él la idea de esa predicación sintética: “Hemos visto aplicado este sistema en las Iglesias Católicas de los Estados Unidos, aconsejado primero y ordenado después por los Prelados de algunas Diócesis. Varios de ellos, especialmente el Emmo. Card. Gibbons, célebre Arzobispo de Baltimore, nos confirmaron los excelentes resultados de ese sistema”.

En esa pastoral dispuso que en la campaña antes del Sermón del día que se suele predicar en la novena pastoral, se predicara una plática doctrinal por espacio de un cuarto de hora. Bien sa-

(1) Sé breve y agradarás.

bía él que el pueblo grueso del interior generalmente se queda en ayunas después de los grandes sermones. Por eso quería para él, ese alimento indispensable y sólido: la plática doctrinal.

Cuando predicaba en San Juan, la catedral se llenaba. La gente lo entendía y por eso lo escuchaba con gusto. Todo el mundo quiere comprender las cosas. Solamente los fatuos van a las conferencias que se dictan en francés y salen de ellas sin haber entendido un rábano a fin de que se diga que ellos fueron a escuchar al hombre que habló en la Sorbona...

Improvisaba con facilidad. Como no tenía recursos de alta retórica, como la fuerza de su elocuencia estaba en la limpidez de la idea, le resultaba siempre fácil improvisar.

Tenía el don de la oportunidad. Sabía aprovechar todas las circunstancias favorables para causar buen efecto en el auditorio.

No tenía voz muy agradable; pero era sonora y vibrante. Se lo escuchaba con facilidad y con gusto no obstante lo desapacible del timbre vocal.

Cuando en 1926 fueron repatriados los restos del clérigo Castro Barros, Mons. Orzali al rendirles homenaje, de paso para la Rioja, en la Iglesia de San Francisco de Mendoza, como a último momento faltase por indisposición el Pbro. Dr. Peralta que debía pronunciar la Oración Fúnebre, debió improvisar. Y a fe que lo hizo bien. Los que lo oyeron dicen que nunca picó tan alto su elocuencia como esa vez que se entregó de lleno en alas de la improvisación.

Una de las felicitaciones más cordiales y eminentes que recibió en su vida de sembrador del verbo divino, fué sin duda la de Mons. Espinosa, su amado metropolitano. El Arzobispo de Buenos Aires lo invitó a predicar en la Catedral porteña para la fiesta titular de la Sma. Trinidad. Cuando bajó del púlpito el obispo de San Juan, Mons. Espinosa, siempre sencillo y cordialmente llano, lo felicitó, diciendo: —Finalmente hemos entendido algo de la Sma. Trinidad: hasta ahora siempre nos hablaban de "procesiones" y "generaciones" y no entendíamos nada...

¿Cómo había tratado el tema Mons. Orzali? Pues había propuesto a la Sma. Trinidad (la familia divina), como modelo de la familia cristiana y como la Sma. Trinidad entra en la administración de todos los sacramentos, por ahí se había apeado

él, siempre práctico, para recomendar la frecuencia de los santos sacramentos.

Los viejos sanjuaninos recordarán siempre los octavarios que predicaba Mons. Orzali llenos de unción y de paterna bondad. Allí, mezclado con su pueblo, teniendo a su alrededor a ancianitas y niños, a viejos y a doncellas, a ricos y a pobres, a intelectuales y a zafios, el Prelado se transformaba y tenía entonces no sé que dejos del Divino Maestro...

Esas "Siete Caídas" que se predicaban tradicionalmente en la Parroquia de La Merced de San Juan, se las reservaba él para sí, porque ahí estaba todo su pueblo, su querido pueblo cuyano.

Durante los pontificales también solía predicar. Y era entonces impresionante verlo: de pie, cayado en mano, con la mitra preciosa en la cabeza, haciendo relucir el anillo cuando hablaba a sus fieles con esa voz reposada y mansa y esos ademanes amplios y orientadores.

Huelga decir que él no escribía sus sermones. Tenía eso, sí, el plan. Escrito o in mente; pero siempre comenzaba a hablar con un plan predeterminado. Nunca leyó discursos. Aun cuando le tocó hablar en Academias, él siempre improvisó. Tenía "copia verborum" y "usus loquendi". Con eso le bastaba. Desdeñaba el encanto de la palabra y el poder fascinador de la elocuencia castelariana: eso no era para él. El había escogido un justo término medio entre las Filípicas de Demóstenes y las pláticas camperas del Cura Brochero.

Esta costumbre de no leer, lo puso alguna vez en aprietos. Era nada menos que en París. Había llegado en noviembre de 1924. Algunos amigos le comprometieron a que hablara en un Congreso Católico de la Industria y del Comercio que se celebraba en la Ciudad Luz. Debía hablar en francés, naturalmente. Y se trataba de una conferencia. Había que escribirla. Y luego leerla. Pero como él no se avenía a eso de "leer" los discursos, optó por llevar una cantidad de cartillas a la cátedra y una vez allá, las iba pasando a medida, que, trabajosamente pronunciaba su conferencia en idioma extraño. Todos creyeron que había leído. Pero en realidad había improvisado, como siempre, aun cuando tuvo que hacerlo en francés.

Así era él: subiendo al púlpito o a la cátedra, lo hacía en nombre de Dios y sólo para irradiar el bien. Por eso lo hacía con

plena confianza. No tenía vanos temores porque no tenía ambiciones. Sabía que Dios lo ayudaría en todo momento porque trabajaba por El, hablaba de El, lo imitaba a El.

Por eso también cuando habló en aquel Congreso de París, lo hizo con la misma sencillez y con el mismo aplomo que cuando hablaba a sus "changos" en Tucunuco o en cualquier otro lugar apartado de su inmensa Diócesis.

CAPÍTULO XXIX

PASTOR BONUS

Una de las sentencias más emotivas que pronunció el Divino Salvador fué aquélla: “Ego sum Pastor Bonus”: Yo soy el buen pastor. Pastor; y buen pastor. Que se desvive por sus ovejuelas. Que muere, si es necesario, por su rebaño. Y contrapone Jesús el buen pastor al mercenario, al asalariado, al que trabaja por interés. Cuando retrata así el Señor al buen pastor parece estar perfeñando la figura de Mons. Orzali.

Precisamente porque toda su vida fué un esfuerzo constante por imitar a Jesucristo, logró realizar en sí el ideal del buen pastor. Bien sabía Orzali que el bien que realiza un Obispo estará siempre en proporción directa con el grado de bondad que alberga su corazón. De ahí que en sus propósitos de consagración episcopal decida: “En mis sermones seré siempre bondadoso”, “En el confesionario seré siempre muy bondadoso, caritativo y paciente”, “Seré sumamente afable, cortés y jovial con todos, especialmente con los pobres y con los que en cualquier forma me hubieren agraviado”, “Nunca reprenderé en público, ni de mal modo, ni en forma hiriente a mis súbditos”, “Nunca recordaré en público las faltas de ninguno. A solas o en privado, lo haré cuando lo exija la caridad o el bien del individuo o de la Iglesia. Nunca hablaré mal de nadie, en especial de los que me hayan hecho algún mal moral o material. Y trataré de cortar toda murmuración en mis sacerdotes. Sufriré callado, sin contestar, con paciencia, los insultos de la calle”.

Hacer bellos propósitos es fácil. Todos los que, por la bondad de Dios, hemos llegado un día feliz a las gradas del altar, hemos formulado, en esas horas de místico fervor, resoluciones generosas. Pero lo que cuesta es cumplirlas... Lo que cuesta es templar el alma en el día memorable a tal punto que a los treinta, cuarenta, cincuenta años no se haya destemplado... Que las cuerdas no hayan aflojado, que las flores conserven el perfume de la primavera. Eso es lo raro. Y en Orzali eso es lo maravilloso. Hoy yo leo los propósitos de su consagración episcopal y echo una mirada sobre su cuarto de siglo de Obispo: comparo y encuentro una magnífica ecuación entre lo que se propuso y lo que realizó. Lo grande en esta vida vivida es esa estupenda unidad de acción que va desde la cuna hasta el sepulcro. La hermosura del alma de este Prelado es la hermosura de la pampa: su línea horizontal.

Quiso ser buen pastor. Y lo fué no un día sino veintisiete años, hasta su muerte. Se dice pronto: "Quiero ser bueno". Pero serlo de veras durante un año, diez años, treinta años, significa una paciencia heroica, un dominio de sí mismo verdaderamente extraordinario y una voluntad de hierro.

Mons. Orzali fué buen pastor. Lo fué hasta la exageración. Mons. Fernández dijo: —"Tiene quizás un defecto: es demasiado bueno... ¡El defecto de las almas grandes!" Conversando con algunos de sus clérigos he oído de sus labios, expresiones como éstas: —"El único defecto que tenía Monseñor era su exceso de bondad"... "Tenía el vicio de la caridad"... Un abogado sanjuanino me habla de la "excesiva indulgencia de Mons. Orzali". Si en algo ha pecado este pastor de la Iglesia ha sido por exceso de benevolencia, de generosidad para con los suyos. Pero ¿es que se puede pecar por exceso cuando se habla de amor y de caridad? Para ella no debe haber fronteras. No debe haber hitos. El ámbito de la caridad debe ser infinito como es infinito Dios, que es Amor.

Por eso fué amado Mons. Orzali: porque fué bueno. Nadie duda que ese porteño desconocido que llegó un día, cayado en mano y con reluciente mitra a tierras cuyanas, fué querido por su pueblo. Bien sabemos todos que "el tonito conquista". Para los provincianos, obispo provinciano: que les hable como hablan ellos, con sus modismos, con sus frases autóctonas y con ese matiz característico que llamamos el "tonito provinciano". Y bien: no obstante su carencia de "tonito", Mons. Orzali conquistó a su

pueblo. Le faltaba provincialismo; pero le sobraba caridad, que vale más que todo.

Lo quisieron de veras. Una vez en San Luis, lo llevaba Mons. Ponce por lugares abruptos de la sierra. Era un camino de herradura, que luego acababa y seguía el monte bravío. Y había que llegar a un lugar donde esperaban al Obispo. ¿Cómo? No había caminos. El Prelado se disponía a ir a pie. Pero una buena cantidad de obreros se pusieron a sus órdenes para hacer una picada en el monte. Diciendo y haciendo. Y al otro día el Obispo pudo pasar con su viejo sulky rumbo al pueblecito perdido entre las sierras.

Los políticos que ha tenido San Juan no han sido, en general, los más fervientes católicos. Los ha habido de subido tinte izquierdista. Y bien: todos los gobernantes, cualesquiera fueran sus ideas, apreciaron, respetaron y favorecieron a Mons. Orzali. En eso estaban de acuerdo: en el aprecio por el pastor de la Diócesis.

Con sus sacerdotes no fué el superior: fué el padre. Todos los años, el día de su santo, el 19 de marzo, invitaba con esquila escrita de su puño y letra, a todos los clérigos que podía —todos los de la ciudad y aledaños— y les ofrecía un banquete. Y eso siempre: hasta sus últimos días. Cuando llegaba uno de otro país o de otra diócesis, él, luego de una batalla entre los cánones, la disciplina por un lado y su corazón, su inmenso amor a su prójimo, su ingénita bondad por otro, acababa siempre por admitirlo. Alguna vez le echaron en cara que era demasiado fácil en admitir sacerdotes exclaustros o clérigos extradiocesanos. Y fué entonces cuando se lo oyó, con los ojos empañados de lágrimas y sus dos largos brazos levantados al cielo, decir: —¿Pero quieren Uds. que yo deje a ese hermano mío tirado en la calle? Yo no puedo...

¡Y cuántos sacerdotes se salvaron así! Curados no con penas canónicas sino con el ungüento suave de la caridad y lavados con las lágrimas propiciatorias del obispo Orzali. Quien escribe estas páginas ha oído a alguno de ellos y ha visto asomar las lágrimas a sus ojos al solo recuerdo de la bondad misericordiosa del gran Pastor.

La niña de sus ojos eran sus sacerdotes. ¡Que no le tocaran a "sus" sacerdotes! ¡Que no le fueran con acusaciones, con denuncias o con chismes! Si era el caso él averiguaba y reprendía ca-

ritativamente al culpable; pero ante los fieles el sacerdote era siempre lo que debe ser.

Cuando Mons. De Andrea estuvo en San Juan, lo felicitó por eso: por la unión que notó entre Prelado y sacerdotes.

Quería que entre seculares hubiera perfecta armonía. El mismo fomentaba la unión, celebraba reuniones de ambos cleros, hablaba siempre bien de los religiosos ante los clérigos y no permitía que éstos, en su presencia, los criticasen. Amó a todos los religiosos por igual. Pero tuvo por los PP. Jesuítas, sus maestros del Seminario, por los PP. Salesianos, sus amigos desde que conoció a su fundador y por los PP. del Corazón de María, sus fieles compañeros de misiones, una especial predilección.

¿Y qué diremos de su cariño por sus hijas las religiosas rosarinas? Huelga decir que si esa Congregación nació, creció y se desarrolló al conjuro de su palabra, fué porque esas jóvenes ávidas de vida espiritual encontraron en él a un Padre, a un buen pastor. Las Hermanas rosarinas sabían que tenían en él al ángel tutelar. Mientras vivió Orzali fué todo para ellas; hoy que no lo tienen, su recuerdo las fortalece y sus enseñanzas les iluminan la ruta.

Era en las vísperas de una fiesta. Una hermanita, Sor Esperanza, recibió orden de matar una gallina y dos pollos para aumentar la alegría de la comunidad con un yantar menos magro que el ordinario. Y fué tal el entusiasmo de la buena monjita, una vez que entró a matar volátiles que en lugar de 3 mató 5. ¡Y ahí fué el susto de la pobre cuando se dió cuenta de la hecatombe! ¡Qué diría la vicaria! ¡Qué hacer? Pues, como el Fundador estaba en casa, correr a él y contarle todo.

—Déjalo por mi cuenta... —le dijo el Padre.

Luego llamó a la Vicaria y le preguntó: —¿Cuántas gallinas ha hecho matar para la fiesta de mañana?

—Tres, Monseñor, —replicó aquella.

—Es muy poco, Hermana; hay que hacer matar por lo menos dos más...

Y la Hermana Esperanza recibió orden de aumentar el número de víctimas, cuando ya las tenía desplumadas y rellenas...

Otra vez la misma rompió un vidrio. Había que ir a acusarse. La superiora era una alemana temible. La pobrecita temblaba. Nuevamente acudió a su Padre y éste no la defraudó: —Toma cinco pesos, —le dijo— y vete a acusarte...

Y así naturalmente, la admonición murió ahogada en la caridad del Prelado y en su intervención generosa.

Pocos meses antes de morir recibió una noticia soberanamente feliz para él. Se trataba nada menos que de la aprobación por Roma de su Instituto. En ese momento la alegría lo inundaba. Lo rodearon sus hijas y lloraban todos de contento. Pero ellas lo vieron luego ponerse triste, como si una nube negra hubiera cruzado por el cielo de su alma. Inquiriéronle la causa. Y él les contestó: "Me apena pensar que hay varias Congregaciones de religiosas que no han podido conseguir lo que Uds. han conseguido..."

El hombre bondadoso extendía su amor hacia todos igualmente.

Cuando llegaba a una parroquia en tren de visita pastoral, solía decir al Cura:

—Señor Cura: ahora le toca descansar a Ud.

—¿Por qué, Monseñor?

—Y... porque le viene un Teniente...

—¿Qué Teniente?

—Este que está aquí... —Y ponía la diestra sobre el pecho.

Y comenzaba a ayudar a su Párroco, trabajando no por un Teniente sino por varios a la vez.

No abandonaba a sus sacerdotes. Los cuidaba, guiaba, instruía. Su enorme experiencia parroquial le sirvió admirablemente para esto. Si flaqueaban, los llamaba y allí, a solas, con los ojos grávidos de lágrimas hasta deshacerse en llanto, les pedía por las entrañas misericordiosas de Jesucristo, que se corrigieran; pero no les aplicaba censuras. Una de las veces que fué a Italia para la visita "Ad Límina", el Pontífice le preguntó: —¿Cómo va ese libro de Censuras?

—Muy bien, Santidad, replicó Orzali, —está en blanco...

—¿Y el Tribunal Eclesiástico?

—Magnífico: nunca ha funcionado...

El Papa sonrió complacido. Estaba en presencia de un buen pastor.

Orzali nunca negaba una recomendación. Son centenares los que andan por ahí ganándose honestamente la vida, porque Mons. Orzali les abrió las puertas de un empleo con la ganzúa de su caridad. Después de su muerte, llegó a San Juan un hombre del

pueblo. Iba de Chascomús, provincia de Buenos Aires. Envuelta en papel de diario llevaba una placa de humilde metal. Era un obrero que una vez en el tren le había pedido una recomendación y con ella había conseguido pan para sus hijos. El ferroviario, agradecido, llevó la placa y la colocó sobre la tumba del Prelado en la catedral. Y ahí estuvo, llena de paragramas y errores de sintaxis, pero elocuente como la que más, hasta que el terremoto de 1944 vino a arrebatarlos tan precioso documento.

Dice el P. Soriano que para el Sr. Mihura, Director General de Correos, Mons. Orzali era como de la familia: ¡tantas eran las tarjetas y esuelas que de él recibía, con recomendaciones!... A sus seminaristas les daba tales muestras de cariño que los ligaba insensiblemente a su vocación. Era amable, sencillo, jovial con ellos. Algunos años para el día de Pascua solía nombrar "Rector del Seminario" al más pequeño de todos. Luego le daba \$ 50 para que comprara lo que más agradara a sus "súbditos". Y como es natural, ese solo hecho era motivo de alegres comentarios en todo el instituto.

Por eso uno de sus sacerdotes me decía en San Juan: —El vacío que ha dejado Mons. Orzali no se llena ni con tres.

Era bueno con todos igualmente. Los mozos le servían siempre café especial y se esmeraban en servirlo mejor que a nadie. Una vez un viajero notó esa preferencia y lo dijo a los mozos del tren. Uno de ellos le contestó: —Cuando usted nos dé las propinas que nos da ese "cabaiero" lo trataremos como a él...

Porque el Obispo cuyano era magnífico en sus dádivas. Cuando llegaba a Mendoza los changadores se disputaban sus maletas como un tesoro. Tuve oportunidad de conversar extensamente con uno de ellos, Capello, un buen italiano, que comenzó diciéndome: —"Magari ci fossero molti como lui!" (1). Y al inquirirle yo si lo recordaba tan amablemente por las propinas que daba, me contestó: —No; lo queremos porque conversaba con nosotros...

Y el mismo Capello me narró que había una viejecita que parecía bruja. Porque no sabían los changadores cómo se las arreglaba para adivinar cuando llegaba el Obispo. El caso era que cuando él llegaba, ahí estaba la anciana esperándolo para besarle el anillo, pedirle una bendición y echar unos párrafos con él. Y cuando la querían apartar, el Prelado les decía:

(1) Ojalá hubiera muchos como él.

—Déjenla; ella también tiene derecho a hablar con su pastor. El changador de Mendoza terminó su conversación con este epifonema: —¡Qué hombre bueno! Tengo en mi casa su fotografía desde hace 30 años...

Así lo recuerdan los humildes. Porque él supo bajar hasta ellos en alas de su caridad.

Me decían en el Monasterio de María que cuando iban allí otros Prelados, las alumnas los saludaban sí con mucho respeto. Pero nada más. En cambio cuando llegaba Mons. Orzali, todas corrían hacia él, hasta asediarlo. Y no costaba poco trabajo a las religiosas el impedir que lo pensaran. Y esas mismas Hermanas decían: —Nos quería igual que a las rosarinas. ¡Y decir que fué precisamente con ellas, con quienes hubo de emplear toda su autoridad de Diocesano para hacer virar el Instituto hacia una forma más adaptada a los tiempos modernos! ¡Y cuando hay que tomar medidas de esa índole, con frecuencia resultan interferencias dolorosas!

Por su parte las religiosas del Buen Pastor siempre han estado convencidas que eran ellas las predilectas de Monseñor. Y con razón. Porque les dió tales pruebas de afecto con los sacrificios que se imponía por redimir a las reclusas, que bien a las claras aparecían ellas como ocupando lugar de privilegio en las preocupaciones de su pastor.

Cuando salía del confesonario después de confesar hasta 6 horas seguidas, decía una superiora que llevaba la frente marcada con surcos violáceos. Era el sello que le había dejado la rejilla a donde había estado apoyando horas enteras la cabeza. ¡Todo por esas pobres infelices que eran como el desecho de las familias y la hez de la sociedad!

Perdonaba siempre. Cuando le decían que le habían levantado un falso testimonio o se ventilaba algún rumor en su contra, siempre sonreía y se limitaba a decir el estribillo de entonces: —“¡Calumnias de los mitristas!” Para él no había hombres malos. No podía concebir que un ser humano pudiera hacer el mal a sabiendas.

Para con los pobres vergonzantes tenía delicadezas especiales. Esas pobres señoras que habían caído de su posición social, sentían vergüenza invencible de pedir. Mons. Orzali trataba de adivinar sus necesidades y les hacía llegar siempre su sobrecito cerrado

con dinero adentro. Cuando le pedían prestado, él les daba; pero cuando le iban a devolver, siempre rehusaba: —Yo no soy prestamista, señora... —decía.

A los cocheros les daba siempre \$ 5 y cuando ellos querían darle el vuelto, él invariablemente les decía: —Al Arzobispo no se le da vuelto.

Y decir que él no iba en busca de autos sino de esas “victorias” de antaño tiradas por siempre flacos jamelgos. Al portero le decía invariablemente: —Lláname un “mateo”... Una vez vieron sus Hermanas rosarinas que llegaba a la Casa de la Obrera en un coche que era una miseria: todo destartelado, sin forro los asientos, desvencijado por los cuatro vientos. Y el caballo era de la misma edad del vehículo, y parecía que por momentos iba a expirar. Y como la calle estaba llena de pozos, el pobre Arzobispo sufría un verdadero martirio viajando en tan donoso carruaje. Las religiosas le dijeron que hasta podía perjudicarle la salud. Y el santo Prelado contestó: —Pero si yo no lo ocupo ¿quién va a ocuparlo? ¿Y si no trabaja qué comerán sus hijitos?... Ante este argumento, sus hijas hicieron un silencio que fué un himno de admiración a la virtud de su Fundador y Padre.

Todos los sábados se distribuían de cinco a seis pesos en monedas a cuanto pobre golpeará las puertas del palacio episcopal.

Y esa era la parte material. Pero la parte espiritual, la forma en que aparecía mejor su bondad no era dando dinero sino prodigándose a sí mismo. Tenía dada orden de que cuando llegaba alguien, quienquiera fuese a buscarlo, siempre lo hicieran pasar. Y esa no fué una orden lírica. Mil veces lo vieron los curiales, dejar la servilleta, el plato, todo, y salir a media comida a atender a alguna anciana que pedía una recomendación.

En Mendoza, el Gobernador Ortega le había puesto un agente a sus órdenes. Y cuando alguien llegaba a su casa preguntando: —¿Está el Obispo?, ya él, desde adentro, antes que el vigilante pudiera fraguar una mentira, gritaba: Sí, está; pase adelante...

Cuidaba a sus empleados como a hijos. Francisco Valverde fué su mucamo durante veinte años. Se le llenan los ojos de lágrimas a su solo recuerdo. Mons. Orzali le dejó todo lo que pudo disponer en punto de muerte, el reloj, una medalla de oro, las sábanas... Le hacía arreglar la casa, haciendo ir al carpintero cuando

menos se lo esperaba, les compraba los útiles escolares a sus chicos, etc.

Una vez estaba Monseñor platicando con la Sra. Gray de Ardiles sobre asuntos de Acción Católica. La dama veía que el Prelado miraba de hito en hito hacia la calle. Al cabo salió al balcón y llamó a uno. Era un hombre del pueblo, mal trajeado, pobre, que no se animaba a entrar. El Prelado no sólo lo recibió sino que lo invitó a almorzar con él ese día, ante el estupor y la confusión del invitado y la admiración de la dama.

He conversado al respecto con el cochero de Monseñor en San Juan. El buen andaluz me dijo: —“Tó lo que se diga de ese santo varón será poco”. Y me narró luego cómo periódicamente iba a su casa, reunía a sus tres muchachos y les dirigía una conferencia formativa. “El ha formado mis hijos”... decía el buen hombre profundamente agradecido.

Una vez en Mendoza fueron a la Estación dos sacerdotes a recibirlo: uno iba en un pobre Ford, modelo primitivo, de “los de bigote” y el otro, en un lujoso Packard. Huelga decir que apenas vió Monseñor la diferencia estelar que había entre uno y otro, enderezó hacia el “Ford” y nadie pudo hacerlo apeaar de ahí.

Era riguroso consigo mismo y generoso con los demás. Una vez encontró un viejecito que fumaba mucho y creyendo darle un consejo oportuno, le dijo: —No fume, amigo, el cigarro le hace mal...

El paisano contestó: —Vea, Señor Obispo: hace muchísimos años que fumo y tomo mate. Son mis únicos vicios. Y sin ellos, créamelo, ya estaría en el camposanto. Por esta luz, Señor, que el día que no fumo, que no pico la bombilla y que no como mi churrasquito, me enfermo. Estoy que me muero, tirao en la cama...

—Bueno, viejo, replicó Monseñor. Si es así siga nomás, siga nomás... Y aquí tiene estos centavos (y le alargaba un billete) para tabaco y yerba.

“Yo soy devoto de santa condescendencia” —solía decir, sobre todo cuando lo criticaban porque aceptaba ciertas invitaciones para fiestas sin importancia. “Me critican —decía alegremente— porque acepto esas invitaciones. Dicen que el Obispo se ha de reservar para las grandes ocasiones. Yo sostengo otro principio: el de la santa condescendencia. Si es posible ¿por qué no complacerlos, pobrecitos?” Y así se le veía frecuentemente en capillas y orato-

rios paupérrimos ejerciendo funciones no de Obispo sino frecuentemente de sacristán, con tal de complacer a los pobres.

Quería ver siempre y a todos alegres. Y que cuando había diversiones, todos participaran de ellas. Una vez estaba en el Colegio María Auxiliadora de Rodeo del Medio. Conversaba animadamente con las alumnas, cuando llegaron del Colegio Salesiano a avisarle que iban a dar comienzo a la función teatral.

El Prelado preguntó al mensajero: —Y éstas no van a la función?

—No, Monseñor, dijo inocentemente el jovencito, es para la gente...

—¿Y las chicas no son "gente"? Dígale al P. Director que haga lugar, que hoy vamos a ir todos al teatro.

El muchacho echó a correr hacia el colegio vecino. Minutos después hacía su entrada en el salón de actos el "Buen Pastor" al frente de su rebaño de chiquillas, diciendo con la autoridad que le prestaba su carácter episcopal, su prestigio y su buen corazón:

—A ver si dan asiento a mi "gente"...

Y todos pudieron, merced a su bondad, participar de la función teatral como la "gente".

En una ocasión se le oyó decirle a una viejecita que acababa de entrar en el palacio arzobispal: —Ese portero es un pícaro, ¿no es verdad, abuelita? No la quiere dejar entrar a saludar a su Obispo...

—Así es, Señor: no quería que entrara.

—Bueno: ahora ha entrado. Tome estos centavitos para que tome algunos mates a la salud de su Obispo.

Estaba constantemente de buen humor. Dotado de temperamento sanguíneo, de carácter fuerte, por momentos irascible, era tal el esfuerzo que había realizado desde pequeño, que había conseguido, como San Francisco de Sales, una ecuanimidad y una mansedumbre extraordinarias. Era muy raro que perdiese los estribos. Alguna que otra vez, en las grandes aglomeraciones que se producían cuando confirmaba, lo vieron dejar el báculo y la mitra y arremeter a empujones con la gente que se amontonaba contra el presbiterio y no entendía razones. Con esa fuerza hercúlea que tenía hacía retroceder al populacho de esa forma; pero en su rostro no aparecía la ira, el enojo.

Ese gran redentorista que fué el P. Johanneman definió muy bien a Mons. Orzali cuando dijo: —¿Orzali? Orzali es la misericordia infinita...

Porque realmente él no podía ver miseria sin remediarla, no podía permitir que alguien sufriera y él no hiciera nada por socorrerlo. ¡Qué no hacía para consolar a algunas de esas religiosas que nunca faltan, verdaderos callos plantales de la comunidad, que acudían a cada triquitraque a él, siempre con el mismo "ritornello" de que la perseguían y que no la querían bien...!

¿Y para persuadir a ciertas presas del Buen Pastor a cambiar de vida? Había una particularmente empecinada. Era un tormento para las religiosas. Un día que fué Monseñor, la superiora la hizo ir a su presencia. La muchacha lo miró con ojos llameantes de soberbia y de desprecio. Y el Prelado comenzó diciéndole: —Querida hijita...— Y había tal ternura en sus palabras y puso tanto corazón en su obra que consiguió hacerle prometer que se doblegaría. Sino que a la vuelta de pocas semanas, lo llaman de nuevo. La moza había vuelto a las andadas. Otra vez llegóse el Pastor hasta el asilo. Le pidió a la superiora que no abandonaran a esa infeliz, que tuvieran paciencia, que se convertiría. Y efectivamente: después de una larga conversación con él, la confesó y le pidió que si en algo lo apreciaba, no lo hiciera quedar mal, a él que la había defendido. Y fué tal el vuelco que dió esa muchacha que al año siguiente entró a formar parte de las Magdalenas... (2).

Aquel "omnibus omnia factus" de San Pablo se cumplió en él admirablemente. Se hizo todo a todos. Por amor a los suyos se sacrificó. No fué en el palacio episcopal una figura decorativa sino un cerebro lleno de iniciativas y sobre todo un corazón abierto a todos los infortunios, a todas las desgracias, a todas las penas.

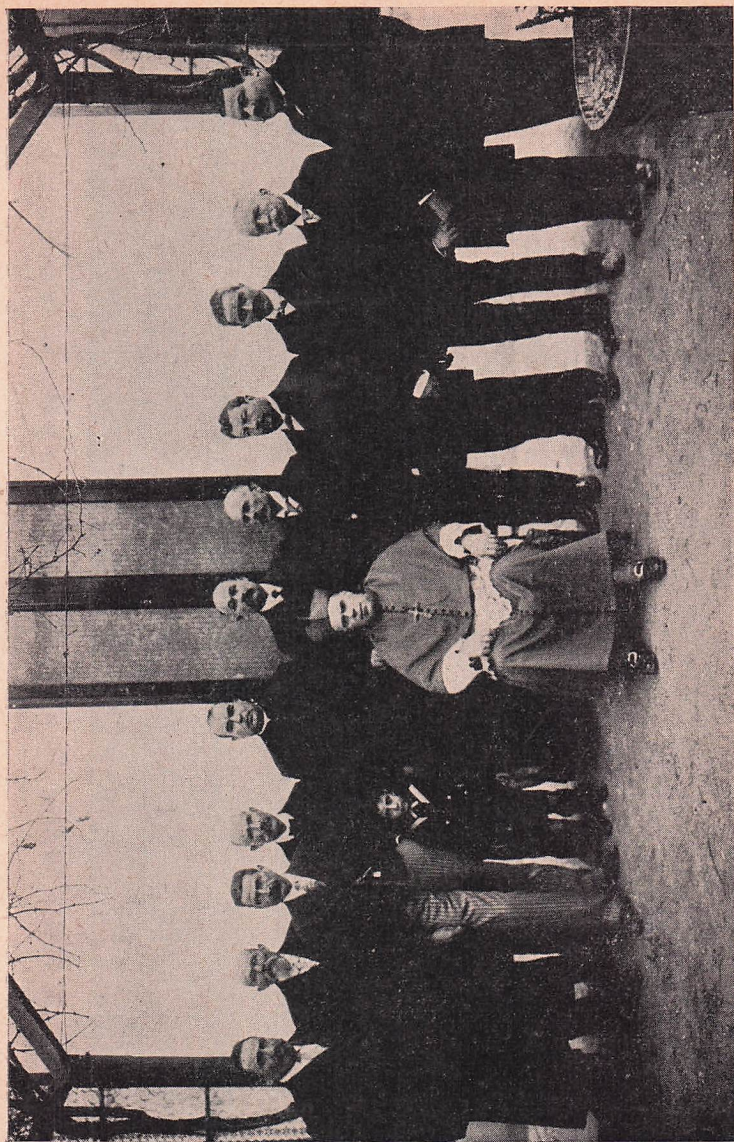
Por eso cuando a sus religiosas les dió ese lema magnífico: "Todo por Dios y por el prójimo", no hizo más que reflejar en él su alma cristalina. Ese lema no es más que una radiografía de su corazón, que latió durante toda su vida "todo por Dios y por el prójimo".

Y cuando les dijo: —Nuestra bandera es la caridad... —no

(2) Religiosas conversas del Instituto del Buen Pastor.

hizo más que enastar la enseña rojo y oro de su celo sacerdotal que tenía siempre guardada como un tesoro en el archivo sagrado de su alma.

“La caridad es paciente, benigna...” decía San Pablo. Así la entendió y la practicó Orzali. Por eso, por su paciencia, por su benignidad se lo puede denominar a pleno pulmón: “el buen pastor”...



Junio de 1912. En San Luis rodeado de las autoridades



1918. En Puente del Inca donde fué para bendecir la piedra fundamental de la Capilla

CAPÍTULO XXX

EN TIERRAS DE ARAUCO

En 1897 el Pontífice León XIII anexó el territorio del Neuquén a la Diócesis de San Juan de Cuyo. Lo primero que cabe preguntar, conociendo el celo y dinamismo de Mons. Orzali es esto: ¿cómo Monseñor se había olvidado del Territorio Nacional del Neuquén, importante apéndice de su vasta Diócesis? Y no es que se hubiera olvidado; sino que contemporáneamente con su ingreso en San Juan, hacía su ingreso en la Patagonia el Revmo. P. Luis J. Pedemonte, Salesiano, para hacerse cargo del Vicariato Apostólico de la Patagonia y parte de la Prefectura de Tierra del Fuego. El flamante Inspector Salesiano estaba en la plenitud de sus energías físicas y, acicateado por esa sed de almas que es carácter distintivo de los auténticos sacerdotes de Dios, había trazado vastos planes para incrementar la herencia que recibiera de aquellos dos varones apostólicos que fueron el Card. Cagliero y Mons. Fagnano.

Mons. Orzali, que conocía personalmente al P. Pedemonte, se dijo: "En buenas manos está el pandero". Y mientras él recorría su tres provincias, el salesiano, junto con su inmensurable inspectoría que iba del Río Negro al Cabo de Hornos, visitaba periódicamente el Neuquén, donde trabajaban desde 1880 los Hijos de Don Bosco. No había olvidado el Prelado a su territorio neuquino. Ahí los misioneros, a lomo de mula recorrían, desde Malbarco al Limay y desde el Nahuel Huapí al Colorado, las serranías vírgenes de esas tierras indígenas. Y como de antaño tenían

facultad hasta para confirmar, Mons. Orzali sabía que Neuquén no estaba espiritualmente abandonado.

Y como reconocimiento de la obra que los misioneros realizaban, el 16 de marzo de 1915, erigió ese territorio de su Obispado en Vicaría Foránea, y confiaba “estable y canónicamente la Misión del Territorio del Neuquén a la Sociedad Salesiana y nombraremos —decía— siempre Vicarios Foráneos y Párrocos a los misioneros salesianos que el Inspector respectivo nos proponga”.

Por su parte el Inspector Salesiano enviaba anualmente un informe detallado acerca de la forma como había cumplido la Congregación la misión que la Santa Sede y el Prelado le confiaran.

En uno de ellos el P. Pedemonte le dice: “Los pueblos del Neuquén no conocen Obispo desde que los visitó el hoy Emmo. Card. Cagliero. V. E. sabe cuántas ventajas acarrearía a esas regiones una visita del Pastor, y más cuando éste va adornado de las virtudes apostólicas que acompañan la acción de V. E. En nuestras plegarias pedimos al Señor esta gracia y confiamos que V. E. o un Ilustrísimo Auxiliar aporte a sus hijos del Neuquén los beneficios de que gozaron los vecinos de Río Negro y que disfrutaban los habitantes del territorio magallánico de la vecina y hermana república de Chile”.

Ante esta invitación y respondiendo Monseñor al imperativo de su alma, siempre proclive a la condescendencia y dispuesta a los mayores sacrificios con tal de llevar consuelos a los pobres y desamparados, decidió visitar personalmente el Neuquén. No era pan comido ir a aquel remoto rincón del país. Había que recorrer desde San Juan, 2500 kilómetros, en trenes relativamente cómodos viniendo a Buenos Aires y de aquí tomando el Ferrocarril del Sur; luego de nuevo el B. A. P. en Bahía Blanca para hacer los últimos 600 kilómetros, al cabo de los cuales, encontrarse en las puertas de esa Gobernación. O bien hacer un viaje directo en tren carreta. Monseñor optó por éste. Ya tenía ocho años de Obispo misionero. Había andado por todas las rutas, se había hospedado en toda clase de hospedajes: desde el palacio del magnate hasta el más mísero rancho del aborígen había servido de albergue al gran apóstol.

Hechos los preparativos y terminadas las funciones de Se-

mana Santa en la Catedral, el martes de Pascua, partió con su familiar, Pbro. José A. Brizuela, rumbo a Bahía Blanca. Dos días mortales de tren. A las 20,30 del miércoles llegaban a la ciudad atlántica, alojándose en el Colegio Don Bosco. Ahí no estuvo ocioso. Al día siguiente de la llegada hizo una conferencia a los alumnos y por la noche otra en la Iglesia parroquial exclusivamente para hombres. Y al otro día, el 9 de abril, celebró en el Colegio María Auxiliadora, predicó y confirmó a 160 alumnas.

Esa misma tarde emprendió viaje hacia Neuquén. El P. Pedemonte se unió a su reducida comitiva. Llegaron a la capital neuquina a las 10.30 del día siguiente. El Cor. Santiago Denis, a la sazón gobernador del territorio, saludó en la estación al Prelado. Al ser recibido en el templo por el Vicario Foráneo, R. P. Fabricio Soldano, el Obispo habló, dando comienzo con esas palabras, a la misión que iba a predicar. En horas de la tarde dió principio a un triduo para los presos en la cárcel. El obispo predica siempre. Por la noche volvió a hablar: hizo la conferencia misional. Y así siguió todos los días, del sábado al jueves, predicando tres sermones por día, confesando y confirmando a diario. Y es consolador comprobar cómo iba en aumento el fruto espiritual del activo Prelado: el primer día confirmó a 5, el segundo a 15, el tercero a 25 y el cuarto a 57. Sólo al terminar su misión, permitió que en la Municipalidad le dieran una recepción, en la que hablaron los Sres. Fernández Garro y Alejandro Tagliaferro. Y aprovechó Monseñor para dirigirles una sentida alocución a fin de iluminar la conciencia de esos hombres, poco avezados al trato con dignatarios eclesiásticos. Quedaron todos encantados de su llaneza y cordialidad.

A las 4,30 del 16 de abril partían los tres misioneros rumbo a Zapala. Seis horas de tren. En un Oratorio improvisado el Obispo da comienzo a la visita, predicando al pueblo. Por la noche vuelve a hablar a los hombres. Predica diariamente dos veces. Así hasta el 19 que clausura la misión y sigue viaje a Catanlil en auto, donde celebra en altar portátil, predica, confirma.

Ahí se les une el veterano misionero Zacarías Genghini que había llegado hasta ese lugar para recibir al Prelado. El 20 siguen viaje hacia Junín de los Andes. La llegada del Obispo fué saludada por bombas y repique de campanas. En la puerta del templo fué recibido por el Cura, R. P. Juan Beraldi, y, bajo palio, entró

en él. Y ahí dió comienzo a la misión. Monseñor hablaba dos veces por día a los fieles y una sus colaboradores. El día 23 se le presentó una comisión de indígenas encabezada por el cacique Mariano Paineofilú de más de 80 años. El Prelado gozó de veras platicando con los indios, los últimos restos de la otrora altiva y aguerrida raza araucana. Finalizó la misión con la bendición papal.

Para trasladarse luego a San Martín de los Andes, tuvieron que valerse de una antañona vagoneta tirada por caballos. Llegaron de noche. Los vecinos que esperaban que el Obispo fuera en auto lo aguardaban para las 16. Sin embargo cuando sonó el cañoncito que anunciaba su llegada, volvieron a reunirse frente al hotel donde se alojaba. Dió comienzo a la misión. Dice la crónica: "Incrédulos, indiferentes, ateos y creyentes quedaron admirados de la sencillez, elocuencia y buen trato del Sr. Obispo y acompañantes". En esos días designó una Comisión para que se ocupara de la construcción de una capilla en esa localidad. Se le ofreció un banquete. Usó de la palabra el anciano Miguel Camino, quien, conmovido, no logró dar término a su discurso.

De San Martín emprendieron viaje a Sañicó. De ahí a Zapala y luego, en tren, hacia Roca, Río Negro. En esa población predica una semana íntegra de misión. Habla mañana y tarde y confirma todos los días. Ya no está más en territorio de su diócesis. Pero como él "que no sabe decir que no", no ha podido negarse a la invitación del superior salesiano. El domingo 10 de mayo coloca la piedra fundamental del Colegio María Auxiliadora. El lunes emprende viaje hacia Bahía Blanca. Y nuevamente reparte su tiempo en una serie variadísima de actividades, que van desde la ordenación del Diácono Raúl L. Gruslín hasta la recepción que el Contralmirante González Fernández le ofrece en el Acorazado Moreno. En esos días tiene lugar una Peregrinación al erigendo Santuario de María Auxiliadora en Fortín Mercedes. Mons. Orzali preside la piadosa romería, predica a los peregrinos y desde ese lugar emprende viaje directo a Buenos Aires.

Así el activo Prelado ha visitado la parte Sur del Territorio de Neuquén; pero le falta la parte Norte. Como él no es hombre de dejar las cosas a medias, al año siguiente, apenas dispone de unos días, traza el plan de su segunda visita a tierras araucanas. Y parte. Es nuevamente el martes de Pascua. Va también con el Pbro. Brizuela. Llegó a Bahía Blanca el 30 de abril y al día si-

guiente inicia un triduo de conferencias exclusivo para señoras y otro para hombres. Terminadas éstas, prosigue su labor apostólica: confirma y predica en La Piedad, Villa Mitre, el Patronato, etc. El 5 sale para Neuquén. Da una conferencia para hombres y sigue viaje a Cipolletti, donde confirma y predica. De allí a Contralmirante Cordero para volver de nuevo a Roca, desde donde se dirige a Zapala. De ahí, el 15 de mayo, con un frío más que regular, en auto abierto, como se estilaba entonces, parten hacia el Río Agrio. Iba a internarse en las Cordilleras. La primera vez que la cruz pectoral de un Prelado relució en esas montañas fué cuando llegó, a caballo, Mons. Cagliero. Más tarde volvió al gran misionero en coche tirado por caballos. Ahora llegaba Mons. Orzali en auto: ¡pero qué auto! A cada dos kilómetros o perforaban algún neumático o se recalentaba el motor o fallaba el carburador... Baste decir que salieron de Zapala a las 15 y llegaron al Agrio a las 24. ¡Y hay solamente 74 kilómetros! En el Agrio pasaron una noche toledana en un boliche. De ahí debía seguir a Chos Malal. Eran 125 kilómetros. No había ruta. El auto en que iba Monseñor era el 2º que pasaba por ahí desde que el mundo es mundo. Para cruzar el río, no había balsa.

Y el sábado 16 a las 11, reanudaron la marcha. Hubo que afrontar el paso del Agrio. Entraron en el torrentoso río; pero a poco andar quedaron anclados. No iban ni para atrás ni para adelante. En lugar de los 40 caballos del "Mercedes", optaron por uncir una buena yunta de bueyes que en un periquete puso el mastodónico autocarro en la otra orilla. Y así, tras dos horas de permanencia obligada en medio del acidulado río, pudieron seguir hacia Chos Malal. Allá se había formado una frondosa Comisión de recepción al Prelado, presidida por D. Antonio Echegoy. Saliendo a las 11 del Agrio debía llegar allá, en el peor de los casos, a las 16 ó 17. Llegando a orillas del Río Neuquén, el Prelado debía dejar el auto, pues la balsa no estaba en condiciones de sostener el peso de un "Mercedes" primitivo, pasar el río y luego tomar una volanta que le habían preparado para que hiciera su ingreso triunfal en la piadosa población cordillerana. Esos eran los cálculos humanos. Pero... el hombre propone y Dios dispone.

En la margen izquierda del Neuquén estaba lo más granado del pueblo esperando. Pero llegaron las 18, las 20, las 21... ¡y nada! ¿Qué hacer? Las opiniones se dividieron: unos sostenían

que había que dejar a tres miembros de la Comisión con pasto para sus cabalgaduras, montando guardia en espera del Obispo. Pero la mayoría opinó que vendría recién al día siguiente. Que era inútil esperar. Y volvieron todos al pueblo, distante cuatro kilómetros, cerrada ya la noche. Y la mayoría, como sucede con frecuencia, se equivocó.

Entre tanto Monseñor, el P. Pedemonte y el Pbro. Brizuela, andaban sube y baja por esas serranías a merced del "Mercedes"... Ese día hubo de todo: pinchazos, "pannes" de todo género y roturas de todo jaez. A las 21 todavía estaban en lo mejor del camino (si es que se podía llamar camino a una huella reforcida y apenas visible con los menguados faros del "Mercedes"). Pasadas las 23 llegaron los viajeros a orillas del Neuquén. ¡Silencio, soledad en la ribera! No se veía un alma. Luego de mucho trabajar, con un frío que helaba los huesos, consiguieron acercar la balsa y pasar al otro lado, mientras el auto quedaba en la margen derecha. A la una de la mañana estaban los viajeros en la margen izquierda. Y como no había medio de transporte, hubo que emprender la marcha hacia Chos Malal... en el coche de San Francisco. El frío de la noche invitaba a caminar. Pero las valijas y demás impedimenta eran un lastre respetable. Después de una hora de paso "bersagliere" los viajeros oyeron ladrar los perros de las primeras casas del pueblo. Respiraron. Finalmente llegaban... Entraron en la población. Llegaron a la parroquia. Ni un alma por ningún lado. La puerta de la casa rectoral estaba cerrada. La tapia, aunque de adobes, era alta. Pensar en timbres allá era pensar en lo excusado. Afortunadamente el P. Pedemonte llevaba un chico chosmalense del internado en Fortín Mercedes para que visitara a sus parientes. Entre los dos sacerdotes le hicieron escalera al muchacho, el cual trepó así fácilmente la tapia y despertó al P. Mateo Gavotto que dormía a pierna suelta el cansancio de la preparación para la visita pastoral. Inmediatamente el veterano misionero saltó del lecho y corrió a abrir las puertas. De rodillas pidió disculpas al Prelado.

—No es nada, Padre, dijo el bondadoso Obispo. Sepa que he recibido las mejores impresiones de sus feligreses...

Todos lo miraron, como diciendo: —Pero si no ha visto a nadie...

Y Orzali prosiguió: —Tengo la mejor impresión, por esto:

mientras cruzábamos por las calles, los perros ladraban; pero ninguno nos mordió. Son bien educados. Y si los canes son así ¿qué no serán los cristianos?

Todos rieron y al P. Gavotto le volvió el alma al cuerpo, que era lo que pretendía el Prelado con su fino donaire. Y entraron. Naturalmente, tuvieron que ir a dormir sin probar bocado. Eran las 2 de la mañana y era domingo. Había que celebrar ese día y por lo tanto estar en ayunas...

El paciente Monseñor no menciona para nada en su diario las peripecias antedichas. Sólo dice: "Llegamos a media noche. Me alojo en la casa parroquial. Buen tiempo".

Grande fué la consternación de todos los miembros de la Comisión cuando muy de mañana corrió por la población la noticia de que el Prelado estaba en Chos Malal. Después de la Misa, revestido de los ornamentos pontificales salió al atrio del templo y se regocijó viendo a todo el pueblo reunido, que vivaba su nombre y aplaudía. Y ahí nomás dió comienzo el inquieto Pastor a su misión, hablando largo y tendido sobre la misión que empezaba en ese momento. Por la tarde siguieron los sermones doctrinarios y de moral.

Y así durante una entera semana. Terminada la cual, después de un acto de clausura que puso de relieve el bien que se había realizado y las simpatías que el campechano Prelado había conquistado, cruzaron otra vez el Río y, en el pesado Mercedes, enderezaron hacia el Agrio. Desde las 7 a las 21, en un zangoloteo constante, anduvieron por los mil vericuetos de la huella hasta llegar a la posada de marras. Al día siguiente viajaron desde las 9 hasta las 16 para llegar a Zapala.

De ahí salieron los misioneros hacia el Oeste. Visitaron Las Lajas y Loncopué, deteniéndose tres días en cada pueblecito y predicando, como siempre, todas las veces que se presentaba la ocasión.

De Zapala volvió el Prelado a Roca, donde bendijo e inauguró la Capilla del Colegio de María Auxiliadora, confirmó a buen número de personas y dejó en todas las autoridades y pueblos, las mejores impresiones. De ahí a Bahía Blanca para presidir nuevamente la peregrinación a Fortín Mercedes. En ese histórico lugar confirmó, predicó y luego emprendió viaje hacia Buenos Aires.

De ese modo el ardimentoso apóstol había recorrido también aquella promisoría región de su diócesis. Ahora mejor que nunca podía decir como Nuestro Señor: "Conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí"...

CAPÍTULO XXXI

NO SE PESCAN TRUCHAS...

El 25 de mayo de 1938, Mons. Orzali, ya anciano y enfermo, en rueda de familia, dijo a sus religiosas rosarinas: "Apenas ordenado sacerdote me fuí a Turín atraído por la fama de santidad de Don Bosco y entre las cosas que me dijo el Santo, nunca olvidé esto: "trabaje mucho en su vida y nunca diga: estoy cansado; porque eso cuadra mal a un sacerdote". Y desde que D. Bosco me dijo esto, la palabra *cansancio* me da náuseas"...

Bastaría con lo que hemos visto respecto de su asombrosa actividad parroquial y episcopal para percatarnos hasta qué punto Orzali supo cumplir con lo que le aconsejara el santo piemontés. Durante toda su vida este hombre extraordinario siguió, con una fidelidad maravillosa, esa ruta difícil y empinada que le trazaran en las horas alborales de su sacerdocio. Era un temperamento latino injertado en un carácter sajón. Tenía del latino la ductilidad y del sajón la tenacidad y la constancia. Era latino para tratar a los suyos, entenderlos y compadecerlos; pero era sajón consigo mismo, para imponerse, con obstinada pertinacia, conseguir lo que se proponía.

Sólo así pudo llevar a cabo a lo largo de los días de su vida, un programa tan vasto y tan cuesta arriba como ése de no descansar jamás, como no fuera cuando llegara la hora del eterno descanso. Y como para no olvidar su propósito, el Obispo de Cuyo graba en su escudo de armas las palabras que conocemos: Ora et labora. Así tendrá siempre ante los ojos su programa de vida:

cuando sus miembros se dobleguen ante la gravitación de las fatigas, Orzali mirará a su escudo y como si fuera un talismán, leyendo aquella palabra "labora", en imperativo, sentirá renovar las energías de su voluntad. Cuando los años pesen como una losa de plomo sobre su ser, el gran trabajador, mirará su escudo; y como el gigante Anteo, cuando se ponía en contacto con la Madre Tierra sentirá renovarse en su alma aquel prístino vigor y aquellas fuerzas cósmicas que lo impulsaron a poner el trabajo como norte de su vida.

Tanto se posesionó de su lema y tanto se empeñó en que el trabajo fuera el sol que alumbrara su existencia, que llegó hasta connaturalizarse con él. Para Orzali el trabajo fué luego una necesidad biológica. El trabajaba como las nubes corren y las ondas del mar se mecen, por imperio de una necesidad. No podía estar quieto. El ocio lo asfixiaba. El descanso le producía bascas. Una vez un fotógrafo lo había sorprendido conversando con algunos canónigos. Y él, casualmente, aparecía en la foto con los brazos cruzados. Pues Mons. Orzali no podía ver esa fotografía: —"Con los brazos cruzados, ni siquiera en retratos..." —decía. Y tanto hizo que consiguió que la famosa foto de los brazos cruzados desapareciera.

Todos los clérigos que el autor de estas páginas ha podido entrevistar están de acuerdo en esto: "era un trabajador incansable". ¡Cuántas veces he debido escuchar las mismas expresiones en distintos labios! Sin duda porque era una de las características del Prelado cuyano: su dinamismo hecho celo y sus latentes energías vitales hechas acción para realizar el ideal del sacerdote de Dios: la expansión de su Reino sobre la tierra.

Cuando en 1922 se organizaba la U. P. C. A. él pronunció conferencias en la Capital Federal. En una de ellas, se le oyó decir esta frase que suscribiría el mismo Sarmiento: "Hagamos algo, aunque sea un disparate"...

Uno de los hombres que mejor lo conocieron ha sido sin duda su Vicario General, Mons. Isidro Fernández. Pues bien, él fué quien quizás mejor retrató a Mons. Orzali, empleando para ello una expresión por ventura irreverente, pero al cabo, de una precisión magnífica. Era en los primeros años del obispado de Orzali. El hombre se movía, viajaba, inspeccionaba, escribía, predicaba a raja cincha. Los provincianos lo miraban asombra-

dos. Al fin, Mons. Fernández, con los brazos en jarras, acabó por decir, en medio de la hilaridad general: "Pero este Obispo no deja en paz a nadie: a este hombre se le ha metido en el cuerpo el demonio del trabajo"...

Tenía razón el Vicario. Monseñor Orzali era un poseso de la actividad. No podía ver a nadie mano sobre mano. Bien sabemos cuan benévolo era con todos. Si alguna vez levantaba la voz contra alguien, era para incitarlo a trabajar. Y como él era el primero en moverse, el más trabajador, nadie lo tomaba a mal; porque predicaba más con el ejemplo que con la palabra.

Cuando llegó a San Juan fué entrevistado por un periodista. El joven repórter, lápiz en mano, se dispuso a escribir, mientras interrogaba:

—¿Su programa, Monseñor?

—Trabajar, amigo, trabajar...

—¿No podría concretar algunos de sus proyectos?

—Sí; visitar cuanto antes mi diócesis para conocerla y obrar luego a ciencia y conciencia.

Y de ahí no salía: trabajar, obrar.

Dice al respecto el Canónigo Argüello: "Estas no son referencias: yo he sido testigo con qué empuje verdaderamente asombroso comenzó a trabajar en su dilatada diócesis. Era el Obispo dinámico por excelencia".

Cuando termina el Sínodo Diocesano, expresa su satisfacción en esta forma muy suya: —Ahora, a trabajar... Nadie podrá decir que faltan orientaciones.

Todos los días se levantaba a las 5 y hasta las 12 no cesaba de trabajar: primero sus prácticas de piedad, el ejercicio del ministerio (a diario estaba en su confesonario de la catedral) y luego las ocupaciones propias de su cargo. Después del almuerzo, reposaba un poco y a las 15 reanudaba su labor. Y así todos los días, todos los meses, todo el año.

En tiempo de visita pastoral sobre todo, confesaba durante largas horas. Una vez en San Luis, confesó durante seis o siete horas seguidas. Pero a cada hora salía y hacía una recorrida por los confesonarios, a ver si los otros confesaban. Veces hubo en que debió llevarse media barra de chocolate al confesonario porque no le daban tiempo ni para cenar.

Cuando algún sacerdote debía celebrar y no tenía monaguillo,

inmediatamente tomaba él el misal y salía precediendo al celebrante. Y en el altar, con ejemplar humildad, ayudaba toda la Misa. Y otras veces debía ayudarla mientras confesaba. Una vez estaba confesando a unos hombres y a la vez contestaba a las palabras de la Misa que se celebraba en las proximidades de su reclinatorio. Y mientras daba consejos al penitente iba mechando contestaciones: "Habemus ad Dominum" "Dignum et justum est"... El hombre que estaba escuchando con mucha devoción los consejos de su Prelado, al oír esas extrañas frases, lo miró fijamente y le dijo al fin: —No entiendo, Padre, no entiendo... ¡Qué iba a entender si el Obispo estaba contestando como monaguillo a las palabras del Prefacio!

Escribía siempre. Como San Francisco de Sales tiene un epistolario copioso. Contestaba toda su correspondencia de puño y letra. No usaba máquina. Escribía con caracteres grandes, recios y bien claros. Solamente cuando los años le acortaron la vista y el pulso se le debilitó, su letra perdió aquellos rasgos firmes y vigorosos que eran como un símbolo de su carácter y de su temperamento macizo.

Todos sus libros los escribió a mano. Las cartas a sus religiosas escribíalas personalmente. Sus pastorales, autos y decretos, excepto los que eran de cajón, fueron siempre redactados y escritos por sus propias manos. No dejaba jamás una carta sin contestar.

Mons. Orzali anteponía el trabajo por el prójimo a cualquier otro menester. Antes que pensar en su propia satisfacción espiritual, pensaba en el bien de sus semejantes. Una vez estaba con 15 de sus sacerdotes haciendo ejercicios espirituales en el Seminario, cuando le llegó un telegrama de Mendoza. Un enfermo grave requería su presencia. Quería reconciliarse. Monseñor, durante todos los ejercicios espirituales, dictaba conferencias de liturgia. Pues bien: ante el pedido del enfermo, dejó ejercicios y conferencia, tomó el tren esa misma mañana y partió. Al día siguiente estaba de vuelta para proseguir las conferencias litúrgicas interrumpidas y los ejercicios.

En otra ocasión fué llamado de San Luis. Ocupaciones importantes reclamaban su presencia en San Juan; pero ante el mensaje de uno que está frente a la muerte, en las fronteras mismas de la eternidad, Monseñor no titubeó: con un auto fuése a Mendoza y de allí, en el primer tren a San Luis. Cuando del bien espiritual

del prójimo se trataba no paraba mientes en sacrificios. Siempre estaba dispuesto para viajar.

En una oportunidad en que debió andar de ceca en meca durante meses enteros, uno de sus familiares, muy ocurrente, le dijo: —Monseñor, S. E. debe haber batido el record olímpico de permanencia en el tren... ¡Es que Mons. Orzali estaba convencido de que si no hay sacrificio y abnegación nunca se conseguirá nada. El había llegado a la Diócesis de Cuyo para hacer el bien, para iluminar las conciencias, para consolar a los pobres. Pues para ello, debía prodigarse. Sin duda recordaría él aquel adagio castellano: "Quien trae azada trae zamarra". Que es como decir: el que quiere recoger frutos, debe arremangarse y trabajar como bueno. Porque "aquel lleva obladras que tañe campanas" como dice también el viejo refrán español.

Sus visitas pastorales eran modelo de minuciosidad y de esmero. Nada de recepciones brillantes, de "lunches" espléndidos, ni de saraos de moda. El se iba en derechura a la parroquia. Y allá, si el Cura Párroco no se le mostraba, él se entraba en la Iglesia y sacristía y registraba cuanto cajón estante o anaquel hallaba. Cuando encontraba ornamentos viejos, hacía un montón en medio de la sacristía y le decía a su Párroco: —Esto hay que quemarlo.

En una visita pastoral se encontró con que la mayoría de las aras estaban en mal estado. Entonces él, apenas vuelto a San Juan consagró más de cincuenta aras para toda la Diócesis. Quien conoce el ritual de la consagración de las aras podrá imaginar las horas que estuvo el Prelado ocupado en tan delicada labor...

A sus sacerdotes jóvenes les decía siempre: —Trabajen, trabajen...

—Sí, Monseñor, le contestó uno, trabajaremos como negros...

—Pero no hagan cosas de negros, —se apresuró él a decir.

Se molestaba cuando, de regreso de una extensa gira pastoral, le preguntaban: —¿Está cansado, Monseñor? El no concebía el cansancio en uno que trabaja por Dios.

Era en la época en que se trataba en las cámaras la ley llamada "de la silla" por la que se obligaba a ciertos empleadores a proporcionar asiento a sus empleados. Fué entonces cuando en rueda de sacerdotes, oyeron decir al Prelado: —Yo seré siempre enemigo de la "ley de la silla". Yo no quiero sacerdotes cómodos, que se están mano sobre mano cuando hay tanto que hacer...

Cuando veía a algunos clérigos conversando, cuando podían estar ocupando el tiempo en cosas más útiles, les decía buenamente estas palabras del Evangelio: —“Quid hic statis tota die otiosi? (1).

Y al punto les repetía: —Brazos abiertos, brazos abiertos...

Otras veces les decía, sonriente y amable: —Menos charla y más trabajo.

Si Monseñor no hubiera sido un trabajador incansable quizás esas suaves reconvenciones pudieran haber sido recibidas con enfado; pero tratándose de un Obispo que daba ejemplo de laboriosidad, a nadie ofendían.

Cierto día le dijo a un sacerdote de su clero: —“Este Padre me gusta; porque siempre está a las duras y a las maduras”... Era un clérigo que demostraba un genuino espíritu de sacrificio. Estaba dispuesto a cualquier renuncia con tal de hacer bien a los suyos. Su pensamiento era éste: Cuando se trata de la gloria de Dios y del bien de las almas, hay que estar a las duras y a las maduras: o sea dispuesto a trabajar sea que todo vaya bien o que sobrevengan contratiempos.

Una vez le pedía a un Párroco que anunciara una gran jornada para un determinado día, que habría tales y tales novedades y que el altar estaría ornado de gala. —Pero Monseñor, decía el clérigo, si yo no tengo nada para ornar el altar, ¿cómo voy a anunciar eso?

—Ud. avise; de los demás nos encargaremos los dos, —replicó el Prelado.

El sacerdote obedeció. Llegó el día indicado. La gente quedó sorprendida viendo el ornato del altar. Durante la noche lo había arreglado Monseñor. ¿Con qué? Pues con los mismos floreros y candelabros de antes. Sólo que él los había dispuesto en forma novedosa y había encendido más velas...

Este mismo ingenio era el que hacía comprender fácilmente a los niños algunas verdades. Para grabarles bien su pensamiento, solía decirles: —Los niños que más me gustan son los de tres eses: sanos, sabios, santos...

A las niñas acostumbraba decirles: —Hay una santita que no me gusta nada: la santa pereza. En cambio me agrada la mar ésta: santa constancia...

(1) ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos?

No leía libros que no fueran útiles para su ministerio o para su formación sacerdotal. Libros de entretenimiento y solaz, para otros. Él no tenía tiempo para eso.

El Obispo de Paraná, Mons. Bazán y Bustos, decía una vez, lleno de alegría y buen humor: —“Ha sido el triunfo más grande que he tenido en mi vida de escritor: Mons. Orzali ha leído íntegro uno de mis libros...”

Efectivamente. El Obispo de Cuyo, saliendo de los rieles de su sistema, había leído el libro titulado “Mis Cuadros” que publicara su colega de Paraná. Luego narró Mons. Bazán el contenido de la carta que le envió el Obispo de Cuyo después de haber leído su libro. Monseñor Bazán era un hombre talentoso y una verdadera autoridad en cuestiones de arte. Su palacio era una pinacoteca. La confianza que se tenían permitió a Mons. Orzali escribir a su amigo, más o menos en estos términos: —“He leído con placer su libro sobre arte. Como todos los suyos, es un libro de positivos méritos. Lo que yo no entiendo es una cosa: como haya Obispos que tienen tiempo para perder en estas cosas...”

Tanto el remitente como el destinatario de la singular epístola solían repetir alegremente este episodio.

Mientras él podía, no permitía que nadie le ayudara. Era sumamente personal en todas sus cosas. Frecuentemente sus colaboradores se adelantaban para ayudarlo en algo. El se excusaba con éstas o parecidas palabras: —“Cuando tenga noventa años, entonces necesitaré de su brazo. Ahora, gracias a Dios, me defiendiendo solo...”

Cuando cumplió 60 años, uno de los sacerdotes, en el banquete anual que el Prelado les ofrecía en esa oportunidad, brindó recordando que ya no estaba obligado al ayuno. Y él luego contestó diciendo: —“Las canas y los dientes —Son accidentes; —El arrastrar los pies —Eso es vejez”.

Por eso él trabajó hasta que le dieron las fuerzas y más allá. Cuando días antes de morir, con 76 inviernos encima y toda una vida de sacrificios como lastre, llegó a San Juan, al preguntarle por qué se había movido de Buenos Aires, el anciano Arzobispo, renovando como las águilas su juventud, les dijo: —Para no aburrirme. Vengo a trabajar un poco acá...

Ya en 1916 el Cardenal Prefecto de la Consistorial, a la sazón el Card. De Lai, cuando acusaba recibo del informe que le

enviara de su primer quinquenio de Obispo, le hacía este magnífico elogio: "Laetandum autem magnopere est quod, regimen ab ordinanda diocesi auspicatus, ita te operosum proebuisti, ut jam de te non spem sed fiduciam adtuleris" (2).

Y esto venía de Roma, de la cima donde se aquilatan bien los valores.

Evidentemente Orzali fué un trabajador incansable. ¿Cómo resistió el peso de tanta fatiga? Pues sencillamente porque como le dijeron en Barracas, "Orzali era de fierro"...

Cuando en 1912 viajó a Cuyo, sabía que iba como sucesor de aquellos pescadores de Galilea, trabajadores recios como cedros del Líbano. El también iba como pescador. Y eran hombres, eran almas lo que debía pescar. Pero Mons. Orzali sabía que sin sacrificios no se puede conseguir ningún fruto. Por eso, allá en los contrafuertes de las Cordilleras como en el bajo de Barracas al Norte y en San Miguel, Orzali se sacrificó sin tasa ni medida.

Sabemos cuánto bien hizo en Cuyo, cuán copiosa fué su pesca; pero también sabemos cuán grandes fueron sus sacrificios y cuán diuturnos sus trabajos. Porque será eternamente cierto lo que reza la añeja sabiduría popular: "No se pescan truchas a bragas enjutas"...

(2) "Nos alegra sobremanera que, consagrado al gobierno y ordenación de tu diócesis, tan activo te mostraste, que no sólo has dado esperanzas de ti sino que te has granjeado la confianza".



Chosmalal. El buen pastor llamando a sus ovejas



Zapala. Primera Comisión Pro-Templo

CAPÍTULO XXXII

ENTRE LAS CUATRO TABLAS

Los mártires son confesores de la fe. Pero los confesores son mártires del deber. Los sacerdotes que se dedican al ministerio de las confesiones han menester resistencia extraordinaria para sobrellevar las horas interminables de encierro entre las cuatro tablas del confesonario. Necesitan paciencia de santo para escuchar ora las majaderías de las almas escrupulosas, ora las impertinencias de los desvergonzados, ora las simplezas de la gente ignorante.

El confesor debe ser una enciclopedia: tan pronto debe descender hasta la rusticidad incurable del aldeano palurdo como levantarse hasta la altura del profesor universitario; frecuentemente luego de haber absuelto a una pobre mujer envilecida en los vicios debe escuchar a una virgen que planea en las purísimas cumbres de la perfección cristiana; ya se siente horrorizado por la perversión de las lacras morales que descubre, ya asombrado hasta el arrobamiento y presa de religioso respeto ante el espectáculo de ciertos carismas que levantan las limpias almas de los justos a cumbres que se dirían inalcanzables.

El confesor sabe lo que la madre no sabe, lo que el esposo no sabe, lo que ninguno de los de la casa puede imaginar. Y debe andar siempre con la balumba de su secreto a cuestas. Lo sabe todo y no sabe nada. Porque no puede decir nada. Ni pensar en el objeto del sigilo sacramental.

Mons. Orzali, a fuer de sacerdote de Dios, fué toda su vida un confesor incansable. No rehuyó el trabajo de las confesiones, lo

buscó siempre. Se pasó gran parte de su vida prisionero ante las cuatro tablas del confesonario; que es como decir, vivió en el ataúd...

Dos sacerdotes que fueron compañeros y amigos de Orzali, opinan al respecto: Mons. Piaggio y el Pbro. Dr. Mac Donell. Ambos lo conocieron a fondo, lo acompañaron en sus trabajos apostólicos y lo admiraron con sincera veneración. Cuando llegó Monseñor a San Juan lo acompañaba, como hemos visto, también el P. Mac Donell. Pues allá, en rueda de amigos, dijo estas palabras: "Este hombre no va a dejar tranquilos a los sanjuaninos. Trabaja por diez sacerdotes. Ya lo verán... Su fuerte es el confesonario. No se cansa nunca de confesar. Así lo he conocido desde que se ordenó".

—¿Dónde está el Obispo? —preguntaba una vez Mons. Piaggio en la Curia. Debo hablarle urgentemente.

—Ha salido solo, —le contestaron.

—¡Adiós! ¡Estoy perdido!

—Mandaremos a buscarlo, Monseñor. Averiguaremos...

—No; es inútil. Con toda seguridad que está confesando por ahí. Y cuando se mete en el confesonario no sale más... ¡Si lo conoceré yo!

Y el festivo clérigo celebraba de buen grado el contratiempo.

"Ningún sacerdote y menos el Obispo se debe negar jamás para confesar y predicar" era su apotegma de siempre.

—Pero, Monseñor... —le dijo alguien cierta vez, aventurando una réplica.

—No hay pero que valga, —le atajó él—. Por más ocupaciones que uno tenga, siempre hay tiempo para confesar. Un horario bien ordenado que distribuya bien las horas del día, les probará que es posible dedicar algún tiempo al confesonario, sin descuidar las otras obligaciones. Hagan la prueba y verán...

—Pero...

—No admito excusas, —terminaba, con franqueza no exenta de bondadosa condescendencia—, para confesar nadie se debe negar y mucho menos el Obispo.

Entre los muchos ejemplos de virtud que dejó a su clero en San Juan, uno de los más edificantes fué ese: el apostolado de la purificación de las almas.

Una vez consagrado Obispo, exclamó: —"¡Loado sea Dios!

Ahora pido al Señor largos años de episcopado para trabajar por El mucho, mucho. . .”

Y el Señor lo escuchó. Le concedió más de un cuarto de siglo de episcopado. Cerca de treinta años.

En los primeros días de su estada en San Juan, corrió rápidamente y por doquiera esta noticia: “¡El Señor Obispo confesando! ¡Confesando a las presas del Buen Pastor!” Aquello era inaudito. Los sanjuaninos no estaban acostumbrados a nada semejante.

Era que Monseñor, siguiendo la invariable costumbre de toda su vida, no esperó que el trabajo viniera a él: fué a buscarlo. Su primera visita a la Comunidad del Buen Pastor, no fué protocolar ni de estirada etiqueta, sino que fué familiarmente y les dijo: —Cuando de trabajar por Dios se trata, al Obispo no se le pide, se le avisa, se le manda. Uds., hermanitas, me tienen a sus órdenes para todo, máxime para confesar a la gente de esta casa. . .

Y las monjitas, ni tontas ni perezosas, pillaron al vuelo la advertencia y ahí tenemos al Prelado de San Juan predicando su primer triduo a las reclusas en la Cárcel de Mujeres y confesando luego hasta ocho horas diarias a esas almas descarriadas.

Era que Mons. Órzali seguía siendo el mismo. Era el Cura de Santa Lucía con mitra: nada más. En todas partes el Sacerdote de Dios que se prodiga con una generosidad magnífica por el bien de todos. Especialmente por esas almas a quienes la sociedad ha segregado como la marea separa la resaca en la playa. . . Pero ahí también “no están todas las que son ni son todas las que están”.

Eso lo sabía Mons. Orzali y lo sentía en el fondo del alma, aunque no lo dijera. ¡Cuántas que andan por ahí ataviadas con lujosas pieles y brillantes sortijas tendrían que estar donde está esa pobre sirvientita más ignorante que culpada, que dió el primer resbalón y luego la fuerza de las cosas la arrojó a la vorágine! ¿No es un gesto estupendo de caridad, consolarlas, ayudarlas a levantarse, redimirlas? Y ahí como en ninguna parte se mostró Orzali “el buen pastor”, atrayendo con su palabra y su sacrificio, hacia el aprisco del Señor a las pobres ovejitas extraviadas.

Por eso, porque Mons. Orzali gustaba la ambrosía de hacer el bien, era que se pasaba horas y más horas con la frente pegada a la rejilla, hasta salir con la marca de la misma como un sello del sacrificio.

El iba a dar una mano a esas mujeres abnegadas que son las religiosas del Buen Pastor. ¡Hermanas admirables ellas! Tienen una humildad que corre pareja con su inteligencia. Ellas no son las maestras que enseñan a las niñas educadas, de hogares bien formados y cristianamente cultos; ni las Hermanas de Caridad que curan los cuerpos en los Hospitales: ellas curan el alma de esas mujeres que constituyen como la hez de la sociedad y el desecho de la humana miseria. ¡Y cómo curan! Hay que haber visto, oído, confesado en esas santas casas para percatarse del laboreo extraordinario de la gracia merced a la paciencia y capacidad de esas beneméritas religiosas. Pues a ellas tendía la mano Mons. Orzali porque las sabía humildes y santas. Si nunca supo decir que no, mucho menos en estos casos.

En todas partes hallaba ancho campo el apóstol de las confesiones que fué siempre Orzali; pero en ninguna parte como allí, en ese asilo en que se hacían la desgracia y el dolor, la ignorancia y debilidad. "Estoy aliviando la montaña", solía decir cuando confesaba en el Buen Pastor. Aliviando del enorme peso que gravitaba sobre las religiosas. Y huelga decir que ellas sentían descargarse su conciencia y sus hombros con la cooperación de un elemento de los quilates del Obispo de Cuyo. Mientras estaba en la capital de la provincia era él el confesor ordinario de las reclusas. Y como tal, su consejero, su padre. Cuando iba a San Luis o a Mendoza, allá acudía en todo momento que le quedara libre para proporcionar a las presas un gran confesor y a las Hermanas un auxiliar poderoso.

Para comprobar la obra maravillosa que realizó este Prelado virtuosísimo, basta leer su diario. Ahí están esos diez tomos manuscritos diciendo a las generaciones por venir de la labor ministerial de Mons Orzali. Casi cada día se lee: Hoy he confesado en tal o cual parte. Y así durante medio siglo. Cuando era sacerdote y cuando fué elevado a la dignidad episcopal.

Un día, —narra el P. Argüello, testigo ocular—, encontró Monseñor a un chiquillo en las galerías de la catedral.

—¿Qué quieres? ¿A quién buscas? —le preguntó amablemente.

—Quiero confesarme, —contestó el niño.

—Muy bien. ¿Quieres confesarte con el Señor Obispo?

—A él ando buscando. Mamá me dijo que me confesara con él...

—Perfectamente: ven a confesarte.

Y entraron ambos en la catedral. Y lo escuchó con la bondad paternal de siempre. El chico salió prendado de ella y orgulloso de tal confesor.

Cuando en alguna Iglesia se preparaba alguna jornada eucarística, no esperaba que lo invitaran: él se ofrecía para confesar en la víspera. Y si no podía avisar, se presentaba lo mismo. Solía haber revuelo general cuando él llegaba. Los clérigos salían a saludarlo: —Cada uno en su lugar: sigan confesando, —era la orden invariable.

Era un día de Pascua. En la catedral se preparaba el gran Pontifical que iba a celebrar el Arzobispo. Cuando se acercaba la hora, el Maestro de ceremonias, fué a buscarlo en sus aposentos. No estaba. En la catedral, tampoco. Pero como sabía que era puntualísimo en todo, no temió. Esperó tranquilo. ¡Ya aparecería y bien a tiempo! Y efectivamente diez minutos antes del pontifical, apareció vestido con hábito prelaticio, a pie. Iba de la calle... Como sabía que la Iglesia de la Merced no tenía teniente y el párroco era viejecito, Monseñor había vestido temprano el hábito prelaticio y había ido a confesar a ese templo cuando todavía las sombras de la noche vagaban por la ciudad dormida. Y a las diez menos diez aparecía radiante de contento. ¡Había ocupado bien la mañana luminosa de Pascua!

Cuando andaba en visitas pastorales, se convertía en fabricante de confesonarios. Frecuentemente debía officiar en aulas de escuelas o en galpones de carga o en bodegas de gran amplitud. Y una vez improvisada la capilla, había que improvisar los confesonarios. En esos menesteres, Orzali era el primero porque era el más práctico, naturalmente. Con sillas, alfajías y ponchos improvisaba confesonarios en un periquete. Y no uno solo. Siempre hacía varios: quería que todos trabajasen. Y luego él por primero se encajonaba detrás del poncho y allí se pasaba largas horas en posición harto incómoda, escuchando, consolando, orientando a las almas.

No siempre fué comentado favorablemente este proceder del Prelado. alguna vez se dijo que era mejor que el Obispo conservase su lugar. Que en vez de meterse en el confesonario como hacía, que recibiera los agasajos del pueblo. Pero él seguía impertérrito confesando a cuanta persona tuviese buena voluntad. Prefería conferir la gracia a recibir aplausos. Más le gustaba que le demostraran confianza manifestándole sus pecados, que admiración ante la in-

dumentaria violácea, la cruz y la mitra. Creía hacer más bien, cambiando el rumbo de una vida en el secreto del confesonario, que escuchando discursos plenos de hojarasca literaria. Prefería que le hablaran de rodillas, en la soledad del alma con Dios. Sentía intensamente la dicha de hacer el bien a las almas. Parecía como si gustase la fruición sobrehumana del paso de las divinas misericordias por sus manos consagradas rumbo al corazón arrepentido.

En la parte dispositiva del Sínodo Diocesano hay 18 artículos referentes al ministerio de las confesiones. No es una orden. No es una ley. Es un llamado fervoroso del Padre a sus sacerdotes que los impele suave pero ardientemente a confesar. Les da normas prácticas: "Los confesores, sobre todo los Curas Párrocos y Rectores de Iglesias, procuren situarse muy de mañana delante de sus respectivos confesonarios para que los fieles, edificados por su celo o tal vez movidos por tener a mano un confesor, se decidan a confesarse". "Al ser llamado, el sacerdote dejará cualquier otra ocupación, si no es la asistencia a un enfermo, para acudir sin tardanza". "Ningún sacerdote habilitado en la Diócesis para confesar, debe excusarse en ningún caso de hacerlo". (Segundo Sínodo, página 78).

Había en la catedral de San Juan un anciano sacristán criollo, a quien los muchos años de rutinaria labor le habían conferido aires dictatoriales, como suele suceder con lamentable frecuencia. Una vez llegó una viejecita pobre y humilde a pedirle que llamara al Señor Obispo para confesarla. Y ahí fué Troya: —¿Qué se han creído Uds.? —replicó el Napoleón—. ¿Creen que al Señor Obispo se le puede agarrar por juguete? ¡Un poco más de respeto! Mándese a cambiar de aquí antes que la saque de un brazo... El Obispo ha estado confesando toda la mañana. Y se fué al palacio y estará ocupado...

La pobrecita dió media vuelta y sin decir palabra, salió del templo. Mientras el sacristán seguía runruneando: —Estas viejas se creen que el Obispo no tiene más ocupaciones que confesarlas a ellas...

Pero los monaguillos, que suelen tener secretas rivalidades con los sacristanes, sabiendo que al Prelado no le gustaban estas cosas, en un abrir y cerrar de ojos le dijeron a Monseñor lo que había pasado. Orzali llamó entonces al anciano y le dió un récipe de padre y señor mío. Nunca había visto el viejo sacristán a su Pastor tan

elocuente. Le entró miedo verlo tan airado. Y fué entonces cuando recibió la orden terminante de que cualquiera persona, de cualquier condición o estado que fuera, cuando pedía confesarse con él, que lo llamara al punto...

En 1927 fué a Catamarca presidiendo la primera peregrinación sanjuanina para las fiestas de la Virgen del Valle. Pues bien: desde entonces, allá se recuerda a aquel Obispo que se pasaba el día confesando en el Santuario. Un día de esos como tuviese que ir a celebrar y notase que había aún muchos para confesarse, llamó a otro sacerdote y por favor le pidió que lo supliese hasta que él terminase esa Misa de Primeras Comuniones; pero que una vez terminada, volvería a confesar. Y así fué. Regresó y confesó hasta la hora del almuerzo.

En las misiones, ya lo hemos visto, era el primero en levantarse. Y como había hombres que les gustaba confesarse temprano, todos ellos caían en la redada de Monseñor. Luego decían muy ufanos: —Me confesé con el Obispo antes que cantaran los gallos...

En las visitas pastorales siempre anunciaba al principio que el Señor Obispo estaba dispuesto a confesar "a toda clase de personas y en todos los idiomas". Y como todos lo sabían llano y bonachón, se aglomeraban alrededor de su confesonario.

Era en los campos de San Luis. Unos en carro y otros a lomo de mula, los 10 miembros de una familia de añejo abolengo criollo, se habían trasladado al lugar donde el Obispo misionaba con dos sacerdotes. Viajaron tres días y dos noches. Cuando el Prelado pudo conversar con ellos, se emocionó ante el espíritu de sacrificio de esos buenos campesinos. Cuando preguntó qué los había movido a hacer un viaje tan largo, el jefe de la familia contestó:

—Vinimos, Padre, porque asígún las mentas Vd. tenía fama'e ser muy güeno con los pobres...

Esto acabó por enternecerlo. Les regaló toda suerte de medallas y objetos piadosos que llevaba.

Estuvieron durante toda la misión acampados debajo de un algarrobo. Quince días después de haber partido regresaron en paz y gracia de Dios al rancho veterano. Cuando veinte años más tarde el viejo padre de familia tenía que hacer memoria de algo, siempre hacía referencia a esa fecha para él histórica: —"Cuando me confesé con el Obispo"...

Si por un lado nuestro bondadoso y sacrificado Monseñor vivió en el ataúd del confesonario una parte tan notable de su vida, por otro lado, las satisfacciones que esos sacrificios le proporcionaron fueron tan hondas y tan legítimas, que ahí más que nunca comprendió el Prelado cuán cierto es que el sacrificio tiene las raíces muy amargas, pero sus frutos son muy dulces.

CAPÍTULO XXXIII

A N I M A D O R

Era en 1919. Los últimos ecos del cañón fratricida que retumbaba durante cuatro años fatales, se perdían en el horizonte europeo. Como colofón necesario de todas las grandes contiendas bélicas, había un desconcierto general en el mundo. Las huestes de Moscú querían llevar a sangre y fuego su doctrina utópica. Nuestro país no fué ajeno a ese malestar social. Huelgas, sabotajes, boicots: todo fué puesto en acción por las hábiles fuerzas del mal para la perturbación del orden. Aquí culminó el desorden en la famosa "semana trágica".

Todo daba a entender que se vivían otros tiempos, que la guerra del 14 había dado vuelta a la página y abierto un nuevo capítulo en la historia. Era necesario "aggiornarsi", ponerse el día. Esto lo comprendieron nuestros prelados, máxime cuando les llegaron voces orientadoras de S. S. Benedicto XV, que empuñaba a la sazón el gobernalle de la nave de Pedro.

Había que organizar las fuerzas católicas, dándoles un carácter señaladamente social. Y comenzaron los trabajos. Ya desde varios años antes, varios clérigos valientes y varios laicos decididos habían quebrado lanzas por los ideales de Cristo en conferencias callejeras. Periódicos católicos irradiaban la doctrina social de León XIII. Pero esos eran movimientos esporádicos: había que unirse, organizarse y coordinar las fuerzas para evitar su dispersión.

Allá en 1902 el P. Grote había establecido la Liga Democrá-

tica Cristiana, la cual tuvo siempre asesor eclesiástico y actuó en un terreno político social. Factores de diversa índole abrieron en su seno profundas grietas y encontradas corrientes. A la Liga le sucedió la Unión Democrática Cristiana que actuó sin asesor eclesiástico oficial y con tinte marcadamente político. En 1918 pidió a la Jerarquía aprobara sus estatutos como entidad católica. Monseñor Espinosa dió vista al Can. Bartolomé Piceda, quien hizo un serio estudio de la historia y carácter de la institución y aconsejó denegar la aprobación solicitada. Lo que hizo el Sr. Arzobispo el 10 de abril de 1919.

Los dirigentes, con ejemplar fidelidad a la autoridad eclesiástica, se sometieron y la Unión Democrática desapareció. Cuatro días después se celebraba en el Palacio Arzobispal la primera reunión de dirigentes de una nueva entidad que venía a concretar los anhelos del Pontífice y de los Prelados Argentinos: se trataba de la Unión Popular Católica Argentina, plasmada sobre la Unión Popular Italiana y orientada como la Democracia Cristiana de España. Era de carácter apolítico. En esa oportunidad habló S. E. Mons. Espinosa, ya muy anciano y achacoso, pero siempre ansioso de ver florecer en su patria las obras religioso-sociales.

Y el 28 de abril apareció la pastoral colectiva del Episcopado en la que se aprueba y oficializa la U.P.C.A. A la vez constituyóse la primera Junta Nacional de la misma y se designó asesor eclesiástico a S. E. Mons. Miguel De Andrea y al Dr. Lorenzo Anadón como presidente.

La nueva entidad estaba constituida por tres ramas: la Liga Argentina de Damas Católicas, la Liga Argentina Económica Social y la Liga de la Juventud Católica. Asesor de la primera fué Mons. Francisco Alberti y Presidente la Sra. Teodolina Alvear de Lezica; de la segunda, Asesor Mons. Gustavo J. Franceschi y Presidente el Ing. Alejandro E. Bunge y de la tercera, Asesor el Pbro. Dr. Juan Valverde y Presidente el Dr. Atilio Dell'Oro Maini.

Ese mismo día se aprobaron sus Estatutos. La finalidad que perseguía está expresada en el primer artículo: "Con el fin de asegurar la unión efectiva de los católicos y dar la eficacia máxima a su acción, constitúyese la U. P. C. A. cuyo objeto es promover, organizar y coordinar el conjunto de las fuerzas católicas de la

República, bajo la dirección de una Junta Nacional, en el terreno moral, religioso y social”.

Al mismo tiempo se formó una Comisión permanente del Episcopado para entender y resolver, con plenos poderes, todo lo referente a la U. P. C. A. Esta Comisión estaba integrada por Mons. Terrero y Mons. Bazán; pero al año siguiente, 1920, se completó con el Obispo de Cuyo, Mons. Orzali.

A mediados de año ya tenían local: estaba en calle Victoria 1532. Ese día se bendijo, el 1º de agosto, en medio del entusiasmo general de los adherentes.

Para llevar a cabo la obra social que la nueva organización se proponía, era necesario dinero. Sin medios materiales no se realiza nada de lo que sea de orden material. De ahí que Mons. De Andrea, coadyuvado por varios caballeros, planeara y llevara a efecto la gran colecta que alcanzó a reunir catorce millones y medio de pesos, a fin de trasegar de la abundancia hacia la indigencia, de lo superfluo hacia lo necesario, comenzando así una obra de verdadera justicia social.

Se ha dicho alguna vez que Mons. Orzali no hizo obra social. Si el Episcopado lo designó para integrar la Comisión permanente de la U. P. C. A. es porque sabía que era un hombre que se ocupaba de obras sociales y entendía de eso. Por otra parte la obra realizada en Santa Lucía en el campo social dice bien a las claras de su anhelo por la redención del obrero, de sus ansias de justicia social, de su tesonera labor de siempre en favor de los trabajadores.

Que fuera un Obispo que prefería ser misionero no significa que no se ocupara de lo social. Una cosa no excluye la otra. Desde que apareció la Unión Popular, Monseñor Orzali le prestó su más decidido apoyo. Las páginas de su revista estuvieron abiertas para difundir sus postulados. De regreso de su segunda visita Ad Limina en 1921, en una pastoral dice:

“No tenemos organización en las obras católicas y por lo tanto, se pierde la enorme fuerza que da la Unión... Nuestras obras católicas, piadosas, escolares, benéficas o sociales, están todavía plasmadas a la antigua, según la exigencia de otros tiempos y de otras necesidades. Hay mucha rutina y poca iniciativa. Mucha función religiosa y poca acción evangélica. Muchos miembros en las diversas asociaciones católicas y pocos apóstoles abnegados”.

Y luego pasa a dar las prescripciones taxativas:

"Hemos resuelto dedicar la labor pastoral de este año a esta obra de organización y sistematización definitiva de las asociaciones católicas existentes y a la creación de otras necesarias, para poder formar así, la Federación Diocesana, como lo establece ya nuestro Sínodo, y preparar de esta manera el terreno para la gran organización nacional creada por el Episcopado Argentino con el nombre de Unión Popular Católica Argentina. Ha de ser pues, este año, de intensa labor constitutiva de los elementos católicos, muchos y valiosos de que disponemos, pero que hasta ahora no han pesado tanto, no han dado todo el resultado necesario por el individualismo que los ha inficionado. La obra es grande. Es de sacrificio y de labor. Lo conocemos. Pero ella es necesaria y es urgente. Ha de contar entonces, desde el primer momento, con la cooperación de todas las personas de buena voluntad".

En mayo de 1921 se reunió en Buenos Aires la Conferencia de los Prelados argentinos y en ella consideraron con preferencia la marcha de la Unión. Al final de las reuniones episcopales, la U. P. C. A. ofreció a los Obispos una recepción. Habló en esa oportunidad el Dr. Horacio Beccar Varela. Debía contestar el Presidente de la Conferencia, Mons. Piedrabuena; pero en su ausencia, habló el Secretario, que lo era Mons. Orzali. Dijo entre otras cosas:

"Si improvisadas son las palabras, no lo son los conceptos; pues ellos están profundamente y sin discrepancia arraigados en todos y cada uno de los miembros del episcopado argentino... La Unión Popular Católica ha sido querida, en primer lugar, por el Pontífice Supremo... Obra del Papa, lo es también de los Obispos. No necesitaban éstos órdenes ni las recibieron; pues una simple indicación venida de tan alto, había de ser para ellos y lo fué, más que suficiente..."

Fué una feliz improvisación que sin duda ha de haber dejado saludables impresiones entre los miembros del Episcopado y elementos de la U. P. C. A.

Y a fines de ese año el ardoroso Prelado lanza una famosa pastoral a su clero, especialmente dirigida a los Párrocos. Es tan larga que ocupa cuatro números del Boletín Oficial de la Diócesis. Y en ella habla de acción social. Dice así:

"El segundo aspecto bajo el cual debe desarrollarse la acción del Clero y del Cura especialmente, es el que se refiere a la implantación y dirección de las obras sociales. Es ésta una de las necesidades de mayor intensidad de nuestros días y que reclaman toda la atención y actividad del

Clero. No es ello nuevo en la Iglesia. No es invención del socialismo el estudio y fundación de las obras que se relacionen con el estado social del hombre...

En nuestra República, el Episcopado, con la aprobación expresa del Papa, hace tiempo que se viene ocupando en reiteradas conferencias de implantar entre nosotros la magna obra de la U.P.C.A. que ha de ser, así lo espera, el Centro propulsor y directo de la acción social católica en nuestra país... Ya estoy iniciando el trabajo y preparando el terreno para establecer en nuestra Diócesis este nuevo organismo de acción social".

E incita luego, fervorosamente a los suyos a estudiar y a trabajar:

"Mientras venga la organización oficial, os recomiendo muy especialmente lo que ha de constituir dos elementos indispensables para el éxito:

a) El estudio de esta materia. Es necesario para no errar desde un principio y porque el Clero, el Cura, debe dirigir la obra, el que ha de enseñar a todos... A esto deben dedicarse especialmente en los próximos meses, a estudiar y entender bien el mecanismo y organización dada por el Episcopado a la U.P.C.A.; a estudiar la doctrina de la Iglesia en estas cuestiones sociales...

b) La decisión de trabajar en esto. De moverse. De hacer algo. De apelar a los medios que cada uno pueda tener a su alcance. De no cruzarse de brazos. De no oír desde ya: en mi parroquia nada podrá hacerse. De no dejarse dominar por el pesimismo..."

Ahí se ve al hombre entusiasta, dinámico, optimista y realmente de acción.

Y vino luego la pastoral del 1º de marzo de 1922: terminante, enérgica, arrolladora. "Vuestro Obispo cree que ha llegado el momento oportuno —decía— de iniciar en la Diócesis esa acción católica, tan necesaria como deseada por todos con la fundación de la U.P.C.A. Más: cree que de ninguna manera puede esto postergarse... A todos os llama, a todos". Y luego insiste: "Os llama a todos. A los sacerdotes y a los fieles. A las señoras y a los caballeros. A los jóvenes de ambos sexos. A los ricos y a los pobres. Porque esta es la obra de todos". Ese estilo cortado con que se expresa frecuentemente Orzali, es la señal más evidente del fuego con que ardía en su corazón cuando escribía cosas trascendentales.

Y el 7 de julio rubrica el auto erigiendo en su Diócesis la U. P. C. A. Fué para el celoso Prelado un día de gloria. ¡Ver organizadas las fuerzas católicas, sentir latir el entusiasmo a su al-

rededor, ver *trabajar* a su lado, él que era un apasionado del trabajo!

Días después estaba en Buenos Aires. Los Círculos de Obre-ros celebraron una asamblea. En esa oportunidad "se escucharon elocuentes y eruditos discursos —dice el Boletín Oficial de Cuyo— pero vale la pena destacar, entre ellos, el de S. E. Mons. Orzali, porque condensó en él según manifestación propia, la opinión de todo el Episcopado reunido en los días anteriores. Escuchándolo hemos lamentado no ser taquígrafos para perpetuar en el papel y procurar la publicación íntegra de esa utilísima pieza oratoria por lo que tuvo de orientadora, hacia el más franco éxito de los esfuerzos perseguidos por los Círculos y otras entidades católicas como la U. P. C. A. a la cual también se refirió". En ese discurso Monseñor tocó cuatro puntos: unión, acción, disciplina y paciencia para esperar los resultados.

Al fin de ese año, en noviembre, pudo finalmente cristalizar su anhelo: realizar una Semana Social en San Juan y en Mendoza. Para ello llegó hasta los Andes el eminente sociólogo Mons. Franceschi, quien en luminosas conferencias orientó al clero diocesano sobre la función que le cabía en la organización de la acción social y encendió el entusiasmo hasta en los más apáticos para la labor que se emprendía.

Y para preparar mejor el ambiente y forjar no sólo cerebros sino también voluntades, Mons. Orzali fundó en San Juan, un Centro de Estudios Sociales denominado "Benjamín Sánchez" que tuvo como asesor al Pbro. Dr. Silvino Martínez y por breve tiempo al Pbro. A. González Paz.

Entre tanto falleció S. S. Benedicto XV. En la cátedra de Pedro se sentó uno de los más ilustres Pontífices que ha tenido la Iglesia: S. S. Pío XI. Y fué quien "no sin divina inspiración", como él mismo afirmó, instituyó la Acción Católica. La U. P. C. A. fué el noviciado de la A. C. En la primera institución los católicos entendieron que se podía hacer obra social. Y la hicieron. Ahí están en Buenos Aires y alrededores los barrios de Casas Baratas, el Ateneo de la Juventud, el Instituto de Cultura Religiosa Superior, etc. para decir a las generaciones por venir lo que ha hecho la Iglesia por los obreros y a dónde fué a parar el dinero recolectado. La A. C. llegó providencialmente. En el momento en que se necesitaba. Cuando ya el ambiente estaba preparado. De ahí su

rápido desarrollo y su real eficacia en el campo social y religioso.

En 1924 Orzali visitó al Papa de la Acción Católica. Conversó largamente con él. Se empapó de su espíritu. Entendió su pensamiento. De ahí que luego haya sido uno de los primeros en lanzarse con denuedo a la organización de la nueva entidad. Yo no sé cual de los Señores Obispos haya escrito, antes del 1º de marzo de 1927, una pastoral, como lo hizo el Obispo de Cuyo "sobre el espíritu que debe animar las obras de Acción Católica". Y centra perfectamente bien lo más medular de su problema. Tal cual lo entendemos hoy después de veinte años de experiencia: "Más vida interior. Convicciones religiosas más profundamente arraigadas en nuestra alma. Más altura de espíritu en la iniciación y ejecución de las obras católicas. Más desinterés. Sobre todo una vida más espiritual, más perfecta, más conforme con la doctrina y la moral del Evangelio, porque es mucha verdad que nadie puede dar lo que no tiene", decía entonces. Esto, dicho cuatro años antes de la fundación de la A. C. en el país, tiene gran valor para conocer por un lado cuán bien había captado este formidable animador el espíritu de la A. C. y por otro como sabía él adelantarse a los tiempos, llevado en alas de su celo apostólico.

El 1º de diciembre de 1928, al terminar las conferencias episcopales, los Prelados Argentinos firmaron una pastoral colectiva. En ella dicen: "Y ahora, para terminar, una vez más os pedimos, amados hijos, por el infinito amor de Jesucristo Nuestro Señor, que unáis vuestras fuerzas y vuestras voluntades para la obra magna de la Acción Católica, tan necesaria en nuestros tiempos.

En las Resoluciones recuerdan al Clero y los fieles "que es voluntad del Episcopado que la U. P. C. A. se organice lo más pronto posible en todas las parroquias". Y mencionan "los nuevos estatutos aprobados en esta Conferencia".

Había llegado el momento esperado. El Sumo Pontífice pidió a todos los Diocesanos le enviaran por lo menos un sacerdote para que estudiando allá, a la luz del Vaticano y al calor de su corazón de Padre, templaran su espíritu y modelaran su mente para irradiar luego por todos los ámbitos del mundo católico, la realidad de la A. C. como movimiento social efectivamente salvador. Ahora no se trataba de regar la planta o de abonarla. Se trataba de inyectarle savia vital. Y en eso estribó el triunfo de la A. C., la genial creación de Pío XI.

Apenas el Papa insinuó la conveniencia del envío de clérigos a Roma para especializarse en A. C., Mons. Orzali, destacó uno de sus más dilectos hijos: el Pbro. Dr. Silvano Martínez, entonces Canónigo y hoy Obispo Auxiliar de Rosario. Y desde la misma Roma el Dr. Martínez comenzó su labor; porque enviaba luminosos artículos sobre A. C. para el Boletín Oficial de la Diócesis e iba preparando así su instalación definitiva en el país.

En febrero de 1931 el Papa Pío XI envió su famosa carta a los Obispos Argentinos sobre A. C. Y el 5 de abril de 1931 aparece la pastoral colectiva en que se funda definitivamente la A. C. Decía:

“Como lo hemos anunciado en nuestra carta pastoral del 1º de diciembre de 1928, la asociación que fué en su tiempo para unir vuestras fuerzas, la Unión Popular, ha sido reformada, de acuerdo con las enseñanzas que han sido sugeridas por una experiencia de largos años, no sólo nuestra, sino sobre todo del Centro de la Cristiandad donde el Sumo Pontífice Pío XI, gloriosamente reinante, personalmente ha llevado a la práctica en forma admirable el concepto de Acción Católica, reformando la anterior organización de las fuerzas católicas de Italia.

Por esta razón, como os escribíamos entonces, se ha resuelto el cambio de nombre de la organización por el de “Acción Católica Argentina”, que responde exactamente a las finalidades perseguidas”.

Trece días después de emanada la pastoral, ya Mons. Orzali tenía el consuelo de gustar los frutos primaverales y aspirar la flor de almendro de la A. C.: el 18 de abril de 1931 el Prelado cuyano bendijo y colocó el crucifijo en la Suprema Corte de Justicia de San Juan...

Entre tanto regresaba el Pbro. Martínez con nutrido bagaje de ciencia religioso-social. El Prelado lo designó Asesor Diocesano de la A. C. y se dió comienzo a la obra con entusiasmo inusitado.

Los Ejercicios Espirituales al Clero ese año los predicó el mismo Obispo Diocesano. Fueron Ejercicios Espirituales y Semana de Acción Católica exclusiva para el Clero. Monseñor paladeaba dulzuras inefables. Estaba palpando lo que durante tantos años él había intuído en la fiebre de su celo pastoral. Ahora, ahí, rodeado de su Clero, enfervorizados todos, todos ansiosos de lanzarse a la brega, no cabía en sí de gozo. Treinta y dos sacerdotes se reunían todos los días para orar y estudiar. El ardimentoso Prelado echó el resto en esos días. Como nunca, estuvo elocuente. Ha-

blaba transfigurado. Sus temas, como siempre, fueron prácticos, claros, substanciosos.

El Can. Martínez dictó las conferencias sobre A. C. dejando margen para que todos pudieran discutir los puntos imprecisos.

Vino luego la Semana de Acción Católica para seglares. En San Juan se realizó del 18 al 24 de junio. Fueron días de oración y estudio llenos de sabor arcaico. Se creía volver a las catacumbas. ¡Y no era más que pregustar el vino añejo de la vuelta a lo antiguo!

Después siguieron las semanas sociales en Mendoza y San Luis. En todas partes la nueva institución era recibida con fe, con amor, con esperanzas. El celoso Obispo no se daba paz: en esos días firmó cinco "autos" relativos a la Acción Católica.

Después vinieron las visitas de los Presidentes de los Consejos Federales, las semanas de Cultura, la instalación definitiva de la A. C., las fiestas de Cristo Rey, las Asambleas y sobre todo vino el histórico Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, que fué efecto y coronación de la generosidad con que los argentinos abrazaron la Acción Católica. Ese movimiento sin par en América, fué a la vez un premio a la joven Nación Argentina y un estímulo para las grandes realizaciones de lo porvenir.

Huelga decir que el piadoso Obispo, ya trémulo y cansino, observaba con fruición inaudita esas cosas en las que él tantas veces soñó despierto. Sonreía. Por momentos se le nublaban los ojos con la emoción sincera de las lágrimas que se derraman como un homenaje del corazón a la cabeza.

¡Cómo no iba a gozarse del triunfo de la causa si él, desde que allá en la Piedad comenzó a trabajar en 1886, hacía medio siglo que venía suspirando por ver la aurora de esos días que ahora se le presentaban como el alba de una nueva Argentina!

Pero él no se había contentado con suspirar. El había trabajado como bueno. El había sido el animador, el gran animador de todos los movimientos sociales: desde los Círculos de Obreros hasta la Acción Católica. Razón tenía, pues, para gozar: ¡era el labriego que después de las rudas jornadas del invierno, contempla complacido los silos henchidos del buen grano!

CAPÍTULO XXXIV

"GRACIAS A DIOS, NO TENGO NADA"

Contra el hambre y sed universales de riquezas; contra la sórdida codicia de tantos que jamás se contentan con lo que tienen sino que constantemente están suspirando por más dinero, más sueldo, más propiedades; contra el "Beati possidentes" atribuido a Horacio, se levantó Jesucristo para decir al mundo, con libertad divina, una frase que hizo trastabillar de asombro a todos: "Bienaventurados los pobres". Nunca había sido más paradójico Jesús que en esa oportunidad.

Es cierto que algunos filósofos habían tejido tal cual tímido elogio a la pobreza voluntaria; es cierto que Séneca había dicho: "Acomodarse con la pobreza es ser rico", y "Magna servitus est magna fortuna" (1); pero el espíritu que le inyectó Cristo a su amor a la pobreza y el fundamento teológico de la misma hacen que su concepción sea totalmente propia. Es de imaginarse la confusión de todos los ambiciosos de Galilea, cuando el Divino Maestro pronunció aquella tremenda invectiva: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos" (Mat. XIX, 24). El amor a la pobreza es tan difícil como el poner la otra mejilla para recibir la segunda bofetada y como el sentirse feliz en el dolor porque Cristo ha dicho: "Bienaventurados los que lloran". Cosas arduas, evidentemente; pero que en el fondo contienen una filosofía tan sublime, que encierran

(1) Gran desgracia es la gran fortuna.

la única solución para los más espinosos problemas de la vida y de la muerte.

¡Qué difícil es ser pobre de veras como lo quiere Jesucristo! Lo vemos hoy día: la turbamulta del pueblo que vive ávida de bienes materiales, que no suspira más que por dinero, que no tiene más meta que los pesos. ¡Si hasta los que tienen la tremenda responsabilidad de enseñar estar verdades, si no tienen más que centrado su corazón y fijos sus ojos en Dios, con frecuencia caen en la avaricia, en el apego a las riquezas, en el amor a las comodidades! ¡Qué horror tenía Orzali a estas flaquezas! ¡Qué limpiamente pasó él por la tierra, con las manos vacías y el corazón lleno de Dios!

En el art. 141 del primer Sínodo Diocesano, se lee: "Es general y constante en el pueblo la reprobación de los sacerdotes negociantes o apegados inmoderadamente a los bienes materiales. Los fieles, y aun los que no lo son, entienden con sobrada razón que eso es impropio de la investidura sacerdotal. Ni hay nada que disminuya la confianza de los fieles en el clérigo como la avidez desmedida del mismo al dinero". Ahí está, diáfano y luminoso, el pensamiento de Mons. Orzali.

El amó la pobreza como quien ha comprendido profundamente el significado del "Bienaventurados los pobres". Y no la amó platónicamente. La vivió. La practicó toda su vida. Ese horror que él sentía por la codicia, esas bascas que le provocaban los sacerdotes ansiosos nada más que de dinero, era el fruto de su amor a Dios que se traducía en amor a cuanto Dios quería. Y Dios quiere ver a los suyos, semejantes a su Divino Hijo, desnudo y menesteroso en el establo de Belén.

A veces hay quienes ensalzan la pobreza y hasta desean practicarla; pero temen a las compañeras de la pobreza. Y son compañeras de la pobreza las incomodidades y las humillaciones. Orzali amó la pobreza con todas sus consecuencias. Ha escrito su Secretario el Can. Antonio Soriano: "Su piedad en la celebración del Santo Sacrificio y su pobreza más que franciscana, al punto de que los viajes a Europa y muchos a Mar del Plata por motivos de salud, los realizaba con sueldos adelantados, le asignan una personalidad inconfundible".

Cuando anunciaba la visita pastoral, solía decir a sus párrocos:

“Por la comida y el alojamiento, no se preocupe: el Obispo es un buen pobre: todo le gusta y nada le hace daño”.

Y no sólo visitaba a las parroquias más pobres y desamparadas sino que se quedaba en ellas con una cuasi fruición que no era más que el espíritu de Jesucristo que aleteaba sobre toda su vida como una luz suavísima que le iluminara la senda que debía trillar.

En una ocasión se acercó al Can. Argüello, y le dijo, confidencialmente: —Canónigo Argüello: présteme cinco pesos...

—Con mucho gusto, Monseñor. —Y echó mano a su billetera. Y como Orzali viera que no abundaban en ella los billetes, le dijo con pena:

—Pero Ud. se va a quedar sin nada...

—No se preocupe, Monseñor.

—Disculpe; pero estoy sin un centavo. Con los últimos pesos he debido pagar una deuda.

Esa deuda era por gastos de propaganda catequística que él siempre afrontaba con su magro peculio particular.

Un sacerdote de la Curia le dijo entonces:

—¿Así que el Señor Obispo “está pato”?

—Así es, hijo. Como dice la gente: estoy verdaderamente “pato”.

—Es que Su Excelencia lo da todo. Eso no está bien. Cosa buena es ayudar a los pobres; pero no hasta el punto de quedarse sin nada.

—Mira: en estos días no he dado limosna a nadie...

—Porque no tenía...

—Quizás: pero es que he pagado una cuenta de catecismo y hojas de propaganda, que se repartieron en las misiones que predicamos. He ahí la causa de que el Obispo haya quedado “pato”, como tú dices.

Cuando iba a las visitas pastorales, no quería que el Párroco cargara con gasto alguno: él corría con todo, desde las medallas y estampitas que repartía, hasta los medios de locomoción, que generalmente era la mensajería común o algún sulkycito derrengado, pocas veces el auto y algunas veces a pie.

Todos los años solía dar un almuerzo a los ancianitos del Asilo Deán Balmaceda de Trinidad, para la Pascua de Resurrección. Lo hacía para demostrarles su afecto paternal y a la vez por gratitud, ya que de entre ellos se elegían los doce pobres para la ceremonia

del Mandato en la Catedral. Pero un año le dijo, con pena y dolor, a la Superiora: —Este año no tendrán el almuerzo de costumbre. Será para otra vez...

Pasó un tiempo y al cabo, el Prelado se presentó en el Asilo, con esa su faz de niño grande, radiante de alegría:

—Mis amigos, —les dijo todo alborozado,— para el jueves vamos a almorzar todos juntos. Vamos a hacer nuestra comida anual. En la Pascua el Obispo estaba muy pobre. No pudo hacer frente a los gastos; pero, consuélense. Esta vez les voy a dar para dos almuerzos...

Y efectivamente, les dejó dinero para dos almuerzos especiales para todo el Asilo.

Casi siempre, estando en la ciudad, andaba a pie. El nunca tuvo automóvil. Y cuando debía ir lejos o era urgente el viaje, indefectiblemente decía al portero: —Tráigame un "Mateo"...

—Monseñor, le llamaré un auto.

—No; de ningún modo. Tráigame un "Mateo". No ve que son pobres. Que casi nadie los ocupa. Y ellos ¿de qué van a vivir? Pobrecitos... ¡No ganan nada! Y luego les daba el doble de la tarifa o más.

Dice el P. Lértora: "Orzali era un gran Apóstol; pero un pésimo financista y por eso Mons. Espinosa lo nombró Cura de San Miguel, para que pudiera saldar sus deudas, que eran enormes. Yo creo que en la Argentina no ha habido un sacerdote más desprendido que él y que no pensaba nunca que sin dinero no se podía hacer nada. Se empeñaba hasta los ojos y repetía siempre el "Deus providebit"..."

"Dios proveerá": he ahí la expresión de los que realmente confían en Dios y menosprecian los cálculos humanos.

"Para el trabajo, —me decía el Pbro. Dr. Videla Cuello— no tenía noción del tiempo y para los gastos no tenía noción del dinero". Era pulcro en el vestir. Lo único que le insumía bastante dinero era la indumentaria: le gustaba estar siempre limpio, atildado aunque sin perifollos. Cuando se trataba de dar, no se fijaba lo que daba. Era de una magnificencia estupenda.

Esa su generosidad agradaba a todos. Sus sacerdotes una vez quisieron hacerle un obsequio; no encontraron cosa mejor que re-

galarle \$ 5000 en efectivo porque lo veían tan extremadamente pobre, que le faltaba hasta lo más indispensable.

Así como era de minucioso y prolijo en la administración de la Diócesis era de despreocupado en la de sus ingresos y gastos privados.

Nunca llevaba en el bolsillo una suma superior a \$ 100. Era espléndido con los mozos, con los faquines y con los cocheros. Les daba sin medida. Cuando viajaba no permitía que nadie pagara. Pagaba siempre él. Le traían la comida del Seminario. Y él pagaba religiosamente esa comida que era la misma de sus seminaristas.

Cuando algún Párroco lo invitaba a predicar la novena que precedía a las fiestas patronales, él, siempre que podía, aceptaba. Y no dejaba de preguntarle sonriendo: —¿Y cuánto me vas a pagar?

Y si alguien quería retribuir su trabajo con algún sobrecito cerrado, él lo rechazaba con una firmeza que no dejaba lugar a dudas, diciendo: —Al Obispo no se lo cotiza.

Su administración era de lo más primitiva: solía tener un sobre común, donde echaba lo poco que tenía. Y luego anotaba encima: aquí hay tanto, saqué tanto, puse tanto...

A los pobres les daba siempre: —Hágalo pasar nomás... —era la consigna que tenía el camarero Valverde. Y luego cuando le pedían 40 ctvs. para esto o aquello, él siempre les daba tres o cuatro pesos.

Cuando al final de su vida cayó enfermo, no tenía dinero ni para los remedios. Fué grande la impresión que todos recibieron cuando vieron la sublime realidad de un Arzobispo que pudo haber vivido en medio de la holganza y las comodidades, reducido a la extrema pobreza, como el más indigente de sus criados.

Ignoramos si tenía hecho voto de pobreza; pero el hecho es que la observó como si hubiera sido un religioso de perfecta observancia. Los objetos que tenía a su servicio hacíanlos durar todo el tiempo posible. Cuando lo sorprendió la última enfermedad, sus religiosas rosarinas vieron con pena por un lado y con orgullo por otro, que su santo Fundador las aventajaba en espíritu de pobreza: las servilletas y toallas estaban tan zurcidas y remendadas que no podían estarlo más y los cubiertos de la vajilla, tan gastados que los tenedores casi no tenían dientes. Hacía la friolera de veintisiete años que los pobres estaban sirviendo en la mesa episco-

pal... Entonces la Madre General viendo una caja de cubiertos valiosos, quitó los viejos y dió orden al mucamo que en adelante usara los nuevos. El mucamo díjole que Monseñor se iba a disgustar si tal hacía.

—Dígale que la Madre General lo ha dispuesto, —dijo ella. Y regresó muy tranquila a la Casa de la Obrera.

En efecto, cuando el mucamo se le presentó con cubiertos nuevos, Monseñor al punto le reprochó por ese cambio. En seguida el buen hombre le contestó: —lo ha dispuesto así la Madre General, Monseñor.

—La Madre General manda en su casa y yo mando en la mía. Vaya a guardar esta vajilla y tráigame mis cubiertos de siempre...

Las Hermanas que estaban presentes rieron de buen grado del enojo del Prelado por la sustitución furtiva de la vajilla. Y él mismo acabó por reír; pero no consintió que le relevaran los cubiertos viejos.

Quisieron también cambiarle unas chinelas requeteviejas que tenía. Pero él se resistió con una energía como si estuviera defendiendo el máspreciado tesoro. En realidad era así. Defendía el tesoro de su virtud. De ese maravilloso espíritu de pobreza, que había sido su más bella presa durante toda su vida y ahora, al final de su existencia, no era lógico que perdiera su mérito por contentar a sus hijas.

—Hace 17 años, —dijo, refiriéndose a las chinelas,— que me vienen sirviendo. Y aun me pueden servir por otros 17... Uds. son unas noveleras, no gustan sino de novedades y fantasías.

Costóles un Perú a las Hermanas conseguir que Monseñor consintiera en que en esos días de enfermedad, por lo menos, le pusieran unas sábanas bordadas. Cuando, al final, por complacerlas tuvo que doblegarse ante lo que él consideraba un lujo, se valió de todos los medios para ocultarlas. Cuando llegaba a su alcoba una persona de significación, él disimulada y mañosamente ponía la cubrecama sobre el bordado que le sabía demasiado a lujo y a vanidad.

Un día una religiosa le dijo por qué hacía eso. Y él replicó:

—¿Pero no ves, hija, que el Arzobispo no debe dar mal ejemplo? Los que vienen a verme no deben irse escandalizados...

¡Qué bien había entendido a Jesucristo en su famoso sermón de la Montaña, este apóstol argentino. El "bienaventurados los po-

bres" lo llevaba él grabado a fuego en el alma. A fuego de amor de Dios. Mons. Orzali paladeó la dulzura de la pobreza como otros se regodean en medio de la abundancia de los bienes materiales. Y así hasta el fin de su vida. El rasgo más impresionante de su vida de pobreza voluntaria es sin duda, su testamento. Ahí está él de cuerpo entero, despojado de todas las falacias que pueden haberse adherido a través del largo caminar por las sendas de la vida. Está frente a la muerte. Ahí, colocado en los confines de su existencia, y de cara a los resplandores de la eternidad, no se miente. En esos momentos no se dicen palabras vanas. Y fué entonces cuando Orzali escribió y rubricó estas palabras que bastarían para inmortalizarlo: "TERCERO: Declaro que, gracias a Dios, no tengo propiedad alguna en bienes inmuebles ni dinero". Que era como decir: "Gracias a Dios, no tengo nada". ¡No tenía nada y lo tenía todo! Tenía asegurada la salvación de su alma. Tenía a Dios y tener al Señor es poseerlo todo.

Aquí como en ninguna parte de su vida se cumple lo de San Pablo "Tanquam nihil habentes et omnia possidentes" (2 Cor., VI-10): "Parecen no tener nada y lo tienen todo"...

CAPÍTULO XXXV

MAESTRO DE SACRIFICIO

Mons. Orzali no fué solamente un hombre esforzado: fué un maestro del sacrificio. Y para ser maestro hay que ser antes discípulo: discípulo del Divino Maestro. Y es El quien ha dicho: "El que quiere venir en pos de Mí, renúnciese a sí mismo y tome su cruz cada día y sígame" (Luc. IX, 23).

Nuestro biografiado tomó su cruz cada día y todos los días de su vida. Desde que en la Iglesia de La Piedad sólo dormía cuatro horas diarias con asombro y edificación del anciano P. Larrosa que observaba admirado a ese joven de 23 años que sacrificaba su sueño cuando tanta necesidad tenía de reposo, para dar más tiempo al apostolado, hasta las postrimerías de su vida en San Juan, cuando a los 76 años saboreaba adrede las más insípidas pócimas que le daban los médicos para mortificar su gusto, Orzali fué un dechado magnífico de renunciamiento y de un espíritu de sacrificio a toda prueba.

Cuando en 1885 hizo los Ejercicios Espirituales para prepararse al Diaconado, tomó, entre otros, este propósito:

"Guardaré suma modestia en mirar, especialmente personas jóvenes de otro sexo; no miraré cuadros o pinturas, ni las cosas que aunque no excitaran, sean contrarias a la pureza o despertaren en mí malos movimientos o pensamientos y en esto seré inquebrantable, desechando al momento todo eso, a no ser que una necesidad digna de consideración, me aconsejare alguna vez lo contrario. A este fin, ejercitaré también la mortificación. Para ello no tomaré postre los Viernes y los Sábados. Y si me hallare en alguna parte donde no pudiese hacerlo sin ser notado, lo dejaré para el día siguiente.

te o me mortificaré privándome de otra cosa apetecida. Los Viernes dejaré el postre en honor al Sdo. Corazón de Jesús y los Sábados en honor de la Sma. Virgen para obtener la guarda perfecta de la castidad”.

Más adelante se propone:

“Bajo ningún pretexto y jamás asistiré a espectáculos contrarios o no muy propios del carácter eclesiástico y en los lícitos, usaré de ellos con mucha parsimonia”.

“En mi mesa seré muy parco. Si las circunstancias, es decir, los que están conmigo, los convidados, no exigen otra cosa, mi comida será: sopa, cocido y un plato con fruta. La cena será sopa, un plato y fruta. En los días de solemnidad, podré añadir algún otro plato y dulces. Siempre me portaré como en esta ocasión, tanto en casa como fuera, con gran moderación, sin poner todo mi ser en el bocado que tomo de comida. Y mi cena será precedida y seguida de la bendición y acción de gracias. En mi casa”.

Estas resoluciones que Monseñor tomó en 1885 las cumplió fielmente, con una precisión que asombra, durante todo el curso de su vida. Y eso creo que, en buen romance, es lo que se llama tomar su cruz cada día. Eso es imitar a Cristo que, al decir de S. Pablo: “Non sibi placuit”: no se dió el gusto jamás.

Lo que Monseñor escribió en el primer volumen del Sínodo Diocesano (todo fué escrito de puño y letra por el Prelado) lo practicó él cuando Párroco y lo rubricó cuando Obispo con el esplendor de la jerarquía”:

“Todo sacerdote, secular o regular, propio o forastero, procurará abstenerse, en sus costumbres, vestido, conversaciones, etc. de todo aquello que pueda causar escándalo o siquiera admiración desagradable en los fieles, como fumar y hacer compras impropias en la calle, etc. Se evitará en todo el carácter aseglarado o afeminado, que tanto retrae a los fieles y tan impropio es de la dignidad sacerdotal. (Art. 45)”.

Pero para esto hay que tener una dosis de espíritu de sacrificio y una capacidad para el renunciamento que no todos poseen. El Arzobispo de San Juan demostró con la realidad de su vida integérrima que era capaz de volar a esas alturas donde planearon las águilas de la santidad como San Francisco de Sales y San Ignacio, sus grandes modelos.

Mons. Isidro Fernández, su Vicario General, dijo de él: “En las visitas pastorales a los pueblos de la campaña, él ha tenido que sufrir, sufrir mucho, hasta por falta de los elementos más

necesarios a la vida humana y él lo ha sufrido todo pacientemente, sin que nadie jamás haya oído brotar una queja de sus labios”.

Comprueba esto lo que me ha narrado el Pbro. Grondona:

Una vez iban para Jáchal a hacer la visita canónica. Debían llegar a las 14. Pero los automóviles de 1928 no eran todo lo seguros que son hoy. Entre “pinchazos” y desperfectos del motor, llegaron a noche cerrada. Eran las 12 y los viajeros estaban a mitad de camino. El sol de marzo partía la tierra. Y ahí estaban: el Prelado, el misionero y el familiar, al rayo del sol, sin un arbusto que les diera sombra, mientras el chófer procuraba arreglar los achaques del viejo automóvil. Los dos clérigos, para librarse un poco de los rayos del sol, se sentaron en el suelo, debajo de una manta. Pero de ahí debieron huir también; porque las hormigas, acicateadas por el calor, picaban que era una bendición...

Y los dos contemplaban edificados al Sr. Obispo, paseándose tranquilo y sereno, bajo ese sol de justicia, rezando el rosario. Y lo que más los asombraba era el ver su imperturbabilidad, sabiendo como sabían, cuánto deseaba él llegar a tiempo para no modificar su línea de conducta, de ser exactísimo y cronométricamente puntual.

Cuando llegaron a Jáchal, el Prelado, en vez de ir a refrescarse, como hubiera hecho cualquiera, quitóse el guardapolvo gris y fué en derecha a la Iglesia y allí habló a las pocas personas que quedaban, pidiendo mil disculpas por el chasco que les había dado, pues lo habían estado esperando desde el mediodía... ¡Cómo si la culpa del atraso hubiera sido suya! Y así, lleno de polvo y sudoroso, dió comienzo a la misión y a la visita pastoral. Visita en la que predicó hasta cinco veces al día.

Cuando alguno de los curiales de San Juan venía a Buenos Aires, era corriente que acá les preguntaran los que habían sido sus compañeros de Seminario: —¿Y Orzali? ¿Cómo anda por allá?

—Bien: trabajando mucho.

¡Qué hombre ése! Pudo estar bien acá en San Miguel...

Cuando regresaba el clérigo a San Juan, solía llevarle los saludos del compañero y su frase: —Pudo estar tan bien acá...

Era entonces cuando Orzali tomaba una actitud extraña en él. Se le encendía el rostro y decía: —Yo no me he ordenado de sacerdote “para *estar bien*”. Yo me he ordenado para *hacer bien* a los demás. Y estoy donde la Divina Providencia me ha puesto.

El abrazó su cruz con todo amor. Amó el sacrificio como pocos lo han amado. Por eso sufría con resignación y hasta con gusto las dificultades y padecimientos inherentes a la vida misionera que llevó durante todo su largo episcopado. Bastaría repasar todas las vicisitudes a que se sometió en las largas y penosas giras pastorales para comprobar lo que acabamos de enunciar.

En 1915 escribía a una de sus Hermanas desde Villa Atuel, en el Sur de Mendoza. Era en el mes de junio. El frío cortaba las carnes. El misionero se le había enfermado dos veces y el familiar había quedado en Mendoza por prescripción del médico, el cual le había dicho: —“Ud. no puede soportar esas giras pastorales que hace Monseñor”. Y allá en aquel apartado rincón, se encontró solo para misionar. Pero él siguió trabajando con un optimismo envidiable. Entre otras cosas le escribe a la Hna. Eufemia: “Sigo, pues sin familiar. Es decir, tengo yo un nuevo cargo con el correspondiente trabajo anexo: soy familiar de mí mismo... Estamos presenciando una buena nevada, y tenemos un frío más que regular. Pero al mal tiempo, le mostramos buena cara y nos reímos de todo y seguimos impertérritos en nuestra gira”.

En otra oportunidad, también en un mes de junio, cerca de las Cordilleras, hacía un frío tremendo. Le habían facilitado una modesta casa de madera, ya que en la Iglesia parroquial no había comodidad ninguna. Como Monseñor castañeteaba los dientes de frío, la dueña de casa le ponía un brasero en la alcoba. El siempre lo sacaba y se lo ponía en la pieza de su familiar, diciendo: —Mejor para estos señoritos mimados...

Por temperamento era de buen apetito. Pero huelga decir que eso que se había propuesto al principio de su sacerdocio lo cumplió al pie de la letra. Comía lo que le pusieran delante. Y cuanto menos delicado, mejor.

En una ocasión le dieron un plato especial y no unas lentejas mal condimentadas que pasaban a los demás. Entonces él, apenas se percató del cambio, pidió que le dieran lentejas a él también y dejó de lado aquel plato que salía de lo ordinario.

Cuando iban hacia algún pueblo donde debían vivir en casa de familia, solía advertir a su familiar: —Ya sabes, ¿eh?: mi régimen es bien sencillo: no tener régimen...

Las amas de casa siempre solían preguntar a los familiares: —¿Qué plato le agrada más al Señor Obispo? Y ellos debían in-

variablemente contestar: —Vea, señora, el Señor Obispo es muy parco: come cualquier cosa. Si quiere hacerle un gran favor, haga cosas sencillas y livianas. Come muy poco.

Pero una vez le tocó viajar con un Secretario bastante pillo (cosa rara...) el cual, cuando fué la señora dueña de casa a preguntarle qué le gustaba más al prelado, éste, interpretando los gustos del Sr. Obispo, por los suyos propios y sustituyendo cantidades iguales, le contestó: —Al Señor Obispo le gustan inmensamente las empanadas...

La buena señora al punto se puso a hacer unas empanadas que sabían a gloria. Y luego, al almuerzo aparecieron en la fuente, aromáticas e incitantes, en gran cantidad. Monseñor, como siempre, se sirvió una y aun no pudo terminarla mientras el secretario atracaba con un apetito envidiable. Entonces la señora, completamente desconcertada, insistió en que repitiera. Y como el Prelado se resistía, no pudo menos que decirle: —Vamos, Monseñor, si ya sabemos que es su plato favorito...

Entretanto el compañero ahogaba la risa bajo la servilleta.

Monseñor lo miró al punto y se dió cuenta de lo que había pasado. Y esa vez pudo más la caridad que la templanza. Pues repitió y volvió a repetir empanadas para no dejar mal parado a su astuto acompañante.

Era abstemio en absoluto. Bebía sólo agua en las comidas. Cuando en los banquetes protocolares a los cuales necesariamente debía asistir, servían vinos extranjeros (lo que era frecuente), él decía que él no bebía sino vinos de San Juan. Y si se daba vino de San Juan, decía que él no tomaba más que "champagne". Y cuando le traían champagne, dejaba la copa llena hasta el fin, para brindar con los demás. Y entonces apenas si con los labios tocaba el espumante licor. Pero en el palacio episcopal no bebía sino agua.

Por eso decía con frecuencia que a él le agradaba mucho una ley de los Estados Unidos y le desagradaba otra: le gustaba inmensamente la famosa "ley seca" por la cual se prohibía el expendio de bebidas alcohólicas y le tenía cordial ojeriza a la "ley de la silla" para significar que no le gustaba el ocio, la comodidad.

Por más que los buenos criollos de la campaña cuyana se esmeraban por tratar bien al Pastor en sus visitas, siempre debía someterse a toda clase de mortificaciones. Porque frecuentemente

iba a parar a casas de familia que no tenían ni lo más elemental que exige la higiene moderna. Pero Mons. Orzali jamás se lamentó de esas incomodidades. Antes, parecía que se gozaba sobrellevando la pobreza junto con aquellos hijos suyos que tenían que sobrellevarla toda la vida. ¡Cuántas noches pasó de claro en claro, porque o los mosquitos o las vinchucas u otros parásitos domésticos lo levantaban en vilo con sus lancetas incisivas... Y al otro día, cuando la buena paisana le preguntaba: —¿Cómo ha pasado la noche, Monseñor? —él respondía, indefectiblemente: —Muy bien, señora, pero muy bien.

Y no mentía. Porque, para su virtud, para su paciencia y mortificación aquella noche toledana le había venido de perilla. Y quién sabe si esos sacrificios que él hacía no eran la causa de las bendiciones de Dios sobre la misión...

Antes de ir a la visita pastoral, solía adelantarse al Párroco: “El menú del Obispo, señor Cura, ya lo sabe: un rico plato de puchero, cualquier otra cosita y fruta. Si hay café, toma y si no, sigue con el agua hasta el fin. Licores, no los prueba. Y con los cigarros está en guerra permanente. Ahorre, pues, los habanos. Como desayuno: café con leche, pan y nada más. En cuanto a la habitación particular, el Obispo desea ser pobre. Se contenta con el aseo y la decencia. Por favor: nada de pedir prestado cosas de lujo a las familias pudientes. Si uno critica nuestra pobreza, habrá cien que la aplaudirán y el bien que se hace, es grande...”

Hermosas y sabias recomendaciones que definen magníficamente la austeridad evangélica del hombre de Dios.

Cuando le ofrecían en San Juan que probara esos riquísimos vinos que produce la provincia, él siempre se rehusaba y solía decir, como excusa: —A mí me gusta mucho el vino de San Juan; pero en píldoras, cuando todavía está en la vid.

Y se hacía traer uva, que comía con gusto. Mientras los demás paladeaban el vino sanjuanino, él repetía: —“Lo mejor de San Juan, son las uvas”.

En realidad, le gustaba la uva; pero si no era en casos como ese, de tener que librarse de tomar vino, no las comía jamás fuera de hora. Solamente en la comida; y eso, en medida discreta.

Cuenta el P. Argüello que una vez en Calingasta, con un calor que torcía las velas del altar, habían trabajado todo el día. Los ayudantes del Prelado, a cada triquitraque salían del Oratorio para

ir a comer un sabroso racimo de los muchos que tenían ahí tan a la mano. De cuando en cuando le traían uno aromático, tentador, henchido de granos impregnados de dulzura. El Prelado se contentaba con mirarlo. Luego sonreía y diciendo: —Luego, cuando terminemos, seguía confirmando, confesando, predicando. Ni una sola vez se permitió ni siquiera *grancar*, como dicen en Cuyo, esto es, servirse algunos granos. ¡Y lo bien que le hubiera venido, estando extenuado como estaba y trabajando como trabajaba!

Pero él prefería ser fiel al propósito de la alborada de su vida apostólica: “No beber más que agua o leche. No tomar nada entre comida y comida, a no ser que me obligue a ello un deber social o de conveniencia”.

Cuando las religiosas rosarinas le enviaban postres en las solemnidades, parecía molestarse: —¡Qué ocurrencia!, —decía— ¿para qué tanta azúcar echada a perder?

Una vez en visita pastoral se alojaba en una casa muy pobre. Cuando el familiar lo fué a ver al día siguiente de la llegada, lo encontró tiritando de frío. Pero él no dijo una sola palabra. Cuando el clérigo fué a averiguar la causa de tanta rigidez, se dió cuenta de que las ventanas no tenían cristales. De modo que el frío cordillerano entraba como Pedro por su casa. Pero el virtuoso Obispo no dijo una sola palabra al respecto. Siempre cumplió su propósito: “En la mesa me serviré de lo menos fino”. “Y nunca indicaré lo que me gusta o desagrada”.

La religiosa que lo asistió en su última enfermedad, decía que parecía que Monseñor no tenía gusto. Y narraba que los platos que eran causa de murmuraciones para los seminaristas, que no acababan de lamentarse de la mala preparación de los alimentos, los comía el Prelado sin hacer la más leve observación.

El médico le había ordenado una sopa especial. El Prelado la tomaba todos los días tranquilamente. La Hermana creía que fuera sabrosa. Pero un día el estómago del enfermo ya no pudo resistirla. Y antes que devolverla, Monseñor prefirió decirle a la Hermana que le era imposible seguir tomándola. Y sólo entonces se percató la enfermera que aquella sopa era un verdadero acibar.

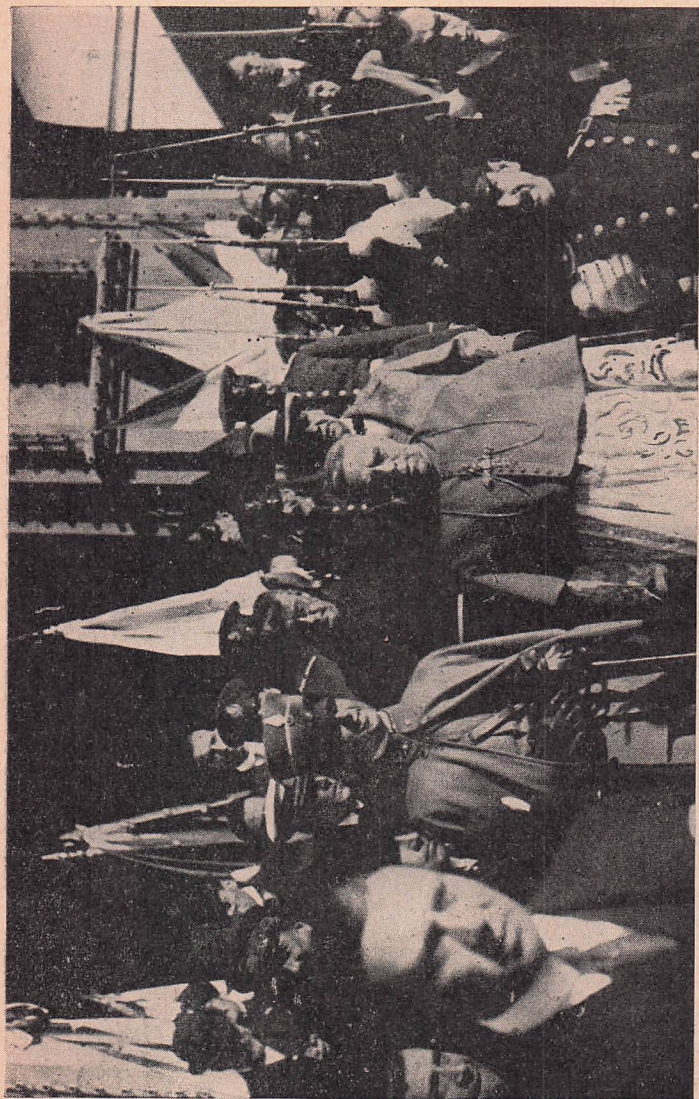
Fué en esa ocasión cuando lo vió tomando a sorbos y como paladeando el sulfato de magnesio, que todos sabemos cuan desagradable es al paladar. Como la Hermana le ofreciera uvas para

que comiese después del laxante, él no quiso absolutamente tomar ni una sola. Pero un día no pudo más. El organismo reaccionó y se indispuso ante el esfuerzo que hacía para beber la horrible pócima. Entonces la religiosa lo reconvino suavemente. Y él: —Pero hija, algo hay que ofrecer a Nuestro Señor...

En realidad fué mucho lo que él le ofreció a Nuestro Señor. Porque todos los sacrificios materiales que hacía para llevar cotidianamente la cruz de Cristo, son poca cosa en comparación con los sacrificios morales que cada día ofrendaba a Dios y que en los últimos días de su vida fueron acerbísimos y conocidos o adivinados por muy pocos. Los sinsabores, las penas, los padecimientos ocultos, las adversidades de toda índole completaron admirablemente el cuadro de sus sacrificios materiales. Y ese conjunto maravilloso de austeridades, renunciamientos y sacrificios fué lo que hizo de Mons. Orzali un auténtico maestro del sacrificio.



En Roma, en octubre de 1920, con los seminaristas argentinos que llevó. Junto a él, de pie, Mons. Solari, arzobispo de La Plata



Con el Príncipe Humberto de Saboya al salir de la iglesia de San Francisco, de Mendoza. (1924)

CAPÍTULO XXXVI

SEMBRADOR DE FAROS

A principios de su episcopado, el 16 de julio de 1912, Monseñor envió una circular a todos los párrocos de su Diócesis, solicitando informes acerca de los Oratorios públicos y privados que había en cada parroquia. Sabía el celoso Prelado que el templo es el faro que ilumina la senda de la vida. Sabía muy bien que si falta ese refugio espiritual, las almas enderezan hacia las más groseras supersticiones o bien se materializan del todo.

De ahí su empeño de toda la vida por sembrar de Iglesias y Oratorios el vasto territorio de su Diócesis. El dinámico obreiro del Señor no se paró en estériles lamentos ni en proyectos utópicos, sino que, como gran realizador que era, se arremangó y dió comienzo a la obra.

Veamos en síntesis la maravillosa obra que alcanzó a realizar, sobre todo en los años iniciales de su episcopado, cuando estaba en la plenitud de sus energías. En sus visitas pastorales estudiaba sobre el terreno las posibilidades de levantar un templo, iglesia u oratorio y generalmente constituía una Comisión ad hoc, la que correría con los gastos que originara su construcción, para lo cual autorizaba colectas públicas entre los fieles. Solamente en el año 1913: habilitó el Oratorio de D. José María de los Ríos y bendijo parte de la Iglesia Parroquial de Cauçete; recibió en donación un terreno en Villa Krause, departamento de Pocito y designó una Comisión para la construcción de la Capilla; además nombró Comisiones similares en la Parroquia de Albar-

dón para el templo de San Nicolás de Tolentino; en la Parroquia de la Concepción, Alto de Sierra, para atender el Oratorio de San Antonio; en la Parroquia de Pocito para atender la capilla de la Cieneguita y en la misma Parroquia para levantar un Oratorio en Cochagual y otra para terminar la Iglesia Parroquial de ese lugar, otra en Valle Fértil y otra en Retamito. Eso solamente en San Juan.

En Mendoza, y solamente en 1913, consagró con toda solemnidad la hermosa Iglesia de Godoy Cruz dedicada a la Asunción de María y bendijo y colocó la piedra fundamental del templo de Rodeo de la Cruz en Guaymallén e inauguró un Oratorio en ese lugar. Ese mismo año designó comisiones Pro Templo para construir los oratorios de Costa de Araujo, San José y el Rosario de la parroquia de Lavalle, estimuló los trabajos de reparación de la Iglesia y casa parroquial de Junín y nombró la Comisión que se encargaría de todo lo referente a la capilla de Barriales; bendijo los trabajos realizados para el templo de Reducción, parroquia de Rivadavia, y los de la Iglesia parroquial de San Rafael; designó una Comisión Pro Capilla de N. S. del Rosario en Guaymallén y bendijo los trabajos para la conservación y cuidado de la capilla del Distrito 25 de Mayo en San Rafael y aprobó la Comisión que se ocuparía de levantar el templo parroquial de Luján.

En San Luis y solamente en ese año de 1913: constituyó las siguientes Comisiones para levantar templos o capillas: en Villa Dolores, Parroquia de Renca, Pro Templo de San Pablo, Parroquia de Renca, Pro Oratorio de La Quebrada, Parroquia de Quines, Pro Templo Parroquial de Santa Rosa, Pro Templo de Las Chacras, partido de San Lorenzo; dió comienzo a las gestiones para construir la capilla de las Barrancas, la Iglesia de Santa Rosa y aprobó la Comisión para la Iglesia Parroquial de San Martín.

Y todo esto solamente en un año...

En los años siguientes, con más experiencia y más conocimiento de las necesidades de su Obispado, siguió con creciente entusiasmo trabajando por sembrar las provincias cuyanas de templos. Cuando una Comisión no le respondía porque no veía trabajo efectivo, la cambiaba por otra más activa.

Prefería que se levantaran las iglesias por suscripción popular antes que conseguir grandes cantidades donadas por magnates de la industria o del comercio o bien del presupuesto nacional o provincial: "lo que ha sido hecho con el sacrificio personal de los fieles se aprecia más y se cuida mejor", solía decir.

Era para él un motivo de la más grande satisfacción cuando podía bendecir un nuevo templo. Ese día los feligreses lo veían transfigurado. Cuando tenía el consuelo de hacer oír su voz por vez primera en los ámbitos de una nueva Iglesia, solía elevarse en alas de la improvisación a vuelos retóricos inauditos en él. ¡Era el placer que experimentaba viendo el fruto de sus trabajos y la concreción de sus proyectos llegados a madurez!

No debo fatigar la atención del lector con la enumeración de los muchos templos, capillas y oratorios que Mons. Orzali edificó y bendijo, ni de las innumerables comisiones que organizó para que levantaran dentro del perímetro de su Diócesis esos refugios del espíritu a donde van las madres en busca de aliento para llevar adelante la carga siempre grávida de los hijos, a donde van los ancianos a prepararse al gran paso, y a donde van los niños a aprender los rudimentos de la moral religiosa, la única que posee los frenos suficientes para detener al joven de pasiones fervientes cuando lo arrastran a la culpa.

Con lo dicho acerca de lo que hizo Orzali en el primer año de su episcopado debe bastar para comprender hasta dónde llevó su comprensión del problema social que le presentan al Pastor de un Obispado las exigencias espirituales del pueblo y su redención por medio de la piedad cristiana bien entendida. Y hasta dónde llevó su conocido dinamismo para dotar a todos los pueblecitos de Cuyo de un oratorio o de una capilla donde se alabara a Dios. Dice el P. Argüello que "Mons. Orzali levantó templos hasta en lugares donde nunca, antes que él, había sido visitados por Obispos ni sacerdote alguno".

Y si monseñor se preocupó por las demás iglesias, es natural que no se olvidaría de la propia: la catedral. Ese monumento arquitectónico que remonta su abolengo a los tiempos coloniales fué reedificada como Iglesia Parroquial de Santa Ana de la ciudad de San Juan de la Frontera, por el síndico maestre de campo D. Juan de Oro Bustamante y Caballero en la primera década del

siglo XVIII. En 1729 fué destruída por un incendio y reedificada nuevamente por los PP. Jesuítas a quienes perteneció hasta su expulsión del Virreynato.

Monseñor, desde su llegada a Cuyo, pensó en hermosear y refaccionar ese templo vetusto y venerable. Y apenas le fué dado, hizo ensanchar el presbiterio y coro de los Canónigos, pintar a fresco cuatro grandes cuadros en los muros laterales del mismo y otro en la cúpula del ábside, que representaba a la Sma. Trinidad recibiendo el homenaje de los ángeles y de Santa Cecilia. Las cuatro capillas donde estaban los altares del Smo. Sacramento, del Calvario, de la Visitación y de S. Clemente Papa, fueron también primorosamente decorados con motivos alusivos a los titulares. Pero aventajaba a los demás en mucho la esmerada decoración de la Capilla del Smo. Sacramento. Los capiteles de las columnas y las cornisas fueron doradas en todo lo largo del templo y sobre los cornisones se pintaron, en sendos medallones, a los cuatro evangelistas.

En 1921 pudo Mons. Orzali ver realizado otro de sus sueños: restaurar el Panteón de los Prelados cuyanos. Estaba ubicado en una cripta en el ángulo de la Epístola. Lo reformó de suerte que se pudiera rezar Misa en él, dejando los nichos a los lados de la capilla. La decoración era de imponente gravedad.

Todo este ingente trabajo y este acopio de obras artísticas fué destruído por un terremoto de 1944. Otra vez la vieja iglesia de Santa Ana está esperando la reedificación...

Ignoro los templos, capillas y oratorios que alcanzó a levantar Mons. Orzali en su largo episcopado. Fueron muchos. Baste decir que hoy, solamente la Parroquia de Jáchal tiene once Oratorios Públicos que dependen de la parroquia. En cuanto al número de parroquias canónicamente constituídas fué también considerable: Monseñor creó siete parroquias más de las existentes en Mendoza, tres en San Luis y dos en San Juan.

Pero de nada serviría tener templos si no se tienen sacerdotes que formen la iglesia moral aquella primitiva "ecclesia" que está constituida por la comunidad de los fieles y que vale más, mucho más, que la piedra y el mármol. A eso dedicó el Prelado cuyano todos sus afanes. El Seminario fué para Monseñor, la niña de sus ojos. Tocarle el Seminario era tocarlo en la carne viva. Cuando

se creó la Diócesis de Cuyo en 1834, la bula daba al Diocesano la facultad para crear su Seminario. Y fué Mons. Achával quien en 1874 fundó el Seminario Conciliar de la Inmaculada Concepción de San Juan. Al principio fué regido por los clérigos de San Juan; pero desde 1885 se hicieron cargo de él, los PP. Lazaristas. En 1913 durante el gobierno de Mons Orzali, los clérigos cuyanos vuelven a hacerse cargo del Seminario. En 1935, habiendo sido erigida ya en Arquidiócesis la antigua Diócesis de Cuyo, y con motivo de celebrar su Prelado las Bodas de Oro de su ordenación sacerdotal, la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades le otorgó el insigne honor de ser elevado a la categoría de Seminario Mayor Regional, para las tres diócesis cuyanas, pudiendo fundar su Seminario Menor las dos diócesis sufragáneas.

El terrible sismo de 1944 arrasó también el Seminario de San Juan. Algún día ha de renacer, como el ave fénix, de sus escombros el viejo Seminario de antaño. Y entonces no faltarán, Dios ha de quererlo, los Prelados que como Orzali, no desdénen en ir a dar a los jóvenes estudiantes, aquellas conferencias espirituales encendidas en amor a Dios y en celo por las almas y a proporcionarles aquellas lecciones enjundiosas de liturgia y de ceremonias que solía impartir el gran Obispo de San Juan.

Pero también otros faros fué ubicando el celoso Prelado en su Diócesis. Cuando en abril de 1912 iba Monseñor a San Juan a tomar posesión de su Obispado, de paso por Mendoza recibió la visita del P. Luis Lusilla, Misionero del I. Corazón de María, quien solicitó permiso, en nombre del Provincial R. P. Sahún para establecerse ahí. El Obispo contestó verbalmente, accediendo de buen grado. Y poco después, el 13 de Junio, llegaban a esa ciudad los PP. Ramón Burgués y Marcelino Carrero para echar las bases de la primera Comunidad de Misioneros Cordimarianos en los Andes. En 1915 se establecen ya en casa propia. Tres años después el Prelado erige la Parroquia del I. Corazón de María, diciéndole: "Les doy otro: es lo último, pero un día será lo primero". Y efectivamente es así. Hoy, merced al extraordinario desarrollo de la ciudad y al tesón con que han trabajado los Misioneros, esa parroquia es una de las más florecientes. Baste decir que ha habido hasta 14 matrimonios en un día. Esa casa religiosa es también un faro refulgente colocado por el dinámico Prelado para iluminar las rutas de la vida.

El mismo año de su llegada a San Juan instaló en esa capital a sus religiosas rosarinas y dos años después en la capital mendocina e igualmente en San Luis. En 1934, con una segunda fundación en San Juan, llegaban al Hospital Rawson. Y desde esos Asilos y Hospitales las buenas Hermanas han sido también ellas, según la mente de su fundador, auténticos faros que han irradiado fulgores de caridad y de pureza.

El 1º de marzo de 1917 se inauguró solemnemente en Mendoza el Colegio San José de los Hermanos Maristas. El acto fué presidido por S. E. Mons. Orzali, quien bendijo complacido ese nuevo faro de ciencia y de virtud que se levantaba en la progresista ciudad andina para conducir a las juventudes por sendas de salvación. Hoy ese instituto es uno de los más prósperos que tienen los beneméritos Hnos. Maristas en nuestro país.

En 1926 se establecieron en el barrio de la Cañada de la ciudad de Mendoza, las Hermanas de la Casa de María, haciéndose cargo de la dirección de la Escuela Práctica de Mujeres. Fundadas por el virtuoso clérigo Blas Cañas, chileno, esas religiosas se dedican a su propia santificación a la par que a dar asilo y educación gratuita a jóvenes desheredadas o huérfanas y expuestas por ende a los peligros que ello acarrea.

A mediados de 1932, Monseñor recibió en su diócesis también a las Hermanas Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico. Se instalaron en Mendoza. Esas religiosas reciben a las criadas jóvenes cuando en los hogares donde prestan servicios encuentran peligros para su fe o para su virtud. Huelga decir cuánto bien han irradiado estas dos Instituciones y cuánto se alegraba el Prelado Sanjuanino viéndolas progresar.

El tenía por el santo Fundador de los Salesianos una predilección especial: había sido alumno oratoriano de los primeros misioneros llegados de Italia en Buenos Aires, había conocido personalmente al Santo turinés, tenía él mismo un espíritu castizamente salesiano, como que imitaba en todo a San Francisco de Sales y tenía su imagen en la capilla del Palacio, le gustaba la educación a lo Don Bosco, por la generosidad del sacrificio y por la alegría del trabajo incesante que caracteriza a la vida salesiana. San Juan Bosco y Mons. Orzali se encontraron en la cumbre de San Francisco de Sales. Se encontraron y se entendieron; porque

ambos convergían hacia el Santo del amor, de la dulzura y de la acción.

Ese conocimiento y admiración por S. Juan Bosco, es lo que lo llevó en 1917 a publicar una carta pastoral sobre fundación de Oratorios Festivos en la ciudad de San Juan. Después de una extensa consideración sobre formación espiritual de la juventud, dice en ese documento:

"Íntima y fuertemente persuadido de la eficacia de este medio, tanto por lo que hemos observado en las casas de la Sociedad Salesiana, como por la propia experiencia en las parroquias que han estado a Nuestro cargo, hemos pensado implantarlo en todas las parroquias de Nuestra Diócesis, empezando por la Ciudad Episcopal. En Nuestra primera visita pastoral, ya indicamos a una de las cofradías establecidas en el templo de Santo Domingo, la de la Milicia Angélica, la alta conveniencia de unir la oración a la acción y de distribuir los fondos de que pudiera disponer anualmente, entre el esplendor de sus funciones religiosas y una obra útil, práctica, necesaria, de celo y de propaganda. Le indicábamos la fundación de un Oratorio Festivo.

Los beneméritos y celosos Padres Dominicos de inmediato pusieron manos a la obra y, gloria es suya, justo es reconocerlo, compartida con la Milicia Angélica, de haber fundado el primer Oratorio Festivo que ya cuenta con una asistencia media de 200 varones en los días festivos. Complacidos recordamos esto para estímulo de los Sres. Curas y ejemplo para las asociaciones piadosas de la Diócesis. Mas esto es insuficiente.

Por lo tanto hemos resuelto la fundación de otros cuatro Oratorios Festivos en esta Capital, dos para varones y dos para niñas, situados estratégicamente en barrios apropiados. El primero, de varones, confiado al celo del Sr. Canónigo Dr. Alfonso Hernández, funcionará en la calle Córdoba N° 1252, con el nombre de San Luis Gonzaga. El segundo, de varones, se establecerá en la parte Este de la ciudad, bajo la activa dirección del Sr. Canónigo Juan Videla Cuello y se le distinguirá con el nombre de S. Estanislao de Kostka. Oportunamente, con los Oratorios de niños se formará un Batallón de Exploradores de la Patria. Un Oratorio de niñas se establecerá en el Colegio Santa Rosa y otro en el de la Inmaculada Concepción, contando con la decidida cooperación de las religiosas Dominicas y Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, respectivamente".

Ignoramos los resultados que habrán dado estos Oratorios Festivos. El plan trazado por el dinámico Obispo, era excelente.

Pero más que un oratorio Salesiano, Monseñor quería tener en su ciudad, un Colegio, que fuera como un lumínar que orientara a la juventud por la senda de la verdad, de la virtud y del bien. Y sólo después de muchos años de duro bregar, lo consiguió. Hoy el Colegio Don Bosco sigue su ritmo ascensional de progreso.

Quiso Dios que el terremoto lo respetara, lo mismo que a la Iglesia de María Auxiliadora como para que continuaran siendo un recuerdo perenne de lo mucho que los quiso el gran Arzobispo de San Juan.

Ya antes de 1926 se habían iniciado gestiones para fundar un Colegio Salesiano en San Juan; pero siempre infructuosamente. Cuando, ese año, se desmembró la Inspectoría S. Francisco de Sales, formando al Noroeste del país la Inspección de S. Francisco Solano, especialmente mediante la acción eficaz del P. Valentín Bonetti, cuya postrera obra como Inspector fué el Colegio de San Juan, pudo Monseñor concretar su aspiración.

—Me apena, Canónigo Argüello, —le dijo una vez, en 1928, el Prelado a su fiel consejero— que en la sede de mi Diócesis no haya un Colegio de varones. Tenemos que fundar un Colegio Salesiano.

—Mande, Monseñor, —contestó el buen P. Argüello.

Pocos meses después emanaba el Prelado un "Auto sobre Fundación de un Colegio Salesiano".

"Desde el día en que por la voluntad de la Divina Providencia, ocupamos la sede de esta ilustre Diócesis, hemos trabajado empeñosamente por la fundación de un Colegio Salesiano para varones, necesidad urgente entre nosotros y anhelo constante de innumerables padres de familia, que así nos lo manifestaron en diferentes ocasiones, interesándose por el porvenir moral e intelectual de sus hijos.

Hoy, mis amados hijos en el Señor, con la satisfacción intensa del Pastor que procura el bien espiritual de este querido pueblo de San Juan, os anunciamos que la idea con tanto calor abrigada por nuestra alma, se convertirá en una hermosa realidad. Los Reverendos Padres Superiores de la Sociedad Salesiana han aprobado y resuelto definitivamente la fundación de un Colegio para varones en San Juan".

Dos meses después viajaba hacia Europa. Iba a hacer su Visita ad Límina. De paso, asistió a la solemne Beatificación de Don Bosco. Y ahí habló con el Superior General, Don Rinaldi. Este le dijo, con pena: Monseñor, tenemos orden del Smo. Pontífice de no abrir nuevas casas por cuatro años... De modo que... el gozo, al pozo!

—No, Padre, eso no puede ser... ¿Así que la fundación depende del Papa?

—Así es.

—Con el Papa me arreglo yo, —dijo confiadamente el Pre-

lado. Y así fué. Habló con Su Santidad Pío XI y consiguió la autorización para abrir la nueva casa salesiana de San Juan. A su paso por Turín, anunció gozoso a los superiores y a los estudiantes argentinos de "La Crocetta" ⁽¹⁾ la grata novedad que llevaba a la patria lejana.

La Comisión que designó para colaborar en la fundación estaba presidida por el Sr. Héctor Conte Grand y tenía como vicepresidentes 1º y 2º respectivamente, al Dr. Alberto Graffigna y a D. Alfredo Martín Palma. Asesor Eclesiástico fué el Canónigo Argüello. A esta Comisión el Prelado le agregó otra de Cooperadoras Salesianas, y las damas de la Sociedad Pro-Patria también prestaron su valioso contributo.

Así se preparó la llegada de Don Bosco a San Juan. Y cuando los chiquillos se arracimaron en el Oratorio Festivo, cuando el santo Prelado oyó cantar coplas marianas a los rapaces de la calle, cuando veía esas procesiones densas de pueblo fiel tras las andas de María Auxiliadora, cuando vió las "hermosas realidades" que él había soñado "desde el día que había ocupado la sede de esa ilustre Diócesis", Mons. Orzali lloraba de emoción y de consuelo. Y cuando el Colegio Don Bosco abrió sus puertas a la sociedad sanjuanina, el anciano Arzobispo solía ir, a las 16, a la residencia de sus Hermanas y desde los ventanales del Hospital Rawson, contemplaba con fruición la larga teoría de los alumnos que alegres y vivaces paseaban la blancura de sus guardapolvos y de sus almas por las calles 9 de Julio y San Martín, y al verlos, con los ojos empañados de lágrimas, decía a las Hermanas: —Ahí van los chicos de "mi" Colegio... Y no se cansaba de mirarlos hasta que no se perdía el último alumno con su cartapacio en bandolera, rumbo al hogar paterno.

Ese afán del Prelado por ubicar templos, institutos religiosos, escuelas no era más que la resultante de su amor al pueblo a quien quería iluminar y salvar. Bien le cuadra, pues, el dictado de sembrador de faros.

(1) El Instituto Teológico Internacional Salesiano de Turín.

CAPÍTULO XXXVII

HASTA ALLENDE LA MUERTE

Todo apostolado bien entendido no es nada más y nada menos que un desbordamiento de amor de Dios. Todos los grandes santos fundadores, desde San Benito a S. Juan Bosco, antes de ponerse en marcha hacia la acción, han debido hacer lo que hacen las modernas locomotoras: "levantar presión". Y la presión se levanta en la pira del amor de Dios. Cuando existe esto, hay auténtico apostolado. Si falta esto, la acción exterior es sólo fuego de paja.

Podremos medir el amor de Dios de nuestro biografiado por las dimensiones de sus obras. Si posible fuera sacar la radiografía de su alma, como se saca la del corazón y del cerebro, veríamos un alma al rojo-blanco, incandescente de amor. Ese fuego interior es lo que levanta su presión. El amor de Dios que desbordaba de su alma era lo que lo impulsaba al trabajo incesante, al sacrificio perenne por el bien de sus prójimos y por la gloria de Dios. El apostolado externo no era más que la manifestación "ad extra" de su profunda vida interior.

Lástima que el aspecto más interesante de su vida, su vida interior, no sea tan fácil de captar ni de percibir. Pero es posible averiguar si hay fuego en un hogar aun a puertas cerradas. Se puede comprobar si hay fuego siquiera sea por el humo que sale de su chimenea.

A través de su devoción al Santísimo podemos apreciar su amor a Dios. Orzali fué un enamorado de Jesús Eucaristía. En

sus propósitos tomados en 1912, cuando fué consagrado Obispo, dice: "Haré con puntualidad frecuentes visitas durante el día al Smo. Sacramento, sobre todo después de las comidas, al salir y entrar a casa y antes de acostarme. Haré con puntualidad mi hora de adoración a Jesús Sacramentado; si me es posible en alguna Iglesia donde esté expuesto". Y cuantos lo han conocido, están contestes en afirmar que el Prelado cumplió fielmente su generosa resolución.

Apenas asumió el gobierno de su diócesis se dedicó a cumplir los Estatutos Diocesanos. Y el 14 de Setiembre de 1912 publicó un extenso Auto en el que establece normas precisas acerca de la vida interior de sus clérigos, como base para la eficacia de su acción sacerdotal. Dice:

"CAPITULO I. — Preguntado en cierta ocasión un Santo Obispo por otro que estaba empeñado en santificar a su clero, de qué medio podría valerse para obtenerlo pronta y eficazmente, contestó: Que sus sacerdotes recen bien el Oficio Divino y celebren santa y diariamente el Sacrificio del Altar.

Hemos tomado también para nosotros esta regla al asumir el gobierno de esta Diócesis y procuraremos aplicarla en ella y en nuestro clero con el mayor empeño que nos sea posible. Por esto os exhortamos, Venerables Hermanos, no a que recéis diariamente el Oficio Divino, porque estando mandado a todos *sub gravi*, os haría una grande injuria si dudara de que faltáis a esa obligación o creyera que de ella os dispensáis por fútiles motivos y no por las razones de peso que indican los Teólogos. Pero sí a que lo hagáis *digne, attente ac devote*, cual corresponde a un acto de tanta trascendencia...

Pero la obra grande, la máxima para santificaros y santificar a vuestros fieles es la celebración diaria de la Santa Misa. En ella lo hallamos todo: el arrepentimiento para nuestros defectos, la constancia en la práctica de la virtud, el celo para emprender grandes obras de la gloria de Dios, el valor para vencer las dificultades y aceptar los sacrificios morales y materiales, el desprendimiento y el desinterés en todas nuestras acciones, la abnegación en favor del prójimo, las luces del Cielo para comprender lo que debemos hacer y lo que debemos evitar...

Dos defectos deben eliminarse con todo empeño en esta materia por nuestros sacerdotes: PRIMERO: el no celebrar diariamente la Santa Misa. ¡Qué pobre idea da de sí un sacerdote que así obra!... Los mismos fieles se fijan en ello y hasta se escandalizan, sobre todo cuando saben que el Cura o el Capellán o el Sacerdote no celebra sino cuando tiene estipendio o que la deja con cualquier pretexto.... Lo decimos con franqueza y claridad: todo lo esperamos de un sacerdote que diariamente celebra con fervor la Santa Misa y todo lo tememos de uno que por negligencia no lo hace.

SEGUNDO DEFECTO: celebrar precipitadamente el Santo Sacrificio del Altar. Si esto no fuera una triste realidad, parecería algo increíble. Hay tiempo para todo y apenas se dispone de veinte minutos para la obra más grande que pueda realizar el sacerdote en la tierra. Digámoslo claramente: esto es inconcebible en un sacerdote de fe y de piedad”.

Y sigue así, paternal pero briosamente exponiendo el amor, el respeto, la devoción con que desea que sus sacerdotes celebren siempre la Santa Misa. Y bien: todo lo que recomendaba con tanta libertad como celo, podía hacerlo porque él era el primero en cumplirlo con una exactitud y una minuciosidad que impresionaba. En Noviembre de ese mismo año publica un Auto estableciendo los turnos para las Cuarenta Horas, la práctica esencialmente eucarística, en toda su Diócesis. para que desde el 1º de Enero de 1913 no hubiera parroquia donde Nuestro Señor no fuera debidamente adorado.

Durante las asambleas del Sínodo Diocesano de 1916, el Prelado, allí, frente a todo su clero, pidió, exhortó, conjuró a los sacerdotes a que fueran sinceramente devotos de Jesús Sacramentado y estableció de manera permanente la devoción de las Cuarenta Horas.

Las disposiciones sinodales, escritas de puño y letra del Prelado Diocesano, contienen un capítulo admirable que trata de la piedad de los sacerdotes. En las discusiones que originaban las sesiones de estudio de aquellas memorables asambleas, se opinaba que sobre ciertos artículos no se debía insistir por ser cosas de legislación general de la Iglesia. Se referían a la meditación, examen de conciencia, visita al Smo. Sacramento, etc. Se decía que bastaba con citarlas. Y a primera vista pareció razonable. Pero Mons. Orzali se mantuvo irreductible. Dijo que si había repetición, no estaba de más repetir cosas tan esencialmente necesarias para la vida interior del clérigo, sin la cual todo apostolado se derrumba. Prevalció su alegato. Y la unanimidad que luego hubo en acatar la opinión del Prelado es exponente de piedad que honra al clero cuyano.

El 15 de Junio de 1919 emanó una Pastoral sobre la devoción al Smo. Sacramento. Nada mejor que esas páginas encendidas en amor a Dios para conocer el alma piadosamente sacerdotal del gran Obispo. Esa carta pastoral es un himno vibrante a la Sagrada Eucaristía, es una arenga fogosa dirigida a todos sus sacerdo-

tes, densas de pensamiento y de afecto. Refiriéndose a los que celebran mal, dice en ese documento:

“¡Cuántas veces hemos sentido un secreto impulso de acercarnos a esos sacerdotes, en el acto de la celebración de la Misa y repetirles lo que en una ocasión semejante dijo a un sacerdote el Beato Maestro Juan de Avila, no pudiendo soportar la indignación que le causaba el ver cómo trataba a la Sagrada Hostia: “Trátelo un poquito mejor, hermano mío, a este Jesús, que es hijo de un buen Padre y de una buena Madre. Por el amor que debemos a Dios y por el respeto que debemos a Jesús-Hostia, realicemos las ceremonias del culto, sobre todo las de la Santa Misa, con fe, con espíritu de devoción, con modestia, para gloria de Dios y edificación de nuestros fieles”.

Refiriéndose a las visitas al Santísimo, escribe:

“¿Será posible que mientras hay fieles que visitan diariamente a Jesús Sacramentado, recorriendo a veces largas distancias, haya Ministros de la Eucaristía que, viviendo junto al Sagrario, jamás se presenten ante él, después de haber celebrado precipitadamente? ¿Será posible que dejen solo al Sagrario y ni siquiera vean una vez durante el día si arde ante él la lámpara reglamentaria?”

Ese llamado cordial y fervoroso a sus sacerdotes es la mejor prueba de la existencia de una piedad profundamente arraigada en su alma pastoral; esas palabras cálidas de santa impaciencia son la expresión fiel de amor a Dios y de su rendida veneración al Sacramento del Altar.

Cuantos lo trataron de cerca confirman esta aseveración: Mons. Orzali fué un serafín de amor a Jesús Sacramentado.

A este respecto el Canónigo Soriano, al perfilar la figura ascética del Gran Prelado hace referencia ante todo a “su arraigada y profunda devoción a Jesús Sacramentado, delante de cuyo sagrario se pasaba durante el día tanto tiempo...” Cuando el autor de estas páginas, interrogó al Pbro. Grondona, actual Párroco de Tigre, Buenos Aires, lo primero que brotó de sus labios fué esto: “¿Una característica de Mons. Orzali? Su devoción al Smo. Sacramento. El quería que lo mejor que había fuera para el altar del Santísimo en la Catedral. Cada vez que iba a Europa traía alguna novedad para el Sagrario, que ya era riquísimo. De Barcelona trajo una vez una custodia preciosa. Nunca salía sin visitar a Jesús Sacramentado. Al regreso indefectiblemente se di-

rigía, antes que a ningún lugar, a la capilla, a adorar al Señor". ¡Qué bien concuerdan estas noticias con sus propósitos de 1912! ¡Cuán bien supo cumplir las resoluciones tomadas en la aurora del cargo pastoral!

Si alguna vez lo veían, no diré irritado, pero sí molesto, era cuando encontraba el altar de un santo cualquiera, lleno de adornos y perifollos y el del Santísimo apenas con la lamparilla que parpadeaba lánguidamente su tristeza junto al Señor.

Decía frecuentemente: "Si no cuidamos el tabernáculo ¿dónde está nuestra fe?" "Yo mido el espíritu sacerdotal de mis clérigos por el cuidado que tienen del altar del Santísimo y del tabernáculo".

Si alguna vez llegó a amostazarse hasta estallar en la imprecación explosiva, fué cuando encontró algún tabernáculo descuidado. En las visitas pastorales dejaba bien anotado lo que había que corregir al respecto. Luego vigilaba para que se cumplieran sus disposiciones. Así como era de indulgente en las demás deficiencias que notaba, era de riguroso en esta materia.

En la revista "El Apóstol del Santísimo Sacramento" se lee: "Monseñor Orzali, alumno del Seminario y apóstol de la Eucaristía. Alumno del Seminario, descolló entre sus compañeros, desde los albores escolares, por su acendrada piedad eucarística". Su hermano Ignacio decía que "a Américo le gustaba mucho rezar ante el altar y visitar frecuentemente al Santísimo Sacramento".

Ya sabemos cuán floreciente fué la Cofradía del Santísimo Sacramento formada por hombres, que él fundó y dirigió en Santa Lucía.

Cuando llegó a Obispo, una de las razones porque se alegraba de su designación, era ésta: "Nosotros los Obispos tenemos un lugar privilegiado, el más a propósito para la oración: el trono está cerca, bien cerca del Sagrario".

Y dirigiéndose a sus sacerdotes les decía: "El sagrario será siempre nuestra escuela. Allí iremos muchas veces cada día".

Su devoción al Santísimo se manifestó en él por el cuidado que puso en hermostrar y adornar su altar en la Catedral de San Juan. Sacó de él las imágenes de santos que había. Quedó solamente el sagrario: grande, primoroso, regio. Los señores canónigos, cuando vieron el empeño del Prelado en ornar el altar de Jesús Sacramentado, edificados por la piedad eucarística de su

Obispo, hicieron entre ellos una colecta pecuniaria y contribuyeron a solventar los gastos.

El octavario de Corpus en la catedral de San Juan llegó a ser la función más solemne del año. Se lo rodeaba de todo el esplendor del rito católico. El Prelado Diocesano, el Cabildo, el clero de la ciudad con sus insignias formaban marco litúrgico al fervor del pueblo. Mons. Orzali predicó ese octavario todos los años de su episcopado, salvo muy rara excepción y por razones de fuerza mayor. Y predicaba sin repetirse, aplicando siempre la doctrina dogmática y ascética de la Eucaristía a la práctica de la vida cristiana. Era el orador obligado, insustituible. Era el hombre para eso. La unción que imprimía a su palabra encendida, el fervor que desbordaba de su alma enamorada de Jesús, no eran dotes que se pudieran encontrar en cualquier orador sagrado.

Gozaba la mar en las jornadas eucarísticas. Cuando veía a los fieles agolparse ante la balastrada, él se llenaba de júbilo. Siempre que podía, en esas ocasiones, se eximía de celebrar él la Misa de Comunión, para quedar libre y poder andar entre el pueblo, enfervorizándolo, animándolo, acercándolo al Señor de los Altares. Entonces era cuando explicaba la Misa, hacía rezar a los fieles en conjunto, les hacía comprender el amor que Cristo nos tiene, los hacía llorar... ¡Cuántos todavía recuerdan aquellas jornadas eucarísticas de antaño dirigidas por Mons. Orzali!

A un caudillo político a quien lo ligaba una vieja amistad, le dijo en una oportunidad:

—Usted, mi amigo, es de esos católicos de las tres comuniones.

—¿Cómo de tres comuniones?

—Sí: Ud. me parece que obra como ciertos hombres que hacen su primera Comunión cuando niños, la segunda cuando se casan y la tercera... el viático. Ya es algo, ya es algo; pero Dios quiere más, mi amigo, quiere más...

Respecto de la devoción con que rezaba la Misa, nos dice el P. Argüello: "He estado a su lado cerca de 25 años y debo declarar que la Misa de este Prelado siempre me edificó profundamente. Nada de amaneramientos. Si los hubiera habido no nos hubiera edificado a todos. No me refiero al cumplimiento exacto de las rúbricas. En eso era riguroso. Por otra parte el estudio y la ciencia de las rúbricas era su especialidad. Ha sido uno de

los más poderosos rubricistas del clero nacional. Gozaba de legítima autoridad como tal. Durante los 27 años de episcopado dictó conferencias sobre rúbricas y ceremonias a su clero en los ejercicios espirituales de cada año. Es otra cosa lo que nos edificaba. Era la fervorosa preparación y acción de gracias; era esa concentración que lo envolvía mientras rezaba la Misa; era ese fuego de amor que encendía materialmente su rostro en el momento de la Comunión... Y debo agregar algo más: él no se daba cuenta de su actitud, él no lo notaba; pero nosotros todos lo notábamos”.

Siempre que Mons. podía no dejaba de ir cada año a Villa Mercedes de San Luis a presidir las fiestas patronales. Una vez le comunicaron que de los trescientos niños que debían hacer su Primera Comunión, había 100 chicas por lo menos que no iban a poder comulgar ese día por falta del traje blanco. No esperó más. Subió al púlpito y dirigiéndose a aquel enjambre de criaturas les preguntó:

—¿Cuántas cosas son necesarias para recibir a Jesús?

—Tres, —respondieron en coro todos los niños y niñas.

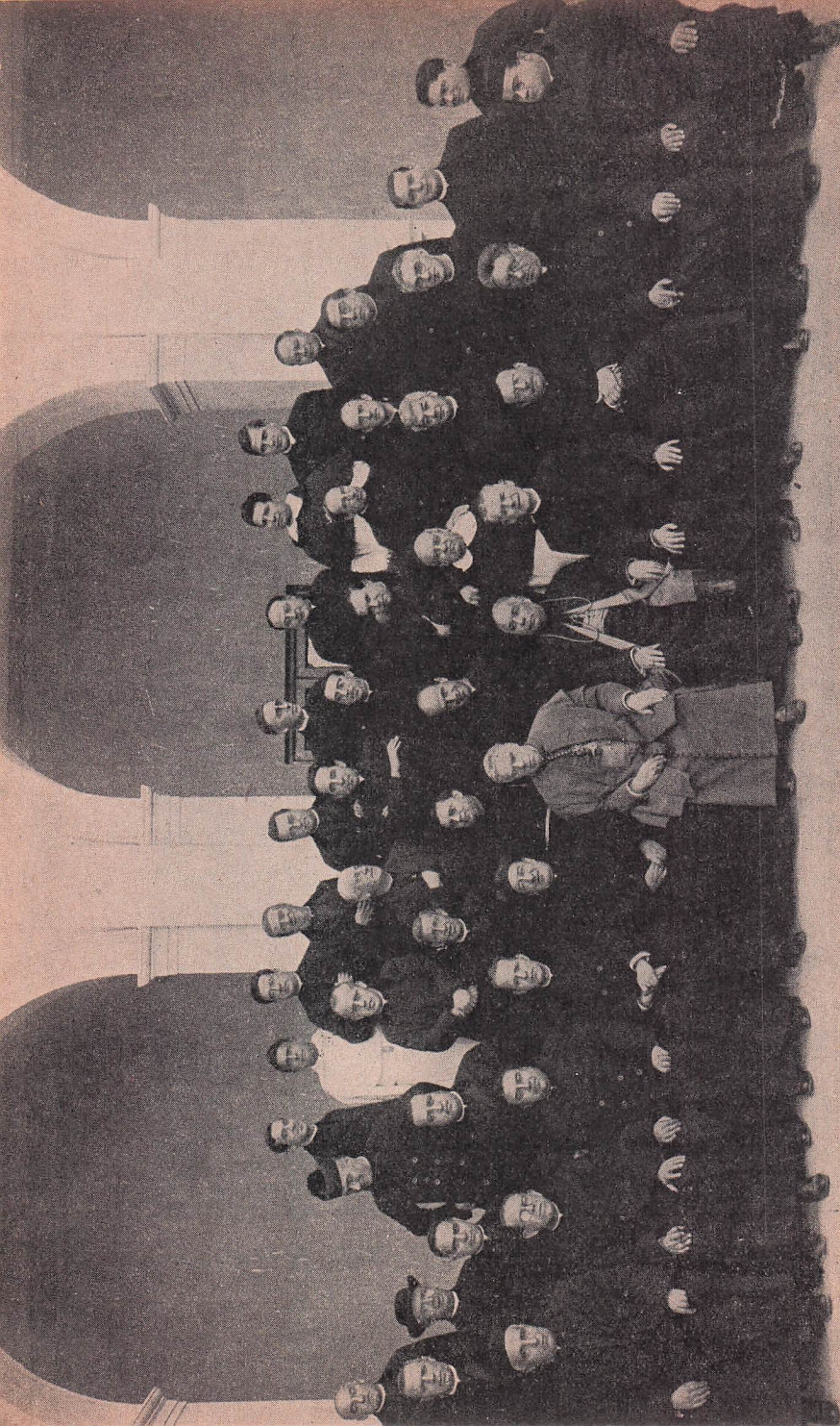
—¿Cuáles son?

Y los pequeños las dijeron de corrido.

—Falta una, —dijo el Prelado ante el estupor del infantil auditorio que se miraban entre sí, y miraban a las catequistas como interrogándolas—. ¿Y el vestido blanco? ¿No dicen que hay muchas chicas que no van a comulgar mañana porque falta esa condición?

Y les endilgó tal arenga que al día siguiente, con gran satisfacción del santo Obispo, no faltó una sola a la Comunión. Fué una Primera Comunión pintoresca por la variedad de trajecitos; pero todas, sin dudas, tenían la blancura interior, que era lo que prefería el Señor y su fiel siervo.

Una de las cláusulas de su testamento que más impresiona y que demuestra en forma apostólica lo profundo y macizo de su devoción a la Eucaristía, es la séptima, apartado I, párrafo d), donde dice: “El más precioso de mis pectorales será colocado en la custodia de primera clase de la catedral, como acto de constante adoración y de gratitud a Jesús Sacramentado. Los dos pectorales del Excmo. Mons. Benavente y un anillo, ya han sido colocados en la misma custodia”.



Asistentes al Segundo Sínodo Diocesano de Cuyo, realizado en junio de 1926.



El Rmo. Padre Fundador en el Seminario de San Juan

Y en la misma cláusula, apartado II, párrafo b), donde se lee: "Dispongo que sea entregado a la Superiora General del Instituto, mi pectoral de brillantes engarzados en platino, con su cadena y el mejor de mis anillos, a fin de que, si lo cree conveniente, sean colocados en la custodia mejor de la Casa Madre, como plegaria continua por la prosperidad espiritual del Instituto y de cada una de sus Hermanas".

¡Magnífico todo esto! ese hombre que había amado a su Dios Eucarístico con transportes de serafín, colocado ahora, en las fronteras de la vida y de la muerte, puesto en ese trance en que ya no se finge ni se miente, quiere perpetuar sus homenajes de adoración al Señor Sacramentado, quiere que esos pectorales que escucharon los latidos de su corazón apostólico, estén por siglos y siglos, en Barracas y en San Juan, donde él desplegó el abanico estupendo de una actividad sin precedentes; y estén en la custodia, ahí, junto a la Hostia Santa, en actitud de perenne adoración al Amor de los Amores...

Y eso, creo que, en buen romance, es amar hasta la muerte y más allá...

CAPÍTULO XXXVIII

EL PILAR MAESTRO

El pilar maestro de toda virtud auténtica es la humildad. No se concibe virtud sobrenatural sin el auxilio de Dios. Pero Dios "resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes" (Jac. IV-6).

En esto el Señor obra exactamente como la lluvia. Cuando las nubes dejan caer la bendición del agua sobre la tierra, los que aprovechan son los valles, que en la Sagrada Escritura simbolizan la humildad. Las aguas pluviales caen sobre picachos y sobre valles, sobre bosques y sobre páramos. Pero cuando descienden sobre los picos enhiestos, símbolo de la soberbia, se escurren al punto hacia el valle. Van a fecundar los lugares bajos. Y de ese modo los valles se cubren de vegetación, de flores y de animales que triscan alegremente sobre la opulencia de los pastizales. Mientras los picos altivos, se quedan secos y estériles. Emblema real de la tremenda esterilidad de las almas soberbias, sobre quienes cae también la bendición de Dios; pero resbala sobre ellas, sin quedar una gota que fecunde la arrogancia empinada de su altanería.

La humildad es una virtud esencial del cristianismo. Tan esencial como el cimiento para el edificio. Tanto como el pilar maestro para los arcos. Desgraciadamente a medida que nos vamos alejando del Evangelio, la humildad se torna más incomprensible, más contradictoria. Para buena parte de los hombres de hoy, aun de los que creen ser cristianos, la humildad es cobardía. Para ellos, el hombre humilde es un apocado cuando no un pu-

silánime o un esmirriado espiritual. De ahí que para quienes no han entendido el Evangelio, la más genuina virtud cristiana sea incomprensible. Y a este respecto creo que uno de los altísimos valores de Orzali es el no haber sido comprendido por todos. Muchos de sus contemporáneos lo juzgaron mal. Lo creyeron de una mediocridad insanable.

En mis peregrinaciones por las provincias cuyanas he querido conversar con toda suerte de personas: con quienes lo admiraron y también con quienes lo menospreciaron. Creo que es la mejor manera de conocer a los hombres: recibir todas las impresiones, mirarlos desde todos los ángulos. Sostengo que es honroso para el Prelado cuyano, que lo hayan juzgado así, porque eso significa que quienes lo vieron de ese modo, no lo alcanzaron a abarcar en toda su hermosa realidad, no pudieron percibir su figura mayestáticamente porque estaba muy alto.

Jesucristo que sabía bien lo que era santidad auténtica, nos dijo que aprendiéramos de El, no a crear los mundos o a morir en la cruz; sino simplemente a ser humildes: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón" (Math. XI-29). Mons. Orzali fué realmente manso y humilde de corazón porque había estudiado sobre ese modelo divino las virtudes cristianas.

Cuando recibió el Diaconado tomó entre otras resoluciones ésta:

"Procuraré cultivar la humildad, no buscando dignidades ni cambiar de empleo a no ser por grave razón, sino aceptar alegremente el que me designe el superior. También procuraré sufrir con paciencia las contradicciones, adversidades y sinsabores que encontraré en el ejercicio del sacro ministerio, procurando además no hablar con altanería jamás, no despreciar a nadie sino respetar a todos, aún a los más pobres y asquerosos".

Y cuando fué elevado a esa dignidad episcopal que él no buscó sino que le fué impuesta, por natural gravitación de sus valores morales, Orzali toma este propósito:

"Tendré siempre presente que sólo he sido elevado, aunque indignamente, a la dignidad episcopal, para trabajar sin descanso por la gloria de Dios y el bien del prójimo... Predicaré con la mayor frecuencia posible y en mis sermones, seré siempre bondadoso y sencillo... Sufriré callado, sin contestar, con paciencia, los insultos de la calle".

Quienes han conocido y observado la vida de este Prelado, están conformes en que durante toda su vida, él observó admirablemente estos propósitos. ¿Qué significan si no esa predilección que él tenía por los humildes, por los pobres, por los desheredados? ¿No era acaso auténtica humildad lo que lo llevaba a ir con tanto gusto a las capillas y oratorios desamparados, en vez de lucir sus insignias episcopales en las iglesias de los grandes centros urbanos? ¿Por ventura, no es indicio de genuina humildad ese afán que tuvo siempre Orzali de alternar con faquines y cocheros, con criados y mozos de cordel? Uno de los “defectos” del Arzobispo sanjuanino que alguien me señalaba, era ése: de no darse el lugar que corresponde a un Obispo, de no tratar más con “la haute société” y tender más bien a alternar con pecheros y ganapanes.

Una de las características de su humildad era el ocuparse en menesteres bajos y subalternos. Y esto ya lo fué ejercitando desde sus primeros días de sacerdocio en la parroquia de La Piedad, en Buenos Aires.

El venerado Cura de esa parroquia, Pbro. Apolinario Larrosa, solía decir que Orzali era infatigable y que él no se explicaba de dónde sacaba fuerzas para realizar tantas obras a un tiempo. “Su sueño —decía— se reduce a unas horas y a las cuatro de la mañana ya está en pie, recorriendo, plumero en mano, el templo y la sacristía”. Ya entonces, pues, Mons. Orzali solía ocuparse en menesteres humildes y bajos. Lo mismo practicó en Santa Lucía y en San Miguel y luego hasta el fin de su vida, como Obispo y como Arzobispo.

Por eso uno de los clérigos que mejor lo conocieron, como que actuó de familiar y secretario, por varios años, el Canónigo Soriano, ha escrito: “Su humildad, su pobreza, su caridad, su laboriosidad, fueron edificantes”.

Y otro de sus colaboradores: “¡Cuántas veces, en las incontables misiones que predicó, hemos visto al Señor Obispo, haciéndose el más pequeño entre todos”. Vaya una prueba entre mil:

Era en una misión que daban en Calingasta. Se cerraba la visita pastoral. Un gentío extraordinario había acudido al templo. El Prelado estaba contento. Había confesado gran cantidad de hombres, que era lo que él prefería. Durante la cena se comentaban los episodios de la Misión. Todos admiraban el fervor del pueblo,

la concurrencia numerosísima, los muchos frutos espirituales que se habían cosechado, etc. Pero como corolario de todo esto, los tres sacerdotes que cenaban con él escucharon lo siguiente: "Mis buenos amigos: está muy bien todo esto. Pero nos queda otra cosa que hacer. El trabajo del día de hoy no ha terminado. Tenemos que asear la Iglesia y dejar todo en orden. Para uno solo el trabajo será harto pesado; pero para todos será liviano y se hará rápido. Cuando se trata de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, todo trabajo, por humilde que sea, es honroso. ¿Acaso Nuestro Señor, en el pobre taller de Nazaret, no hizo los trabajos más humildes?". Todo esto lo decía para prevenir las objeciones que sabía le saldrían al paso.

La iglesia estaba a la miseria. Ese día había entrado en ella lo que se llama una pueblada. Gente de toda condición y sujetos de toda laya, llegados de las chacras y de los tambos, de bodegas y de viñedos, habían dejado el templo de Dios como no digan dueñas. Terminada la cena rápidamente, el Prelado encabezando aquella cuadrilla de trabajadores, con sendas escobas que ya sigilosamente había hecho preparar al sacristán, arremetieron a la empresa de limpiar el recinto. Y el buen Obispo no dejó su escoba hasta que no hubieran terminado la faena. Cuando acabaron, dijo, sonriente y satisfecho, a sus sacerdotes: —¿Han visto? Hemos terminado pronto y bien.

Y mirando el reloj, prosiguió: —Son las 23; tenemos todavía tiempo para preparar el túmulo para el funeral de mañana.

Y al punto comenzó a acarrear telas y candeleros. Los clérigos tenían que seguirlo, naturalmente, aunque más estaban para echarse a dormir que para andar en esos trabajos. Y cuando terminaron también eso: —Ahora a descansar, que mañana tendremos todavía un buen trabajo...

Y contentos y felices de haber acompañado a su principal en esos actos de verdadera virtud, se fueron todos al reposo.

Esto que los sacerdotes vieron hacer a Mons. Orzali en esa oportunidad, lo han visto hacer todos los que han dividido con él los trajines de las misiones. Todos saben cómo el Prelado Cuyano, en todas las visitas pastorales empuñaba el plumero o la escoba y antes que el Párroco hubiera aparecido en el templo, ya él había cumplido los humildes oficios de sacristán. Pero frecuentemente cuesta más ejercitar la humildad soportando las palabras

humillantes que empuñando instrumentos manuales. Monseñor sabía ser tan humilde en la paciencia como en el manejar la escoba. Era durante una recepción que se ofrecía al Obispo de Cuyo, en una capital de provincia. En esa capital había un Vicario Foráneo muy estimado por todos y de sólidas prendas morales. Mientras estaban en lo mejor de la fiesta, un periodista, fingiendo no conocer al Obispo y guiado quién sabe por qué extraños designios, pronunció en voz alta, de modo que el Prelado pudiera oír perfectamente, estas palabras: —Nuestro Vicario Foráneo sí que es un Apóstol, no como el Obispo que ha vendido la primogenitura por un plato de lentejas al Gobernador...

Hubo un silencio expectante. Los rostros palidieron. El aludido hizo evidentemente un esfuerzo; pero se contuvo admirablemente. Hizo como que no había oído y siguió conversando con todos con su habitual amabilidad.

Por algunos este gesto del Prelado fué considerado como una debilidad: ahí está la culminación de la humildad: saber sacrificar hasta su propio prestigio personal en aras de la mansedumbre. Bien sabemos que no le faltaba valor a ese hercúleo y de temperamento sanguíneo para contestar a quienquiera lo afrentara; pero por encima de su fuerza física estaba su fuerza moral: su propósito de "Sufriré callado, sin contestar, los insultos de la calle".

Como hombre sinceramente humilde le gustaba alternar con la gente humilde. No faltan fieles que quieren ver a los Prelados codeándose siempre con los magnates del comercio y la industria, con los señores del dinero y los prohombres de la banca. Ignora esta gente que la verdadera grandeza no está en esas cumbres deleznales sino en la cumbre maciza de la humildad evangélica. Monseñor alternaba con fruición con los pobres. Y cuando en 1938 regaló una fotografía a su fiel mucamo Francisco Valverde, se la dedicó en esta forma: "A mi querido compañero Francisco, le dedico esta foto por buen servidor". Así: compañero. Porque él se tenía por igual con todos los humildes. El era un trabajador más. Un obrero más.

En su dormitorio tenía siempre un guardapolvo gris que utilizaba para limpiar periódicamente la biblioteca. Se ponía el guardapolvo y con el plumero, espolvoraba todos los anaqueles.

¡Cuántos no lo han visto ayudando Misa a su familiar o a

cualquier otro sacerdote joven o anciano, como un simple monaguillo!... Y lo hacía con verdadero espíritu de fe y sentida humildad.

Una vez tuvo necesidad de hacer una amonestación de carácter general a miembros del clero. Uno de los sacerdotes presentes que era, por cierto, ejemplar, se sintió ofendido por la palabra del Pastor, no obstante toda la prudencia con que se expresó el Prelado en esa oportunidad. Y llegó a tal punto el resentimiento, que tenía pensado pedir la excomunión de la Diócesis. Monseñor, cuando supo el propósito del clérigo, no esperó más: fué hasta donde él estaba y con una humildad que arrancaba lágrimas y con una sinceridad cordial, le pidió perdón si con sus palabras lo había ofendido.

El sacerdote, que no esperaba semejante actitud, quedó edificado. Y huelga decir que revocó su resolución de salir de la Diócesis. Y si antes apreciaba a su pastor, desde entonces lo veneró.

No quería que lo esperaran cuando llegaba tarde al almuerzo o cena. Una vez, narra su mucamo Valverde, no obstante sus órdenes, lo estuvieron esperando. Cuando el Prelado llegó, demostró su contrariedad por ello. Y le dijo al mucamo: —¡Que sea la última vez que me esperan! Ya saben: aparten un poco de comida para mí y Uds. coman tranquilamente cuando llegue la hora.

Algo semejante le dijo al Superior de los Misioneros del Corazón de María. Era en una de las fiestas patronales que celebraban los Padres en su incipiente parroquia de Mendoza. Cuando llegó la hora del almuerzo, el Superior fué en un coche a acompañar al Prelado hasta la parroquia, pues, les había prometido sentarse con ellos a la mesa ese día. Cuando el Obispo vió el coche, no pudo evitar de decir: —Pero, Padre, por favor, que no suceda más esto. Ud. tiene mucho que hacer hoy en casa. Quédese tranquilamente confesando. Yo ya sé muy bien el camino...

Y no era esta una mera fórmula de cumplimiento. Era un gesto, natural en él, de auténtica humildad.

Cuando andaba en gira pastoral, era ya sabido: él mismo se tendía la cama y no permitía que nadie lo sustituyera en este humilde menester.

Sabemos su costumbre de decir siempre al portero: —Llámanme a un "mateo" (y les daba este calificativo a los cocheros de las

viejas y destartalladas "victorias" para que el portero no fuera a equivocarse y llamar a un automóvil).

Mons. Orzali huía de la lisonja, los homenajes y las reverencias con el mismo afán con que otros los buscan. Solía decir que a él lo molestaban sobremanera "los señorones". Por eso cuando subía al tren, cerraba la puerta del camarote y se ponía a escribir, a estudiar, a rezar. Pagaba lo que fuera para que su familiar estuviera también sólo en otro camarote, con tal de poder entregarse él de lleno a sus rezos y trabajo mental. Cuando tenía necesidad de desentumecerse, se ponía su famoso guardapolvo gris, la gorra de cien campanas y bajaba en la estación próxima a dar unos pasos por el andén. ¿Quién iba a conocer al Arzobispo de San Juan bajo tan humildes indumentos?

Todo lo recibía él con idéntica paciencia. No faltó en Mendoza algún diario malintencionado que cuando el sacrificado y santo Prelado salía en gira pastoral para Malargue o el Atuel, allá en el extremo Sur de la provincia de Mendoza, publicaba la noticia en esta forma: "Nuestro Ilustrísimo Señor Obispo ha emprendido viaje a Mar del Plata. Le deseamos, etc.". Cuando el abnegado apóstol se daba cuenta del infundio, meneaba la cabeza. De sus labios no salía una palabra de reproche. Sonreía amargamente. Era toda su venganza.

Una vez fué a una Casa religiosa de San Juan. Llamó una vez y no fué nadie. Volvió a llamar. Tampoco. Y sin embargo él llamaba con sus tres golpes característicos (uno en honor de cada persona de la Sma. Trinidad). Llamó por tercera vez. Y allá, a las mil y quinientas apareció una religiosa. Observó por la mirilla, le abrió y le dijo muy inocentemente: —Disculpe, Monseñor: creía que era gente que llamaba...

La pobrecilla quiso decir gente de afuera. Pero su palabra resonó así, brutalmente ofensiva. Monseñor sonrió modestamente. Y en su interior sin duda se gozó de ofrecer al Señor una humillación, convencido como él estaba de que la humildad auténtica no se consigue sino por el camino espinoso de las humillaciones.

Lo que tanto recomendó a sus religiosas rosarinas, que fueran humildes de corazón, lo practicó él con una exactitud que sorprende. Porque es fácil ser humilde y modesto cuando uno se encuentra en el llano y en oficios modestos y bajos. Pero conservar un sentimiento bajo de sí y desestima de su propio valer cuando se llega

a las alturas y se vive constantemente halagado por las alabanzas y la lisonja, es cosa harto difícil.

A sus Hermanas, en una carta de diciembre de 1914, les dice:

“Sean siempre muy humildes. Es condición en absoluto necesaria para la buena Hermana del Rosario, como para toda religiosa que quiera cumplir perfectamente con sus votos. Sin humildad es imposible la obediencia... es imposible la pobreza..., es imposible la castidad”.

Y en otra extensa carta de octubre de 1924, al hablar de sumisión, les escribe:

“Yo admiro y me edifica, el espíritu religioso de absoluta dependencia en todo, hasta en cosas al parecer insignificantes, que observo en Congregaciones que hacen tanto bien, que son un modelo para todas. Entre las que más conocen Uds. de los hombres, los Jesuitas, los Salesianos, los Misioneros del Corazón de María. En las mujeres, las de la Misericordia, las del Huerto, las Esclavas. Es edificante oír allí: “lo consultaré con la Madre Provincial, lo propondré a ella para que resuelva...”

Todo esto lo practicaba él con edificante sumisión. Nunca dejaba de aconsejarse con sus subordinados acerca de asuntos importantes. Quería siempre consultar, asesorarse. No temía pasar por poco versado en tales o cuales disciplinas, con tal de que la decisión que se iba a tomar fuera puesta en razón y de acuerdo a verdad y a justicia.

Y Dios lo bendijo: “Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes”. Precisamente porque Mons. Orzali fué humilde, el Señor no le negó nunca su divina gracia. Por eso, porque el arco triunfal de su laboriosa vida de Obispo, estuvo cimentado en la humildad, podemos decir que esta virtud fué para él, el pilar maestro de su vida.

CAPÍTULO XXXIX

SEMBLANZA

A Monseñor Orzali le vino su grandeza moral por esos dos torrentes que se encontraron en la confluencia del matrimonio: su madre y su padre. Su padre era arquitecto. Sabía de matemáticas, de regla y de plomada. Por ahí le vino a José Américo su amor a la exactitud, esa manía de la puntualidad y ese afán por los pormenores que no lo abandonaron un solo instante. Su padre era un hombre serio: de ahí le vino ese horror a la chabacanería que había de constituir uno de los caracteres distintivos del Prelado sanjuanino. Y no es que Orzali fuera un hombre melancólico. Al contrario: estaba siempre alegre. Pero tenía una aversión cordial a todo lo chocarrero, bajo y grotesco. El era alegre: le gustaba el chiste de buena ley, aunque él no fuera nada ático en los suyos. No tenía vis cómica. Sus chascarrillos eran simples y sus chistes, ingenuos.

Pero alguna vez tenía verdadero gracejo, como cuando en cierta ocasión se lamentaba irónicamente de haber fundado a las rosarinas. Cuando una de ellas le dijo: —“¿Y para qué nos fundó?”, él sonriente contestó:

—“Esos son pecados de mi juventud...”

Para expresar su adhesión hacia la Compañía de Jesús, conversando con algún Padre Jesuíta, solía decirle, finamente sutil; —Ya sabe, Padre: Mons. Orzali “es uno de los nuestros”...

Pero regularmente sus humoradas eran sencillas, como cuando, debiendo partir para Europa anunciaba a su auditorio que partía “para el otro mundo”.

En fin, la sal ática no era lo que más abundaba en sus alforjas; pero sí el optimismo. No tenía mucho "esprit" pero le sobraba alegría. Ignoraba en absoluto la risotada que estalla como colofón de un cuento de color subido; pero estaba connaturalizado con la alegría serena y la jovialidad sana que debe ser como el reflejo del la gracia de Dios en el alma del discípulo de Jesucristo.

Era optimista. El pesimista en cada ocasión encuentra una dificultad; mientras el optimista encuentra en cada dificultad una ocasión para mostrar su espíritu. Por eso él nunca se abatió ante las dificultades. Nunca dijo que no ante las empresas, por arduas que fuesen. Ni los peligros lo arredraban ni los obstáculos lo acobardaban. Antes bien, era entonces cuando más decidido se mostraba, cuando debía arrostrar tropiezos y contrariedades.

Era sencillo. Por eso gozaba cuando estaba en medio de los niños, cuando conversaba con ellos, los confesaba, les daba la comunión. Y se complacía en alternar con faquines y mozos de cordel. Tanto en Mendoza como en San Juan, Mons. Orzali era familiar entre los cocheros y changadores no sólo por la afabilidad con que los trataba sino también por la magnificencia con que propinaba. Pero dentro de su sencillez había prudencia y no faltaba sagacidad. En un pueblo de su inmensa diócesis alguien le ofreció, con mucho bombo y platillos, un terreno para que se levantara la iglesia en ese lugar. El hombre lo que quería era valorizar sus predios y luego venderlos a subidos precios. El Obispo barruntó al punto los designios del comerciante y le contestó: —Vea, señor, será mejor que Uds. pongan la capilla y yo elija el lugar...

Era sencillo, pero prudente. Le tocó alternar con políticos de viejo cuño. Tuvo en las provincias de su diócesis auténticos caciques, caudillos que bien podían compararse con los señores de horca y cuchillo de la Edad Media. Durante su largo episcopado dos gobernadores murieron de muerte violenta y dos estuvieron a punto de morir a mano armada. El también ha tenido sus horas de prueba... Orzali estuvo siempre bajo el íncubo más que de los terremotos, de las revoluciones y asonadas en aquella tierra de pasiones volcánicas. Y sin embargo, él siempre se llevó bien con todos. No porque fuera camaleón, sino porque todos lo respetaban ya que él se mantenía estrictamente equidistante dentro del ámbito de su misión espiritual. Algunos hubieran deseado verlo rompiendo lanzas contra ciertos gobernantes, enemigos declarados

de la Iglesia. Mons. Orzali hacía más en favor de la religión con la mansedumbre y la bondad que otros con el libelo incendiario y las arengas detonantes. No faltaron los que se alejaron de él porque lo veían alternando con políticos de extrema izquierda. Monseñor lamentaba esa defección, pero seguía firme en su ruta. Sabía que pisaba en firme: tenía como fundamento nada menos que el amor, la caridad, es decir, el "primero y principal mandamiento" de Jesús. Y hoy, a la vuelta de algunas décadas podemos afirmar que la posición del Prelado cuyano ha sido salvadora para su grey y fecunda, muy fecunda en bienes espirituales.

Solía decir que una gota de miel atrae más moscas que un barril de vinagre. En eso seguía las huellas de S. Francisco de Sales. Y esa mansedumbre, como en su santo protector y dechado, no era natural: ambos la consiguieron mediante el esfuerzo diuturno y la voluntad de acero.

Dos condiciones tenía este Prelado que le valieron el éxito como jefe de la iglesia cuyana: sabía ser firme en exigir el cumplimiento del deber y a la vez era suave en la manera de exigirlo. Es difícil compadecer firmeza y suavidad; pero no imposible. Y ahí está todo el arte del superior: para no permitir la relajación de la disciplina, debe exigir que se cumplan los cánones de la Iglesia y las disposiciones del Sínodo; pero esto debe hacerlo con tal dulzura y con un tacto tan exquisito que esa exigencia y esa firmeza se amortigüen dentro de los algodones cándidos y sedosos de la suavidad. En esto estribó la pericia de Monseñor: él supo compadecer lo que a primera vista parece incompatible: firmeza y suavidad.

Por eso en una de sus visitas "ad Límina" conversando con S. S. Benedicto XV, cuando el Sumo Pontífice le preguntó sonriendo: —¿Ha debido usar mucho el báculo S. E.?, inquiriendo si había debido imponer medidas canónicas, el Obispo de San Juan pudo contestar con la frente bien alta: —Santidad: el báculo, en mi dilatada diócesis, no constituye nada más que un ornamento en mis manos; porque allá, Obispo, clero y fieles constituímos una sola mente y un solo corazón...

¡Dichosos los Prelados que pueden subrayar con toda verdad, como lo hacía el de Cuyo ante el Vicario de Cristo, esa proposición que encierra el desiderátum de cuantos tienen la difícil y ardua misión de gobernar!

Contaba su hermano Ignacio que siendo niños, una vez su madre vió a Américo que al desvestirse arrojaba al acaso zapatos y medias. Ella lo reprendió: —No; eso no se hace; hay que poner bien las medias dentro de los zapatos y dejarlos ambos bien ordenados junto a la cama...

De su santa madre le vino a Mons. Orzali ese amor al orden que nunca jamás descuidó. El tenía un culto por el orden lo mismo que lo tenía por la puntualidad. El orden en las cosas es la disciplina del espacio y la puntualidad es la disciplina del tiempo.

Era tan apasionado por el orden, que más de una vez, se engolfaba en las oficinas de la Curia en función de ordenador de papeles, expedientes y legajos. Fué en una de éstas, luego de un ordenamiento a fondo de una oficina en ausencia del jefe de la misma, cuando éste, que era el poeta de que hablamos anteriormente, le escribió, en risueña venganza, el epitafio epigramático para ser colocado sobre su tumba:

MONS. ORZALI

Aquí yace un dechado de virtud
Que copió de Jesús el dulce modo
Y creyendo un deber meterse en todo,
Hoy metióse, por fin, al ataúd...

Por cierto que el Obispo rió ante el ocurrente y amablemente vengativo cuarteto del incorregible y desordenado poeta.

Mons. Orzali fué siempre pulcro. Aun alojándose en ranchos paupérrimos como le tocó alojarse más de una vez, él se presentaba siempre bien compuesto e impecablemente limpio. Para eso llevaba a sus giras pastorales una especie de "necessaire" o costurero, donde había hilo, agujas, botones y demás enseres de utilidad en los largos períodos que debía pasar lejos de su sede episcopal.

El escribía diariamente lo que iba haciendo. Con esa grafía sencilla, clara y reciamente varonil que tenía, iba volcando en el papel, día tras día, lo que sus manos operaban. Y nada más. Rárisimamente deja traslucir tal cual perfil de su alma, exquisitamente delicada. ¡Y sabe Dios cuán útil hubiera sido para el historiador el captar las vibraciones de su espíritu en momentos culminantes de su vida apostólica! Pero él no era un sentimental: era un carácter. Monseñor no tenía nada de poeta. Era sensible a la belleza; pero

encauzaba la sensibilidad hacia adentro, así como otros la exteriorizan. Él sabía decir, hablar y escribir; pero no decía, ni hablaba ni escribía sus sentimientos íntimos. Sus impresiones no iban a aumentar las páginas del diario sino a robustecer más su espíritu con una nueva experiencia, un nuevo desgarrón del alma o un nuevo triunfo sobre sí mismo...

Era ordenado. Cada mes hace en su diario el resumen de los pontificales que ha tenido, las confirmaciones que ha dado, los matrimonios que ha bendecido, los sermones que ha predicado, etc. Y al cabo del año, otro balance más completo. Y cada cinco años, otro nuevo y más amplio. Y si hubiera podido escribir, seguramente que al final de su vida, se hubiera deleitado haciendo el resumen de toda su vida de apóstol de Cristo.

Entonces tendríamos estadísticas tan luminosas como éstas: veríamos que en sus andanzas por su extensa diócesis, visitó trescientos setenta y ocho pueblos distintos, pronunció 6.506 sermones, administró 176.354 confirmaciones (sólo en los primeros cinco años confirmó a 88.880 personas) y dirigió 349 misiones; pero lo que no se puede ni podrá jamás reducir a guarismos, será el bien que ha hecho ese hombre que pasaba derramando a manos llenas la gracia de Dios por todas partes. Eso, solamente Dios lo puede medir, contar y calibrar, quizás porque El solo es capaz de galardonarlo adecuadamente.

Una cosa impresiona en su diario: nunca se olvidaba de sus fechas. "Hoy hace trece años que me consagraron", "hoy cumplo 52 años de vida", "hoy hace cuarenta y un años que fuí ordenado sacerdote". Y a todas estas fechas, que son como hitos colocados en la senda de su vida mortal, él les agrega esta frase piadosa: "¡Deo Gratias!" "Gracias sean dadas a Dios que me ha permitido llegar hasta aquí".

Ese espíritu ordenado que tenía lo llevó a ser un cultor eminente de la liturgia. La liturgia es el orden dentro de las ceremonias y los ritos de la Iglesia. La liturgia es la regla dentro del culto, así como el orden es la liturgia de la vida. Por eso él fué durante toda su vida un eximio liturgista. Los demás Prelados lo consultaban. Todos los años, él, personalmente hacía las conferencias de liturgia a sus clérigos reunidos para los ejercicios espirituales. Y lo que enseñaba, quería que se cumpliera. Amaba el esplendor de las funciones y la exactitud en las ceremonias. No per-

mitía que los laicos entrasen en el presbiterio. Un escribano de San Juan, miembro conspicuo de la Acción Católica, me narraba que una vez lo habían puesto a él en el presbiterio para una función solemne. Cuando llegó Monseñor, lo primero que hizo fué hacer salir a esos caballeros que el buen párroco había ubicado, creyendo eso de que la "participación de los laicos en el apostolado jerárquico" podría autorizarlo a colocar a sus dirigentes en el presbiterio.

Tenía la pasión por la liturgia y era fanático del orden.

Su madre, que dejó con los ojos enjutos a su aldea y a las cenizas de sus hijitos, le enseñó a ser fuerte. ¿Cómo van a forjar caracteres recios esas mujeres de alfeñique que pueblan las ciudades de hoy día? Orzali fué todo un hombre, porque su madre fué toda una mujer. Hoy día las mujeres que quieren ser hombres nos dan muchachos afeminados. Don Tobías Orzali, el de los bigotes opulentos y de carácter austero, el que enseñó a ayudar misa a sus hijos, puso en el alma de José Américo la semilla de la hombría de bien. Y esa semilla cayó en buen terreno. Creció y fructificó. El resultado: un Prelado de la Iglesia que ha hecho honor a la Argentina.

Pero donde se elevaba Mons. Orzali como un águila que planea en regiones etéreas, era en la práctica de la modestia cristiana. Alguien me contaba que Monseñor se ponía rojo como una niña cuando narraban en su presencia algún cuento poco limpio. Otras veces se decía algo y él miraba extrañado de que se rieran, de que pudieran hallar gracia donde él no encontraba absolutamente ninguna. Para Mons. Orzali las palabras tenían un solo sentido. Él ignoraba la doblez hasta en los vocablos.

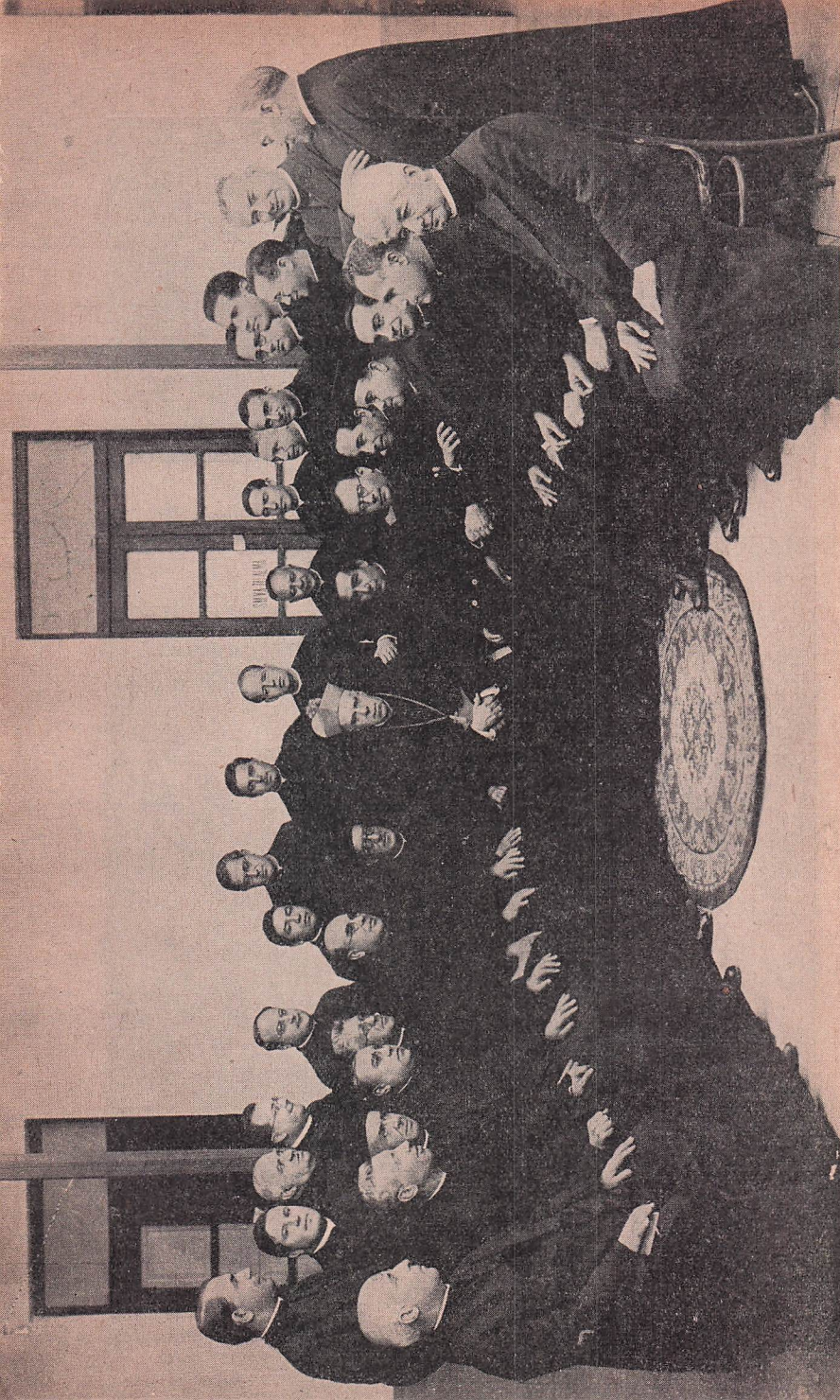
Para las personas del otro sexo guardó siempre recatada circunspección. Respeto y cortesía con todas: familiaridad con ninguna. Aun en el afecto para con sus hijas del Rosario fué siempre prudente y circunspecto. Usó con rara parsimonia de la pternidad que le ofrecía su condición de fundador de las religiosas rosarinas. Para ellas tuvo siempre cariño de padre; pero nunca caricias ni mimos. Bondad para con todas igualmente: preferencias para nadie. Eso sí: todas se creían tener lugar de privilegio en el corazón del fundador. Pero en realidad de verdad, todas eran tratadas con el mismo afecto paternalmente puro del hombre que ha puesto su ideal más allá de los afectos terrenales.

Cuando su sobrina iba a San Juan, nunca permitió que se alojara en el palacio. Y narran las Hermanas del Buen Pastor de San Juan y de San Luis que con esas desdichadas detenidas a quienes el Prelado solía dictar ejercicios espirituales y luego confesar durante horas y horas, nunca se permitió la menor familiaridad. Monseñor veía en ellas un alma para salvar: nada más. Cuando preveía que esas personas podían interpretar mal las bromas, se abstenía en absoluto de ellas. Y confianza, solamente la necesaria para que le abrieran el corazón a fin de purificarles el alma. Como San Francisco de Asís, era amigo de los animalitos. Tenía en su jardín: teros, chuñas, chajás, cotorras, canarios, etc. con los cuales dialogaba como un santo en el recreo que seguía al almuerzo. Tuvo también un loro. Pero alguien, mal intencionado, le enseñó a decir unas palabrotas que el parlero volátil repetía con soberana inocencia. Fué suficiente para que el Prelado, delicado y puro hasta amar el candor de su alma sacerdotal por encima de su vida misma, dió orden terminante de que le retorcieran el cuello. Y así finó su existencia el malhadado pájaro.

Hasta en sus últimos instantes conservó delicadeza suma: no consentía que sus religiosas, que lo atendieron hasta el fin, lo ayudaran en ciertos menesteres. Su físico se deshacía; pero su alma conservaba toda su lozanía. Para eso llamaba siempre a su fiel mucamo. Ni por un instante pudo empañarse el candor de su alma cristalina.

Así pudo pasar este santo varón por el fango de este mundo, tan lleno de insidias y de asechanzas, sin que sus pies se manchasen en lo más mínimo. Y si fuéramos a buscar el porqué de aquel don de mover los corazones que él tenía; si fuéramos a escrutar la última razón de ese ascendiente de que este hombre gozaba aún entre los adversarios de la Iglesia (no digo sus adversarios, porque él no los tuvo) lo encontraremos en esa limpidez de cielo olímpico que tenía su alma y en esa pureza de nieve mañanera con que custodió siempre su corazón.

Mons. Orzali entendía de eso: de espíritu, de virtud. De lo demás, no entendía. Dice el Pbro. Lértora: "Fué tan gran apóstol como mal financista". Es cierto. Orzali no sabía de cálculos sobre el más o el menos. El dinero le quemaba las manos. Cuando alguna vez debía ir de compras a un comercio, lo engañaban, le decían:



Primera Semana de A. C. El clero de San Juan en la Casa de Ejercicios. Abril de 1931



Bodas de Plata episcopales. 1911-1936
Bodas de Oro sacerdotales. 1885-1935

esto vale 30 y esto 50. El pedía esto último y el empleado le daba lo de 30 cobrándole 50.

Pero tenía el don de ciencia que da el Espíritu Santo. Tenía el don de sabiduría. El "gustaba" todo lo bueno. El sabía discernir el bien del mal. Lo que tantos ¡tantos! no saben discernir en este siglo hinchado de falsa ciencia y atosigado de deleznable sabiduría.

Con las breves palabras de este capítulo hemos dado los últimos toques a la figura mayestática de nuestro biografiado. Ahora lo veremos alejarse lentamente, suavemente, hasta que su silueta de santo se pierda entre los resplandores de la región de la luz y de la paz...

CAPÍTULO XL

TARDE OTOÑAL

La ancianidad de Mons. Orzali fué una tarde otoñal. Su vejez tuvo toda la placidez de la tarde y toda la opulencia del otoño. Ni lo envanecieron los panegíricos ni lo arredraron los ataques. Pudo mirar hacia el pasado con la satisfacción del labriego que tendiendo la vista sobre las sementeras, las ve doradas de mieses ubérrimas. Y mirar hacia el futuro, con la tranquilidad del santo a quien la muerte se le presenta como el principio de la verdadera vida y la hora del ansiado galardón. Si toda la larga y dinámica existencia del Prelado de San Juan fué tranquila y feliz, no obstante las inevitables vicisitudes, mucho más lo fué su atardecer, cuando los años y los achaques frenaron en parte sus naturales arrestos apostólicos y sus ansias de trabajo.

Y es este período de su vida ejemplar cuando más reciamente se diseñan las luces y las sombras, el dolor y el placer, las satisfacciones y las amarguras inherentes a cuantos peregrinamos por la tierra.

En tiempo en que Monseñor era Cura Párroco de San Miguel tuvo como teniente a un sacerdote mallorquín, D. Andrés Pont Llodrá. Cuando luego este buen clérigo regresó a su patria, ocupó el cargo de Arcipreste de Lluchmayor. Y fué tanto el afecto que siguió nutriendo hacia su principal y amigo Orzali, que mantuvo con él constante correspondencia. No sólo, sino que en casi todos los viajes que luego hizo como Obispo a Europa, las instancias del P. Pont eran tan cordialmente afectuosas que el Prelado argentino

no podía negarse a cruzar el Mediterráneo y visitar a esa ciudad. Y cuando en 1925, llegó por tercera vez a esta tierra generosa, le esperaba una sorpresa. En las visitas anteriores era tal la simpatía que Mons. Orzali había sabido granjearse entre los lluchmayorenses que lo esperaban ahora para ofrecerle un homenaje extraordinario con motivo de otorgarle el título de "Ilustre hijo adoptivo" de la ciudad.

El 24 de enero llegaba a la isla. Hasta el día 30 anduvo visitando diversos lugares, asistiendo a fiestas y homenajes y trabajando: porque a fuer de hombre dinámico, no dejó de confirmar, confesar y predicar en todas partes.

Y el día 30, al regresar de Palma, a donde fuera a despedirse del Prelado Diocesano, le esperaba la grata sorpresa. Fué llevado a la Casa Consistorial donde el Alcalde y la Corporación Municipal estaban sesionando en pleno. En la puerta, una Comisión designada al efecto lo recibió y lo condujo, precedido de maceros, al salón de sesiones. Al entrar el Prelado argentino, una salva estruendosa de aplausos lo sorprendió: apiñados estaban allí los hijos de Lluchmayor, con sus autoridades al frente, para rendir pleitesía de afecto al Obispo de lejanas tierras. Este tomó asiento en la silla presidencial. El salón estaba aderezado con exquisito gusto. En seguida el alcalde del lugar, Sr. D. Miguel Mataró, le expuso en encendidas palabras, el motivo de ese acto. Dijo que Lluchmayor no quería que Mons. Orzali fuera extranjero: "Queremos, dijo, que aquí se halle como en su casa, como conciudadano nuestro, como prócer hermano nuestro"...

A continuación le entregó, entre vítores y aplausos, el título de ciudadano, extendido en rico pergamino impreso en tres tintas. Acallados los aplausos, el Prelado sanjuanino, se puso de pie para agradecer, sencilla y familiarmente, como solía hacerlo él, esa tan sentida demostración de simpatía. Dijo que muy pocas veces en su azarosa vida misionera había sentido más hondamente la emoción que experimentaba en esos momentos y prometió no olvidar jamás ese gesto caballeresco de la ciudad mallorquina. Para poder luego tomar contacto con tantísimos que querían verlo y saludarlo, tuvo que subir al balcón de la casa rectoral y desde allí hablar al pueblo que colmaba todas las adyacencias. De allí fué conducido en lujoso automóvil entre dos masas compactas de pueblo, mientras la banda

municipal tocaba marchas triunfales, hacia Palma para embarcarse y regresar luego a su patria.

Pero nuestra vida es un entretejido misterioso de lágrimas y sonrisas, de rosas y espinas. Ni todas rosas que nos hagan olvidar la vida eterna, ni todas espinas, que nos acobarden en el áspero repecho del diario luchar. Al año siguiente de esta magnífica manifestación de simpatías, tuvo Monseñor que sobrellevar en su patria, el peso oneroso de una campaña difamatoria y denigrante que jamás se hubiera esperado.

Era en el año 1926. El "impasse" de la provisión del Arzobispado de Buenos Aires, había provocado un clima difícil. Esto repercutió, indirectamente en la provincia de San Juan. Habiendo dado Monseñor un permiso que en conciencia y ante Dios creyó que debía dar, teniendo de mira como siempre, sólo el bien general de la Iglesia y de la Diócesis en particular, su gesto fué juzgado de distintas formas. Y no faltaron los que hostigaron e hicieron objeto de injustificados ataques al mansísimo y virtuoso Prelado. Monseñor sintió en carne viva la afrenta; pero como buen discípulo de San Francisco de Sales, fué a confiar al sagrario, donde se albergaba su Dios y Señor, la amargura que rebotaba de su alma cristalina y las penas que nublaban su espíritu siempre tan diáfano y despejado. Allí, ante el altar, con la frente cargada de preocupaciones entre las manos, se lo vió largamente. Lágrimas cálidas y amargas quedaron ahí, sobre la losa del templo, como sellos de dolor.

Todo el clero de San Juan, como herido en la médula, se levantó para protestar por esa injusticia. Y se envió al dignísimo Prelado una nota valiente y expresiva en la que "siente el deber de alzar su voz de protesta ante esa campaña denigratoria persistente y sistemática por la prensa y de palabra. Quiere recordar a los hermanos en la fe, que cualesquiera sean sus ideas en asuntos discutidos, no puede ni debe haber discrepancias en lo que al respeto y adhesión a su virtuoso Obispo concierne".

Monseñor contestó esa nota reflejando en su escrito toda la tranquilidad del hombre de Dios y toda la caridad del auténtico cristiano: "Por lo demás —dice— no olvidemos nuestro deber. Debemos seguir el camino trazado por la Iglesia y el bien común. No debe preocuparnos si se agrada a todos o se disgusta a muchos, si contraría o no las apreciaciones o intereses particulares o de

partido. El Obispo y el Clero deben estar siempre sobre esas miras terrenas". Y todo lo cubre con el manto de la caridad. "No hay malos, sólo hay ignorantes, en materia de Religión. Por eso, con el Divino Maestro, que bien conocía esta causa, hace ya veinte siglos, sólo debemos exclamar: "Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen", ni lo que dicen ni lo que escriben"...

Y sobre la amargura de esas lágrimas, una sonrisa de Dios. El Gobierno Argentino había determinado repatriar los restos del ilustre patriota Pbro. Pedro Ignacio Castro Barros. Y por decreto del 11 de mayo de 1926 se designaba una Comisión de personas ilustres para que se trasladasen hasta Santiago de Chile a fin de traer los restos del prócer. Y bien: al frente de esa conspicua Delegación, se puso al Obispo de Cuyo. De modo que nuestro Prelado debió trasponer una vez más las Cordilleras. En Santiago fué objeto de cálidas demostraciones de afecto, ya que el hecho de la repatriación, dió motivo a expresivos actos de confraternidad argentino-chilena. En la catedral santiaguina Mons. Orzali celebró el funeral por el alma del prócer, al que asistió el Presidente de la Nación hermana. Los principales diarios chilenos, "El Mercurio" y el "Diario Ilustrado", le hicieron sendos reportajes, a los que el presidente de la delegación se prestó de buen grado. Era la cuarta vez que Mons. Orzali visitaba Chile. En el Seminario Conciliar se ofreció una demostración al Obispo argentino, ya que el Dr. Castro Barros había sido profesor de esa casa de estudios. Y el Nuncio de Su Santidad le ofreció un banquete al que asistió también el Embajador Argentino ante la Casa de la Moneda, Dr. Malbrán. Al partir para su país, Monseñor recibió una bandera chilena, obsequio del Gobierno, para que cubriera los restos gloriosos, junto con la enseña de su patria.

Huelga decir que la llegada de los despojos mortales de Castro Barros a su patria fué motivo de grandiosos homenajes, tanto en Mendoza, como en Córdoba, pero especialmente en su pueblo natal, La Rioja, donde fueron depositados en lugar preferente íe la Iglesia Matriz de esa ciudad.

Todo esto contribuyó a que el Prelado cuyano olvidara los sinsabores del mes anterior y recibiera, en cambio homenajes y agasajos que compensaron con creces la pesadumbre de días antes.

Uno de los acontecimientos que también conmovieron su alma, siempre abierta a todas las corrientes generosas, fué la elevación

a los altares a Don Bosco, el siervo de Dios a quien había conocido en los albores de su vida sacerdotal y de quien había recibido orientaciones luminosas respecto de su apostolado futuro. Tanto para la beatificación como para la canonización del Santo de la juventud, Mons. Orzali, volcó, en sendas pastorales, su cordial devoción al apóstol de la educación cristiana. Y cuando se instaló en la capital de la provincia el Colegio Don Bosco y vio el Prelado multiplicarse los niños oratorianos, ávidos de aprender la ciencia de ser buenos, Monseñor pensó que podía, como Simeón, cantar el "Nunc dimittis". Pero no: emociones más fuertes le estaban reservadas.

La Acción Católica, esa milicia sin uniforme y sin más divisa que la cruz argentina sobre campo de azur sobre el pecho, había sido soñada muchas veces por nuestro biografiado en las noches largas de sus ensoñaciones de apóstol. Cuando se encontró solo en la Parroquia de Santa Lucía con noventa mil almas que evangelizar; cuando debía multiplicarse para dar religión en sus treinta y tantas escuelas; cuando debía repartir volantes en la Iglesia, mientras atendía a la predicación y al confesonario, comprendió que era necesario el brazo secular que llegara hasta donde el párroco no puede llegar. Pero estaba reservada al gran Pontífice Pío XI la gloria de su implantación. Por eso cuando, ya en las postrimerías de su vida azarosa, Mons. Orzali pudo bendecir los primeros distintivos de socios de Acción Católica; cuando asistió a las primeras asambleas federales; cuando vio reverdecer el espíritu litúrgico entre los fieles, se le empañaron los ojos de lágrimas. Dificilmente habrá habido entre los Prelados de la generación de Orzali uno que haya comprendido mejor y haya captado más pronto la trascendencia de la nueva milicia para la regeneración de la humanidad en Cristo. Es privilegio de los santos el ver lejos. Es privilegio de los ancianos que llevan sobre sus frentes rugosas signo de predestinación, el comprender a los jóvenes y a las nuevas corrientes que avanzan. Mons. Orzali ya no podrá participar de todas las manifestaciones de los jóvenes de A. C.; pero se gozará de ver a esa juventud nueva para tiempos nuevos que él mil veces había soñado y hacía tantos años estaba esperando...

Y en medio de tanta satisfacción, una pena: el no poder por sus achaques participar plena y activamente de las jornadas iniciales del gran movimiento que había de renovar la faz del catoli-

cismo argentino. Gozaba y sufría. Gozaba al palpar trocados en realidades los antiguos sueños. Y sufría porque ni la cabeza ni las piernas le daban para sentar plaza de vanguardista en esas cruzadas de recuperación que alboreaban...

Y llegó también la hora de la exaltación al palio arzobispal. La diócesis de Cuyo cumplía un siglo de acción religiosa cuando se multiplicaron en el país las diócesis y arquidiócesis, ese proyecto que hacía tiempo que venía barajando en los círculos oficiales.

En esa oportunidad recibió el Prelado múltiples agasajos: era ahora arzobispo... Pero él, con palio o sin él, fué siempre el celoso y apostólico Cura de Santa Lucía: nada más y nada menos. En la carta pastoral que escribió en esa oportunidad, está retratado de cuerpo entero. ¿Para qué el palio de arzobispo? Contesta el Prelado en su pastoral:

"Para trabajar más y mejor en las obras de celo, de propaganda, en la santificación de las almas, empezando por la nuestra; trabajar para que la sociedad vuelva a Cristo..."

Ahí está de nuevo el fanático del trabajo y de la acción en todo su prístino fervor. Y el optimista de toda hora aparece en estas otras palabras:

"...sustituyendo al ser llamados a la acción, por la frase tan fea y por desgracia tan común hoy: "no puedo", por la otra tan edificante y eficaz: "quiero", propia de los verdaderos apóstoles eclesiásticos y laicos".

Para eso le sirvió el palio al anciano Prelado: para renovarse, como las águilas, en sus sentimientos de fe, de piedad, de fervor apostólico...

Y llegó el año 1934. El año anterior cada provincia y cada territorio había realizado Congresos Eucarísticos regionales. En todas partes, el éxito había superado la expectativa. También en San Juan. También en Mendoza y en San Luis. Ya desde 1933 se vislumbró un Congreso Internacional de proyecciones insospechadas. Y cuando el 9 de Octubre llegó como Legado Papal el Card. Pacelli y paseó por la urbe cosmopolita su silueta de santo; cuando consiguió, con sus bendiciones de asceta y su mirada penetrante, adueñarse de Buenos Aires; cuando las multitudes se sintieron tocadas de la gracia y dos hombres cayeron postrados

en una rendición de espíritu imprevista; cuando los trenes llegaban a la capital henchidos de personas atraídas por la fascinación de ver lo que la radio propalaba: entonces el Prelado de San Juan, junto con los demás ancianos Obispos de la Patria, creyeron que estaban viendo visiones y se restregaron los ojos para convencerse de que no soñaban: ¡aquello superaba toda esperanza... Dios nos bendecía con una de esas bendiciones que sin duda tiene reservadas para circunstancias especiales!

Ahí conocí a Mons. Orzali. Me parece verlo, allá arriba, sobre el entarimado de la cruz de Palermo, con las manos juntas, extático, mirando con los ojos humedecidos, ora la masa de cien mil niños que rezaban, ora la teoría interminable de jóvenes que llegaban por las avenidas envueltas en cendales de nieve cantando al Amor de los Amores. Ahí estaba el anciano Prelado: soñaba despierto. El veía en esa turba de dos millones de fieles el fruto de la semilla que sus manos laboriosas y las de tantos otros apóstoles habían sembrado en Santa Lucía y en todas las parroquias de Buenos Aires. Su palabra no había caído en el vacío. El grano de mostaza era ya un árbol...

Hasta en sus últimos días, Mons. Orzali fué siempre un animador y un propulsor de todas las manifestaciones del espíritu. Tanto impulsaba los sentimientos patrióticos como los religiosos. Tan pronto lo hallamos bendiciendo el primer campo de aviación que tuvo el país, como bendiciendo la corona que va a imponer sobre las sienes de una virgen. Fomentaba las artes lo mismo que las ciencias, el deporte como la literatura. Cuando el Pbro. José Aníbal Verdáguer, después Obispo de Mendoza, dió término a su obra literaria sobre la Historia Eclesiástica de Cuyo, Mons. Orzali la prologó y en esa carta, pudo decir con toda verdad:

"Ha dado usted cima a la obra por mí tan deseada y en la cual me atribuyo cierta ingerencia inspiradora. Conocía yo muy bien sus relevantes aptitudes para los estudios históricos. Había leído con sumo agrado sus "Lecciones de Historia" de la provincia de Mendoza, su "Cronología de la Diócesis de Cuyo" y sus diversos trabajos esparcidos aquí y allá, sobre puntos interesantes de nuestra historia cuyana. Un día tuve la inspiración, de que hoy me siento satisfecho, de "ordenarle" la publicación de la "Historia Eclesiástica de Cuyo", llevada a feliz término por usted".

En esa página está bien clara la gestión inspiradora del Prelado. Así era él. Estaba junto a todas las manifestaciones bené-

ficas. Alentaba con su palabra y con su ejemplo a los escritores y a los artistas. Y cuando los achaques le hicieron caer de sus manos temblorosas la pluma que orientó a tantas almas, todavía le quedó la fascinación de su sonrisa y el brillo de sus ojos para aprobar y aplaudir a cuantos hicieron un esfuerzo para sembrar el bien, predicar la verdad, cultivar la virtud o concretar en el papel o en el lienzo el ideal de la belleza...

En 1935 cumplía el anciano Prelado sus Bodas de Oro sacerdotales. En 1937 cumplía las Bodas de Plata Episcopales. En San Juan ensamblaron ambas fechas y celebraron los felices acontecimientos en 1936. ¿Pero para qué narrar aquéllas efemérides tan brillantes por un lado y tan emotivas por otro? Porque de una parte estaba el cariño de los hijos que quería a toda costa homenajear al anciano Prelado y colmarlo de atenciones. Y de otra estaba el hombre acabado, el cuerpo achacoso que había sido sometido a toda suerte de privaciones y de trabajos, que ya no resistía la presión de los afectos. Del otro lado estaba la humildad del hombre de Dios que se resistía a los ditirambos y encomios, a las apologías y alabanzas que herían su modestia y sacaban de quicio a su humildad, siembre dispuesta a alternar con el portero y el mucamo y a rehuir el trato de los "señorones" como solía decir él.

Huelga decir que el clero y los fieles de San Juan le hicieron unos homenajes sin precedentes, como correspondía a la jerarquía del Prelado y a la justa fama de nobleza que siempre han tenido los coterráneos de Sarmiento. Pero el buen Arzobispo ya no estaba para fiestas. La fibra acerada que resistió tantas campañas, había aflojado. Los años, los setenta y tantos años de vida misionera habían minado su organismo. La estampa caduca del Arzobispo de hogañó era sólo un remedo de la figura recia y atlética del andariego Obispo de antaño.

Y bien: sobre ese pecho donde latía un corazón cansino, quiso el Soberano Pontífice poner una condecoración por demás merecida. Con Letras Apostólicas del 25 de julio de 1936 el Sumo Pontífice Pío XI se dignaba nombrarlo Asistente al Solio Pontificio y conferirle el título personal de Conde. ¡Bien estaban esos títulos como justa retribución al anciano Obispo que había trabajado tantos años por la causa de Dios y de su Iglesia! ¡Bien estaba ese título de nobleza como un sello consagratorio de una

vida ennoblecida por el trabajo y la virtud! En buena hora llegaban esas Letras de Roma para asegurar al viejo luchador que no solamente hay justicia inmanente en el cielo sino también en la tierra.

Pero no eran los agasajos, ni los discursos resonantes, ni los homenajes lo que llenaban el corazón del Prelado sanjuanino. Para un hombre de la virtud de Mons. Orzali, lo único que puede llenar su corazón es el amor de Dios. Y eso fué realmente lo que lo colmó. Todo lo demás le producía hastío. Todo lo terreno sonaba a vacío en sus oídos. Colocado en esa altura de la vida, desde donde se perfila perfectamente todo lo que es vanidad y lo que no lo es, lo que es paja y lo que es buen trigo, lo que es oro y lo que es oropel, el anciano Cura de Santa Lucía, ya no suspiraba más que por los bienes eternos.

Y así pasó sus últimos tres años de vida. El cuerpo lentamente cediendo a los ataques de las enfermedades y a los achaques de la vejez. Y el alma despegándose cada día más de las ligaduras que la tenían asida a la tierra, con ansias incoercibles de volar "al inmortal seguro".

Esa fué la tarde de su vida. Tarde plácida y serena como todas las tardes otoñales. En ella, como lo hemos visto, no faltaron ni rosas ni espinas: por un lado lo consolaba el cariño de que se sentía rodeado por parte de sus sacerdotes y de sus religiosas; pero por otro sentía no poder celebrar ese tercer sínodo que tenía planeado y en preparación; de una parte se gozaba mirando el panorama de toda su vida llena de buenas obras y por otra, sentía que se le fuera la vida de entre las manos, cuando más experiencia tenía y más crecían sus deseos de trabajar por Dios y por el prójimo. Pero como estaba en las manos de Dios y sabía que el cumplir su divina voluntad era la síntesis de toda perfección cristiana, ni las ansias de bien lo trastornaron ni los halagos del afecto filial lo envanecieron.

De ahí que su vejez tuviera toda la placidez de las tardes serenas y toda la fertilidad de los otoños.

CAPÍTULO XLI

"¡AHORA YA PUEDO MORIR!"

Monseñor, bromeando solía decir que iba a trabajar hasta los 90 años y luego le pediría a la Providencia que le otorgara 10 años más para prepararse a bien morir en su "alcázar" de la calle Herrera. Haciendo prodigios de economía las Rosarinas habían conseguido el dinero para comprarle una casita muy humilde anexa al Colegio Santa Felisa, donde se alojaba cuando venía a Buenos Aires. Ese era su "alcázar" como irónicamente lo solía llamar él.

En realidad, estaba siempre a merced del Señor. Siempre dispuesto a partir cuando el autor y consumidor de nuestra vida diese la señal. Esos diez años de preparación que él pedía, Dios se los otorgó. Pero él se preparó a la muerte trabajando, como correspondía a su temperamento dinámico. Sólo dejó de trabajar cuando las fuerzas le faltaron, cuando sus Hermanas lo obligaron a la inacción, cuando los médicos lo constriñeron a ello.

Pero esos 10 años que pidió a Dios para prepararse al gran paso, el Señor no se los negó. Veamos cómo.

El 16 de agosto de 1928 salía de San Juan para Albardón a dar una misión y hacer la visita pastoral. Esa misma tarde dió comienzo a la visita, predicando el sermón de introducción a la misión. Lo demás, como siempre, conferencias para los hombres a su cargo, pláticas por la mañana, confesiones, etc. El domingo 19 se clausuró la misión con Misa de Comunión General, con fervorín, procesión con sermón del Prelado, confirmación de 356 personas y luego otro sermón más para dar término a los actos. Lo único que faltaba era

el acostumbrado funeral por los difuntos de la parroquia y procesión al cementerio.

Para clausurar los actos, el Párroco había invitado a varios feligreses, entre los que se encontraba el médico de la localidad, a cenar en la casa rectoral. Llegada la hora, el Obispo, siempre fanático de la puntualidad, sacó el reloj y le dijo al Sr. Cura que era tiempo de sentarse a la mesa: —Faltaría el Doctor —dijo en voz baja el Párroco. —Aquí no necesitamos médico —replicó el Diocesano alegremente. Y se sentaron.

A la mitad de la cena llegó el médico. Antes que terminara de excusarse, ya el Prelado, chacoteando, le había dicho: —Nos hemos permitido dar comienzo a la cena, porque Ud., Doctor, aquí no hace falta...

—¡Quién sabe! —replicó el galeno, sonriendo también—. ¡Nadie puede decir: "De esta agua no beberé"!

Y siguieron alegremente la reunión. Terminada la cual, como solía hacer a menudo, invitó a los sacerdotes a que, entre todos, prepararan el catafalco y los aderezos del templo para el funeral del día siguiente. Y al punto pusieron manos a la obra. ¡Por eso quería él cenar puntualmente: para tener tiempo de trabajar después en la preparación del funeral!

Sino que apenas habían comenzado a disponer las cosas, he ahí que al Prelado le sobreviene una copiosa hemorragia nasal. El se puso un pañuelo con la izquierda y con la derecha seguía trabajando. Pero la hemorragia no cesaba. Le trajeron agua oxigenada. Pero la sangre fluía cada vez con mayor abundancia. Entonces los clérigos lo obligaron a retirarse a su alcoba. E inmediatamente uno fué por el médico. Este volvió al punto. Huelga decir la risa con que fué recibido por el paciente, al verse derrotado y comprobar que tan pronto había tenido necesidad de él. Este dijo que había sido providencial que le hubiera sobrevenido la hemorragia, pues de lo contrario la congestión cerebral hubiera sido funesta. Le hizo la sangría de práctica y lo estuvo atendiendo hasta que en la madrugada logró conciliar el sueño.

Al día siguiente no pudo celebrar. Trataron de regresar cuanto antes a San Juan. Pero a los cien metros hubieron de emprender el regreso. El traqueteo del auto le provocó otra hemorragia. Regresaron por la tarde, y con muchas precauciones logró viajar felizmente hasta su sede episcopal. En su diario, Monseñor apunta;

"Aquí he tenido un ataque de congestión cerebral. Hoy de debido morir. Pude salvarme por la Providencia de Dios que hizo que inmediatamente me asistiera el médico y me sangrara. ¡Gracias a Dios por el aviso!"

En realidad el activo Prelado no hizo mucho caso del aviso. Pues dos días después salía nuevamente a misionar rumbo a San Luis. "Con licencia médica" dice él en su crónica, como para disculpar su audacia ante su propia conciencia. Pero salió y anduvo durante diez días en ese tren de dinámica actividad que sabemos, sin menguar un punto su celo apostólico.

Y de regreso a San Juan, luego de dos días en la capital, emprendió viaje para Mendoza, donde se dedicó por entero a la vida misionera como en sus mejores tiempos. El aviso que le había dado la Providencia al parecer no lo había convencido gran cosa...

Pero desde entonces tuvo el presentimiento de que cuando le sobreviniera otro ataque sería el final. Por eso, si no cesó de trabajar, porque para Orzali el trabajo estaba connaturalizado con él, no dejó de prepararse para recibir la visita del Señor cuando a El pluguiese llamarlo. De ahí que intensificase su fervor, su devoción, su unión con Dios.

No temía la muerte. Una sola cosa temía: morir sin que el Instituto de religiosas que había fundado fuera aprobado definitivamente. Porque si el Prelado sanjuanino amaba a sus fieles diocesanos, amaba más aún esa obra que había nacido allá en el barrio de Santa Lucía como una rosa que abre sus pétalos a los besos del sol de la caridad. La Congregación de las Rosarinas, la obra maestra del Cura de Santa Lucía, lo que más amaba su corazón de apóstol, la entidad que había de perpetuar su espíritu y su nombre a través de los tiempos, no debía morir. Pero si él fallecía antes de que fuera aprobada por el Sumo Pontífice no sólo con el *Decretum Laudis* sino también con el solemne Decreto de aprobación, ¿sobreviviría ese manípulo de vírgenes que hasta entonces había ido desarrollándose tan rápida y firmemente que ya contaba casas en gran parte de las provincias del país? ¿O se extinguiría lentamente como una lámpara a la que le faltase el aceite o se agotaría, una vez que él faltara, lo mismo que se agota y marchita la flor que ya no recibe los rayos del sol? He ahí la enorme preocupación del fundador. ¡Cuántas veces en las largas noches de

insomnio que se sucederán cuando la enfermedad tome cuerpo y lo aprisione en el lecho del dolor, vería Monseñor a sus monjitas, unas veces multiplicarse como dulcísimas fresas por todos los ámbitos de la Argentina y otras veces contemplaría en las negras oquedades de la noche cómo languidecía su Instituto querido y se dispensaban las Hermanas tremolando sus blancos hábitos benditos sacudidos por el viento de la destrucción!...

Y era entonces cuando el Fundador y Padre oraba: —“Señor, si esta obra, que es tu obra, debe sobrevivir, dame vida suficiente para consolidarla. Señor, una sola cosa te pido: que vea asentada sobre bases firmes la Congregación. Si muere el Arzobispo de San Juan, otro Arzobispo de San Juan empuñará el báculo caído; pero si muere el fundador de las Rosarinas ¿quién tendrá la ternura de corazón del que les ha dado hasta hoy vida y cuerpo, constituciones y directorio, aliento y esperanzas, para que llegue el bendito rosal a dar las flores que quiere la Providencia que dé, si no ha llegado, antes que caiga el hortelano, a la madurez definitiva?”

De su diario y de sus cartas se desprende que el Prelado había pedido a Dios cuatro cosas. La cuarta era esa: no morir antes de ver definitivamente aprobado el Instituto que había fundado.

Y Dios lo escuchó. No podía no escucharlo. Cuando se reza con fe y con confianza, el Señor siempre escucha complacido al que ruega. ¡Por algo ha dicho: pedid y recibiréis, golpead y os han de abrir, buscad y encontraréis!

El Buen Pastor de Cuyo había elaborado su obra como un artífice elabora su obra maestra. Como Miguel Angel trabajó el “Mosé” o Leonardo “La Gioconda”. Las Rosarinas han nacido bajo el signo de Neptuno. Las primeras constiuciones fueron escritas en Mar del Plata, allá en la playa La Perla, al arrullo cadencioso del Océano. Y las constituciones definitivas, las que iba a someter a la aprobación de los Prelados, fueron redactadas durante el viaje que hizo Orzali como Capellán de la Fragata Sarmiento. Cabalgando sobre la comba marina, el Cura de Santa Lucía, meditaba, estudiaba, escribía. En esa ocasión escribió también el Directorio, el libro en que indica los medios y la forma como las religiosas han de observar con fidelidad sus prescripciones y desarrollar las obras propias de la Congregación. Preparó también entonces el Manual de Oraciones, que contiene los actos comunes de piedad que han de practicar las Hermanas, las oraciones pro-

pías del Instituto y el Ceremonial propio para la vestición, profesión y emisión de los votos.

En 1904, de regreso a la Capital Federal, presentó a la Autoridad Eclesiástica los libros para su aprobación. Luego de maduro examen, el día natalicio del P. Fundador, el 13 de marzo de 1905, el Excmo. Señor Arzobispo, Mons. Dr. Mariano Antonio Espinosa, con Decreto especial aprobaba las nuevas constituciones. Por su parte S. S. Mons. Dr. Luis Duprat, a la sazón Gobernador Eclesiástico, Sede Plena, el 15 de mayo del mismo año, aprobaba el Directorio y el Manual de Oraciones. El Instituto entraba en plena vida canónica.

Desde entonces las actividades de la Congregación se intensificaron. Las casas se multiplicaron, los Capítulos se sucedieron, el organismo fué adquiriendo forma cada vez más regular, fundó su postulante y su noviciado.

Cuando Monseñor recibió "el aviso" a que nos hemos referido, pensó muy seriamente en asegurar el porvenir del Instituto. Por eso cuando al año siguiente fué a Roma para la visita "Ad Límina", dió nuevos pasos para el reconocimiento de su obra por la Santa Sede. No era cosa fácil: en Roma estos asuntos se toman con mucha calma, con extrema prudencia y se mira más a la delicadeza del tema que al tiempo que pasa. El Fundador estaba impaciente. Al cabo, un día feliz, el 29 de junio de 1931, hallándose providencialmente en su "alcázar" de calle Herrera, recibió un cablegrama: "Santo Padre concedió Decretum Laudis Instituto Rosarino". Al Prelado lo impresionó profundamente. Y con el papel enarbolado fué a la casa contigua de las Hermanas y les dijo: —Anuntio vobis gaudium magnum... Y entre lágrimas y sonrisas las religiosas oyeron la noticia suspirada. Todos, Fundador y Hermanas corrieron al punto a la capilla a dar gracias a Dios. El Cura de Santa Lucía estaba radiante: ya su obra estaba en parte asegurada. Por eso el mismo año hizo su testamento y lo firmó.

Pero como hombre que hace bien las cosas, no quería dejar a medias su obra maestra. Anhelaba ardientemente la aprobación definitiva. De ahí que no esperó que llegara el año que le correspondía para la visita "Ad Límina" sino que, con dispensa de la Consistorial, viajó hacia la Ciudad Eterna en agosto de 1933. Una vez allá, habló extensamente con Su Santidad, Pío XI, y con el Cardenal Prefecto de la Congregación de Religiosos.

Luego regresó contento: ya había hecho por su Instituto todo lo que era posible. Lo demás quedaba en manos de Dios.

Después vinieron los achaques que lo asediaron al traspasar la línea equinoccial de los setenta años. No dejó de trabajar nunca. Impresiona leer que frecuentemente, luego de dos meses de cama, cuando se levanta, va en seguida a celebrar Misa y si hay oportunidad, predica. La voz no le da para hablar a multitudes y en grandes templos; pero a sus religiosas, a los niños, les predicaba siempre.

El año 1936 recibió los homenajes de sus Bodas de Oro sacerdotales y de Plata episcopales. Hizo un esfuerzo extraordinario para corresponder a los mil requerimientos de sus Religiosas, de su clero, de los feligreses, de toda la Arquidiócesis que querían a toda costa testimoniarse su veneración y la alegría que les causaba la fecha gloriosa.

Luego vendrá la caída. El año 1937 lo pasará casi siempre en el lecho, por prescripción médica. Al año siguiente hará esfuerzos inauditos por levantar cabeza; pero los achaques, el organismo debilitado, darán con él nuevamente en la cama.

Y ahí estaba: postrado como un atleta vencido, como un roble desgajado, como un león herido de muerte, en su palacio episcopal de San Juan, cuando otro día feliz, el 25 de junio de 1938, recibió un cablegrama electrizante: "Santo Padre ha aprobado definitivamente Instituto. Principios de Julio mandarán Decreto". El viejo y gastado corazón del Prelado estuvo a punto de estallar. Fué milagro si no sucumbió ante la presión formidable de esa noticia. Llamó a la Madre General y, sin poder pronunciar palabra alguna, le tendió el documento. Mientras la religiosa descifraba el cable, por las rugosas mejillas del Prelado resbalaban gruesas y cálidas lágrimas. La Madre dirigió mensaje a todas las casas anunciando la fausta nueva. Luego que el anciano fundador se hubo repuesto de la emoción, habló a sus hijas reunidas junto a su lecho, radiantes de entusiasmo por un lado y temerosas por la vida de su padre que se les iba, por otro. Ellas veían el porvenir de la Congregación firme y seguro y la existencia del querido enfermo cada día más endeble y problemática. Así es la vida: una malla misteriosa de rosas y espinas.

Cuando el anciano pudo hablar, les dijo solamente estas palabras: "¡Ahora ya puedo morir!" Las religiosas, que querían esa



En su lecho de enfermo, rodeado por las niñas de la Casa de la Obrera que él había fundado



+ S. Agostino de Lugo

vida que se estaba apagando como un cabito de candela, por encima de su misma vida, no pudieron contestar nada. Bajaron la cabeza, como adorando los designios de Dios. Algunas salieron de la alcoba para ocultar sus lágrimas afuera. Las otras se enjugaron los ojos en silencio.

Y efectivamente: pocos meses después, el Cura de Santa Lucía entregará su alma a Dios. Los diez años que él había pedido al Señor para prepararse a bien morir, la Providencia se los daba con creces...

CAPÍTULO XLII

OCASO BONANCIBLE

Después de la primera acometida que en 1928 le hiciera el morbo fatal, otro que no hubiera sido Mons. Orzali, habría escuchado las insinuaciones de los médicos, habría seguido un régimen de reposo, se habría cuidado.

Pero él, —ya lo hemos visto—, apenas repuesto a medias del primer ataque emprendió viaje a San Luis a proseguir sus actividades misionales como si nada hubiera pasado por su organismo macizo, fuerte y acerado otrora, pero ahora carcomido como un roble añoso por los trabajos a que lo sometió durante toda la vida. La orden de los facultativos fué letra muerta. Orzali no podía estar mano sobre mano cuando veía las espigas de la mies apostólica ondeando en toda la vasta extensión de su Diócesis, y no había brazos para cultivarla...

Cuando los suyos le reprocharon su audacia, el santo Prelado respondió: —¿Pero cómo quieren que un Obispo viva sin trabajar? ¿No ven que las almas se pierden? ¿No ven que no hay sacerdotes suficientes?

Y había tanta amargura en su acento y una convicción tan arraigada en sus palabras que ninguno de los curiales osó replicarle. Antes, se retiraron meneando la cabeza y diciendo: —Hay que dejarlo: si no trabaja, se muere. Esas palabras dichas por uno de los que lo habían acompañado tantos años en sus jiras apostólicas y conocía a fondo su idiosincrasia, son el mejor retrato del Cura de Santa Lucía y el mejor panegírico de sus virtudes.

Y durante siete años el ardimentoso Prelado siguió derramando los tesoros de su actividad por todos los ámbitos de su amplia Diócesis primero, y de su reducida Arquidiócesis después de 1934.

Mientras tuvo fuerzas, no cesó de trabajar. Si un día el labriego deja la mancera del arado es porque las piernas no lo sostenían ya sobre la tierra labrantía y porque sus manos consagradas ya no podían sostener el báculo empinado. Trabajó hasta los 72 años como un joven. Los últimos cuatro años serán de lucha interna, de lecho, de purificación, de preparación próxima para el tránsito a la otra vida. Y si en el pasado se mostró fuerte para el trabajo, ahora se mostrará igualmente fuerte para el dolor. Como vimos, en 1929, inmediatamente después de Semana Santa, emprendió su noveno viaje a Europa, para realizar la visita Ad Límina. Y durante él no estuvo ocioso. El celoso Prelado encontró tiempo para predicar una misión a los pasajeros de tercera clase. Cuatro años después, anticipa su postrera visita Ad Límina, como si temiera que los achaques no lo dejaran cumplir con la Iglesia. Y en ese viaje de 1933 no solamente predica otra misión en tercera clase sino que organiza una jornada eucarística de niños. Cuando llega al Río de la Plata, en su Diario apunta: "He terminado felizmente mi décimo viaje a Europa. ¡Deo gratias!" como si con esas palabras de gratitud a Dios, quisiera poner punto final a su vida de caballero andante de tierras y mares para llevar a todas partes el mensaje del Evangelio.

El 19 de setiembre del año siguiente, 1934, se celebra solemnemente en San Juan el Centenario de la Diócesis y su promoción a Arquidiócesis. Monseñor canta ese día la Misa Pontifical. Por la noche preside los festejos en el Cine Cervantes. Vienen luego jornadas de intensa actividad: se prepara la adhesión al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires. Misa para los niños en la Plaza, Misa para los conscriptos en la catedral, para los enfermos en el Hospital Rawson, etc. Luego procesiones, Pontificales, sermones como en sus mejores tiempos. Y siempre pasándose largas y penosas horas entre las cuatro tablas del confesonario para derramar la divina misericordia sobre las almas contritas. Para dar 2.400 comuniones a los hombres y 6.600 a señoras y señoritas, hubo necesidad de confesar día y noche. Y ahí Monseñor estaba en su elemento.

Luego, no repuesto aún de las fatigas de las jornadas sanjuaninas, debió marchar a Buenos Aires, a las magnas e inolvidables Asambleas de octubre. Aquí participó de todos los actos. Y el día 11, por la tarde, preside una Asamblea de hombres en el Teatro San Martín y les dirige la palabra. El anciano de 71 años parecía volver a los tiempos de Santa Lucía...

No podríamos expresar cuánto gozó Mons. Orzali en esos días inefables. En el Diario, haciendo excepción a su práctica de no expresar lo subjetivo, el día 14 de octubre, escribe: "¡Jornadas conmovedoras e inolvidables! Es éste el Congreso Eucarístico Internacional más grande de los habidos hasta hoy en el mundo. ¡Deo Gratias!"

Llega luego el año 1935 con la consagración del primer Obispo de Mendoza, Monseñor José Aníbal Verdaguer, a cargo del Prelado de San Juan, la imposición del palio como primer Arzobispo de la flamante Arquidiócesis, etc. Y el anciano parecía multiplicarse, parecía como si temiera que el tiempo se le fuera de entre las manos. Pues lo vemos predicar los sermones de Semana Santa en la Merced y siempre que había necesidad sin fijarse en el estado de su pobre organismo, ya vencido y maltrecho.

A fines de julio viaja a Buenos Aires. Viene, entre otras cosas, a consagrar el altar de la nueva Iglesia de sus Hermanas de Quilmes. Realiza la ceremonia el 3 de agosto. Esa misma noche cae gravemente enfermo. En su casita de Barracas, lo atiende el Dr. Pedro F. Arias y todas las religiosas se esmeran en cuidarlo con intenso amor filial. Pasa un mes en el lecho. El 9 de setiembre regresa a San Juan. No obstante su precario estado de salud, predica Ejercicios a sus religiosas del Hospital Rawson, con dos sermones diarios. En adelante realiza sólo pequeñas salidas. En Navidad celebra en Barracas, rodeado de la veneración de un centenar de sus Hijas, su Misa de Oro.

En el verano de 1936, sus vacaciones de Mar del Plata fueron más prolongadas que de costumbre. Luego regresó a Buenos Aires. Y a San Juan sólo para la fiesta de San José. Luego, en abril, llegaron las fiestas con que el Clero y pueblo de San Juan quisieron solemnizar sus Bodas de Oro sacerdotales y de Plata episcopales. El Prelado no se negó a nada: cansado, trémulo y vacilante iba a todas partes donde había que pontificar, hablar, realizar con su presencia un acto cualquiera. Y así pasó todo ese año.

Encorvado bajo el peso de los años, apoyado en su bastón, inseguro el paso, temblantes las manos, vagarosa la mirada, va el anciano glorioso haciendo esfuerzos sobrehumanos por dejar contentos a todos, por cumplir con todos, por servir a todos... Y esto lo hace alegremente, con el optimismo de siempre. Su cuerpo decae; pero su espíritu está joven. Cuando Su Santidad le confiere el título de Asistente al Solio Pontificio y Conde de la Nobleza Romana, él agradeciendo las felicitaciones que recibe de la familia Caimi de esta Capital, les dice: "¡Las quiero ver como tratarán a este *Noble*, cuando las visite y cuando vaya a pasar un rato muy agradable en esa casa inolvidable y tan hospitalaria".

Ese año anticipa su viaje a Mar del Plata. Necesita mayor descanso. Quiere reponer fuerzas. Pero éstas le van faltando: impresiona observar en su Diario el progresivo destemplarse de su fibra, el creciente temblor de su diestra y la deficiencia cada vez mayor de su vista. Aquella letra grande y recia, firme y varonil, como expresión genuina de su carácter, ha ido perdiendo su vigor. Frecuentemente no respeta los renglones: la vista falla. A veces es tan garrapateada que llega a lo ininteligible. Alguna que otra vez comienza a escribir una palabra y no la termina; otras, escribe sólo el final de la misma. Pero el hombre del método sigue escribiendo. Ese Diario que comenzó en 1885, en Roma, lo llevó hasta catorce días antes de su muerte. Durante el año 1937 hay largos corchetes. El no deja un sólo día sin anotarlo en su crónica; pero como sólo debe decir que ha estado en el lecho, traza grandes corchetes y escribe: "En cama".

¡Qué desesperación para un cumplido caballero, como era Orzali, fué recibir, entre Navidad y Reyes de 1938, trescientas veintiuna cartas y no poderlas contestar personalmente como solía!

Frecuentemente los borrones de tinta que manchan el cuaderno indican la inseguridad del pulso y la extrema debilidad del paciente. Pero él sigue escribiendo con esa letra desigual y apeñuscada de ahora.

El año 1938, de abril en adelante, pasólo casi siempre en el lecho. Ahí continúa anotando en su Diario el día del mes y de la semana para anotar al lado, tras un gran corchete: "En cama. He cumulado". Durante esas largas jornadas de postración, el Prelado se iba preparando al gran paso. No estaba nunca ocioso. Una vez que se había quedado largamente pensativo, terminó su

soliloquio con estas palabras: —“Hija —le dijo a la Hermana que lo asistía,— pídale al Señor por su padre; por el mal que hizo sin saberlo, por el bien que hizo mal y por el bien que debía hacer y no hizo...”

En otra oportunidad y en idénticas circunstancias: —“Lo que Dios me ha pedido, siempre lo hice...” Una vez que hubo recibido la noticia de la aprobación de su Instituto, su espíritu se calmó notablemente; pero la preocupación por el porvenir de sus Hijas parecía ir en aumento a medida que se acercaba al ocaso. Un día, luego de un largo silencio, dijo a su enfermera: —“A nadie reconoceré en el Cielo, como hija, como rosarina, si no lleva el distintivo de la verdadera caridad”.

Al cumplir cinco meses de enfermedad, postrado en el lecho, pidió a la misma Hermana que le ayudase a agradecer a Dios ese beneficio. —¿Cómo, —replicó la religiosa,— y le va a dar gracias por estar enfermo?

—Claro, —dijo él,— ¿no ves que podía estar muerto y aun vivo?

El 25 de setiembre de 1938, por indicación de los médicos, viajaba a Buenos Aires. Lo acompañaban su facultativo, el Dr. Augusto Echegaray, el Pbro. Nicolás Hernández, Párroco de Trinidad y la Hermana Luisa, rosarina, su enfermera. Fué directamente a su casita de Barracas, donde sus Hijas se desvivieron por cuidarlo.

Su lecho de enfermo se transformó en una cátedra. Si toda su vida, Monseñor fué un predicador incansable, ahora que veía irsele la vida de entre las manos, tenía realmente ansias por decir verdades, aconsejar, orientar a todos, pero especialmente a sus buenas Hijas del Rosario. Muchas veces mandaba llamar ya a una ya a otra para hacerle alguna advertencia, pedirle un sacrificio: ¿quién negaría un gesto de abnegación a su padre, colocado ahí, entre la vida y la muerte? Hasta de esa circunstancia supo aprovechar él para hacer el bien.

Hacía diariamente lectura espiritual. Una religiosa le leía libros espirituales. Entre otros leyó así la Historia de Lourdes.

Rezaba puntualmente su breviario. Lo que cuando estaba sano no pudo hacer: decir las Horas Canónicas a su tiempo, lo hacía ahora. Y no solamente de día. La primera vez que se quedaron las religiosas en su casa para cuidarlo pasada la media noche, oyeron

el tamborileo de un timbre. Acudieron. Era Monseñor que, sentado en el lecho, rezaba Maitines, en la madrugada, como piden las rúbricas. El hombre de Dios ponía el despertador para rezar las distintas horas a su debido tiempo. Naturalmente las Hermanas acudieron al médico y le hicieron prohibir eso; pero luego, cuando ya mejor, las religiosas se retiraban de la casa durante la noche, él les dijo: —Finalmente me dejan libre esos ojos que todo lo espían... —significando que iba a volver a rezar sus Horas cuando su piedad le inspirase.

Las conversaciones que mantenía con las personas que lo visitaban, eran siempre espirituales. Ya no quería saber nada de cosas de tejas abajo. En una de esas pláticas, una de sus religiosas le preguntó por qué había denominado “del Rosario” a su Instituto. Y él le contestó que por la devoción que a la Virgen del Rosario le había inspirado su santa madre.

Como una de las enfermeras le insinuara una vez hasta preguntarle si su fundador algún día llegaría a ser santo, él respondió: —Santo del Cielo, sí; santo de altares, no.

—¿Y por qué?

—Y... Uds. son pobres y no tienen el dinero que se requiere para costear una canonización, —replicó él sonriendo.

Pero la predicación más elocuente en esa pesada y diuturna enfermedad, fué su paciencia en sobrellevar todo sin lamentos. Estaba siempre de buen humor. Su espíritu de pobreza no soportaba ningún lujo ni nada que supiera a comodidad. Su mortificación le hacía saborear los brevajes más insípidos y repugnantes con verdadera fruición. Esa fué la postrera lección que dejó Orzali a sus Hijas y a cuantos lo visitaron.

En Barracas celebró las fiestas de la aprobación definitiva del Instituto rodeado del cariño de sus Hijas. Ahí estaba él: trémulo y febricitante, con los ojos empañados de emoción, sonriendo como fuera de sí, ante el hecho sobremanera consolador de ver afianzada su obra.

En el año 1939 también viajó a Mar del Plata. Fué el 1º de enero. Pero allá vió que no podía ya resistir su clima fuerte. El 11 del mismo mes debió volver más muerto que vivo a Buenos Aires. Nuevamente al lecho. Otra vez clavado en la cruz, para él doblemente pesada, de la inactividad. El 5 de marzo escribe: —“He tenido la dicha de poder celebrar la Misa después de tres meses.

He presidido la Misa de despedida de la Superiora Isabel. He predicado". Y así siguió rezando trabajosamente la santa Misa durante el mes de marzo. Llegaba al altar vacilante. A medida que veía acercarse la hora de su última Misa, parecía redoblar más su fervor. El lunes 20 de marzo con motivo de su onomástico las alumnas del Colegio Santa Felisa lo hicieron objeto de una demostración. El fué al salón. Una de las alumnas le dirigió la palabra. El Prelado contestó. Les habló penosamente, como si cada palabra que pronunciaba fuera un adiós; trabajosamente, como si cada término lo arrancara del fondo del pasado; cariñosamente, como si presintiera que ese día pronunciaba la postrera alocución de su vida apostólica. ¡Y fué así! Esa fué su última plática. Y fué allí, en Barracas al Norte. El Cura de Santa Lucía no podía cerrar el ciclo de sus discursos en otro lugar...

Esa leve mejoría de marzo la aprovechó él para realizar el plan que venía elaborando desde hacía tiempo: ir a morir a San Juan, en su sede, como correspondía a su misión de pastor.

El 3 de abril escribe su última anotación en el Diario. Se equivoca de renglón: "He celebrado. Tiempo bueno, pero frío". Y no pone punto, como si quisiera seguir escribiendo... Pero ya ni la cabeza ni la mano le responden. "Tiempo bueno pero frío". Difícilmente en Buenos Aires hace frío en esa fecha. Pero él sentía frío... El frío precursor de la muerte. Por eso se apresuró a partir para su amada San Juan. El 14 de abril llegaba a la capital cuyana. Iba exhausto. Todos los Curiales estaban para recibirlo. El anciano ensayó una sonrisa dolorosa y dijo: —"He venido vivo, para no darles el trabajo de traerme muerto..." Hasta en esa hora crepuscular de su existencia, Orzali tenía delicadezas de caridad con sus semejantes. No quería dar trabajo. Más bien prefería sacrificarse él...

Casi en vilo lo sacaron del camarote para instalarlo en el coche del Sr. Intendente. Al llegar al palacio sonrió de nuevo dulcemente. Miró, al pasar a sus queridos "animalitos" del jardín. Quiso subir por sus propios medios la escalera; pero no pudo. Entre varios sacerdotes lo subieron a sus habitaciones. Ese día, no obstante el supremo cansancio que lo agobiaba, recibió a muchísimas personas. Aquello fué una verdadera romería. El sábado por la tarde fueron a rendirle pleitesía de afecto los alumnos de su Colegio Salesiano. Estos formaron frente al palacio. Monseñor,

casi a tientas, salió al balcón y vió a los Exploradores. La banda lisa, rompió, entonces, en una alegre diana. Inmediatamente después comenzó el desfile ante el balcón. Las personas presentes quisieron que el Arzobispo se retirara a descansar luego de haberlos saludado; pero él dijo: —No, estos niños se han molestado por mí; tienen derecho a ver que su Prelado acepta su demostración...

Y se quedó de pie en el balcón hasta que pasó el último de los chiquillos marcando el paso y haciendo "Vista a derecha" frente a él. Monseñor complacido los bendijo. Y esa fué también su postrera bendición... Pues sostenido por dos sacerdotes regresó a su sillón y estuvo conversando un rato con ellos y las Hermanas. Pero a las 18, repentinamente, se le nubló la vista, los objetos de la habitación giraron vertiginosamente ante él... y entró en la tremenda vorágine de la muerte. Acudieron tres médicos: el Dr. Echegaray, el Dr. Facundo Larrosa y el Dr. Elio Cantoni. Y se entabló entre ellos y la muerte una lucha desigual que duró 64 horas. Inyecciones, oxígeno, incisiones, tónicos cardíacos: no dejaron nada por probar. Pero ya la hemorragia cerebral les había ganado de mano. El viejo luchador estaba herido en lo más vital de su ser. En adelante su vida fué artificial. El martes 18 a las 8 entraba en agonía. Y a las 10 el frío de la muerte corrió por sus miembros extenuados, frenando para siempre la formidable actividad del Buen Pastor de Cuyo...

SECUENCIA

No vamos a turbar el sueño del justo con la impertinente narración de sus funerales. No vamos a romper el silencio sagrado con el eco de discursos, loas y panegíricos. Ahí están los periódicos y las revistas con toda la balumba de palabras. A nosotros no nos interesan las palabras. Nos interesan mucho más los hechos. Y entre todos los hechos que se sucedieron ante la tremenda realidad de su deceso, ninguno tan elocuente y expresivo como éste:

La noticia de su muerte la anunció la radio, la publicaron los diarios, la lloraron los bronce de todos los templos de la ciudad. Cuando llegó al Asilo del Buen Pastor, hubo un estremecimiento de angustia en las detenidas en aquel lugar de contrición. Fué entonces cuando sus "pobrecitas" —como llamaba Monseñor a esas mujeres caídas— sintieron toda la tristeza del encierro y probaron todo el acibar de su orfandad. ¿Luego no podrían ellas despedir a su confesor y padre? ¿La falta de libertad les impediría de rezar un Padrenuestro sobre los despojos del que había sido su paño de lágrimas, su consejero, su salvador? No podía ser. Y se fueron en tropel a pedir a la Madre Superiora, les permitiera, por excepción, ir a rezar sobre los restos del venerado Pastor.

Afortunadamente dieron con una religiosa sabiamente sensata. Luego de exponerles las dificultades, encarecerles su responsabilidad y decirles que las religiosas no podrían acompañarlas, por la clausura, y que tampoco quería verlas por la calles custodiadas por agentes de policía, les preguntó:

—¿Y si van solas, me prometen volver todas, todas, sin quedar una, al Asilo?

—Sí, Madre... —fué la respuesta esperanzada, tajante, clamorosa de las penadas.

—Bueno, irán, —dijo la Superiora.

Huelga decir las lágrimas, los comentarios, los proyectos de las "pobrecitas" cuando oyeron esas palabras inesperadas.

A las 13,30 salían acompañadas solamente de una Hermana lega. La triste procesión se encaminó a la Catedral donde estaba el ataúd. Una vez allá, rezaron devota y largamente, arrodilladas y formando corona al gran amigo de sus almas. Sus manos desgranaban cuentas del rosario y su ojos, lágrimas furtivas. ¡Cómo gozaría el gran Prelado, allá arriba, viéndose rodeado una vez más por sus "pobrecitas"!

Media hora después desfilaba de nuevo el extraño cortejo hacia el Asilo. La Madre Superiora estaba en ascuas: ¿no habría sido una imprudencia la suya? Al cabo las vió volver. Entraron. Las miraba en el rostro. Parecían más buenas, más humildes, más dóciles... Las contó. ¡No faltaba ninguna! Era el primer milagro del Buen Pastor de Cuyo...

EPILOGO

El Leñador hachaba tenazmente. Los recios golpes de la segur repercutían sobre el murallón del bosque vecino. La brecha abierta, como fauces, en la carne viva del cedro iba haciéndose paulatinamente más ancha. El ángulo agudo tendía cada vez más al obtuso. Las astillas del árbol enhiesto saltaban y caían retorcidas sobre el césped de esmeralda. La base del gigante era cada vez más reducida. Hasta que llegó el momento en que perdió el equilibrio, se inclinó lentamente hacia la derecha y luego, en un vértigo de creciente velocidad, cayó pesadamente sobre la madre tierra, haciendo temblar los arbustos vecinos.

Fué entonces cuando el Leñador, secándose el sudor de la frente con la manga de la blusa, midiendo con la vista al coloso del bosque tendido a sus pies, exclamó admirado: —¡Qué grande había sido!

.....

Hoy, a la vuelta de dos lustros de su deceso, al contemplar al ilustre Prelado tendido como un cedro majestuoso sobre la madre tierra, podemos apreciar sus dimensiones. A los próceres, como a los cedros del Líbano, sólo se los puede medir cuando están caídos. Y es el autor de estas páginas el primero que, enjugando el sudor de dos años de gratísimo trabajo intelectual, como el Leñador de marras, lleno de asombro y veneración, debe repetir la frase lapidaria: —¡Qué grande había sido!...

FUENTES DE INFORMACION

1. Libros

- AVELLÁ, J. y F.: *Mons. Dr. Mariano A. Espinosa*, B. Aires, 1945.
- BAZÁN Y BUSTOS, MONS. ABEL: *Nociones de Historia Eclesiástica Argentina*, B. Aires, 1927.
- *Breve reseña histórica de la imagen de N. S. de los Remedios*, B. Aires, 1927.
- BUCICH ESCOBAR, I.: *Historia de los Presidentes Argentinos*, B. Aires.
- CARBA, RÓMULO D.: *Mons. León Federico Aneiros*, B. Aires, 1905.
- CARRASCO, FR. JACINTO, O. P.: *Una gloria de la Orden Dominicana*, B. Aires, 1946.
- CERIA, EUGENIO: *Memorie biografiche di San Giov. Bosco* (t. XVI y XVII), Turín, 1936.
- FURLONG, GUILLERMO, S. J.: *Historia del Colegio del Salvador* (3 tomos), B. Aires, 1942.
- ISERN, JUAN, S. J.: *La formación del Clero Secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús*, B. Aires, 1936.
- LAPHITZ, F. R. y LÉRTORA, J. B., Pbro.: *El Instituto de las Religiosas del Rosario* (Inédito).
- MASSA, LORENZA, S. D. B.: *Vida del P. José Vespignani*, B. Aires, 1941.
- ORZALI, JOSÉ AMÉRICO: *Cartas de Mons. a sus religiosas*, B. Aires, 1940.
- *Cuarto viaje de la Fragata Sarmiento*, B. Aires, 1904.
- *Constituciones del Instituto*, B. Aires, 1905.
- *Diario de su vida* (11 cuadernos). Inédito.
- *El matrimonio en la República Argentina*.
- *El Monitor del Clero* (2 tomos), 1890-1891.
- *Manual de las Oraciones*, B. Aires, 1937.
- *Primer Sínodo Diocesano de San Juan de Cuyo*, S. Juan, 1917.
- *Segundo Sínodo de la Diócesis de San Juan de Cuyo*, Mendoza, 1927.
- *Revista Eclesiástica* (1 tomo), 1898-1899.
- RIVERO ASTENGO, AGUSTÍN: *Juárez Celman*, B. Aires, 1944.
- *Rosas de Oro*. Número único del Cincuentenario de las Hnas. Rosarinas, B. Aires, 1947.
- SAMPERIO, MANUEL J.: *Tercer Centenario de Santa Lucía*, B. Aires, 1933.
- UDAONDO, ENRIQUE: *Diccionario biográfico argentino*, B. Aires, 1938.
- VERDAGUER, JOSÉ A.: *Historia Eclesiástica de Cuyo* (2 tomos), Milán, 1932.
- VESPIGNANI, SAC. JOSÉ: *Cronaca Salesiana*. (Inédita).
- VILLALONGA, JUAN, C. C. SS. R.: *Una vida llena de Dios*, B. Aires, 1946.
- ZURETTI, JUAN CARLOS: *Historia Eclesiástica Argentina*, B. Aires, 1945.

2. Revistas

El Monitor del Clero (1890-1891).
Revista Eclesiástica (1898-1899).
Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires.
Archivum.
Boletín Oficial de la Diócesis de San Juan de Cuyo.
La Revista del Plata.
La Buena Lectura.
Boletín Salesiano.
El Bien del Pobre.
El Rosal.
Santa Lucía (Semanario Párroquial).
Hortus Conclusus.
La Semana.
La Perla del Plata.

3. Periódicos

La Argentina, de Buenos Aires.
La Nación, de Buenos Aires.
La Prensa, de Buenos Aires.
La Unión, de Buenos Aires.
La Voz de la Iglesia, de Buenos Aires.
El Pueblo, de Buenos Aires.
La Prensa Católica, de Córdoba.
El Eco de Córdoba, de Córdoba.
El Porvenir, de San Juan.
El Diario Nuevo, de San Juan.

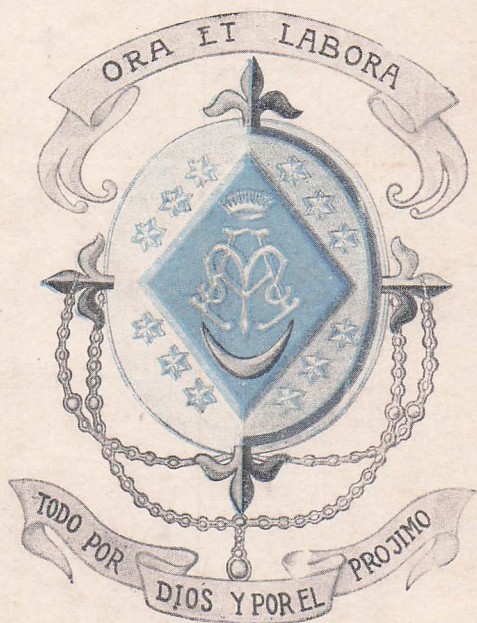
4. Archivos

General de la Nación.
 De la Curia Eclesiástica de Buenos Aires.
 Del Seminario Conciliar de Buenos Aires.
 De la Casa Madre de las Hermanas Rosarinas.
 De la Casa-Cuna de Avenida Montes de Oca.
 De la Junta Central del Círculo de Obreros.
 Del Consejo Nacional de Educación.
 Del Círculo de Obreros de Santa Lucía.
 Del Círculo de Obreros de Santa Lucía, de Buenos Aires.
 De la Parroquia de La Piedad, de Buenos Aires.
 De la Parroquia de Santa Lucía, de Buenos Aires.
 De la Parroquia de San Miguel, de Buenos Aires.
 De la Parroquia de San Cristóbal, de Buenos Aires.
 De la Parroquia de Monserrat, de Buenos Aires.
 De la Escuela Salesiana de Rodeo del Medio, de Mendoza.
 De la Inspectoría San Francisco de Sales, de Buenos Aires.
 Del Colegio Salesiano, de San Juan.

INDICE

Capítulo	I.—Albores	9
	II.—Hacia las cumbres	16
	III.—Manos consagradas	26
	IV.—En la palestra de los fuertes	34
	V.—Sobre "la calle Larga"	41
	VI.—En el barbecho barraqueño	52
	VII.—El caballero de la pluma	59
	VIII.—Cien por ciento pastor	66
	IX.—La tres palabras simbólicas	73
	X.—El Romero	81
	XI.—El hombre que veía a Dios	89
	XII.—El Círculo de Obreros	95
	XIII.—Un rosal en la barranca	101
	XIV.—Y el rosal floreció	108
	XV.—Buen corazón quebranta mala ventura	114
	XVI.—De nuevo en la brecha	120
	XVII.—Sobre la comba marina	126
	XVIII.—De la tierra al asfalto	133
	XIX.—Coelum non animum mutur	138
	XX.—De nuevo sobre las ondas	145
	XXI.—Hábito violáceo	151
	XXII.—Con el báculo en la mano	159
	XXIII.—"Venimos a trabajar"	166
	XXIV.—Frente a la inmensidad	173
	XXV.—Quijote del Evangelio	181
	XXVI.—En pos de un ideal	188
	XXVII.—El Obispo "poeta"	198
	XXVIII.—En París como en Tucunuco	205
	XXIX.—Pastor bonus	213
	XXX.—En tierras de Arauco	225
	XXXI.—No se pescan truchas	233
	XXXII.—Entre las cuatro tablas	241
	XXXIII.—Animador	249
	XXXIV.—"Gracias a Dios no tengo nada"	258
	XXXV.—Maestro del sacrificio	265
	XXXVI.—Sembrador de faros	273
	XXXVII.—Hasta allende la muerte	282
	XXXVIII.—El pilar maestro	290
	XXXIX.—Semblanza	298
	XL.—Tarde otoñal	306
	XLI.—"Ahora ya puedo morir"	315
	XLII.—Ocaso bonancible	322
Secuencia	—	330
Epílogo	—	332

Este libro se terminó de imprimir
el día 18 de abril de 1949 en los
Talleres Gráficos "Pedro Goyena",
calle Herrera 527 Bs. As. - 2012-raaa



Impreso en la
Printed in